

MEDITACIONES

SEGUNDA EDICIÓN

V

Fiestas

(Enero - Junio)

ROMA, 1990

419.

9 de enero

ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE
NUESTRO PADRE (I)

—Nuestro Fundador ha sido el instrumento fidelísimo de que se sirvió Dios para fundar la Obra.

—Lo que *vio* nuestro Padre el 2 de octubre de 1928 se ha hecho realidad.

—Estar muy unidos a las intenciones de nuestro Fundador y del Padre.

VIENEN hoy a la mente aquellas palabras de Jesucristo en una de sus parábolas: *érase un padre de familias que plantó una viña, y la rodeó de una cerca, y cavó en ella un lagar y edificó una torre*¹.

El Señor, sirviéndose de nuestro Fundador como instrumento fidelísimo, ha plantado en el mundo una viña *de vides selectas*² —selectas, porque Dios las hizo buenas al elegirlas—, protegiéndola con un muro sólido y seguro que no pueden saltar las alimañas. Esta viña de la Obra ha dado ya, por la misericordia divina, *sabrosos y ricos frutos*³, y se ha extendido prodigiosamente por multitud de naciones, dando acogida a millares y millares de almas que han

(1) *Matth.* XXI, 33.

(2) *Isai.* V, 2.

(3) *Eccli.* XXIV, 23.

podido beber de ese buen vino, *viejo como el Evangelio, y como el Evangelio nuevo*⁴, que Dios mismo ha hecho fermentar.

Contemplando este panorama de bendiciones, unidos en la acción de gracias a la Trinidad del Cielo y a la *trinidad* de la tierra, el pensamiento y el corazón vuelan hacia nuestro queridísimo Padre, que —secundando el querer divino— plantó, cercó y construyó esta viña fecunda, la Obra de Dios. En el aniversario de su nacimiento, sus hijos levantamos el alma agradecida al Señor por habernos dado un Padre y Pastor que nos engendró a la vocación a la Obra, nos rodeó de inmenso afecto mientras vivía en la tierra, y ahora nos cuida a cada uno desde el Cielo, con ternuras de madre y desvelos de padre.

Este nuevo aniversario es una excelente ocasión para escuchar lo que nuestro Fundador desee sugerirnos en la intimidad de nuestra alma. En una fecha semejante nos hablaba así: *os he de decir en primer término que los años no dan ni la sabiduría ni la santidad. En cambio, el Espíritu Santo pone en boca de los jóvenes estas palabras: super senes intellexi, quia mandata tua quaesivi* (Ps. CXVIII, 100); *tengo más sabiduría que los viejos, más santidad que los viejos, porque he procurado seguir los mandatos del Señor. No esperéis a la vejez para ser santos: sería una gran equivocación. Desde ahora, seriamente, gozosamente,*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 91.

*alegremente, a través del trabajo (...), a santificar esa tarea santificándoos vosotros, sabiendo que santificáis a los demás*⁵.

Estas palabras de nuestro Padre nos hablan de la necesidad de luchar constantemente para ser santos, de llevar cada día a la práctica —con el entusiasmo y la fe que los hijos pequeños muestran en sus padres— la misión apostólica que el Señor nos ha confiado. Renovar estos propósitos será un buen modo de felicitar a nuestro Padre: el mejor regalo que podemos ofrecerle.

ME ESTOY acordando ahora de un viejo sacerdote de Valencia que murió en olor de santidad. Cuando le preguntaban que cuántos años tenía, él respondía siempre: "poquets!, poquitos: los que llevo sirviendo a Dios". Yo, desgraciadamente, llevo sirviendo a Dios pocos años, pero tengo ganas de servirle mucho, mucho, mucho, para luego amarle también mucho —como le estoy amando ya, aunque de otra manera—, con plenitud de amor.

Pocos años de servicio, poca sabiduría, poca plenitud de santidad; tan poca, que siento el afán de decir a mi Dios que me escucha, a ese Dios que va a venir ahora sobre el altar, aquellas palabras de Jeremías: a, a, a, Domine Deus! Ecce nescio loqui, quia puer ego

(5) De nuestro Padre, *Hornilla*, 9-1-1968.

sum flerem. /, 6); Señor, mira que soy un niño, que balbuceo, que no sé hablar.

Y me vienen a la memoria también aquellos sueños que he tenido desde joven, sueños que se han hecho realidad. Entonces decía: ¿qué sucederá cuando sea viejo? ¿Sabéis dónde ponía yo la meta de lo viejo? ¡En los cuarenta! (...).

Pero con todo, algunos de los que están aquí recordarán lo que yo decía a los hijos míos —pocos entonces— que había a mi alrededor, previendo este extenderse de la Obra de polo a polo, esta expansión, este formar una gran familia...

Les decía: hijos míos, no pongáis mi nombre sobre la losa cuando tengáis que enterrar este pobre cuerpo mortal. ¿Y qué ponemos?, me respondían. Poned: et genuit filios et filias; engendró hijos e hijas, como los Patriarcas. Y no era soñar. ¿No veis cómo los sueños se han hecho realidad? La Obra es hoy una familia sin límites de raza, de lengua, de nación; con una hermandad real y sobrenatural de maravilla, en la que cada uno tiene un gran amor a la libertad y a la responsabilidad personales.

Una semilla de Dios, una familia que se va extendiendo después de haber roto la tierra seca, porque tuvo que romper mi inutilidad, mi ineficacia; porque tuvo que romper tanta oposición brutal... Las cosas de Dios vienen así, pequeñas; vienen con una suave violencia, abriéndose camino con dolor y abnegación. Nace el tallo después de haber muerto la semilla, y luego

¿as flores, que brillan con colores maravillosos y aromas embriagadores; y los frutos, los frutos sois vosotros y vuestras hermanas. Soñad. Tengo sesenta y seis años, y los sueños se han hecho realidades; y además no me siento viejo. ¿Veis cómo con la gracia y bendición de Dios, con la protección de nuestra Madre bendita Santa María —Spes Nostra, Sedes Sapientiae, filios tuos adiuva!; Stella Maris, Stella Orientis: me gusta llamarla así—, la Obra ha roto, ha cuajado, ha producido flores y aromas y frutos abundantes en el mundo entero?⁶.

ES JUSTO que —especialmente hoy— levante-mos nuestro corazón a Dios en reconocimiento filial, porque gracias a la oración y al sacrificio de nuestro Fundador hemos nacido a esta familia del Opus Dei, porque perseveramos en ella y gozamos de sus frutos sobrenaturales, porque el Señor nos ha dado tantos hermanos; en una palabra, porque la fidelidad de nuestro Fundador ha hecho posible esta alegría, que ahora y siempre acompaña nuestro camino.

El Señor quiere que la presencia del Padre, del Fundador, en nosotros, sea constante; que hablemos mucho de él. No veáis aquí una psicosis —escribe el Padre—: es lo lógico en una familia bien unida, en la que fallece el padre a quien se ama entrañablemente

(6) De nuestro Padre, Hornilla, 9-1-1968.

y se le recuerda con cariño de hijos. Más aún en nuestro caso, cuando es Padre de nuestras almas.

Si en nosotros ahora —pero esto ha de ocurrir siempre, hasta el fin de los tiempos, si nosotros y los que vengan después queremos agradar a Dios— aflora de modo continuo el ejemplo de nuestro Fundador, y viene su recuerdo a nuestra memoria, a nuestra imaginación, a nuestro pensamiento, con sus enseñanzas, con su figura entrañable, hemos de aprovechar ese regalo del Paráclito para que nos ayude a tener presencia de Dios, para que nos conduzca a Jesús, a María y a José, sus grandes Amores, y así serviremos fielmente a la Iglesia Santa, al Romano Pontífice, a la humanidad⁷.

Nuestra gratitud ha de ser operativa: debe manifestarse en obras concretas de fidelidad al espíritu y al modo de vivirlo que nos transmitió nuestro Padre. Hoy, además, podemos esforzarnos por estar especialmente unidos a nuestro Fundador y al Padre. *Unirse continuamente a las intenciones de nuestro Padre será en cualquier momento una buena oración. Porque en el Cielo sigue con sus intenciones, sigue velando por nosotros, por la Obra, por la Iglesia. Encomendad lo que nuestro Padre quiera: allí, además, con la luz divina que le alumbra, lo ve todo con más claridad que en la tierra, y lo quiere con más fuerza y lo pide con más eficacia.*

(7) Del Padre, *Carta*, 30-IX-1975, n. 26.

Tenemos todos un Padre de la Obra en el Cielo, y vosotros tenéis otro Padre en la tierra (...). Unios también a las intenciones de mi Misa, cada día, encomendad al Señor lo que yo le encomiende⁸.

Este puede ser el propósito de nuestra oración de hoy: estar muy unidos a las intenciones del Padre, que son las mismas de nuestro Fundador; reavivar el deseo de poner en práctica —hoy, ahora— lo que el Señor espera de cada uno de nosotros.

(8) Del Padre, *Carta*, 30-IX-1975, n. 50.

420.

9 de enero

ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE
NUESTRO PADRE (II)

—Dios fue preparando a nuestro Padre desde pequeño.

—El Señor se sirvió de los Abuelos para formar a nuestro Fundador.

—Agradecimiento a nuestro Padre, que tanto sufrió para abrirnos camino.

NUESTRO Padre fue el instrumento elegido por Dios para abrir un nuevo camino de santidad en medio del mundo, al servicio de la Iglesia y de las almas. Su correspondencia fidelísima a la Voluntad divina, sellada por la Cruz a lo largo de toda su vida, hizo posible que llegara hasta nosotros la llamada del Señor, que nacíamos a la vida de hijos de Dios en el Opus Dei. Al conmemorar hoy un nuevo aniversario de su nacimiento, deseamos manifestar a la Trinidad Beatísima nuestra acción de gracias más rendida.

Como en tantos otros momentos, la oración personal de nuestro Padre sirve de cauce a la nuestra. Decía en una fiesta de la Obra: *cuando hago mi oración en voz alta es, como siempre, para que la sigáis por vuestra cuenta y aprovechemos todos un poquito, queriendo buscar la raíz de la vida mía: cómo Dios*

Nuestro Señor fue preparando las cosas para que mi vida fuese normal y corriente, sin nada llamativo.

Me hizo nacer en un hogar cristiano, como suelen ser los de mi país, de padres ejemplares que practican y vivían su fe, dejándome en libertad muy grande desde chico, vigilándome al mismo tiempo con atención. Trataban de darme una formación cristiana, y allí la adquirí más que en el colegio, aunque desde los tres años me llevaron a un colegio de religiosas, y desde los siete a uno de religiosos.

Todo normal, todo corriente, y pasaban los años. Yo nunca pensé en hacerme sacerdote, nunca pensé en dedicarme a Dios. No se me había presentado el problema porque creía que eso no era para mí. Pero el Señor iba preparando las cosas, me iba dando una gracia tras otra, pasando por alto mis defectos, mis errores de niño y mis errores de adolescente...

Este camino por el que Dios me llevaba ha hecho que tenga repugnancia al espectáculo, a lo que parece que se sale de lo ordinario, configurando de esta manera una de las características de nuestro espíritu: la sencillez, el no llamar la atención, el no exhibir, el no ocultar. Como lo manifiesta aquella anécdota que os he contado tantas veces: cuando vestía un traje nuevo, me escondía debajo de la cama y me negaba a salir a la calle, tozudo...; y mi madre, con un bastón de los que usaba mi padre, daba unos ligeros golpes en el suelo, delicadamente, y entonces salía: por miedo al bastón, no por otra cosa.

Nunca me pegaron en casa: sólo una vez mi padre me dio un cachete, que no debió de ser muy fuerte. Nunca me imponían su voluntad; me tenían corto de dinero, cortísimo, pero libre. El Señor y Padre de los cielos, que me miraba con más cariño que mis padres, permitía que yo padeciera también humillaciones: las que puede sufrir un niño, ya no tan pequeño; tenía por aquel entonces doce o trece años¹.

HIJITOS míos, por quienes por segunda vez padezco dolores de parto, hasta formar a Cristo en vosotros². Como San Pablo a los fieles de Galacia, también a nosotros puede decirnos nuestro Padre estas palabras, porque sacar adelante la Obra le exigió penas sin cuento. Hijos míos, yo os he engendrado como las madres —comentó en alguna ocasión—, con dolor como las madres³.

Desde muy pequeño, nuestro Fundador tuvo por compañero de camino el sufrimiento. Un dolor llevado con alegría, con garbo humano y sobrenatural, del que fueron especialmente partícipes sus padres —los Abuelos— y sus hermanos. Por eso nunca podremos agradecerles bastante lo que hicieron por nuestro Padre y por la Obra.

(1) De nuestro Padre, Meditación ¿05 pasos de Dios, 14-11-1964.

(2) *Calar IV*, 19.

(3) De nuestro Padre, Crónica XII-61, p. 7.

Yo he hecho sufrir siempre mucho a los que tenía alrededor, nos confiaba abriendo su corazón. No he provocado catástrofes, pero el Señor, para darme a mí, que era el clavo —perdón, Señor—, daba una en el clavo y ciento en la herradura. Y vi a mi padre como la personificación de Job. Perdieron tres hijas, una detrás de otra, en años consecutivos, y se quedaron sin fortuna. Yo sentí el zarpazo de mis pequeños colegas; porque los niños no tienen corazón o no tienen cabeza, o quizá carecen de cabeza y de corazón...

Y fuimos adelante. Mi padre, de un modo heroico, después de haber enfermado del clásico mal —ahora me doy cuenta— que según los médicos se produce cuando se pasa por grandes disgustos y preocupaciones. Le habían quedado dos hijos y mi madre; y se hizo fuerte, y no se perdonó humillación para sacarnos adelante decorosamente. El, que habría podido quedar en una posición brillante para aquellos tiempos, si no hubiera sido un cristiano y un caballero, como dicen en mi tierra.

No creo que necesite sufragios; si los necesita, yo los hago en este momento. Le vi sufrir con alegría, sin manifestar el sufrimiento. Y vi una valentía que era una escuela para mí, porque después he sentido tantas veces que me faltaba la tierra y que se me venía el cielo encima, como si fuera a quedar aplastado entre dos planchas de hierro.

Con esas lecciones y la gracia del Señor, quizá ha-

*ya yo perdido en alguna ocasión la serenidad, pero pocas veces*⁴.

PASÓ el tiempo y vinieron las primeras manifestaciones del Señor: aquel barruntar que quería algo, algo. Nació mi hermano cuando mis padres estaban ya agotados por la vida. Tenía yo dieciséis años, cuando mi madre me llamó para comunicarme: vas a tener otro hermano. Con aquello toqué con las manos la gracia de Dios; vi una manifestación de Nuestro Señor. No lo esperaba.

Mi padre murió agotado. Tenía una sonrisa en los labios y una simpatía particular. No me ofusca mi cariño filial, pues yo no era un hijo ejemplar: me rebelaba ante la situación de entonces. Me sentía humillado. Pido perdón.

*Dios Nuestro Señor, de aquella pobre criatura que no se dejaba trabajar, quería hacer la primera piedra de esta nueva arca de la alianza, a la que vendrían gentes de muchas naciones, de muchas razas, de todas las lenguas*⁵.

Como buenos hijos, no hemos tenido necesidad de aprender a querer a nuestro Padre; es un cariño que nace y crece desde dentro, a veces casi sin darnos cuenta, conforme nos hemos ido haciendo

(4) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

(5) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

Opus Dei. Amar filialmente a nuestro Fundador es una necesidad que Dios mismo pone en nuestra alma. Sin embargo, no nos damos nunca por satisfechos: deseamos que ese afecto filial crezca cada vez más, porque comprendemos —cada día con nueva evidencia y claridad— cuánto nos ha amado y nos ama nuestro Padre, con qué generosidad recibió durante su vida entera toda clase de contrariedades, cómo se abrazó a la Cruz por amor de Dios y por amor a sus hijos, los que tenía entonces a su alrededor y los que habían de venir con el correr de los años.

Hace mucho tiempo, muchísimo —nos contaba una vez—, cuando vivía en Lagasca, una noche, estando ya acostado y empezando a conciliar el sueño —cuando dormía, dormía muy bien; no he perdido el sueño jamás por las calumnias, persecuciones y trapisondas de aquellos tiempos—, sonó el teléfono. Me puse y oí: Josemaría... Era don Leopoldo, entonces obispo de Madrid. Tenía una voz muy cálida. Ya muchas otras veces me había llamado a esa horas, porque él se acostaba tarde, de madrugada, y celebraba la Misa a las once de la mañana.

¿Qué hay?, le respondí. Y me dijo: ecce Satanás expetivit vos ut cribraret sicut triticum (Luc. XXII, 31). Os removerá, os zarandeará, como se zarandea al trigo para cribarlo. Luego añadió: yo rezo tanto por vosotros... Et tu... confirma filios tuos! (cfr. Luc. XXII, 32). Tú, confirma a tus hijos. Y colgó. ¿Bonito, verdad?

Pues, ahora que ya han pasado muchos años, todavía me sirve: confirmar a mis hijos⁶.

¿Sabéis por qué la Obra se ha desarrollado tanto? Porque han hecho con ella como con un saco de trigo: le han dado golpes, la han maltratado, pero la semilla es tan pequeña que no se ha roto; al contrario, se ha esparcido a los cuatro vientos, ha caído en todas las encrucijadas humanas donde hay corazones hambrientos de Verdad, bien dispuestos, y ahora tenemos tantas vocaciones, y somos una familia numerosísima, y hay millones de almas que admiran y aman a la Obra, porque ven en ella una señal de la presencia de Dios entre los hombres, porque advierten esa misericordia divina que no se agota⁷.

Podemos terminar nuestra meditación con las palabras que usó nuestro Padre en una homilía: *que demos gracias a Dios Nuestro Señor, que lo ha hecho todo muy bien, porque yo no he sido nunca el instrumento apropiado. Pedid al Señor conmigo que a todos, por los méritos e intercesión de su Madre, que es la Madre nuestra, nos haga instrumentos buenos y fieles*⁸.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 9-IX-1971.
P.V.I./<*nuestro Padre, Tertulia, 29-XII-1970.

(8) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

421.

9 de enero

ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE NUESTRO PADRE (III)

—Agradecimiento por la fecundidad sobrenatural de la vida de nuestro Fundador.

—El cariño de nuestro Padre a sus hijos es una realidad actual.

—Responsabilidad de corresponder como buenos hijos.

*CUANDO alabéis al Señor, alzad la voz cuanto podáis, que está muy por encima de vuestras alabanzas*¹.

Una vez más, al celebrar esta fiesta de familia, nos admiramos ante la generosidad con que Dios bendijo a nuestro Fundador. El Señor quiso darle un corazón a la medida del Corazón de Cristo, abierto a la multitud de almas que vendrían a la Obra con el transcurso de los siglos y a la humanidad entera. Es lógico, pues, que al pensar en la fecundidad sobrenatural de su vida, acuda a nuestros labios el elogio que hace la Escritura de aquellos varones justos que *fueron hombres piadosos, cuya justicia no cayó en el olvido. La dicha perdura con su linaje. Y su heredad pasó a los hijos de sus hijos (...). Su descendencia permanecerá para siempre y no se borrará su gloria*².

(1) *Eccli.* XLIII, 32.

(2) *Eccli.* XLIV, 10-13.

Esparcidos por los cuatro puntos cardinales, los hijos de Dios en el Opus Dei deseamos que nuestra oración suba hoy llena de agradecimiento hasta la Trinidad Beatísima: porque ha querido darnos un Fundador que nos ama con entrañas de padre y de madre, que nos lleva siempre en su corazón y nos ayuda a descubrir la inagotable belleza del Amor divino.

Mientras se hallaba físicamente entre nosotros, nuestro Padre habría rechazado en su humildad estas muestras de gratitud. Habría respondido, como en tantos otros momentos: *siento la urgente necesidad de todos vosotros; cada uno sois mi fortaleza. Tanto es así que, cuando hago la oración, os presento muchas veces al Señor con orgullo, como presentan las madres a sus hijos, y siempre tengo que decir: Señor, no me mires a mí, ne respicias peccata mea'...*

Yo, Señor —añado—, debería estar como un gusano delante de Ti, con la boca pegada al suelo; pero mira a mis hijos, mira la maravilla de estos hijos, de estas hijas, que te dan su juventud, su corazón limpio; mira sus virtudes... Me enjoyo con vuestra entrega diaria, hijos míos, y así me encuentro con una cierta autoridad para hablar con Nuestro Señor. ¿Veis?, éstos son mis poderes: vuestra entrega³.

Ahora ya podemos dar rienda suelta a los afectos del corazón sin disgustarle, y decir: gracias, Pa-

dre, por tus constantes plegarias y sacrificios en favor nuestro. Gracias por tu ejemplo y por tus palabras. Gracias por tu entrega y por tu fidelidad al cumplimiento de la Voluntad divina. Ayúdanos, con tu intercesión ante el Señor, a caminar fielmente por esta senda de la Obra, que tú abriste para nosotros con tu vida entera.

HIJOS de la oración y del sacrificio de nuestro Padre, y hermanados en esta gran familia por su fidelidad al Señor: así nos sentimos todos en el Opus Dei, seguros de estar sostenidos por un cariño que —si era grande cuando nuestro Fundador vivía en la tierra— se ha acrecentado sobremanera desde su tránsito al Cielo. Como entonces, y más que entonces, el amor paternal por cada uno de sus hijos se desborda en mil atenciones, que son un acicate para nuestra respuesta generosa.

El corazón se me apeg a mis hijos —nos confiaba en cierta ocasión—; no lo oculto y creo que lo notáis, pero es algo que me lleva a Dios: vosotros me empujáis a ser más fiel, y yo deseo ser siempre más fiel, también por vosotros.

De pocas cosas puedo ponerme de ejemplo. Sin embargo, en medio de todos mis errores personales pienso que puedo ponerme como ejemplo de hombre que sabe querer. Vuestras preocupaciones, vuestras penas, vuestros desvelos son para mí una continua llamada. Deseo

(3) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 12-13.

con este corazón mío, de padre y de madre, llevar todo sobre mis hombros *.

¡Qué claramente experimentamos la verdad de estas palabras! El Señor continúa sirviéndose de nuestro Padre para remover nuestras almas y hacernos cada día más Opus Dei. *¡Cómo os quiero a todos, hijos míos! (...). Os quiero con toda mi alma, os quiero más que vuestros padres, aunque no os haya visto nunca. Este cariño que os tengo, hijos, no es caridad oficial, seca; es caridad verdadera y cariño humano sensible porque sois mi tesoro (...).*

*Os quiero porque sois hijos de Dios, porque habéis decidido libremente ser mis hijos, porque tratáis de ser santos, porque sois muy fieles y muy majos: todos mis hijos lo son. Os quiero con el mismo cariño que sienten vuestras madres: con vuestros cuerpos y vuestras almas, con vuestras virtudes y vuestros defectos (...). Porque os quiero con el mismo corazón con que amo al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y a la Virgen Santísima; con el mismo corazón con el que quise a mi madre y a mi padre. Os quiero como todas las madres del mundo juntas: a todos igual, desde el primero hasta el último*⁵.

Quizá el Señor se sirva de estas palabras de nuestro Fundador como cariñoso reproche, para hacernos ver que nuestra correspondencia es mengüa-

te De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 9-10.
(5) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 10.

da. Hemos de sentirnos urgidos a recomenzar una vez más, a incorporar a nuestra vida —con toda fidelidad— el espíritu de la Obra, a ser dóciles a la gracia para no obstaculizar la labor del Paráclito en nuestra alma. Sólo así llegaremos a ser instrumento eficaz para hacer el Opus Dei en la tierra, como lo fue nuestro Fundador. Sólo así viviremos auténticamente el espíritu de filiación, porque estaremos obrando como nuestro Padre lo haría. Sólo así sere- mos de verdad Opus Dei.

PROCURAD ser muy fieles, hijos. Cuando pasen los años no os creeréis lo que habéis vivido; os parecerá que habéis soñado. ¡Cuántas cosas buenas y grandes y preciosas vais a ver!... Os aseguro que seréis felices, aunque a veces tengáis que sufrir. Además, os prometo el Cielo. Basta que seáis fieles, aunque a veces haya dolor. Si alguna vez tenéis un bajón, animaos y no os preocupéis. Descansad, obedeced al médico, comed, dormid, y no me hagáis padecer, que os quiero mucho y sufro; no por mí, sino por Jesús. Sed fieles, hijos.

Cuando el Señor me haya llamado a su presencia, casi todos vosotros —es ley de vida— seguiréis en la tierra. Acordaos entonces de lo que os decía el Padre: os quiero mucho, mucho, con locura, pero os quiero fieles. No lo olvidéis: sed fieles. Os querré también después, cuando haya ya dejado este mundo para ir, por la misericordia infinita del Señor, a go-

zar de Dios. *Tened la seguridad de que entonces os querré más aún*⁶.

Ya se han cumplido estas promesas, y cada uno de nosotros percibe a nuestro Padre muy cerca de su vida y de su trabajo: alentándonos, bendiciéndonos, ayudándonos.

En muchas ocasiones, consciente de su responsabilidad ante el Señor, nuestro Fundador dirigía a sus hijos unas palabras que conservan validez perenne, porque todos —también quienes no le conocieron en la tierra— le tratamos íntimamente y recibimos pruebas constantes de su cariño. *Procuro estar siempre como en las bodas del Gran Rey*, nos decía. *¿Recordáis aquellos tiempos en los que, cuando se celebraban las bodas de los reyes, se acostumbraba a tirar monedas a voleo? Hijos, yo procuro no repartir calderilla, moneda de cobre, sino monedas de oro, oro de Dios. Tengo la obligación de daros oro bueno, monedas de oro purísimo; si no las recogéis hacéis mal, y Dios Nuestro Señor os pedirá cuenta muy estrecha*⁷.

Este pensamiento nos ayudará a ser fieles, hijos responsables que no piensan sino en la familia, con el corazón y la mente y todas las fuerzas puestas en sacar adelante la Obra. Así hemos visto actuar a nuestros hermanos mayores, que incorporaron a su vida, con fidelidad íntegra, el espíritu de nuestro Pa-

(6) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 12.

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 13-14.

dre e hicieron realidad aquellas palabras de la Sagrada Escritura: *su heredad pasó a los hijos de sus hijos; su linaje se mantiene fiel a la alianza*⁸. De este modo seremos el gozo de nuestro Fundador en el Cielo, y alegría y descanso del Padre en la tierra.

Amamos el Opus Dei con toda el alma: es nuestra vida, nuestra ocupación, nuestra esperanza... Y, sin embargo, necesitamos agrandar cada día ese amor, pedir a Dios que nos conceda responsabilidad de hijo primogénito que sabe arrimar el hombro, siendo apoyo para su padre y fortaleza para sus hermanos; que nos enseñe a dejar de lado intereses y fines personales, para cargar con el dulce peso de ese amor, que sólo sabe de deberes gustosos, cumplidos con el señorío del mejor derecho.

Pedid al Señor conmigo, hijas e hijos queridísimos —son palabras de nuestro Fundador—, *que, a todos, por los méritos de su Madre que es Madre nuestra, nos haga instrumentos buenos y fieles (...), para que consummati in unum (Ioann. XVII, 23), haya en nosotros una sola alma y un solo corazón (cfr. Act IV, 32) (...).*

Pido al Señor para vosotros y para mí que nos dé un mismo sentir en Cristo Jesús, para que unánimes, a una sola voz, glorifiquemos a Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo (Rom. XV, 5 y 6)'.

(8) Eccli. XLIV, 10-12.

(9) De nuestro Padre, Carta, 2-II-1945, n. 37.

422.

24 de enero

SANTA MARÍA DE LA PAZ

—La paz verdadera y el orden instaurado por Dios en el mundo.

—Los cristianos hemos de empeñarnos especialmente en la tarea de difundir la paz.

—La paz es fruto de la lucha interior.

CELEBRAMOS hoy la memoria litúrgica de Santa María de la Paz, titular de nuestra Iglesia prelati-
cia. En esta advocación mariana, la Santísima Vir-
gen se nos presenta como dispensadora de esa paz
interior y duradera prometida por Cristo a sus
discípulos¹.

La aspiración a la paz es universal, porque Dios
mismo la ha sembrado en los corazones humanos.
*Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los
hombres de buena voluntad*², proclamaron los Ange-
les en la primera Navidad. *Pax in coelo, paz en el cie-
lo* —comentaba nuestro Padre—. *Pero miremos tam-
bién el mundo: ¿por qué no hay paz en la tierra? No;
no hay paz; hay sólo apariencia de paz, equilibrio de
miedo, compromisos precarios. No hay paz tampoco en
la Iglesia, surcada por tensiones que desgarran la*

(1) Cfr. *Ioann.* XIV, 27.

(2) *Luc.* II, 14.

*blanca túnica de la Esposa de Cristo. No hay paz en
muchos corazones, que intentan vanamente compensar
la intranquilidad del alma con el ajetreo continuo, con
la pequeña satisfacción de bienes que no sacian, por-
que dejan siempre el amargo regusto de la tristeza*³.

Mucho se habla de la convivencia entre las nacio-
nes y de los males de la guerra; y, sin embargo, se dan
en el mundo tensiones y violencias. Y es que el afán de
paz en la tierra resulta estéril si se limita a evitar lo
que produce un desorden externo. *La paz no es la me-
ra ausencia de la guerra* —enseña el Concilio Vaticano
II—, *ni se reduce al solo equilibrio de las fuerzas ad-
versarias, ni surge de una hegemonía despótica, sino
que con toda exactitud y propiedad se llama "obra de
la justicia"* (Isai. XXXII, 7). *Es el fruto del orden plan-
tado en la sociedad humana por su divino Fundador, y
que los hombres, sedientos siempre de una más perfec-
ta justicia, han de llevar a cabo* *.

Como afirmaba nuestro Padre, *el mundo es bue-
no; fue el pecado de Adán el que rompió la divina ar-
monía de lo creado, pero Dios Padre ha enviado a su
Hijo unigénito para que restableciera esa paz*⁵. Sólo
Cristo, *Príncipe de la paz*⁶, puede dar la verdadera
tranquilidad a las gentes, porque ha vencido el peca-
do en la Cruz.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 73.

(4) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium el spes*, n. 78.

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 112.

(6) *Isai.* IX, 6.

*La paz es un gran don de Dios y, en cambio, la guerra (...) es un castigo enorme de Dios, flagelo que hace olvidar todos los mandamientos, que justifica todas las malas causas. Pidamos la paz, exhortaba nuestro Fundador. Muchas veces al cabo del día, en el fondo de vuestro corazón, para conservar la presencia de Dios en cualquier lugar donde estéis, buscad a Dios y decidle: Cor Iesu Sacratissimum, dona nobis pacem!: danos la paz, Señor*⁷.

*LA PAZ se construye día a día, con el esfuerzo por instaurar el orden querido por Dios, que comporta una justicia más perfecta entre los hombres*⁸. Nadie puede sustraerse a este deber, porque difundir la paz entre los hombres es tarea de todos. Por eso la Iglesia, en el Concilio Vaticano II, ha hecho un ardiente llamamiento a los cristianos, para que con el auxilio de Cristo, autor de la paz, cooperen con todos los hombres a cimentar la justicia y el amor y a aportar los medios de la paz⁹.

Es misión de los hijos de Dios pacificar la tierra: *ante el mal, no contestaremos con otro mal, sino con la doctrina clara y con la acción buena: ahogando el mal en abundancia de bien (cfr. Rom. XII, 21). Así Cristo reinará en nuestra alma, y en las almas de los*

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 24-IX-1967.

(8) Pablo VI, Litt. ene. *Populorum progressio*, 26-11-1967, n. 76.

(9) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 77.

*que nos rodean*¹⁰. Cada uno puede influir en las personas que tiene junto a sí, en las familias y grupos sociales, en los focos de información y de cultura..., y contribuir —con la gracia divina— a que cesen discordias y rencores, y se implante en todas partes la paz de Cristo.

Especialmente los hijos de Dios en el Opus Dei *hemos de poner todos los medios a nuestro alcance, para llevar por todo el mundo este mensaje de paz y de felicidad, que el Señor ha querido renovar por medio de la Obra*¹¹. Basta con ser fieles al espíritu que nos ha enseñado nuestro Fundador; un espíritu alegre, positivo, que nos impulsa a buscar lo que une y no lo que separa. *La nuestra es una siembra de paz, de comprensión, de amor*, explicaba nuestro Padre. *Disculpamos a todo el mundo, comprendemos a todo el mundo, no nos sentimos dolidos por nada, aunque a veces nos hieran y nos molesten. Todo es accidental. Nosotros, en cambio, somos lo permanente: porque estamos haciendo una Obra divina. Vuestra única preocupación ha de ser ésta: que seáis santos, audaces, valientes*¹².

Sed fieles a vuestra vocación, todos los hijos de Dios en esta Obra de Dios. Vivid, con las virtudes sobrenaturales, las virtudes humanas. Llevad la caridad de Jesucristo a todos los caminos de la tierra, caminos divinos de la tierra.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 182.

(11) De nuestro Padre, Noticias XI-70, p. 23.

(12) De nuestro Padre, Noticias VI-63, p. 60.

*Y extended por todo el mundo el influjo —callado y fértil— de vuestro trabajo de apóstoles, quasi fluvium pacis, como río de paz flsai. LXVI, 12)*¹³.

EN NUESTRA Iglesia prelatía hay una vitrina llena de sables y espadas, que nuestro Padre hizo poner ahí para significar que *la paz es algo muy relacionado con la guerra. La paz es consecuencia de la victoria. La paz exige de mí una continua lucha*^u; esa lucha que cada uno ha de mantener contra sus malas inclinaciones, para que Cristo reine en el alma.

Todos los días —comentaba en cierta ocasión— *digo muchas veces al Señor, como jaculatoria, que nos dé la paz: la paz del alma, la paz de las familias, la paz de la sociedad, la paz de la Iglesia, la paz del mundo. Amo la paz por encima de todo, pero sé —tengo experiencia personal y experiencia de tantas almas— que sólo alcanzaremos esa paz si hemos sabido vencer en la guerra personal que cada uno sostiene en su propio frente, en cosas generalmente pequeñas. No creo en los pacifistas que no luchan consigo mismos por dentro. Porque, queramos o no queramos, todos tenemos que afrontar esa guerra interna, personal, continua*¹⁵.

Es ésta la enseñanza de la Iglesia cuando afirma que, para implantar la paz en el mundo, *tenemos to-*

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 175.

(14) *Camino*, n. 308.

(15) De nuestro Padre, *Tertulia*, IIV-1972.

*dos que cambiar nuestros corazones*¹⁶. *No hay paz entre los hombres si no hay paz dentro de cada uno de ellos, es decir, si cada uno no instaure en sí mismo el orden querido por Dios. "¿Tu alma quiere vencer las pasiones?" —se pregunta San Agustín—. Sométase a Quien está arriba y vencerá lo que está abajo. Y habrá paz dentro de ti: una paz verdadera, segura, ordenada. ¿Cuál es el orden de esta paz? Que Dios mande en el alma, y el alma en el cuerpo; nada hay más ordenado"* (San Agustín, *Sermones post Maur. reperti*)¹⁷.

La unión con Dios, diariamente procurada mediante el cumplimiento delicado de las Normas, constituye la mejor garantía de victoria en la pelea, aunque a veces haya pequeñas derrotas, que se remedian con un acto de dolor de amor. Esta lucha constante nos lleva al *gaudium cum pace*. *Para amar de verdad es preciso ser fuerte, leal, con el corazón firmemente anclado en la fe, en la esperanza y en la caridad. Sólo la ligereza insubstancial cambia caprichosamente el objeto de sus amores, que no son amores sino compensaciones egoístas. Cuando hay amor, hay entereza: capacidad de entrega, de sacrificio, de renuncia. Y, en medio de la entrega, del sacrificio y de la renuncia, con el suplicio de la contradicción, la felicidad y la alegría. Una alegría que nada ni nadie podrá quitarnos*¹⁸.

(16) Concilio Vaticano II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 82.

(17) Juan XXIII, Litt. ene. *Pacem in terris*, II-IV-1963.

(18) *Es Cristo que pasa*, n. 75.

También en la Iglesia prelatia, debajo del altar, nuestro Padre hizo colocar reliquias de San Ju-
cundiano y de Santa Felicidad, nombres que nos re-
cuerdan que el *gaudium cum pace*, que Dios concede
como premio a la entrega, es siempre consecuencia
de la pelea interior. *La verdadera paz se alcanza
cuando cada uno lucha contra sus malas inclinaciones.
Entonces, esa paz, que es fruto de la victoria contra sí
mismo, se lleva a las familias y se derrama sobre la so-
ciedad y sobre el mundo entero. Sólo cuando los cris-
tianos seamos verdaderamente hombres de paz —por-
que seamos hombres de lucha—, sólo entonces habrá
paz en el mundo. Por lo demás, no os hagáis ilusiones:
siempre tendréis que pelear contra vosotros mismos,
mientras dure vuestra vida sobre la tierra, aunque lle-
guéis a ser muy viejos*¹⁹.

Ponemos esta lucha por cumplir la Voluntad de
Dios bajo la protección de Santa María de la Paz.
Que Ella nos obtenga de su Hijo la victoria, y que
una ola de verdadera paz se difunda en el mundo en-
tero, como efecto de un empeño mayor de los cristia-
nos por corresponder a la gracia divina²⁰.

(19) De nuestro Padre, Tertulia, 8-IV-1972.

(20) Cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 74.

423.

OCTAVARIO POR LA UNION DE LOS CRISTIANOS (I)

—Oración de Cristo por la unidad de la Iglesia durante la
Ultima Cena.

—El verdadero ecumenismo nos mueve a ser intransigentes
en la doctrina y transigentes con las personas.

—Frutos de este modo de actuar.

COMIENZA hoy el octavario por la unión de los
cristianos: unos días de súplicas especiales a la San-
tísima Trinidad, pidiendo el pleno cumplimiento de
las palabras del Señor en la Última Cena: *Padre San-
to, guarda en tu nombre a aquellos que me has dado,
para que sean uno como nosotros*¹. Urgidos por el es-
píritu de la Obra, nos disponemos a vivirlo en uni-
dad de afanes con la Iglesia, llenos de esperanza so-
brenatural, pues sabemos que ha de ser el Espíritu
Santo quien mueva los corazones de cuantos creen
en Cristo y realice la unidad perfecta de todos los
cristianos en la única Iglesia.

Nuestra oración sigue la pauta de la súplica sa-
cerdotal de Jesús, en la víspera de su Pasión. Llega-
da la hora de pasar de este mundo al Padre, el Señor
ruega por una Iglesia santa y compacta, con una uni-

(1) *Ioann.* XVII, 11.

dad que realce su belleza, pues *el modelo supremo y sumo principio de este misterio es, en la Trinidad de Personas, la Unidad de un solo Dios Padre e Hijo en el Espíritu Santo*².

Como Buen Pastor *que da la vida por sus ovejas*³, Jesucristo ruega por la unidad de su grey. Durante años ha guiado a sus discípulos, se ha preocupado de ellos, uno a uno; pero sabe que el enemigo acecha siempre para arrebatar las ovejas y dispersar el rebaño⁴; y su Corazón sufre, sabiendo que muchas se descarriarán y abandonarán el redil.

La oración de Cristo alcanza también a quienes nunca se han contado entre sus seguidores, aquellos que ni siquiera han conocido su rebaño: *tengo otras ovejas que no son de este redil, a éstas también es necesario que las traiga, y oirán mi voz y formarán un solo rebaño, con un solo pastor*⁵.

La Iglesia desea que con ocasión de este octavario demos un paso más en la identificación de nuestros sentimientos con los de Jesús. Conocedores de las vicisitudes de la historia de la Iglesia, y conscientes de la debilidad del corazón humano, tan pronto al error y a la discordia, nuestra oración ha de cobrar nueva fuerza, sumándose a la petición del Buen Pastor: *como Tú, Padre, en mí y Yo en ti, que así ellos estén en*

(2) Concilio Vaticano II, *decretum* *Vinitatis* "dimegratio. n. 2.

(3) *Ioann. X, 11*.

(4) Cfr. *Ioann. X, 12*.

(5) *Ioann. X, 16*.

*nosotros (...), que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y Tú en mí, para que sean consumados la unidad, y conozca el mundo que Tú me has enviado y los has amado como me amaste a mí*⁶.

LA DOCTRINA católica no es una elaboración de la inteligencia humana: la hemos recibido de la Iglesia, que nos transmite fielmente las verdades que Jesucristo entregó a los Apóstoles. Por eso, si queremos ser fieles al Señor, hemos de conservar sus enseñanzas, tratar de conocerlas mejor, de vivirlas y transmitirlas íntegramente a los demás hombres.

Guarda el depósito que te he entregado \ escribió San Pablo a Timoteo. Y comenta San Vicente de Lérins; *¿qué es el depósito? Es lo que tú has creído, lo que tú has encontrado; lo que recibiste, no lo que tú pensaste; algo que procede, no del ingenio personal, sino de la doctrina; no fruto de rapiña privada, sino de tradición pública. Es una cosa que ha llegado hasta ti, que por ti no ha sido inventada; algo de lo que tú no eres autor, sino guardián; no creador, sino conservador; no conductor, sino conducido.*

Guarda el depósito: conserva limpio e inviolado el talento de la fe católica. Lo que has creído, eso mismo permanece en ti, eso mismo entrega a los demás.

(6) *Ioann. XVII, 21-23*.

(7) *1 Tim. VI, 20*.

*Oro has recibido, oro devuelve; no sustituyas una cosa con otra, no pongas plomo en lugar de oro, no mezcles nada fraudulentamente. No quiero apariencia de oro, sino oro puro*⁸.

Como ha recordado el Concilio Vaticano II, hablando del recto ecumenismo, *la manera y el sistema de exponer la fe católica no debe convertirse, en modo alguno, en obstáculo para el diálogo con los hermanos. Es de todo punto necesario que se exponga claramente toda la doctrina. Nada es tan ajeno al ecumenismo como ese falso irenismo, que daña la pureza de la doctrina católica y oscurece su genuino y definitivo sentido*⁹.

Lo que pertenece al depósito de la Revelación, escribía nuestro Fundador en 1933, lo que —fiándonos de Dios, que ni se engaña ni nos engaña— conocemos como verdad católica, no puede ser objeto de compromiso, sencillamente porque es la verdad, y la verdad no tiene términos medios.

¿Habéis pensado alguna vez en lo que resultaría si, a fuerza de querer transigir, se hicieran —en nuestra santa fe católica— todos los cambios que los hombres pidieran? Quizá se llegaría a algo en lo que todos estuvieran de acuerdo, a una especie de religión caracterizada sólo por una vaga inclinación del corazón, por un sentimentalismo estéril, que ciertamente —con un

(8) San Vicente de Lerins, *Commonitorium* 22.

(9) Concilio Vaticano II, decr. *Vnitatis redintegratio*, n. 11.

poco de buena voluntad— puede encontrarse en cualquier aspiración a lo sobrenatural; pero esa doctrina ya no sería la doctrina de Cristo, no sería un tesoro de verdades divinas, sino algo humano, que ni salva ni redime; una sal, que se habría vuelto insípida.

*A esa catástrofe llevaría la locura de ceder en los principios, el ansia de disminuir diferencias doctrinales, las concesiones en lo que pertenece al depósito intangible, que Jesús entregó a su Iglesia. La verdad es una sola, hijos míos, y aunque en cosas humanas sea difícil saber de qué parte está lo cierto, en las cosas de fe no sucede así*¹⁰.

*Esta santa intransigencia en lo que pertenece al depósito de la fe, debe ir siempre acompañada de una transigencia —igualmente santa— con las personas que no poseen la plenitud de la verdad católica. Así nos lo enseñó nuestro Fundador, con su palabra y con su ejemplo: defendemos con caridad la libertad de las conciencias, nos mostramos y somos amigos leales, que saben acoger siempre con cordialidad a todas las almas, especialmente en momentos de apuro. Pero no podemos hacer componendas con la fe*¹¹.

EL ERROR no sólo oscurece las inteligencias, sino que divide las voluntades. Sólo cuando los hombres se

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VIM933, n. 7.

(11) De nuestro Padre, *Tertulia*, 4-IV-1971.

*acostumbren a decir y a oír la verdad, habrá comprensión y concordia. A eso vamos: a trabajar por la Verdad sobrenatural de la fe, sirviendo también lealmente todas las parciales verdades humanas; a llenar de caridad y de luz todos los caminos de la tierra: con constancia, con competencia, sin desmayos ni omisiones*¹².

El amor a Dios nos lleva a querer saciar la aspiración de felicidad y de verdad que el Creador ha impreso en todas las almas. Distintas son las circunstancias en que cada persona se encuentra, peculiar su situación, diverso el grado de verdad que ha alcanzado. Por eso, serán diferentes los medios para llevar a todos a la única Fe, en el único Amor y con la única Esperanza.

Debemos aplicar los remedios oportunos, sobrenaturales y humanos, a pesar de las dificultades que puedan presentarse en esta senda, porque ese esfuerzo contribuye —como enseña el Magisterio de la Iglesia— *al bien de la justicia y de la verdad, de la concordia y de la colaboración, del espíritu fraterno y de la unión; para que, poco a poco, superados los obstáculos que impiden la perfecta comunión eclesial, todos los cristianos se congreguen en la única celebración de la Eucaristía, en la unidad de una única Iglesia* ¹³.

Es preciso tender un puente de comprensión, de respeto, de afecto, con todos los no católicos. Si nos

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1939, n. 5.

(13) Concilio Vaticano II, decr. *Unitatis redintegratio*, n. 4.

preguntan por nuestra fe —explicaba nuestro Padre—, *diremos la verdad: no quiero ofenderte, pero te engañaría si no dijera que yo estoy en la verdadera fe, y tú en el error. Te respeto, no te molestaré por eso, seguiremos siendo amigos, pero la verdadera fe es la mía (...).*

*No les ofendáis nunca. Podemos decir todo, sin necesidad de molestar a nadie*¹⁴.

Llegar a compromisos en lo que es de fe, cediendo en la doctrina aunque fuera sólo un poco, significaría un engaño y una falta de nobleza con quienes, movidos por verdaderos deseos de unidad, desean conocer la doctrina de la Iglesia. Esa actitud de falsa caridad es poco leal con las almas. *Obrar así no es dialogar; es traicionar. Además, y aparte de que no se puede hacer el mal para conseguir el bien, ni siquiera sirve como táctica: cuando un cristiano cede habitualmente en cosas de fe, es síntoma de que no es cristiano plenamente; y se desconfía de él, porque quien ha traicionado una vez, fácilmente traiciona muchas veces más*¹⁵.

Acabamos la oración, haciendo nuestro el consejo de nuestro Fundador: *ofrece la oración, la expiación y la acción por esta finalidad: "ut sint unum!"* —para que todos los cristianos tengamos una misma voluntad, un mismo corazón, un mismo espíritu: para que *"omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!"* —que todos, bien unidos al Papa, vayamos a Jesús, por María¹⁶.

(14) De nuestro Padre, *Tertulia*, 4-IV-1971.

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 27.

(16) *Forja*, n. 647.

424.

OCTAVARIO POR LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS (II)

- Es una y única la Iglesia fundada por Jesucristo.
- Sin unión con la Iglesia no hay frutos sobrenaturales.
- Responsabilidad personal para conservar y mejorar esa unidad.

A LO largo de estos días, mientras pedimos al Señor que acelere los tiempos de la ansiada unión de todos los cristianos, queremos considerar la belleza divina de la Iglesia, que El quiso fundar en la tierra como *signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad del género humano*¹.

De muchos modos designa la Sagrada Escritura a la Iglesia. Es el redil cuya única y obligada puerta es Cristo, el campo que El mismo cultiva en la tierra, la Casa de Dios, la Esposa inmaculada del Cordero, el Cuerpo Místico de Cristo²... Imágenes y figuras variadísimas que intentan expresar de algún modo la riqueza interior de la Iglesia, su perfección y belleza, su unión estrechísima e indisoluble con Cristo, su carácter al mismo tiempo espiritual y social.

Esta Iglesia fundada por Cristo se reconoce *por aquellas cuatro notas, que se expresan en la confesión*

(1) Concilio Vaticano II. Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 1.

(2) Cfr. Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 6-7.

*de fe de uno de los primeros Concilios, como las rezamos en el Credo de la Misa: Una sola Iglesia, Santa, Católica y Apostólica (Symb. Const.). Esas son las propiedades esenciales de la Iglesia, que derivan de su naturaleza, tal como la quiso Cristo. Y, al ser esenciales, son también notas, signos que la distinguen de cualquier otro tipo de reunión humana, aunque en estas otras se oiga pronunciar también el nombre de Cristo*³.

Aun siendo una y única la Iglesia fundada por Nuestro Señor, *son muchas las Comunidades cristianas que se proponen a los hombres como herencia verdadera de Jesucristo. Todos profesan, es cierto, que son discípulos del Señor, pero sienten de modo diverso y caminan por vías distintas, como si Cristo mismo estuviese dividido. Tal división no sólo contradice abiertamente la voluntad de Cristo, sino que es también un escándalo para el mundo y perjudica a la causa santísima de la predicación del Evangelio* *.

Precisamente en estos días rezamos más intensamente para que Dios abra los ojos a cuantos están fuera de la Iglesia y mueva sus corazones, a fin de que retornen al único redil de Cristo. Esta es la Voluntad manifiesta de Jesús, que *no concibió ni formó a la Iglesia de modo que comprendiera una pluralidad de comunidades semejantes en su género, pero distintas, y no ligadas por aquellos vínculos que ha-*

(3) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(4) Concilio Vaticano II, decr. *Unitatis redintegratio*, n. 1.

cen a la Iglesia indivisible y única (...). Cuando Jesucristo hablaba de este místico edificio, sólo recuerda a una única Iglesia, a la que llama suya: "edificaré mi Iglesia" (Matth. XVI, 18). Cualquiera otra que fuera de ésta se imagine, al no ser fundada por Jesucristo, no puede ser la verdadera Iglesia de Jesucristo⁵.

¿La unión de los cristianos?, se preguntaba nuestro Padre. Y respondía: sí. Más aún: la unión de todos los que creen en Dios. Pero sólo existe una Iglesia verdadera. No hay que reconstruirla con trozos dispersos por todo el mundo⁶.

EL HIJO de Dios decretó que la Iglesia fuese su Cuerpo Místico y que, por tanto, estuviese unida a El como a su Cabeza, a semejanza del cuerpo humano asumido, que de modo natural está perfectamente unido a la cabeza⁷.

En cuanto Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia es un organismo sano en el que los diversos miembros viven no para sí mismos, sino para el conjunto. Si el pie dijera al oído: como no soy ojo, no soy del cuerpo, no por eso dejaría de ser del cuerpo. Si todo el cuerpo fuera ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuera oído, ¿dónde estaría el olfato?⁸. Si los miembros no quisie-

(5) León XIII, Litt. ene. *Satis cognitum*, 29-VI-1896.

(6) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VM972.

(7) León XIII, Litt. ene. *Satis cognitum*, 29-VI-1896.

(8) I Cor. XII, 15-17.

ran permanecer en su lugar propio, si buscaran independizarse de la cabeza, se destruiría la unidad del cuerpo y se llegaría a la muerte. Tu cuerpo —comenta nuestro Padre— necesita de cada uno de los miembros, pero cada uno de los miembros necesita del cuerpo entero. —¡Ay, si mi mano dejara de cumplir su deber..., o si dejara de latir el corazón!⁹.

La experiencia, desdichadamente repetida a lo largo de la historia, ha sido siempre la misma: ¿no veis que los que se separan de la Iglesia, a veces estando entonces cargados de fruto, no tardan en secarse y sus mismos frutos se convierten en gusanera viviente? Amad a la Iglesia Santa, Apostólica, Romana, ¡Una!¹⁰.

Misión de quienes amamos a la Iglesia es procurar que ninguna rama se desgaje del tronco, y que los que se han separado vuelvan a la unidad. Condición imprescindible para alcanzar esta unidad es percatarse de que la existencia de la Iglesia obedece no a un precario proyecto del hombre, sino a un designio de Dios. La Redención, la salvación del mundo, es obra de la amorosa y filial fidelidad de Jesucristo —y de nosotros con El— a la voluntad del Padre celestial que le envió. Por eso, el aggiornamento de la Iglesia —ahora, como en cualquier otra época— es fundamentalmente eso: una reafirmación gozosa de la fidelidad del Pueblo de Dios a la misión recibida, al Evangelio¹¹.

(9) Forja, n. 471.

(10) De nuestro Padre, Carta, 31-V-1954, n. 29.

(11) Conversaciones, n. 1.

Ante las desviaciones que podrían poner en peligro la unidad, nuestro Fundador nos enseñó a reaccionar con sentido sobrenatural y amorosa fidelidad al Magisterio. *Un marido, un soldado, un administrador* —nos decía— *es siempre tanto mejor marido, tanto mejor soldado, tanto mejor administrador, cuanto más fielmente sabe hacer frente en cada momento, ante cada nueva circunstancia de su vida, a los firmes compromisos de amor y de justicia que adquirió un día* ¹². De ese modo, estaremos siempre vigilantes, para no dejarnos confundir. Así, ante los errores humanos, aflorará nuestro sentido sobrenatural y todo, absolutamente todo, nos llevará a amar más a la Iglesia, a sentirnos parte del Cuerpo Místico de Cristo, y nos dolerán los jirones y las heridas que este Cuerpo pueda recibir. Pero, con sentido positivo y optimista de la realidad, porque trabajamos con Dios, que no pierde batallas, que no nos faltará hasta el final de los tiempos, cuando venga a recogernos, en su misericordia infinita, para que nunca más nos separemos de su lado ¹³.

JESUCRISTO fundó una sola Iglesia, repetía nuestro Padre. Y añadía: *no hay iglesias. La Iglesia es una*: sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Matth. XVI, 18). *¡Sólo una! (...). Que os quede bien grabado en el corazón.*

(12) *Conversaciones*, n. 1.

(13) De nuestro Padre, Noticias IX-68, pp. 58-59.

Padre, entonces, ¿es que no queremos a los que están fuera? Con todo el corazón, pero para venir a la Iglesia de Cristo tienen que pasar por la puerta, dejando fuera todo lo que les estorba, y adquiriendo lo que no tienen. ¿Cómo vamos a hacer la unidad? ¿Destruyendo para eso la Iglesia católica, y dejando intangibles los errores de los demás? ¿Eso es unidad? ¹⁴.

En los últimos años de su vida, nuestro Padre sufrió muy especialmente cuando en algunos ambientes se tendía a ceder en la verdades de la fe, con la excusa de favorecer la causa del ecumenismo. Su corazón se llenaba de dolor, pero también de esperanza, porque sabía que el Espíritu Santo anima siempre el Cuerpo Místico de Cristo. *Ahora* —decía en 1971— *que todo está como un cadáver que se deshace —¡sólo en apariencia!*—, *somos muchos los cristianos —la inmensa mayoría— que permanecemos compactos por la misericordia del Señor. Los que sean fieles verán que la Iglesia renace y vuelve a tener la unidad y la hermosura de siempre* ¹⁵.

Nos animaba nuestro Fundador a pedir a Dios *que en la Iglesia Santa, nuestra Madre, los corazones de todos, como en la primitiva cristiandad, sean un mismo corazón, para que hasta el final de los siglos se cumplan de verdad las palabras de la Escritura: "multitudinis autem credentium erat cor unum et anima*

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 4-II-1973.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 31-X-1971.

una" —la multitud de los fieles tenía un solo corazón y una sola alma¹⁶. Y, como lógica consecuencia de esa oración, nos estimulaba al examen: *te hablo muy seriamente: que por ti no se lesione esta unidad santa. ¡Llévalo a tu oración!*¹⁷.

También nos enseñó que *defender la unidad de la Iglesia se traduce en vivir muy unidos a Jesucristo, que es nuestra vid. ¿Cómo? Aumentando nuestra fidelidad al Magisterio perenne de la Iglesia (...). Así conservaremos la unidad: venerando a esta Madre Nuestra sin mancha; amando al Romano Pontífice*¹⁸.

El Señor cuenta con ese esfuerzo nuestro, personal y diario, para sentirnos responsables de esa misión. No podemos, por negligencia o falta de interés vivo, defraudar las esperanzas de cuantos esperan encontrar en la Esposa de Cristo el camino del Cielo. Hemos de vibrar siempre: *si nos comportamos así, encontraremos —junto a la Cruz— a María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra. De su mano bendita llegaremos a Jesús y, por El, al Padre, en el Espíritu Santo*¹⁹.

(16) Forja, n. 632.

(17) Forja, n. 632.

(18) De nuestro Padre, Homilía *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(19) De nuestro Padre, Homilía, *El fin sobrenatural de la Iglesia*, 28-V-1972.

425.

OCTAVARIO POR LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS (III)

—La unidad y la fraternidad en la Iglesia.

—Hemos de vivir la caridad con todos, ordenadamente.

—Unidad no es uniformidad.

LOS HECHOS de los Apóstoles narran cómo los primeros cristianos *perseveraban unánimes en la oración* \ y que *la multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y nadie consideraba como suyo lo que poseía, sino que tenían todas sus cosas en común*².

Nuestro Fundador nos recordaba que *forma parte esencial del espíritu cristiano no sólo vivir en unión con la Jerarquía ordinaria —Romano Pontífice y Episcopado—, sino también sentir la unidad con los demás hermanos en la fe. Desde muy antiguo he pensado que uno de los mayores males de la Iglesia en estos tiempos, es el desconocimiento que muchos católicos tienen de lo que hacen y opinan los católicos de otros países o de otros ámbitos sociales. Es necesario actualizar esa fraternidad, que tan hondamente vivían los primeros cristianos. Así nos sentiremos unidos, amando al mismo tiempo la variedad de las vocaciones personales; y*

(1) Act. I, 14.

(2) Act. IV, 32.

se evitarán no pocos juicios injustos y ofensivos, que determinados pequeños grupos propagan —en nombre del catolicismo—, en contra de sus hermanos en la fe, que obran en realidad rectamente y con sacrificio³.

Todos debemos sentirnos llamados a fomentar la unidad dentro de la Iglesia, garantía de eficacia para la acción ecuménica, porque *la unidad es síntoma de vida: desunirse es putrefacción, señal cierta de ser un cadáver*⁴. Como afirmaba el Papa Pablo VI, *la unidad no es solamente una prerrogativa de la Iglesia Católica; es un deber, una ley, un compromiso. En otras palabras, la unidad de la Iglesia debe ser recibida y reconocida por todos y por cada miembro de la Iglesia, y por todos y por cada uno debe ser promovida, amada, defendida. No basta llamarse católicos: es necesario estar efectivamente unidos. Los hijos fieles de la Iglesia deben ser los constructores de la unidad concreta, de su trabazón social*⁵.

Esta cohesión interior es fruto de la acción del Espíritu Santo y de los esfuerzos individuales por superar barreras y eliminar obstáculos, correspondiendo así a una Voluntad explícita de Dios. Todos —nadie puede considerarse dispensado— tenemos la obligación urgente de *alimentar aquel sentido de solidaridad, de amistad, de mutua comprensión, de respeto al patrimonio común de doctrina y de costumbres, de*

(3) *Conversaciones*, n. 61.

(4) *Camino*, n. 940.

(5) Pablo VI, *alloc.* 31-111-1965.

*obediencia y univocidad en la fe que debe distinguir al Catolicismo; esto es lo que constituye su fuerza y su belleza, lo que demuestra su autenticidad*⁶.

LA UNIDAD dentro la Iglesia debe manifestarse, en primer lugar, en la concordia fraterna de cuantos formamos la familia de Dios: *nada haya entre vosotros que pueda dividiros*⁷, exhortaba con insistencia San Ignacio de Antioquía. La unión ha de ser fruto de una actitud positiva, resultado de la caridad de Cristo, que busca el trato fraterno entre quienes componemos el Pueblo de Dios, porque dentro del redil de la Iglesia no debería haber lugar para las discordias e incomprensiones.

*Nosotros hemos querido siempre a los no católicos: ¡queremos a todas las almas del mundo! Pero con orden, con el orden de la caridad. Primero de todo, a los hermanos en la fe*⁸, proclamó siempre nuestro Padre. Por eso, *el católico que trata mal a los demás católicos, y trata con aparente caridad a los que no son católicos, es un hombre que yerra gravemente, yerra contra la justicia, encubriendo su error en una falsa caridad*⁹.

Nuestro Fundador lo explicaba de una manera muy gráfica: *me interesa mucho la persona que ahora pase por la calle, pero me interesáis más vosotros*.

(6) Pablo VI, *alloc.* 31-IIM965.

(7) San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Magnesios* 6, 2.

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 151.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 129.

*¿Cómo puedo querer más a esa persona, que no conozco, que a vosotros, que sois mis hijos? Si fuera así, sería señal cierta de que ni de esa persona ni de vosotros me importaría nada: no puedo creer en el espíritu ecuménico, ni en la caridad de los que dicen que se preocupan de los que están lejos de la Iglesia, pero maltratan a sus hermanos de fe, olvidando el precepto paulino: Ergo, dum tempus habemus, operemur bonum ad omnes, máxime autem ad domésticos fidei (Galat VI, 10)*¹⁰.

Por desgracia, en ocasiones, se da la triste paradoja de que hombres que, con la bandera de un falso irenismo, se muestran extraordinariamente liberales y comprensivos con los no católicos, son de una intolerable intransigencia con sus propios hermanos en la Fe, negándoles incluso el derecho a disentir de sus personales opiniones —más o menos razonables—, en lo que la Iglesia deja a la libre discusión de todos¹¹. Y así, nos advertía nuestro Padre: *no debéis dejaros engañar por falsas compasiones. Muchos que parecen movidos por deseos de comunicar la verdad, ceden en cosas que son intangibles; y llaman comprensión con los equivocados, a lo que sólo es una crítica negativa, a veces brutal y despiadada, de la doctrina de nuestra Madre la Iglesia*¹². Debemos vivir una caridad universal y ordenada: *trata con cariño a los que ignoran las*

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 139.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 31.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 25.

*cosas de Dios, escribió nuestro Padre. Pero con más razón has de tratar así a quienes las conocen: sin esto, no puedes cumplir lo anterior*¹³.

SAN PABLO, tras hablar a los de Corinto de la radical igualdad de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, continúa: *ahora bien, Dios dispuso cada uno de los miembros en el cuerpo como quiso. Si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? (...). Y Dios los dispuso así en la Iglesia: primero apóstoles, segundo profetas, tercero doctores, luego, el poder de obrar milagros (...). ¿Son todos apóstoles? ¿O todos profetas? ¿O todos doctores? ¿O tienen todos don de curación? ¿O hablan todos en lenguas?*¹⁴.

La Iglesia ejerce su misión por obra de todos sus hijos, aunque de diversas maneras. *Los miembros del orden sagrado (...) están destinados principal y expresamente al sagrado ministerio, por razón de su particular vocación. Los religiosos, en virtud de su estado, proporcionan un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas. A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales*¹⁵.

Toda esta variedad es riqueza múltiple del Cuerpo Místico, dentro de su divina unidad: un solo Cuerpo,

(13) Forja, n. 868.

(14) I Cor. XII, 18-19; 28-29.

(15) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 31.

*con una sola Alma; un solo pensar, un solo corazón, un solo sentir, una sola voluntad, un solo querer. Pero una multitud de órganos y miembros*¹⁶. Dentro de la variedad admirable que despliega la unidad de la Iglesia, el Señor ha querido incluir modos diversos de servir. Por eso, *sería un gran error confundir la unidad con la uniformidad, e insistir —por ejemplo— en la unidad de la vocación cristiana, sin considerar al mismo tiempo la diversidad de vocaciones y misiones específicas, que caben dentro de aquella llamada general y que desarrollan sus múltiples aspectos para el servicio de Dios*¹⁷.

*Es importante —insistía nuestro Padre— que cada uno procure ser fiel a la propia llamada divina, de tal manera que no deje de aportar a la Iglesia lo que lleva consigo el carisma recibido de Dios*¹⁸. Por eso, proseguía, si los miembros de la Obra desatendieran su trabajo en el mundo (...), harían ineficaces los dones divinos recibidos, y (...) producirían un daño real a la Iglesia: porque no habría tantos cristianos dedicados a santificarse en todas las profesiones y oficios de la sociedad civil, en el campo inmenso del trabajo secular¹⁹.

Nos dirigimos a la Virgen María, *Mater Ecclesiae*, pidiéndole que nos ayude a todos sus hijos a vivir muy unidos, cumpliendo cada uno la misión recibida.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 3.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, n. 4.

(18) *Conversaciones*, n. 61.

(19) *Conversaciones*, n. 61.

426.

OCTAVARIO POR LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS (IV)

—La Iglesia es Santa porque es obra de la Santísima Trinidad.

—Los defectos de los miembros de la Iglesia deben llevarnos a reparar y a rezar más.

—Responsabilidad personal para que la santidad de la Iglesia resplandezca ante los hombres.

LA IGLESIA ha sido querida y fundada por Cristo, que cumple así la voluntad del Padre; la Esposa del Hijo está asistida por el Espíritu Santo. La Iglesia es la obra de la Trinidad Santísima; es Santa y Madre, Nuestra Santa Madre Iglesia. Podemos admirar en la Iglesia una perfección que llamaríamos original y otra final, escatológica. A las dos se refiere San Pablo en la Epístola a los Efesios: Cristo amó a su Iglesia y se sacrificó por Ella, para santificarla, limpiándola en el bautismo de agua, a fin de hacerla comparecer delante de El llena de gloria, sin arruga, ni cosa semejante, sino siendo santa e inmaculada (Ephes. V, 25-27).

La santidad original y constitutiva de la Iglesia puede quedar velada —pero nunca destruida, porque es indefectible: las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Matth. XVI, 18)—, puede quedar encubierta a los ojos humanos, decía, en ciertos momentos de oscuridad poco menos que colectiva. Pero San Pe-

dro aplica a los cristianos el título de gens sancta (I Petr. II, 9), pueblo santo (...). A lo largo de toda la historia, también en la actualidad, ha habido tantos católicos que se han santificado efectivamente: jóvenes y viejos, solteros y casados, sacerdotes y laicos, hombres y mujeres.

Pero sucede que la santidad personal de tantos fieles —antes y ahora— no es algo aparatoso. Con frecuencia no reconocemos a la gente común, corriente y santa, que trabaja y convive en medio de nosotros. Ante la mirada terrena, se destacan más el pecado y las faltas de fidelidad: son más llamativos.

Gens sancta, pueblo santo, compuesto por criaturas con miserias: esta aparente contradicción marca un aspecto del misterio de la Iglesia. La Iglesia, que es divina, es también humana, porque está formada por hombres y los hombres tenemos defectos: omnes homines terra et cinis (Ecclo. XVII, 31), todos somos polvo y ceniza.

Nuestro Señor Jesucristo, que funda la Iglesia Santa, espera que los miembros de este pueblo se empuen continuamente en adquirir la santidad. No todos responden con lealtad a su llamada. Y en la Esposa de Cristo se perciben, al mismo tiempo, la maravilla del camino de salvación y las miserias de los que lo atraviesan.

El Divino Redentor dispuso que la comunidad, por El fundada, fuera una sociedad perfecta en su género y dotada de todos los elementos jurídicos y sociales,

para perpetuar en este mundo la obra de la Redención... Si en la Iglesia se descubre algo que arguya la debilidad de nuestra condición humana, no debe atribuirse a su constitución jurídica, sino más bien a la deplorable inclinación de los individuos al mal; inclinación que su Divino Fundador permite aun en los más altos miembros del Cuerpo Místico, para que se pruebe la virtud de las ovejas y de los pastores, y para que en todos aumenten los méritos de la fe cristiana (Pío XII, *Litt. ene. Mystici Corporis*, 29-VI-1943).

*Esa es la realidad de la Iglesia ahora, aquí. Por eso, resulta compatible la santidad de la Esposa de Cristo con la existencia en su seno de personas con defectos. Cristo no excluyó a los pecadores de la sociedad por El fundada. Si, por tanto, algunos miembros están aquejados de enfermedades espirituales, no por eso debe disminuir nuestro amor a la Iglesia; al contrario, ha de aumentar nuestra compasión hacia sus miembros (Pío XII, *Ibidj* *

DEMOSTRARÍA poca madurez el que, ante la presencia de defectos y de miserias, en cualquiera de los que pertenecen a la Iglesia —por alto que esté colocado en virtud de su función—, sintiese disminuida su fe en la Iglesia y en Cristo. La Iglesia no está gobernada ni por Pedro, ni por Juan, ni por Pablo; está gober-

(1) De nuestro Padre, Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VM972.

nada por el Espíritu Santo, y el Señor ha prometido que permanecerá a su lado todos los días hasta la consumación de los siglos (Matth. XXVIII, 20).

Escuchad lo que dice Santo Tomás, abundando en este punto, sobre la recepción de los Sacramentos, que son causa y signo de la gracia santificante: el que se acerca a los Sacramentos, los recibe ciertamente del ministro de la Iglesia, pero no en cuanto es tal persona, sino en cuanto ministro de la Iglesia. Por eso, mientras la Iglesia le permita ejercer su ministerio, el que reciba de sus manos el Sacramento, no participa del pecado del ministro indigno, sino que comunica con la Iglesia, que lo tiene por ministro (Santo Tomás, S. Th. III, q.64, a.6 ad 2). Cuando el Señor permita que la flaqueza humana aparezca, nuestra reacción ha de ser la misma que si viéramos a nuestra madre enferma o tratada con desafecto: amarla más, darle más manifestaciones externas e interiores de cariño.

Si amamos a la Iglesia no surgirá nunca en nosotros ese interés morboso de airear, como culpa de la Madre, las miserias de algunos de los hijos. La Iglesia, Esposa de Cristo, no tiene por qué entonar ningún mea culpa. Nosotros sí: mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa' Este es el verdadero meaculpismo, el personal, y no el que ataca a la Iglesia, señalando y exagerando los defectos humanos que, en esta Madre Santa, resultan de la acción en Ella de los hombres hasta donde los hombres pueden, pero que

no llegarán nunca a destruir —ni a tocar, siquiera— aquello que llamábamos la santidad original y constitutiva de la Iglesia (...).

El misterio de la santidad de la Iglesia —esa luz original, que puede quedar oculta por las sombras de las bajezas humanas— rechaza hasta el más mínimo pensamiento de sospecha o de duda sobre la belleza de nuestra Madre. Ni cabe tolerar, sin protesta, que otros la insulten (...). No concibo que se viva un cariño verdadero a la propia madre, y que se hable de esa madre con despego.

Nuestra Madre es Santa, porque ha nacido pura y continuará sin mácula por la eternidad. Si en ocasiones no sabemos descubrir su rostro hermoso, limpiémonos nosotros los ojos; si notamos que su voz no nos agrada, quitemos de nuestros oídos la dureza que nos impide oír, en su tono, los silbidos del Pastor amoroso. Nuestra Madre es Santa, con la santidad de Cristo, a la que está unida en el cuerpo —que somos todos nosotros— y en el espíritu, que es el Espíritu Santo, asentado también en el corazón de cada uno de nosotros, si nos conservamos en gracia de Dios.

¡Santa, Santa, Santa!, nos atrevemos a cantar a la Iglesia, evocando el himno en honor de la Trinidad Beatísima. Tú eres Santa, Iglesia, Madre mía, porque te fundó el Hijo de Dios, Santo; eres Santa, porque así lo dispuso el Padre, fuente de toda santidad; eres Santa, porque te asiste el Espíritu Santo, que mora en el alma de los fieles, para ir reuniendo a los hijos del

*Padre, que habitarán en la Iglesia del Cielo, la Jerusalén eterna*².

*SED FIELES, porque sobre cada uno de vosotros —con sus pasiones y sus errores personales— recae el peso divino de cuidar de la santidad de los demás; el peso, igualmente divino, de proteger la santidad de la Obra, nuestra Madre; el deber de contribuir a salvaguardar la honra cristiana y social de todos vuestros hermanos en la Iglesia Santa; y la sublime obligación de cooperar en la tarea de ganar almas para Dios, labor de una grandeza que al principio apenas se advierte, pero que no tiene límites. ¡Cuántas cosas grandes dependen de nosotros!*³.

Todos somos responsables de que la santidad con que Cristo embelleció a la Iglesia se refleje ante los ojos de los hombres. Y eso sólo será posible si nos esforzamos verdaderamente, con la ayuda de Dios, por ser perfectos como nuestro Padre celestial⁴.

La santidad tiene los mismos medios que al principio, los que el mismo Jesús nos dejó: no hay otros para los cristianos; no hay otros, predicaba nuestro Fundador. Ahora, sin embargo, especialmente después del último Concilio, que, con no poca alegría mía

(2) De nuestro Padre, Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VM1960, n. 27.

(4) Cfr. *Math.* V, 48.

—nuestra—, tantas afirmaciones maravillosas ha hecho para la vida santa de los cristianos, se han hecho también presentes en el seno de la Iglesia de Dios innumerables errores, todos viejos, del tiempo apostólico algunos, pero remozados.

*Muchos dicen que quieren poner la Iglesia al día, y para esto, con una ceguera completa, cortan con la tradición; y acaban afirmando que lo viejo es malo, por viejo; y que lo nuevo —que ellos piensan que es nuevo, y lo reproponen—, eso es bueno porque es nuevo. ¡Qué falta de criterio! ¿no? Os digo que no se puede llegar a la santidad sin la vida interior, sin la frecuencia de sacramentos*⁵.

El trato con la Virgen nos llevará a amar más a la Iglesia, a aumentar nuestro sentido de responsabilidad por la santidad de todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo. *Mientras la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga (cfr. Ephe. V, 27), los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos*⁶.

(5) De nuestro Padre, *Meditación*, 25-XII-1968.

(6) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 65.

427.

OCTAVARIO POR LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS (V)

—La Iglesia es Católica y universal por naturaleza.

—Fidelidad en lo esencial y legítima diversidad en lo opinable.

—El afán de almas ha de llevarnos a hacernos todo para todos, para ganarlos a todos.

"Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam!..." —Me explico esa pausa tuya, cuando rezas, saboreando: creo en la Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica... '. ¡Cuántas veces nos habremos conmovido al pronunciar estas palabras! Detenemos hoy nuestra atención en ellas, para charlar con el Señor sobre el carácter católico y universal de su Iglesia.

Desde hace siglos la Iglesia está extendida por todo el mundo; y cuenta con personas de todas las razas y condiciones sociales. Pero la catolicidad de la Iglesia no depende de la extensión geográfica, aunque esto sea un signo visible y un motivo de credibilidad. La Iglesia era Católica ya en Pentecostés; nace Católica del Corazón llagado de Jesús, como un fuego que el Espíritu Santo inflama.

En el siglo II, los cristianos definían Católica a la

(1) Camino, n. 517.

Iglesia, para distinguirla de las sectas que, utilizando el nombre de Cristo, traicionaban en algún punto su doctrina. La llamamos Católica, escribe San Cirilo, no sólo porque se halla difundida por todo el orbe de la tierra, de uno a otro confín, sino porque de modo universal y sin defecto enseña todos los dogmas que deben conocer los hombres, de lo visible y de lo invisible, de lo celestial y de lo terreno. También porque somete al recto culto a toda clase de hombres, gobernantes y ciudadanos, doctos e ignorantes. Y, finalmente, porque cura y sana todo género de pecados, sean del alma o del cuerpo, poseyendo además —con cualquier nombre que se le designe— todas las formas de virtud, en hechos y palabras y en cualquier especie de dones espirituales (San Cirilo de Jerusalén, Catechesis 18, 23).

La catolicidad de la Iglesia tampoco depende de que los no católicos la aclamen y la consideren; ni guarda relación con el hecho de que, en asuntos no espirituales, las opiniones de algunas personas, dotadas de autoridad en la Iglesia, sean consideradas —y a veces instrumentalizadas— por medios de opinión pública de corrientes afines a su pensamiento. Sucederá con frecuencia que la parte de verdad que se defiende en cualquier ideología humana, encuentre en la enseñanza perenne de la Iglesia un eco o un fundamento; y eso es, en cierta medida, una señal de la divinidad de la Revelación que ese Magisterio custodia. Pero la Esposa de Cristo es Católica aun cuando sea deliberadamente ignorada por muchos, e in-

cluso ultrajada y perseguida, como ocurre hoy por desgracia en tantos lugares (...).

Pedid conmigo ahora a Dios Nuestro Señor que los católicos no olvidemos nunca estas verdades, y que nos decidamos a ponerlas en práctica².

Nuestro Padre nos ayuda a sacar consecuencias: *católicos nos mostraremos por los frutos de santidad que demos, porque la santidad no admite fronteras ni es patrimonio de ningún particularismo humano. Católicos nos mostraremos si rezamos, si procuramos dirigirnos a Dios de continuo, si nos esforzamos siempre y en todo por ser justos —en el más amplio alcance del término justicia, utilizado en estos tiempos no raramente con un matiz materialista y erróneo—, si amamos y defendemos la libertad personal de los demás hombres³.*

JUNTO a la unidad inquebrantable en lo esencial, querida explícitamente por su divino Fundador, la Iglesia defiende y promueve la legítima variedad en todo lo que Dios ha dejado a la libre iniciativa de los hombres. Por eso, fomentar la unidad supone al mismo tiempo respetar la multiplicidad, que es también demostración de la riqueza de la Iglesia de Cristo. *Custodiando la unidad en lo necesario, todos en la*

(2) Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

(3) Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

Iglesia, según la misión que ha sido confiada a cada uno, deben actuar con la debida libertad, tanto en las diversas formas de vida espiritual y de disciplina como en la variedad de los ritos litúrgicos, e incluso en la elaboración teológica de la verdad revelada; sin por eso dejar de vivir la caridad en todo. Con este criterio de actuación, manifestarán cada vez de modo más pleno la auténtica catolicidad y, al mismo tiempo, la apostolicidad de la Iglesia⁴.

Ya en los primeros años del Cristianismo, los Apóstoles nos legaron un criterio de libertad como garantía de la unidad de la Iglesia; así, en el Concilio de Jerusalén, al tratar de los preceptos que debían observar los cristianos convertidos del paganismo, decidieron no imponer más cargas que las necesarias⁵.

En la Obra hemos aprendido desde el principio, no sólo a respetar la legítima variedad, sino a fomentarla de modo activo. *Como consecuencia del fin exclusivamente divino de la Obra, su espíritu es un espíritu de libertad, de amor a la libertad personal de todos los hombres. Y como ese amor a la libertad es sincero y no un mero enunciado teórico, nosotros amamos la necesaria consecuencia de la libertad: es decir, el pluralismo. En el Opus Dei el pluralismo es querido y amado, no sencillamente tolerado y en modo alguno dificultado⁶.*

(4) Concilio Vaticano II, *decr. Unitatis redintegratio*, n. 4.

(5) Act. XV, 28.

(6) *Conversaciones*, n. 67.

Nuestro Padre defendió siempre esta libertad en todos los campos que la Iglesia deja a la libre discusión de los hombres. *El Opus Dei nunca defenderá o promoverá ninguna escuela filosófica o teológica propia*, nos escribió. Y añadía que hemos de formarnos *siempre en un amplísimo sentido de la libertad: qua libértate Christus nos liberavit (Galat IV, 31), con la libertad que Cristo nos consiguió. Espíritu de libertad, que es una de las características esenciales de nuestra Obra.*

Tampoco en lo que se refiere a las ciencias profesionales pueden los miembros de la Obra formar una escuela propia del Opus Dei, pues nuestro espíritu —tan abierto y tan lleno de comprensión para todos— lleva necesariamente a respetar todas las opiniones lícitas.

Debéis, por tanto, sentir os libres en todo lo que es opinable. De esa libertad nacerá un sano sentido de responsabilidad personal, que haciéndoos serenos, rectos y amigos de la verdad, os apartará a la vez de todos los errores: porque respetaréis sinceramente las legítimas opiniones de los demás, y sabréis no sólo renunciar a vuestra opinión, cuando veáis que no respondía bien a la verdad, sino también aceptar otro criterio, sin sentir os humillados, por haber cambiado de parecer.

Sin embargo, rechazaremos siempre lo que sea contrario a cuanto enseña la Iglesia. Ya que, precisamente por ese amor a la verdad y por esa rectitud de inten-

ción, queremos ser fortes in fide (I Petr. V, 9), fuertes en la fe, con una fidelidad gozosa y firmísima⁷.

CONTRIBUIR a la expansión de la Iglesia, difundir por todas partes el mensaje de Cristo, exige entrega generosa. *Siendo libre de todos* —así resume San Pablo su experiencia evangelizadora—, *me hice siervo de todos para ganar los más que pueda. Con los judíos me hice como judío, para ganar a los judíos; con los que están bajo la Ley, como si estuviera bajo la Ley, aunque yo no lo estoy, para ganar a los que están bajo la Ley; con los que están sin ley, como estando sin ley (aunque no estoy fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo), para ganar a los que están sin ley. Me hice débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo para todos, para salvar de cualquier manera a todos. Y todo lo hago por el Evangelio, para tener yo también parte en él⁸.*

Extender la Iglesia a nuevos ambientes y a nuevas personas requiere fidelidad a la fe. *La solicitud por acercarse a los hermanos no debe traducirse en una atenuación o disminución de la verdad*⁹. Si esto no se tiene bien claro, con la excusa de adaptar la doctrina de Cristo, podría perderse la integridad del mensaje salvador. Ocurriría esto, por ejemplo, si se

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1951, nn. 23-25.

(8) I Cor. IX, 19-23.

(9) Pablo VI, *Litt. ene. Ecclesiam suam*, 6-VIII-1964, n. 33.

olvidara que el Señor vino a salvar a todos, sin distinciones, y se pretendiera hacer una Iglesia de los pobres y otra de los ricos, una Iglesia de esta raza o de aquella otra, una Iglesia *espiritualista* y otra polarizada hacia los temas sociales...

Esta deformación reduciría la Iglesia a una faceta concreta y particular, destruyendo su catolicidad. *Al oro, a la plata limpia* —ejemplificaba nuestro Fundador— *no se le ponen apodos: cuando la plata es plata, y el oro es oro, se les llama así, sin más. Si se les coloca detrás un calificativo —un apellido, a veces—, no es buen metal: es una imitación de poco precio*¹⁰.

Para evitar esa tentación, es necesario calar en el hecho de que lo universal está por encima de lo particular. Y en lo que a cada uno afecta más directamente, hemos de estar dispuestos a prescindir de lo personal cuando está en juego la unidad en lo esencial. *¿De qué me sirve* —escribía San Ignacio de Antioquía—, *que alguno me alabe a mí, si después blasfema de mi Señor?*¹¹. Lo que une verdaderamente a los católicos entre sí no es la posible coincidencia en opiniones temporales, sino la comunión de una misma fe, de una sola cabeza, de una misma disciplina, de unos mismos sacramentos: un denominador común por cuya salvaguardia debemos estar dis-

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VIM933, n. 19.

(11) San Ignacio de Antioquía, *Epístola ad Smyrnios*, 5.

puestos a ceder en lo opinable. *Cuando el cristiano comprende y vive la catolicidad, cuando advierte la urgencia de anunciar la Buena Nueva de salvación a todas las criaturas, sabe que —como enseña el Apóstol— ha de hacerse "todo para todos, para salvarlos a todos"*¹².

Acabamos nuestra oración con una petición confiada a Santa María: *Dulce Madre..., llévanos hasta la locura que haga, a otros, locos de nuestro Cristo*¹³.

(12) *Forja*, n. 953.

(13) *Forja*, n. 57.

428.

OCTAVARIO POR LA UNIÓN DE LOS CRISTIANOS (VI)

- Cristo quiso fundar la Iglesia sobre los Apóstoles.
- Todos los cristianos estamos llamados a ser apóstoles.
- Frutos del apostolado *ad.fidem*.

NUESTRO Señor funda su Iglesia sobre la debilidad —pero también sobre la fidelidad— de unos hombres, los Apóstoles, a los que promete la asistencia constante del Espíritu Santo (...), comenta nuestro Padre.

La predicación del Evangelio no surge en Palestina por la iniciativa personal de unos cuantos fervorosos. ¿Qué podían hacer los Apóstoles? No contaban nada en su tiempo; no eran ni ricos, ni cultos, ni héroes a lo humano. Jesús echa sobre los hombros de este puñado de discípulos una tarea inmensa, divina. No me elegisteis vosotros a mí, sino que soy yo el que os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto sea duradero, a fin de que cualquier cosa que pidiereis al Padre en mi nombre, os la conceda floann. XV, 16).

A través de dos mil años de historia, en la Iglesia se conserva la sucesión apostólica. Los obispos, declara el Concilio de Trento, han sucedido en el lugar de los Apóstoles y están puestos, como dice el mismo Apóstol

(Pablo), por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios (Act XX, 28) (*Concilio de Trento*, Doctrina sobre el Sacramento del Orden). *Y, entre los Apóstoles, el mismo Cristo hizo objeto a Simón de una elección especial: tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia (Matth. XVI, 18). Yo he rezado por ti, añade también, para que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos (Luc. XXII, 32).*

Pedro se traslada a Roma y fija allí la sede del primado, del Vicario de Cristo. Por eso es en Roma donde mejor se advierte la sucesión apostólica, y por eso es llamada la sede apostólica por antonomasia. Ha proclamado el Concilio Vaticano I, con palabras de un Concilio anterior, el de Florencia, que todos los fieles de Cristo deben creer que la Santa Sede Apostólica y el Romano Pontífice poseen el primado sobre todo el orbe, y que el mismo Romano Pontífice es sucesor del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles, y verdadero vicario de Jesucristo, y cabeza de toda la Iglesia, y padre y maestro de todos los cristianos; y que a él le fue entregada por Nuestro Señor Jesucristo, en la persona del bienaventurado Pedro, plena potestad de apacentar, regir y gobernar a la Iglesia universal (Concilio Vaticano I, Constitución dogmática sobre la Iglesia)¹.

Por eso, añade nuestro Fundador, *contribuimos a hacer más evidente esa apostolicidad, a los ojos de todos, manifestando con exquisita fidelidad la unión*

(1) De nuestro Padre, Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

*con el Papa, que es unión con Pedro. El amor al Romano Pontífice ha de ser en nosotros una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo*².

EN LA Iglesia hay diversidad de ministerios, pero uno sólo es el fin: la santificación de los hombres. Y en esta tarea participan de algún modo todos los cristianos, por el carácter recibido con los Sacramentos del Bautismo y de la Confirmación. Todos hemos de sentirnos responsables de esa misión de la Iglesia, que es la misión de Cristo. El que no tiene celo por la salvación de las almas, el que no procura con todas sus fuerzas que el nombre y la doctrina de Cristo sean conocidos y amados, no comprenderá la apostolicidad de la Iglesia.

Un cristiano pasivo no ha acabado de entender lo que Cristo quiere de todos nosotros. Un cristiano que vaya a lo suyo, despreocupándose de la salvación de los demás, no ama con el Corazón de Jesús (...).

Siempre que leemos los Hechos de los Apóstoles, nos emocionan la audacia, la confianza en su misión y la sacrificada alegría de los discípulos de Cristo. No piden multitudes. Aunque las multitudes vengan, ellos se dirigen a cada alma en concreto, a cada hombre, uno a uno: Felipe, al etíope (Cfr. Act. VI, 26-40); Pe-

dro, al centurión Cornelio (Cfr. Act. X, 1-48); Pablo, a Sergio Paulo (Cfr. Act. XIII, 6-12).

Habían aprendido del Maestro. Recordad aquella parábola de los obreros que esperaban trabajo, en medio de la plaza de la aldea. Cuando el dueño de la viña fue, ya bien entrado el día, descubrió aún que había peones mano sobre mano: ¿cómo estáis aquí ociosos toda la jornada? Porque nadie nos ha contratado (Matth. XX, 6-7), respondieron. No ha de suceder esto en la vida del cristiano; no debe encontrarse a su alrededor quien pueda asegurar que no ha oído hablar de Cristo, porque ninguno se lo ha anunciado (...).

Todo cristiano debe ser apóstol, porque Dios, que no necesita a nadie, sin embargo nos necesita. Cuenta con nosotros para que nos dediquemos a propagar su doctrina salvadora (...).

Es hora de preguntarnos: ¿comparto con Cristo su afán de almas? ¿Pido por esta Iglesia, de la que formo parte, en la que he de realizar una misión específica, que ningún otro puede hacer por mí? Estar en la Iglesia es ya mucho: pero no basta. Debemos ser Iglesia, porque nuestra Madre nunca ha de resultarnos extraña, exterior, ajena a nuestros más hondos pensamientos (...).

Si acaso oís palabras o gritos de ofensa para la Iglesia, manifestad, con humanidad y con caridad, a esos desamorados, que no se puede maltratar a una Madre así. Ahora la atacan impunemente, porque su reino, que es el de su Maestro y Fundador, no es de es-

(2) De nuestro Padre, Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VM972.

te mundo. Mientras gima el trigo entre la paja, mientras suspiren las espigas entre la cizaña, mientras se lamenten los vasos de misericordia entre los de ira, mientras lllore el lirio entre las espinas, no faltarán enemigos que digan: ¿cuándo morirá y perecerá su nombre? Es decir: ved que vendrá el tiempo en que desaparezcan y ya no habrá cristianos... Pero, cuando dicen esto, ellos mueren sin remedio. Y la Iglesia permanece (*San Agustín, En. in Ps., 70, II, 12*).

*Pase lo que pase, Cristo no abandonará a su Esposa. La Iglesia triunfante está ya junto a El, a la diestra del Padre. Y desde allí nos llaman nuestros hermanos cristianos, que glorifican a Dios por esta realidad que nosotros vemos todavía en la clara penumbra de la fe: la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica*³.

EL PRINCIPAL apostolado que los cristianos hemos de realizar en el mundo, el mejor testimonio de fe, es contribuir a que dentro de la Iglesia se respire el clima de la auténtica caridad. Cuando no nos amamos de verdad, cuando hay ataques, calumnias y rencillas, ¿quién se sentirá atraído por los que sostienen que predican la Buena Nueva del Evangelio?

Resulta muy fácil, muy a la moda, afirmar con la boca que se ama a todas las criaturas, creyentes y no creyentes. Pero si el que habla así maltrata a los her-

(3) De nuestro Padre, *Homilía, Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

*manos en la fe, dudo de que en su conducta exista algo distinto de una palabrería hipócrita. En cambio, cuando amamos en el Corazón de Cristo a los que somos hijos de un mismo Padre, estamos asociados en una misma fe y somos herederos de una misma esperanza (Minucio Félix, Octavius, 31), nuestra alma se engrandece y arde con el afán de que todos se acerquen a Nuestro Señor*⁴.

Nuestras ansias apostólicas no tienen límite. Por eso, nuestro Padre afirmaba, con una verdad avalada por muchos años de labor, que *la Obra ama con predilección el apostolado ad fidem (...)* y dirige sus afanes ad gentes, a los gentiles que están lejos de Jesucristo⁵. Sabéis bien —nos decía en otro momento— *la apertura de visión, la caridad que hemos mostrado siempre con los que no comparten nuestra fe, con quienes no están dentro de la Iglesia Una, Santa, Católica, Apostólica, Romana. Desde el principio hemos tenido a estas almas como amigas, y tantas veces como cooperadoras en nuestra labor apostólica.*

Os he contado alguna vez que, cuando solicitamos oficialmente, hace veinte años, de la Santa Sede la autorización para recibir a los no católicos e incluso a los no cristianos como Cooperadores de nuestra Obra, la primera contestación fue que era imposible. Volví a insistir y la respuesta fue un dilata, que era ya recono-

(4) *Amigos de Dios*, n. 226.

(5) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 146.

cer la legitimidad de nuestra petición, aunque aconsejándonos esperar. Por fin, en 1950, la contestación afirmativa: la Obra era así la primera institución de la Iglesia católica que abría fraternalmente sus brazos a todos los hombres, sin distinción de credo o confesión.

No hemos rechazado nunca a nadie, a todos hemos acogido con la caridad de Cristo y con un cariño humano que, con mucha frecuencia, no han encontrado ni entre los suyos. Y se han sentido a gusto a nuestro lado, porque veían que respetábamos su libertad, que les apreciábamos, que los comprendíamos (...).

Muchas almas han llegado a la plenitud de la fe, por este suavísimo camino de la caridad. Agradecédsele a Dios, y pedidle fortaleza y humildad para que nunca estorbéis la acción de la gracia, para ser siempre buenos instrumentos suyos. Os repito: no juzguéis temerariamente jamás, sed buenos amigos de todos, respetad la libertad de los demás y la libertad de la gracia; y, al mismo tiempo, confesad vuestra fe con las obras y con las palabras⁶.

La Virgen Santísima nos bendecirá en esta labor nuestra, para que sean muchas las almas que alcanzen la verdadera fe en la única Iglesia de Cristo.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, nn. 56 y 62.

429.

OCTAVARIO POR LA UNION DE LOS CRISTIANOS (VII)

—La unión con el Romano Pontífice, camino seguro para todos los cristianos.

—Obedecer al Santo Padre es afirmar la unidad de la Iglesia.

—Fidelidad rendida al Magisterio de la Iglesia.

HACE dos mil años, Jesucristo, *con el fin de establecer su Iglesia Santa en todo el mundo hasta el fin de los siglos (...), escogió a Pedro, y después de la confesión de fe determinó construir su Iglesia sobre él; le prometió las llaves del Cielo y, después de haberle hecho profesar su amor, le entregó todas las ovejas para que las confirmara en la fe y las apacentara en la unidad perfecta, permaneciendo eternamente el mismo Jesucristo como piedra angular y como Pastor de nuestras almas¹. Y enseña la Iglesia que el Sucesor de San Pedro en la cátedra de Roma es, por eso, el Vicario de Cristo en la tierra, el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la multitud de los fieles².*

Hemos de dar gracias a Dios porque ha querido poner al frente de su Iglesia un Vicario que la go-

(1) Concilio Vaticano II, decr. *Vnitatis redintegratio*, n. 2.

(2) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 23.

biene en su nombre. *El mismo Jesucristo quiso fortalecer de antemano nuestros oídos contra los que, según El mismo profetizó, se habían de levantar a lo largo de los tiempos, y decir: "ved aquí a Cristo, míralo allá"* (Matth. XXIV, 23). *Y nos mandó que no les diéramos crédito. Y no tendríamos excusa alguna si los creyéramos contra la voz del Pastor, tan clara, tan abierta, tan palmaria, que ni el más miope y torpe de inteligencia puede decir: no he entendido*³.

La institución del Primado pone de manifiesto que el reino fundado por Jesucristo no es una utopía o un sueño, sino una realidad presente ya en este mundo, bajo la forma de una sociedad visible. Además, Jesucristo prometió que su gracia no faltaría a quien hubiera de representarle en la tierra a lo largo de los siglos: *he aquí que Satanás os ha reclamado para cribaros como el trigo. Pero Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos*⁴. El Romano Pontífice es roca firme donde se asienta la unidad de los cristianos. Y a él atañe la misión de santificar, regir y enseñar al pueblo cristiano, con la autoridad recibida de Dios. Por eso, *el amor al Romano Pontífice ha de ser en nosotros una hermosa pasión, porque en él vemos a Cristo*⁵.

Venero con todas mis fuerzas la Roma de Pedro y

(3) San Agustín, *De unilate Ecclesiae* 2, 28.

(4) *Luc.* XXII, 31-32.

(5) De nuestro Padre, Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

*de Pablo —escribió nuestro Padre—, bañada por la sangre de los mártires, centro de donde tantos han salido para propagar en el mundo entero la palabra salvadora de Cristo. Ser romano no entraña ninguna muestra de particularismo, sino de ecumenismo auténtico; supone el deseo de agrandar el corazón, de abrirlo a todos con las ansias redentoras de Cristo, que a todos busca y a todos acoge, porque a todos ha amado primero*⁶.

ENSEÑAMOS y declaramos —afirma el Concilio Vaticano I— que la Iglesia Romana, por disposición del Señor, posee el principado de potestad ordinaria sobre todas las otras, y que esta potestad de jurisdicción del Romano Pontífice, que es verdaderamente episcopal, es inmediata.

A esta potestad están obligados por el deber de subordinación jerárquica y de verdadera obediencia los pastores y los fieles de cualquier rito y dignidad, ya cada uno por separado, ya todos juntos, no sólo en las materias que atañen a la fe y a las costumbres, sino también en lo que pertenece al régimen y disciplina de la Iglesia difundida por todo el orbe; de suerte que, guardada con el Romano Pontífice esta unidad tanto de comunión como de profesión de la misma fe, la Iglesia de Cristo es un solo rebaño bajo un solo pastor supremo.

(6) De nuestro Padre, Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

Tal es la doctrina de la verdad católica, de la que nadie puede desviarse sin menoscabo de su fe y de su salvación ⁷.

Junto con Pedro y en unión con él, también los Apóstoles y sus sucesores recibieron el poder de atar y desatar ⁸. *La consagración episcopal* —enseña el Concilio Vaticano II—, *junto con el oficio de santificar, confiere también los oficios de enseñar y de regir, los cuales, sin embargo, por su misma naturaleza, no pueden ejercerse sino en comunión jerárquica con la Cabeza y los miembros del Colegio (...). Porque el Romano Pontífice tiene sobre la Iglesia, en virtud de su cargo, es decir, como Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, plena, suprema y universal potestad, que puede siempre ejercer libremente. En cambio, el Colegio Episcopal, que sucede al Colegio de los Apóstoles en el magisterio y en el régimen pastoral (...), no puede ejercer dicha potestad sin el consentimiento del Romano Pontífice* ⁹.

En estos días de especiales oraciones por la unión de los cristianos, hemos de incrementar nuestra plegaria por el Romano Pontífice, por su Persona e intenciones; esmerarnos con suma delicadeza en el cumplimiento de cuanto el Papa dispone, en el ejercicio de su potestad primacial, y mover a los demás católicos a comportarse de igual manera, como hijos

(7) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 3.

(8) Cfr. *Matth.* XVIII, 18; XXVIII, 16-20.

(9) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, nn. 21-22.

fieles del Santo Padre. Es la actitud que siempre nos inculcó nuestro Fundador: *tu más grande amor, tu mayor estima, tu más honda veneración, tu obediencia más rendida, tu mayor afecto ha de ser también para el Vice-Cristo en la tierra, para el Papa.*

Hemos de pensar los católicos que, después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Santo Padre ¹⁰.

LA UNION con el Papa se demuestra de modo especial en la aceptación rendida de su Magisterio. El depósito de las verdades de fe es inalterable, está por encima del correr de los tiempos, y el Romano Pontífice tiene autoridad, recibida de Cristo, para exponerlo e interpretarlo auténticamente. La fidelidad a las enseñanzas del Magisterio de la Iglesia constituye el único camino para que la acción apostólica sea eficaz, de tal manera que la más pequeña separación de cualquiera de sus verdades constituiría un atentado grave a la unidad querida por Jesucristo para su única Iglesia.

Promover la unidad se traduce, por tanto, en aumentar *nuestra fidelidad al Magisterio perenne de la Iglesia* ¹¹, cuya custodia ha sido confiada por Cristo, de modo particular, al Romano Pontífice. Por

(10) *Forja*, n. 135.

(11) De nuestro Padre, Homilía, *Lealtad a la Iglesia*, 4-VI-1972.

eso, no cabe otra disposición en un católico: defender "siempre" la autoridad del Papa; y estar "siempre" dócilmente decidido a rectificar la opinión, ante el Magisterio de la Iglesia¹². Y, como es lógico, ese deseo de fidelidad ha de concretarse entre otras cosas en una obligación clara y determinada: la de conocer el pensamiento del Papa, manifestado en Encíclicas o en otros documentos, haciendo cuanto esté de nuestra parte para que todos los católicos atiendan al magisterio del Padre Santo, y acomoden a esas enseñanzas su actuación en la vida¹³.

San Pablo, a quien el Señor mismo llamó al apostolado, acude a San Pedro, Cabeza de la Iglesia, para confrontar su doctrina: *subí a Jerusalén para ver a Cejas* —escribe a los Gálatas—, *y permanecí a su lado quince días (...). Catorce años después, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando conmigo a Tito. Subí movido por una revelación y les expuse, especialmente a los que gozaban de autoridad, el Evangelio que predico entre los gentiles, no fuera que corriese o hubiese corrido en vano*^M.

El Magisterio del Romano Pontífice es también el criterio para distinguir lo que pertenece al depósito revelado de lo que es una opinión teológica. Es, por eso, garantía segura de la fe de Jesucristo, custodia de los valores necesarios para la salvación, de-

(12) *Forja*, n. 581.

(13) *Forja*, n. 633.

(14) *Gata*. I, 18; II, 1-2.

fensor constante de la libertad de los fieles en lo opinable. Siguiendo sus enseñanzas, sabemos dónde está Cristo, que salva y une, y dónde se encuentra la destrucción y la muerte.

*Ubi Petras, ibi Ecclesia, ibi Deus. Queremos estar con Pedro, porque con él está la Iglesia, con él está Dios; y sin él no está Dios. Por eso yo he querido romanizar la Obra. Amad mucho al Padre Santo. Rezad mucho por el Papa. Queredlo mucho, ¡queredlo mucho! Porque necesita de todo el cariño de sus hijos. Y esto lo entiendo muy bien: lo sé por experiencia, porque no soy como una pared, soy un hombre de carne. Por eso me gusta que el Papa sepa que le queremos, que le querremos siempre, y eso por una única razón: que es el dulce Cristo en la tierra*¹⁴.

Confiamos plenamente en Cristo y en su Madre Santísima, Auxilio de los cristianos y, *fielmente pegados al Vicario de Cristo en la tierra* —al dulce Cristo en la tierra—, *al Papa, tenemos la ambición de llevar a todos los hombres los medios de salvación que tiene la Iglesia, haciendo realidad aquella jaculatoria* —escribió nuestro Padre—, *que vengo repitiendo desde el día de los Santos Angeles Custodios de 1928: omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*!¹⁵

(15) De nuestro Padre, Tertulia, II-V-1965.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 82.

430.

25 de enero

CONVERSIÓN DE SAN PABLO

—La gracia de Dios convierte a Pablo de perseguidor en Apóstol.

—El Señor quiere servirse de instrumentos, como se sirvió de San Pablo.

—Fomentar el afán de almas.

CONCLUYE el Octavario por la unión de los cristianos conmemorando la conversión de San Pablo. *Saulo* —se lee en la primera lectura de la Misa— *respirando todavía amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, se presentó ante el Sumo Sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco*¹. Pablo era un defensor a ultranza de la ley de Moisés, y a sus ojos la doctrina de Cristo era un peligro para el judaísmo. Por eso, no vacilaba en dedicar todos sus esfuerzos al exterminio de la Iglesia. Había consentido en la muerte de Esteban² y, no satisfecho aún, *hacía estragos en la Iglesia, iba de casa en casa, apresaba a hombres y mujeres y los metía en la cárcel*³.

Ahora se dirige a Damasco, donde ha prendido la semilla de la fe, con plenos poderes para *llevar de-*

(1) *L. I* (Act. IX, 1-2).

(2) *Cfr. Act. VII, 60.*

(3) *Act. VIII, 3.*

*tenidos a Jerusalén a quienes encontrara, hombres y mujeres, seguidores del Camino*⁴. Pero el Señor tiene unos planes distintos. *Mientras iba de camino le sucedió, al acercarse a Damasco, que de repente le envolvió de resplandor una luz del cielo. Y cayendo en tierra oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Respondió: ¿Quién eres tú, Señor? Y él: Yo soy Jesús, a quien tú persigues*⁵.

Nunca olvidará San Pablo ese encuentro personal con Cristo resucitado. Muchos años después, convertido ya en defensor y propagador incansable de la fe, lo recordaba con frecuencia: *en último lugar —escribe a los Corintios—, como un abortivo, se me apareció a mí también. Porque yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, ya que perseguí a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que se me dio no resultó vana*⁶.

Todo el afán que antes le llevaba a perseguir a los cristianos, le empuja ahora —con una fuerza nueva, más grande de lo que nunca soñó— a propagar por todos los rincones de la tierra la fe en Cristo. Se entrega sin reservas a su misión, afronta riesgos y peligros sin cuento, se sobrepone a la fatiga, al cansancio, al miedo, a trueque de ganar almas. Nada habrá ya capaz de apartarle del cumplimiento de su

(4) *L. I* (Act. IX, 2).

(5) *Ibid.*, 3-6.*

(6) *I Cor. XV, 8-10.*

tarea: su vida quedó resellada por aquel encuentro en el camino de Damasco, que fue el inicio de su vocación.

Dios Nuestro Señor concede su gracia a quien le da la gana, sin condiciones, comentaba nuestro Padre.

¿Qué preparación tenía San Pablo cuando Cristo lo derriba del caballo, lo deja ciego y le llama al apostolado? ¡Ninguna! Sin embargo, cuando él responde y dice: Señor, ¿qué quieres que haga? (Act IX, 6), Jesucristo le escoge para Apóstol. Luego, en su humildad, Pablo dirá que es tamquam abortivus (I Cor. XV, 8), como un aborto de Dios, que no ha nacido bien. Se juzga así de malo. Muchos hombres de su tiempo eran mejores que él, cuando le llamó el Señor. Y, sin embargo, Pablo es Apóstol y ellos no lo son⁷.

LA ANSIADA unión de los cristianos es un don que hemos de pedir insistentemente al Señor. La gracia, *si es gracia*, recuerda San Agustín, *gratuitamente se da*⁸. Lo que estamos pidiendo en estos días depende del beneplácito divino. Sabemos que *Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad*⁹, pero desea servirse de instrumentos. Para atraer a la Iglesia a los hombres. Dios

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 9-IV-1971.

(8) San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 31, 2, 7.

(9) I Tim. 11, 4.

utiliza habitualmente la colaboración de los buenos cristianos que —mediante su ejemplo y su palabra— hacen conocer a otros la plenitud de la fe. Porque, *¿cómo invocarán a aquél en quien no creyeron? ¿O cómo creerán, si no oyeron hablar de él? ¿Cómo oirán sin alguien que predique? ¿Y cómo predicarán, si no son enviados? (...). Por tanto, la fe viene de la predicación, y la predicación a través de la palabra de Cristo*¹⁰.

Es necesario, repitió nuestro Padre, que mis hijos busquen la ocasión de hablar, de comunicar estas maravillas que el Señor nos ha confiado. No basta la presencia, para trabajar cristianamente. ¡No es verdad! Lo dicen los que se avergüenzan de Cristo. Jesús se hacía presente, y hablaba y daba doctrina. No basta la presencia. No tiene razón quien diga que eso basta. Hay que hablar, con don de lenguas, con simpatía.

Tenemos lengua para hablar, también con imprudencia. Vamos por el mundo alegres e imprudentes. ¡Cuanto más imprudentes seáis, mejor! Yo siempre, y también ahora, pienso en los tiempos de San Pablo, y me acuerdo de aquella amonestación: argüe, obsecra, increpa...; opportune, importune (II Tim. IV, 2). Os decía que pienso en los tiempos de San Pablo, con aquel imperio romano, lleno de fastuosidad, donde el emperador, con una soberbia tonta, inclinaba la cabeza para que su grandeza personal no chocase con los arcos de triunfo.

(10) Rom. X, 14-15, 17.

Aquellos hombres paganos vivían animalmente, pensando en su vientre, en su sensualidad, en su poder humano. Y Pablo, frente a esa concepción de la vida, se lanza a predicar a Cristo, a ese Jesús que ha exigido ser humildes, que ha llevado una vida limpia... Es todo lo contrario a lo que hay en el ambiente, pero San Pablo que sabe, que ha paladeado intensamente la alegría de ser de Dios, se lanza seguro a la predicación, y lo hace en todo instante, también desde la prisión ⁿ.

APRENDE a orar, aprende a buscar, aprende a pedir, aprende a llamar: hasta que halles, hasta que recibas, hasta que te abran ¹². Para que el Señor conceda a su Iglesia la gracia de la unión de todos los cristianos, hemos de acudir a una perseverante oración y a una mortificación generosa. Nos lo enseña San Pablo: tan pronto le ayudaron a levantarse del suelo marchó a Damasco, y permaneció tres días sin vista y sin comer ni beber ¹³. Sólo al cabo de ese tiempo dedicado a la plegaria y a la penitencia, manda Dios a su siervo Ananías: ve, porque éste es mi instrumento elegido para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel Yo le mostraré lo que habrá de sufrir a causa de mi nombre ^M.

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 25-VIII-1968.

(12) San Bernardo, *Sermo in Ascensione* 5, 14.

(13) *L I* (Act. IX, 9).

(14) *Ibid.*, 15-16.

*Nos recordaba nuestro Padre: mirad que Dios, al fijarse en nosotros, al concedernos su gracia para que luchemos por alcanzar la santidad en medio del mundo, nos impone también la obligación del apostolado. Comprended que, hasta humanamente, como comenta un Padre de la Iglesia, la preocupación por las almas brota como una consecuencia lógica de esa elección: cuando descubríis que algo os ha sido de provecho, procuráis atraer a los demás. Tenéis, pues, que desear que otros os acompañen por los caminos del Señor. Si vais al foro o a los baños, y topáis con alguno que se encuentra desocupado, le invitáis a que os acompañe. Aplicad a lo espiritual esta costumbre terrena y, cuando vayáis a Dios, no lo hagáis solos (San Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia*, 6, 6) ¹⁵.*

Mucho tuvo que sufrir San Pablo en su labor apostólica, pero aquellos dolores fueron mil veces benditos: *los que no le querían* —comentaba nuestro Fundador—, *decían que era pequeño de cuerpo, de lengua torpe, de ojos torcidos... ¡y él se sentía grande! (...). Con aquellas llagas invisibles, se sentía alter Christus, ipse Christus* ⁿ.

Acabamos nuestra oración, conscientes de que —como decía nuestro Padre— *vosotros y yo valemos muy poquita cosa; y, sin embargo, tenemos el deber de tener complejo de superioridad.*

(15) *Amigos de Dios*, n. 5.

(16) De nuestro Padre, *Meditación*, 28-IV-1963.

Fijaos por qué. Decimos: Señor, yo realmente no soy nada, no valgo nada, no tengo nada. No valemos nada, no podemos nada, no tenemos nada; pero tenemos los brazos de Santa María, Madre del Amor Hermoso, tenemos los brazos de nuestro Padre Dios, y entonces decimos con San Pablo: omnia possum in eo qui me confortat' (Philip. IV, 13) "

(17) De nuestro Padre, Tertulia, 8-X-1967.

431.

28 de enero

SANTO TOMAS DE AQUINO

—Todos en la Obra debemos adquirir una profunda formación doctrinal.

—Seguimos fielmente las indicaciones del Magisterio.

—Necesidad del estudio para adquirir y mejorar el conocimiento de la doctrina católica.

OH DIOS, que hiciste sobresalir a Santo Tomás de Aquino por su gran santidad y por el profundo conocimiento de las ciencias sagradas; concédenos comprender sus enseñanzas e imitar su ejemplo¹.

La fiesta de hoy, al hacernos presente la vida y la obra del Doctor Angélico, trae a nuestra consideración la necesidad de una sólida formación doctrinal-religiosa, sustento firme de la fe, de modo que siempre y en todo momento nuestra vida y nuestra actuación sean plenamente cristianas.

Con el progresivo desarrollo de la capacidad intelectual, se hace más necesario profundizar en la doctrina aprendida. Nuestro Padre nos hizo sentir a menudo esta necesidad, porque *la ignorancia es el mayor enemigo de nuestra Fe, y a la vez el mayor obstáculo para que se lleve a término la Redención de las almas².*

(1) *Oral.*

(2) De nuestro Padre, Carla, 9-1-1951, n. 8.

La formación doctrinal es un medio ordinario previsto por Dios para fortalecernos en la fe y en el amor. En nuestro caso adquiere una mayor exigencia, puesto que *una santidad sin doctrina no es la santidad del Opus Dei*³. Además, los apostolados que la Obra realiza son cada vez más numerosos y más diversos; y, con el paso de los años, serán más diversos aún. Pero todos —los de ahora y los de después y los de siempre— no serán más que un medio de dar doctrina⁴.

Desde el primer momento, fue éste un rasgo característico del espíritu de la Obra, que nuestro Fundador no se cansó de subrayar. *Al profundizar en el conocimiento de nuestra vocación, al considerar el valor y las posibilidades de este peculiar modo nuestro de llevar el mensaje evangélico a los hombres, salta a la vista, hijas e hijos míos, que —siendo así y trabajando así— la Obra entera equivale a una gran catequesis, hecha de forma viva, sencilla y directa en las entrañas de la sociedad civil*⁵.

Para que podamos impartir esa enseñanza cristiana a nuestro alrededor —cada uno desde el lugar que ocupa en la sociedad—, la Prelatura cuida de darnos su peculiar espíritu sobrenatural —su ascética específica— y la formación doctrinal adecuada⁶. Esta

(3) De nuestro Padre, Obras VI-65, p. 71.

(4) De nuestro Padre, Noticias VII-15, p. 16.

(5) De nuestro Padre, Carta, 11HI-1940, n. 47.

(6) De nuestro Padre, Carta, 11-111-1940, n. 37.

formación tiende a proporcionarnos *el conocimiento de la fe católica, del Magisterio eclesiástico y de las directrices de la Santa Sede, para que haya en todas las clases de la sociedad personas intelectualmente preparadas, que, cada una en su ambiente, hagan con eficacia el apostolado de la doctrina*⁷.

De este modo, con el corazón y el entendimiento empapados de la verdad de Cristo, cada uno se hará presente en el campo de la ciencia o del trabajo humano que cultive, dándole su justa orientación cristiana; porque esa doctrina, recibida con espíritu abierto, suscitará en nuestra alma *el instinto y la sana inquietud de conformar esa tarea a las exigencias de la conciencia cristiana, a los imperativos divinos que deben regir en la sociedad y en las actividades de los hombres*⁸.

AL DESEO que tenéis de mejorar continuamente vuestra formación, a vuestro afán de aprender, la Obra corresponde proporcionándoos, en la medida y en la forma que requieren las circunstancias personales de cada uno, un conocimiento exacto del dogma y de la moral, de la Sagrada Escritura y de la liturgia, de la historia y del derecho de la Iglesia; de manera que más fácilmente podáis elevar al plano sobrenatu-

(7) Catecismo, 5ª ed., n. 299.

(8) De nuestro Padre, Carta, 6-V-1945, n. 15.

ral los conocimientos humanos, y convertirlos en instrumento de apostolado⁹.

En la Obra, al estudiar la ciencia de Dios, seguimos la exposición doctrinal de Santo Tomás de Aquino, de acuerdo con las indicaciones que el Magisterio ha dado en múltiples ocasiones. *La Iglesia ha hecho suya esta doctrina* —afirmaba el Papa Juan XXIII—, *por estar más conforme que ninguna otra con las verdades reveladas, las enseñanzas de los santos Padres y la recta razón*¹⁰. Y el Concilio Vaticano II recomienda *profundizar en los misterios de la fe y descubrir su mutua conexión (...) bajo el magisterio de Santo Tomás*¹¹. De esta advertencia, comentaba nuestro Fundador, *no se puede concluir que debemos limitarnos a asimilar y a repetir todas y solamente las enseñanzas de Santo Tomás*.

*Se trata de algo muy distinto: debemos ciertamente cultivar la doctrina del Doctor Angélico, pero del mismo modo que él la cultivaría hoy si viviese. Por eso, algunas veces habrá que llevar a término lo que él mismo sólo pudo comenzar; y por eso también, hacemos nuestros todos los hallazgos de otros autores, que respondan a la verdad*¹².

Además, el espíritu de libertad que es connatural con nuestra vocación nos lleva a respetar todas

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 11-IIIM940, n. 49.

(10) Juan XXIII, *alloc.* 28-IX-1960.

(11) Concilio Vaticano II, *decr. Optatum totius*, n. 16.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1951, n. 22.

las posibles opiniones cristianas; y porque amamos esa libre elección, *el Opus Dei no tiene ni tendrá jamás opinión propia o escuela corporativa, en materias teológicas o filosóficas dejadas por la Iglesia a la libre disputa de los hombres, sino que, también en estas materias, los miembros gozan de la misma libertad que los demás católicos*¹³.

Precisamente como salvaguardia de la libertad, para que tenga su fundamento en la auténtica doctrina cristiana, en un conocimiento completo de la Revelación sobrenatural, obedecemos siempre, con ánimo filial, las indicaciones del Magisterio.

*Corporativamente no tenemos otra doctrina que la que enseña el Magisterio de la Santa Sede. Aceptamos todo lo que este Magisterio acepta, y rechazamos todo lo que él rechaza. Creemos firmemente todo cuanto propone como verdad de fe, y hacemos también nuestro todo lo que es de doctrina católica*¹⁴. Y dentro de esa doctrina amplia, cada uno de nosotros forma su criterio personal¹⁵.

LOS APOSTÓLES no tenían que adquirir doctrina para dialogar, porque el Espíritu Santo los movía y les daba carismas; pero nosotros, para tener ciencia y doctrina, tenemos que aprenderla con estudio y esfuer-

(13) *Catecismo*, 5ª ed., n. 310.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 14-11-1964, n. 1.

(15) De nuestro Padre, *Obras* 11-62, p. 26.

zo¹⁶. Es una consecuencia inmediata de lo que hemos venido considerando en este rato de oración: la eficacia de la formación doctrinal descansa, en gran medida, sobre el esfuerzo de cada uno por asimilarla, conservarla y perfeccionarla.

Necesitamos esforzarnos, trabajar personalmente de manera que la enseñanza perenne de la Iglesia vaya informando nuestra inteligencia hasta conocerla bien y convertirla en vida propia. *Para dar doctrina* —nos decía nuestro Padre—, *necesitáis formación. Una seria y profunda formación*¹⁷. *El Señor quiere que los instrumentos hagan lo posible para estar bien dispuestos: has de procurar que nunca falte esa buena disposición tuya*¹⁸.

Esa buena voluntad se manifestará en nuestra dedicación al estudio, en el interés por aprovechar bien los diversos medios de formación doctrinal-religiosa que la Prelatura nos proporciona. Sabiendo que, para adquirir esa doctrina, será preciso emplear *tiempo, en lugar oportuno, con los años oportunos de dedicación al estudio, con los medios oportunos*¹⁹.

No podemos dejar los libros —nos ha enseñado gráficamente nuestro Fundador—, *como Fray Gerundio, y ponernos a predicar. Yo lo que quiero es tener fijos y claros todos los argumentos de la buena doctri-*

(16) De nuestro Padre, Tertulia, marzo 1965.

(17) De nuestro Padre, Obras VIII-54, p. 39.

(18) De nuestro Padre, n. 78.

(19) De nuestro Padre, Obras IV-64, p. 11.

na; por eso repaso los tratados tradicionales de teología. Y también leo literatura, porque las palabras son el ropaje: fides ex auditu (Rom. X, 17). *Hay que dar doctrina, buena doctrina, y presentarla a los ojos de los hombres con un aspecto agradable. Los argumentos tradicionales cabe revestirlos literariamente, cabe exponerlos sin vulgaridad pero vulgarizando*²⁰.

Además de una formación teológica seria, profunda y constante, adaptada a las circunstancias personales de cada uno, se nos aconseja repasar una y otra vez el catecismo de la doctrina cristiana, de modo que las verdades capitales de la fe no se olviden ni se oscurezcan.

Esta solicitud de la Obra debe impulsarnos a pedir a Dios que aumente en nosotros el afán de conocerle, de aprender y amar la doctrina que entregó a la Iglesia. El mejor modo de demostrar esa buena disposición personal será poner toda nuestra ilusión en la realización de los estudios previstos: *hacerlos con el mismo interés con que toda la gente que tiene que ganarse la vida —como vosotros y como yo— con su profesión, hace los estudios de la Universidad, con el mismo empeño*²¹.

Si sentimos esta responsabilidad, encontraremos tiempo para la lectura de nuevos libros y para la revisión de lo ya aprendido; así se mantendrán actua-

(20) De nuestro Padre, Crónica 1969, p. 589.

(21) De nuestro Padre, Tertulia, 22-IX-1966.

les y vivos nuestros conocimientos. Este era el consejo de nuestro Padre: *procurad dedicar un rato al día —aunque sólo sea unos minutos— al estudio de la ciencia eclesiástica, repasando una y otra vez los tratados clásicos, dando más solidez a los principios*²².

La Santísima Virgen, *Sedes Sapientiae*, que ha guardado con su intercesión la doctrina vivificadora de la Iglesia a lo largo de los siglos, fortalecerá nuestro deseo de adquirir y mejorar una profunda formación doctrinal-religiosa.

Febrero

(22) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 15.

432.

2 de febrero

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

—Humildad del Señor en su Presentación.

—La Purificación de Nuestra Señora es una muestra de su humilde aceptación de la Voluntad divina.

—Siendo dóciles al Espíritu Santo cumpliremos la Voluntad de Dios.

CUMPLIDOS los días de la purificación de la madre, según la Ley de Moisés, llevaron al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor¹.

Jesucristo entra en el Templo y lo hace en brazos de su Madre, como un Niño más. La multitud que llena el recinto no se da cuenta de que se están cumpliendo las palabras del Profeta Malaquías. *Esto dice el Señor Dios: he aquí que Yo envío mi Ángel y preparará el camino delante de mí. Y luego vendrá a su templo el Dominador a quien vosotros buscáis y el Ángel del testamento que vosotros deseáis².* Sólo los Angeles, además de María y José, son testigos conscientes de ese acontecimiento. *Los espíritus angélicos, mirando desde el Cielo, se llenaron de estupor y clamaron: "¡Qué espectáculo tan maravilloso, desacomunado y estupendo, incomprensible e impensa-*

(1) Ev. (Luc. II, 22).

(2) L. I (Malach. III, 1).

*ble! El Creador de Adán es llevado en brazos como un niño (...). Aquel que mora en el seno ilimitado del Padre, ha sido circunscrito por su propia voluntad en la carne"**.

Entre las muchas enseñanzas de la escena evangélica que estamos considerando, una salta inmediatamente a la vista: el ejemplo de humildad que el Señor ha querido darnos. Una humildad gozosa, porque de este modo cumple la Voluntad de Dios. Nosotros debemos imitar esa entrega incondicionada de Jesús. *La humildad, que la Obra exige, es algo muy interior, algo que deriva directamente del coloquio contemplativo que mantenemos con el Señor sine intermissione (I Thes. V, 17). Es el hondo sentimiento de que Dios Nuestro Padre es quien hace todas las cosas, con estos pobres instrumentos que somos cada uno de nosotros —servi inútiles sumus (Luc. XVII, 10)—, que juega con cada uno de nosotros como con unos niños: ludens in orbe terrarum et deliciae meae esse cum filiis hominum fProv. VIH, 31).*

*Cuando procuramos ser humildes, sentimos que la energía poderosa del Señor actúa, apoyada en nuestra flaqueza; y que nunca somos más fuertes que cuando solamente podemos contar con Dios*⁴.

Pidamos al Señor que su ejemplo nos haga reaccionar, que no admitamos ni por un instante un pen-

samiento de soberbia por el servicio —a veces de tan poca calidad— que le prestamos; conscientes de que Dios no quiere *siervos suyos engreídos, que se complacen en sí mismos; los quiere, al contrario, convencidos de su propia indignidad, y llenos de un santo empeño en no estorbar la obra de la gracia*⁵.

TAMBIÉN la Santísima Virgen cumple un mandato de la Ley de Dios, que ordenaba la purificación legal de las madres a los cuarenta días de haber dado a luz⁶. Y esta vez serás tú, amigo mío, quien lleve la jaula de las tórtolas. —¿Te fijas? Ella —¡la Inmaculada!— se somete a la Ley como si estuviera inmundada.

*¿Aprenderás con este ejemplo, niño tonto, a cumplir, a pesar de todos los sacrificios personales, la Santa Ley de Dios?*⁷.

La que concibió y fue concebida sin la más leve sombra de pecado, se abaja y nos da ejemplo de humildad: una humildad que desborda los estrechos límites dentro de los que, a veces, pretendemos encerrar esta virtud. Nosotros, en efecto, *somos siervos inútiles*⁸, y cualquier humillación en el fondo es justa, pues somos pecadores. La humildad consiste, sencillamente, en tomar conciencia de nuestra nada,

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 88.

(6) Cfr. *Levit.* XII, 2-8.

(7) *Santo Rosario*, IV misterio gozoso.

(8) *Luc.* XVII, 10.

(3) Romano el Cantor, *Hymnus in festo Praesentationis Domini* 1.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 31.

pues eso es para nosotros andar en verdad. En otras palabras: para ser humildes basta anonadar esa aparente grandeza que alguna vez puede presentarse a nuestros ojos como propia, y que no es sino un espejismo, construcción de la fantasía, consecuencia de la soberbia.

Suelo contar esa anécdota —nos decía nuestro Padre— que tantas veces me habéis oído, y que es tan clara: la del polvo que es elevado por el viento hasta formar en lo más alto una nube dorada, porque admite los reflejos del sol. De la misma manera, la gracia de Dios nos lleva altos, altos; y reverbera en nosotros toda esa maravilla de bondad, de sabiduría, de eficacia, de belleza, que es Dios⁹.

Nunca tenemos motivos para enorgullecemos. Hoy, ante el ejemplo de Nuestra Señora, esta realidad aparece aún más manifiesta. Siendo merecedora de todo privilegio en el Cielo y en la tierra, María acude como una mujer más al Templo. *¡Purificarse! ¡Tú y yo —nos recuerda nuestro Padre— sí que necesitamos purificación! —Expiar, y, por encima de la expiación, el Amor. —Un amor que sea cauterio, que abraza la roña de nuestra alma, y fuego, que enciende con llamas divinas la miseria de nuestro corazón¹⁰.*

Si la virtud de la humildad informa plenamente nuestra vida, seremos gratísimos a los ojos de Dios,

como lo fue la Virgen. *Ella es aquella noble estrella nacida de Jacob, cuyos rayos iluminan todo el orbe, cuyo esplendor brilla en las alturas y penetra los abismos; y, alumbrando también la tierra y calentando más los corazones que los cuerpos, fomenta las virtudes y consume los vicios¹¹.*

ENTRE la multitud que llena el Templo, sólo dos ancianos, Simeón y Ana, reconocen a Cristo en brazos de la Virgen. *María, su Madre, llevaba al Niño aún sin habla; el anciano lo vio y lo reconoció. ¿Dónde lo había visto para reconocerlo? ¿O acaso se le reveló dentro quien había nacido fuera? Lo vio y lo reconoció. Simeón reconoció al Niño que no hablaba, mientras que los judíos dieron muerte a un hombre maduro que obraba maravillas. Habiéndolo reconocido, lo tomó en sus manos y lo abrazó. Llevaba a Aquel por quien era llevado, pues era Cristo, la Sabiduría de Dios, que se extiende poderosa de un extremo al otro y dispone todas las cosas con suavidad (cfr. Sap. VIII, 1). ¡Cuan grande era el que estaba allí! Y, a pesar de ser tan grande, ¡qué pequeño se había hecho! Hecho pequeño, buscaba a los pequeños. ¿Qué significa este buscar a los pequeños? Convocaba no a los soberbios, sino a los mansos y humildes¹².*

(9) De nuestro Padre, Meditación, 2-XI-1958.

(10) *Sanio Rosario*, IV misterio gozoso.

(11) San Bernardo, *Homilía super Missus est*, 2, 17.

(12) San Agustín, *Sermo* 370, 2.

Simeón y Ana habían pasado toda su vida sirviendo a Dios, deseando ardientemente la llegada del Mesías. Cuando se cumple ese momento, por haber sido humildes, dóciles al Espíritu Santo, tuvieron la inmensa fortuna de tomar a Jesús entre sus brazos. Comenta un antiguo escritor eclesiástico que *Simeón no había ido al templo por casualidad, sino que fue movido por el Espíritu Santo: "todos aquellos que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios"* (Rom. VI, 14). *El Espíritu Santo lo llevó al templo. También tú, si quieres abrazar a Jesús y tenerlo entre tus manos, si deseas hacerte digno de ser librado de la prisión, pon todo tu esfuerzo en ser dirigido por el Espíritu* ¹³.

Hemos de seguir con docilidad las inspiraciones interiores que el Paráclito hace nacer en el alma, con el fin de ayudarnos a elegir lo que más nos acerca a Dios. Unas veces serán cosas pequeñas: aceptar con serenidad las mortificaciones que encontramos en el trabajo, en la convivencia con los demás; escoger algo que nos gusta menos, quedarnos con lo peor... Otras, esas mociones del Espíritu Santo nos llevarán a vivir con más generosidad, a entregarnos del todo. En una palabra: a olvidarnos de nosotros mismos y a abandonarnos en el Señor ¹⁴.

Si no hay docilidad, no hay entrega ¹⁵, decía nues-

(13) Orígenes, *In Lucam homiliae* 15, 1-2.

(14) De nuestro Padre, Noticias XII-71, pp. 23-24.

(15) De nuestro Padre, Noticias X-70, p. 92.

tro Padre. La humildad busca la entrega plena a la Voluntad divina, por ardua y difícil que aparezca. María cumple la Ley de Dios y cuando Simeón le dice: *tu misma alma será traspasada por una espada* ¹⁶, Nuestra Señora renueva aquel *fiat* que había pronunciado en Nazaret. Presenta su único Hijo a la Trinidad Beatísima y pone simultáneamente su vida en manos de Dios. ¿Qué otra cosa podía hacer la Esclava del Señor?

La pureza, la humildad y la generosidad de María contrastan con nuestra miseria, con nuestro egoísmo. Es razonable que, después de advertir esto, nos sintamos movidos a imitarla; somos criaturas de Dios, como Ella, y basta que nos esforcemos por ser fieles, para que también en nosotros el Señor obre cosas grandes. No será obstáculo nuestra poquedad: porque Dios escoge lo que vale poco, para que así brille mejor la potencia de su amor (I Cor. I, 27-29) ¹⁷.

Nuestra Madre se entregó siempre por completo en el servicio de Dios y de los demás. Hoy le pedimos que nos consiga gracia para que nunca perdamos de vista nuestra condición de servidores y, encendidos en la llama del Amor de Dios, *podamos un día contemplarlo en la claridad eterna de su gloria* ¹⁸.

(16) *Ev. (Luc. II, 35).*

(17) *Es Cristo que pasa*, n. 172.

(18) Bendición de las candelas. *Oral.*

433.

11 de febrero

NUESTRA SEÑORA DE LOURDES

- La Virgen Santísima verdaderamente es Madre nuestra.
- Las devociones mañanas, expresión de nuestro cariño filial a la Virgen.
- Acudir a la Virgen en todas las situaciones, con piedad de hijos pequeños.

CONMEMORAMOS hoy la aparición de la Santísima Virgen en Lourdes. Habían pasado cuatro años desde la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, cuando Nuestra Señora se manifestó a una muchacha piadosa llamada Bernadette, que recogía leña junto al río Gave.

Resplandeció así la Virgen Inmaculada, en un día cualquiera, en el lugar que eligió para manifestar a los hombres, una vez más, su amor maternal. Y hoy, en nuestra oración, nos preguntamos con el autor inspirado: *¿quién es ésta, que avanza como la aurora naciente, bella como la luna, elegida como el sol, terrible como un ejército en orden de batalla?*. El corazón, lleno de fe, nos responde que esta Señora es nuestra Madre, admirable prenda de la misericordia divina en favor nuestro. Así lo reconoce la

(1) Cam. VI, 9.

Iglesia al proponernos en la Misa de hoy unas palabras de la Sagrada Escritura en las que se muestra el gran amor de Dios por los hombres: *como la madre acaricia a su hijo, así Yo os consolaré (...). Lo veréis, y se gozará vuestro corazón, y floreceréis como la hierba que brota, y será conocida la mano del Señor en favor de sus siervos*².

Durante siglos se ha desarrollado entre los cristianos la devoción mariana, *que se manifiesta en tantas costumbres, antiguas o nuevas, pero vividas con un mismo espíritu de amor*.

Da alegría comprobar que la devoción a la Virgen está siempre viva, despertando en las almas cristianas el impulso sobrenatural para obrar como domesticados de Dios, como miembros de la familia de Dios (Ephes. //, 19).

Somos familia de Dios porque Cristo nos ha ganado esta filiación al Padre, y porque —desde la Cruz— quiso hacernos también hijos de su Madre: *Mujer, ahí tienes a tu hijo*⁴. Desde entonces, *María, fiel a la misión divina para la que fue criada, se ha prodigado y se prodiga continuamente en servicio de los hombres, llamados todos a ser hermanos de su Hijo Jesús. Y la Madre de Dios es también realmente, ahora, la Madre de los hombres*⁵.

(2) L. I (Isai. LXVI, 13-14).

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 139.(4) *Ioann. XIX*, 26.(5) *Es Cristo que pasa*, n. 140.

La maternidad de la Virgen es el fundamento de nuestro amor y devoción filial. Con su aparición en Lourdes, Nuestra Señora ha querido poner de manifiesto el amor grande que nos tiene. Nos recuerda que vive cerca de cada uno, que tenemos en el Cielo una Madre buena, pendiente del menor gesto, de la más pequeña necesidad o súplica de sus hijos.

*Nada invita tanto al amor como la conciencia de sentirse amados*⁶. Hoy experimentamos de modo particularmente vivo el sentido de estas palabras. *Cada uno de nosotros* —nos invita nuestro Padre—, *al evocar su propia vida y ver cómo en ella se manifiesta la misericordia de Dios, puede descubrir mil motivos para sentirse de un modo muy especial hijo de María*⁷. Ante el derroche de amor con que la Virgen ha bendecido a la Obra y a cada uno de nosotros, queremos pedir al Señor que nos enseñe a tratar a María como El mismo la trató: con su cariño, con sus atenciones, con una piedad filial que aumente con el paso de los días.

MARÍA quiere que la tratemos, que acudamos a Ella, que nos dejemos cuidar y consolar, que le pidamos —como hijos pequeños— mil cosas cada día. A aquella muchacha de Lourdes le dijo que rezara durante varias semanas el Rosario, y que con ella lo re-

tó) Santo Tomás *Declar. quor. groe.*, c. 5.
(?) *Es Cristo que pasa*, n. 140.

zasen todos los que acudían a la gruta. Nuestra Señora espera ese diálogo de hijos pequeños que repiten embobados a su madre, una y otra vez, sin cansancio, las mismas palabras.

De una manera espontánea, natural —nos enseña nuestro Padre—, *surge en nosotros el deseo de tratar a la Madre de Dios, que es también Madre nuestra. De tratarla como se trata a una persona viva: porque sobre Ella no ha triunfado la muerte, sino que está en cuerpo y alma junto a Dios Padre, junto a su Hijo, junto al Espíritu Santo*⁸. *María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como nuestra Madre*⁹: *monstra te esse Matrem*¹⁰.

De ese trato, de esa cordialidad, de esa confianza, de esa seguridad, nos habla María. Por eso su nombre llega tan derecho al corazón. La relación de cada uno de nosotros con nuestra propia madre, puede servirnos de modelo y de pauta para nuestro trato con la Señora del Dulce Nombre, María. Hemos de amar a Dios con el mismo corazón con el que queremos a nuestros padres, a nuestros hermanos, a los otros miembros de nuestra familia, a nuestros amigos o amigas: no tenemos otro corazón. Y con ese mismo corazón hemos de tratar a María ".

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 140.

(10) Himno *Ave maris stella*.

(11) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

En nuestra oración personal, meditamos ahora en los modos concretos en los que ese amor ha de manifestarse. Bastará con que nos preguntemos, como nos ha enseñado nuestro Fundador: *¿cómo se comportan un hijo o una hija normales con su madre? De mil maneras, pero siempre con cariño y con confianza. Con un cariño que discurrirá en cada caso por cauces determinados, nacidos de la vida misma, que no son nunca algo frío, sino costumbres entrañables de hogar, pequeños detalles diarios, que el hijo necesita tener con su madre y que la madre echa de menos si el hijo alguna vez los olvida: un beso o una caricia al salir o al volver a casa, un pequeño obsequio, unas palabras expresivas*¹².

En el espíritu del Opus Dei, la variedad de Normas marianas responde a esa necesidad de manifestar, de mil modos distintos, el cariño a Nuestra Señora. *¡Cuántas devociones a la Virgen tenemos durante el día, desde la mañana hasta la noche!*¹³. *Son el cauce de nuestro comportamiento habitual con Ella. Muchos cristianos hacen propia la costumbre antigua del escapulario; o han adquirido el hábito de saludar —no hace falta la palabra, el pensamiento basta— las imágenes de María que hay en todo hogar cristiano o que adornan las calles de tantas ciudades; o viven esa oración maravillosa que es el santo rosario, en el que*

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

(13) De nuestro Padre, Noticias X-60, p. 19.

*el alma no se cansa de decir siempre las mismas cosas, como no se cansan los enamorados cuando se quieren, y en el que se aprende a revivir los momentos centrales de la vida del Señor; o acostumbran dedicar a la Señora un día de la semana (...) ofreciéndole alguna pequeña delicadeza y meditando más especialmente en su maternidad (...). Es Dios quien nos ha dado a María, y no tenemos derecho a rechazarla, sino que hemos de acudir a Ella con amor y con alegría de hijos*¹⁴.

PRETENDEMOS rendir honor a María Santísima. El honor que le es debido, conforme a la excelencia de su ser y de su misión; honor singular, honor superior, honor que lamenta no poder jamás igualarse con el que el Señor le ha rendido y que el plan divino, que también descansa sobre Ella, merecería¹⁵.

Todas nuestras Normas marianas responden a estas palabras; pero además, como somos hijos pequeños, necesitamos abandonarnos en el regazo seguro de nuestra Madre. *Nos acogemos bajo tu amparo: sub tuum praesidium. Debajo de ese manto —de tu manto— hemos crecido como crecen los niños pequeños en los brazos de su madre*¹⁶.

Hoy queremos reafirmar a Nuestra Señora esa decisión de acudir siempre a Ella: en días de bonan-

(14) *Es Cristo que pasa*, n. 142.

(15) Pablo VI, alloc. 12-X-1963.

(16) De nuestro Padre, Crónica VIII-65, p. 9.

za, cuando la alegría de la entrega lleve a nuestros labios una canción agradecida, y en días de dificultad, cuando quizá el cansancio o la flaqueza del corazón presenten como insuperables los obstáculos del camino. En esas circunstancias, la convicción de que *Ella es la seguridad, 'Ella es la esperanza, Ella es la Madre del Amor Hermoso*¹⁷, nos urgirá a salir en su busca.

La Virgen está siempre a nuestro lado, como una madre buena que día y noche vela por sus hijos. Pero es preciso acercarse con cariño: *renunciar a la soberbia, a la autosuficiencia; reconocer que nosotros solos nada podemos, porque necesitamos de la gracia, del poder de nuestro Padre Dios para aprender a caminar y para perseverar en el camino. Ser pequeños exige abandonarse como se abandonan los niños, creer como creen los niños, pedir como piden los niños.*

Y todo eso lo aprendemos tratando a María. La devoción a la Virgen no es algo blando o poco recio: es consuelo y júbilo que llena el alma, precisamente en la medida en que supone un ejercicio hondo y entero de la fe, que nos hace salir de nosotros mismos y colocar nuestra esperanza en el Señor (...).

Porque María es Madre, su devoción nos enseña a ser hijos: a querer de verdad, sin medida; a ser sencillos, sin esas complicaciones que nacen del egoísmo de pensar sólo en nosotros; a estar alegres, sabiendo que

(17) De nuestro Padre, Crónica VIII-65, p. 11.

*nada puede destruir nuestra esperanza. El principio del camino que lleva a la locura del amor de Dios es un confiado amor a María Santísima*¹⁸.

Acudimos hoy a Santa María con la confianza de que esta Madre nuestra, que tanta misericordia demuestra con los hombres, nos curará de las enfermedades y miserias. *Si yo fuera leproso —nos decía nuestro Padre—, mi madre me abrazaría. Sin tener miedo, me besaría las llagas. Pues ¿y la Virgen Santísima? Mientras somos viadores, todo tiene remedio. Y el sentir que tenemos lepra, que estamos llagados, nos hace gritar: ¡madre! Y la protección de nuestra Madre es como un beso en las heridas*¹⁹.

(18) *Ex Cristo que pasa*, n. 143.

(19) De nuestro Padre, Noticias V-63, p. 27.

434.

14 de febrero
ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN
DE LA SECCIÓN FEMENINA
Y DE LA SOCIEDAD SACERDOTAL
DE LA SANTA CRUZ (I)

—Dios ha querido que haya mujeres en el Opus Dei.

—La labor apostólica de nuestras hermanas es parte esencial de la Obra.

—Acción de gracias de toda la Obra en esta fecha.

SE CUMPLE hoy un nuevo aniversario del día en el que el Señor hizo comprender a nuestro Padre que en la Obra debía haber también mujeres. Nuestra oración sube llena de reconocimiento al Señor y a su Madre Santísima, por cuya mediación vino esta gracia al mundo, el 14 de febrero de 1930. Algunas palabras de nuestro Padre en ocasiones semejantes pueden servir de cauce a nuestro diálogo con Dios.

Decía nuestro Fundador a sus hijas: *comenzamos el año treinta y siete, y deseo deciros una cosa: yo no quería fundar ni la Sección de varones, ni la Sección femenina del Opus Dei. En la Sección femenina no había pensado nunca. Os aseguro con una seguridad física —así, física—, que sois hijas de Dios* ¹.

j1) De nuestro Padre, Homilía, 14-11-1966.

Yo barruntaba el amor de Dios —añadía en otro momento—, pero no sabía que era tan inmenso. Y aquel 2 de octubre de 1928, fiesta de sus Angeles Custodios, Jesús, Señor Nuestro, quiso el Opus Dei. Le pido perdón porque, desde entonces, no he sabido trabajar bien.

Pensaba que en el Opus Dei no habría más que hombres. No es que no quisiera a las mujeres —amo mucho a la Madre de Dios; amo a mi madre y a las vuestras; quiero a todas mis hijas, que son una bendición de Dios en el mundo entero—, pero antes del 14 de febrero de 1930, yo no sabía nada de vuestra existencia en el Opus Dei, aunque sí latía en mi corazón el deseo de cumplir en todo la Voluntad de Dios ².

En aquel año de 1930, el 14 de febrero cayó en viernes, día de la semana en que se recuerda más especialmente el Sacrificio redentor de Cristo en la Cruz. Dios estaba empeñado en que una muchedumbre incontable de mujeres pudiera encontrar a Cristo y seguirle por todos los caminos de la tierra. *Para que no hubiera duda de que era El quien quería realizar su Obra, el Señor ponía cosas externas. Yo había escrito: nunca habrá mujeres —ni de broma— en el Opus Dei. Y a los pocos días..., el 14 de febrero, para que se viera que no era cosa mía, sino contra mi inclinación y contra mi voluntad.*

Yo iba a casa de una anciana señora de ochenta

(2) De nuestro Padre, Tertulia, II-VII-1974.

*años que se confesaba conmigo, para celebrar Misa en aquel oratorio pequeño que tenía. Y fue allí, después de la Comunión, en la Misa, cuando vino al mundo la Sección femenina. Luego, a su tiempo, me fui corriendo a mi confesor, que me dijo: esto es tan de Dios como lo demás*³.

Fiel a la explícita Voluntad de Dios, nuestro Padre puso inmediatamente los medios para hacer llegar el mensaje de la Obra a muchas mujeres. De la gracia divina y de ese esfuerzo constante y sacrificado de nuestro Fundador se han derivado desde entonces tantos bienes para la Iglesia y para las almas. *Aquel 14 de febrero de 1930, el Señor hizo que sintiera lo que experimenta un padre que no espera ya otro hijo, cuando Dios se lo manda. Y, desde entonces, me parece que estoy obligado a teneros más afecto: os veo como una madre ve al hijo pequeño*⁴.

EN UNO de los textos que pueden rezarse en la Misa de la Virgen, que celebramos hoy para agradecer a la Madre de Dios el don maravilloso de vuestra vocación, se lee: ego quasi vitis fructificavi, como vid eché olorosos sarmientos, y mis flores dan sabrosos y ricos frutos. Ego Mater pulchrae dilectionis: yo soy la Madre del Amor Hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. Venid a mí cuantos me de-

*seáis y saciaos de mis frutos (Eccli. XXIV, 23-26). Habla de la vid y los sarmientos. Así la Obra, así la Sección femenina del Opus Dei se ha ido llenando de frutos, que huelen maravillosamente; se ha ido llenando de virtudes espléndidas, calladas, ocultas y eficaces: de trabajo, para poder extenderse por todo el mundo*⁵.

Sin esta voluntad expresa de Dios, la Obra hubiera quedado manca⁶, afirmaba nuestro Padre: el espíritu del Opus Dei no podría llegar a todos los rincones de la tierra, y sería irrealizable esa siembra de paz y de alegría, que el Señor nos ha confiado, en ámbitos tan importantes como el hogar, la familia y las profesiones propias de la mujer.

*Hijas mías —son palabras de nuestro Padre—, yo quisiera que hoy os dierais cuenta de tantas cosas como el Señor, la Iglesia, la humanidad entera esperan de la Sección femenina del Opus Dei; y que, conociendo toda la grandeza de vuestra vocación, la amaseis cada día más. Decididas a ser el instrumento que el Señor necesita, con optimismo, con alegría, con sentido sobrenatural. Adelante, hijas mías, que el Señor espera mucho de vosotras; pero que se os meta bien en el corazón esto: no haremos nada si no somos santos*⁷.

Las labores apostólicas de la Obra entre las mujeres no conocen fronteras: en todas las latitudes, miles de hermanas nuestras realizan su trabajo san-

(3) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VII-1965, n. 2.

(5) De nuestro Padre, Homilía, 14-11-1960.

(6) De nuestro Padre, Crónica 11-55, p. 6.

(7) De nuestro Padre, Acción de gracias de la Misa, 19-11-1956.

to y santificador, en el seno mismo de las estructuras temporales. Escribió nuestro Padre: *desarrolláis personalmente en la sociedad, entre las mujeres, labores semejantes a las que realizan también en medio del mundo vuestros hermanos; y desempeñáis, como vuestras iguales, toda clase de cargos profesionales, sociales, políticos, etc.*

*Pero, además, os incumbe la tarea de atender la Administración de todos nuestros Centros, de una y otra Sección: apostolado de apostolados, vuelvo a escribir, con segura conciencia de no exagerar; tarea que es un servicio a toda la Obra y un verdadero trabajo profesional*⁸.

En todas estas tareas al servicio de las almas, las hijas de Dios en el Opus Dei tienen como modelo a Nuestra Señora: *lo principal es (...) que, como Santa María —mujer, Virgen y Madre— vivan de cara a Dios, pronunciando ese fiat mihi secundum verbum tuum (Luc. I, 38), hágase en mí según tu palabra, del que depende la fidelidad a la personal vocación, única e intransferible en cada caso, que nos hará ser cooperadores de la obra de la salvación que Dios realiza en nosotros y en el mundo entero*⁹.

ES UN día de acción de gracias, porque es aniversario de la fundación de la Sección femenina del

*Opus Dei. Y toda la Obra se llena de alegría. Todo el Opus Dei, cada uno de sus miembros, cada una de vosotras, cada uno de vuestros hermanos le dice al Señor: gratias tibi, Deus, gratias tibi! Yo os aseguro que ha sido voluntad expresa del Señor —señalada en este día del año treinta— la razón por la cual existe la Sección femenina del Opus Dei: El lo ha querido*¹⁰.

Ante este *mar sin orillas* que el Señor, en un día como hoy, quiso ensanchar, la gratitud a nuestro Padre Dios y a la Virgen Santísima rebosa en el corazón de todos los miembros del Opus Dei. *Hemos de comenzar por dar gracias desde muy dentro del corazón porque, siendo instrumentos inútiles, nos ha escogido Dios desde toda la eternidad para hacer esta labor divina en el mundo entero. Hemos de decirle al Señor y a su Madre, que seremos fieles llevando el amor de Dios a todos los sitios; queriendo de veras el bien y la felicidad de todas las criaturas, de cualquier país, de cualquier lengua: todos somos iguales delante de Dios; en su divina presencia no hay nadie que sea menos que nosotros.*

Gracias, Señora, porque has puesto esta seguridad en la vida nuestra; gracias por tantas cosas admirables que has hecho en el mundo entero a través de estas hijas mías, que saben muy bien que son instrumentos inútiles, que la eficacia la das Tú, obteniéndonos de

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 29-VII-1965, n. 9.

(9) *Conversaciones*, n. 112.

(10) De nuestro Padre, *Meditación*, 14-11-1955.

Jesús y del Padre y del Espíritu Santo la gracia y la ayuda necesarias ⁿ.

Una manifestación concreta de nuestro agradecimiento, que no puede faltar, es la renovación del afán proselitista. *Cuando se tiene un bien, cuando un alma es feliz, cuando siente alegría interior y posee esta dicha, procura comunicar ese bien y esa dicha a los demás. Por eso nosotros tenemos el deber imperativo de hacer proselitismo, la obligación sacrosanta de facilitar el don divino de la vocación y de procurar que haya otras almas que sirvan al Señor en el Opus Dei. Y en ese cuerpo místico, en el Opus Dei, vosotros y yo, con el cumplimiento gustoso del deber —aunque cueste—, con ese vencimiento, con esa sonrisa que a veces es mortificación, logramos abundantemente la gracia del Señor para otras almas* ⁿ.

Terminamos la oración haciendo nuestros los deseos de nuestro Padre: *que salga un himno de acción de gracias del fondo de nuestro corazón, pero a base de humildad, como el de la Señora —porque vio mi humildad (Luc. 1, 48), dice Ella—; nosotros decimos lo mismo, pero con más motivo: Ella es la criatura más perfecta, y nosotros criaturas verdaderamente inútiles. Señora, ayúdanos como hasta ahora y más que hasta ahora, para que sepamos amar, amar y amar, a Dios y a todo el mundo* ¹³.

(11) De nuestro Padre, Homilía, 14-11-1970.

(12) De nuestro Padre, Homilía, 14-11-1960.

(13) De nuestro Padre, Homilía, 14-11-1970.



435.

14 de febrero
ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN
DE LA SECCIÓN FEMENINA
Y DE LA SOCIEDAD SACERDOTAL
DE LA SANTA CRUZ (II)

- Fundación de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.
- Sacerdotes y laicos forman en la Obra una sola clase.
- Hemos de agradecer al Señor la existencia del sacerdocio en el Opus Dei.

EL SEÑOR nos ha confiado un mensaje divino, que debemos transmitir a todas las almas que viven en el mundo (...).

A cada una de ellas, hay que decirle: amice, aseende superius (Luc. XIV, 10), aspira a participar en el banquete, no echés en olvido tu gran dignidad; mira a Cristo, al que debes imitar, que dice a todas las almas: ecce prandium meum paravi, mi banquete está preparado; venite ad nuptias (Matth. XXII, 4), venid a las bodas.

Todos colaboramos en la misión encomendada por Dios al Opus Dei, orgánicamente inscrita en el fin general de la Iglesia, porque cada fiel de la Prelatura procura ser apóstol en su propio ambiente, acercando a Cristo —con el ejemplo y con la pala-

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, nn. 4-5.

bra— a las personas que trabajan y viven a su lado. Pero en el apostolado, al conducir a las almas por los caminos de la vida cristiana, se llega al muro sacramental. La función santificadora del laico tiene necesidad de la función santificadora del sacerdote, que administra el sacramento de la Penitencia, celebra la Eucaristía y proclama la Palabra de Dios en nombre de la Iglesia².

En los primeros años de la labor —ha escrito nuestro Padre— *acepté la colaboración de unos pocos sacerdotes, que mostraron su deseo de vincularse al Opus Dei de alguna manera. Pronto me hizo ver el Señor con toda claridad que —siendo buenos, y aun buenísimos— no eran ellos los llamados a cumplir aquella misión, que antes he señalado. Por eso, en un documento antiguo, dispuse que por entonces —ya diría hasta cuándo— debían limitarse a la administración de los sacramentos y a las funciones puramente eclesásticas.*

Sin embargo, como no acertaban a entender lo que el Señor nos pedía, especialmente en el apostolado específico de la Sección femenina —dos o tres de ellos llegaron a ser como mi corona de espinas, porque desorientaban y sembraban confusión—, pronto tuve que prescindir de su ayuda. Llamé desde entonces ocasionalmente a otros sacerdotes, no vinculados de ningún modo a la Obra, para confesar a los de Casa y para la

(2) *Conversaciones*, n. 69.

*celebración de las ceremonias litúrgicas, hasta tanto que lográramos la solución adecuada a esta importante necesidad*³.

Se trataba de un problema de muy difícil solución, porque ninguno de los títulos de ordenación previstos en el Código de Derecho Canónico de aquel tiempo era adecuado a las necesidades y al espíritu de la Obra. Durante años, nuestro Padre rezó y pidió oraciones por esta intención, estudió profundamente el tema y recurrió al consejo de personas competentes. Sin embargo, ninguna de las soluciones propuestas respondía al querer del Señor. Fue entonces, como otras veces en la historia de la Obra, cuando Dios intervino con luces precisas. *El 14 de febrero de 1943, después de buscar y de no encontrar la solución jurídica, el Señor quiso dárme la, precisa, clara. Al acabar de celebrar la Santa Misa en una casa de la Sección femenina, dibujé el sello nuestro —la Cruz de Jesucristo, inscrita, metida en las entrañas del mundo— y pude hablar de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.*

Pensad en mi alegría al contemplar la solución para que mis hijos sacerdotes, cuya necesidad tanto se hacía sentir, pudieran dedicarse de lleno a los apostolados de la Obra; y después, el gozo mío y mi acción de gracias, cuando los sacerdotes diocesanos todos —a los que tanto amaba, porque la suya es también mi vo-

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 14-11-1944, n. 9.

*cación y la vuestra— han podido pertenecer a nuestra Familia *.*

LA LLAMADA al sacerdocio no supone un cambio en la vocación al Opus Dei. *Los miembros del Opus Dei que no son sacerdotes, no forman una categoría aparte, porque en nuestra Obra todos —laicos y sacerdotes— constituyen una sola clase. Todos participan del mismo espíritu y reciben la misma formación; todos también tienen alma verdaderamente sacerdotal y mentalidad plenamente laical*⁵.

*Es la primera vez en la historia de la Iglesia que ocurre esto, escribe nuestro Fundador. Y es otro de los fenómenos maravillosos que nuestro derecho peculiar ha recogido de nuestra vida. El Opus Dei, en la Iglesia de Dios, ha presentado y ha resuelto muchos problemas jurídicos y teológicos —lo digo con humildad, porque la humildad es la verdad—, que parecen sencillos cuando están solucionados: entre ellos, éste de que no haya más que una sola clase, aunque esté formada por clérigos y laicos. En otras instituciones, los clérigos forman la aristocracia. En Casa, somos todos lo mismo*⁶.

Por exigencia de su común vocación cristiana —como algo que exige el único bautismo que han

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 4.

(5) De nuestro Padre.

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 5.

*recibido— el sacerdote y el seglar deben aspirar, por igual, a la santidad, que es una participación en la vida divina. Esa santidad, a la que son llamados, no es mayor en el sacerdote que en el seglar: porque el laico no es un cristiano de segunda categoría. La santidad, tanto en el sacerdote como en el laico, no es otra cosa que la perfección de la vida cristiana, que la plenitud de la filiación divina, pues todos somos a los ojos de nuestro Padre Dios hijos de igual condición, cualquiera que sea el servicio o ministerio que a cada uno se asigne*⁷.

Con la mentalidad laical propia de nuestra situación en el mundo, tenemos también alma sacerdotal. *La vocación divina por la que fuimos llamados a la Obra, nos exige a todos —a los seglares también— practicar cuantas virtudes han de vivir los buenos sacerdotes*⁸: caridad, afán de almas, espíritu de penitencia, humildad, entrega total... *A todos nos pide Dios tener en nuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Cristo en el suyo (cfr. Philip. II, 5) (...). A todos, a sacerdotes y a seglares, se nos ofrece y se nos exige por igual que, en cualquier circunstancia —también en medio del mundo—, seamos almas contemplativas y nos identifiquemos con Cristo (cfr. Galat IV, 19). De tal modo, seguiremos al Señor, nos revestiremos de El (cfr. Galat III, 27) y viviremos su vi-*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 8.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 10.

*da, pudiendo decir con el Apóstol: vivo autem, iam non ego: vivit vero in me Christus (Galat II, 20). Y entonces, cada uno de nosotros, como buen cristiano, no es ya alter Christus, sino ipse Christus*⁹.

NO HAY barreras entre sacerdotes y laicos dentro de la Obra. *Entre nosotros, hijos míos, hemos hecho imposible que se levanten esas murallas de separación, porque los miembros del Opus Dei que son llamados al sacerdocio siguen formando con los seglares, dentro de la Obra, una sola clase. Esto constituye una providencia muy particular de Dios, que debemos agradecerle desde el fondo de nuestro corazón*¹⁰.

Con la gracia del Señor, la Obra crece y se extiende por todos los ambientes. *Se han ido desarrollando, con abundantes vocaciones de todo el mundo y de distintas razas, multitud de apostolados, también corporativos. Mis sueños son una realidad universal, bien tangible, que ha podido crecer en intensidad de formación y en extensión, que pasa por encima de fronteras, de lenguas y de razas, sin discriminaciones, en provecho de todas las almas y en servicio de la Santa Iglesia de Dios*¹¹. Para atender los apostolados, para dar la luz de Cristo a todos los

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 6.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 20.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 11.

hombres y mujeres que nos esperan, nuestro Fundador pedía nuestra oración a fin de que nunca falte en el Opus Dei la luz del sacerdocio, que informa con su espíritu nuestra vida personal y nuestra entera labor apostólica¹². *Necesitamos sacerdotes con nuestro espíritu: que estén bien preparados; que sean alegres, operativos y eficaces; que tengan un ánimo deportivo ante la vida; que se sacrifiquen gustosos por sus hermanos, sin sentirse víctimas; que sepan que todos, en la Obra, los quieren con toda el alma. Hijos míos, rezad mucho para que sean muy alegres, muy santos; para que no piensen en ellos mismos y para que sólo se acuerden de la gloria de Dios y del bien de los demás (...).*

Rezad para que en el Opus Dei no falten los sacerdotes necesarios: que sean fieles y que tengan mucho trabajo. Rezad mucho, rezad in laetitia. Hemos de llevar a nuestra oración este deseo, y no podemos olvidar que Dios Nuestro Señor quiere que le pidamos su ayuda, para que nuestro deseo se haga realidad: petite, et dabitur vobis; quaerite, et invenietis; púlsate, et aperietur vobis (Matth. VII, 7): pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Y yo pido sacerdotes; llamo sacerdotes; busco sacerdotes, hechos a la medida del Corazón de Cristo, es decir, con el espíritu del Opus Dei, que sirvan gustosos a todas las almas, espe-

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 4.

*cialmente a sus hermanos. Nos hacen falta, porque Dios nos da muchas vocaciones*¹³.

Una prueba concreta del agradecimiento al Señor por el sacerdocio dentro de la Obra es procurar que muchas personas acudan a nuestros hermanos sacerdotes. Esta es una gran tarea que corresponde realizar a los seglares: *la misión de los laicos, de mis hijos y de mis hijas, es llenar de trabajo —y, por eso, de contento— a sus hermanos sacerdotes, acercando a su ministerio mucha gente*¹⁴.

En la presencia de Dios, podemos detenernos un instante para examinarnos: ¿procuro fomentar en las personas que trato el deseo de formarse? ¿Tengo como preocupación constante la de llevar almas al sacerdote?

La Virgen María, que vela por nosotros, hará que sea aún más fructífera esa labor que juntos, cada uno según su modo y condición, realizamos todos sus hijos en la Obra: laicos y sacerdotes.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, nn. 21-22.

(14) De nuestro Padre, *Cana*, 8-VIII-1956, n. 35.

436.

14 de febrero
ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN
DE LA SECCIÓN FEMENINA
Y DE LA SOCIEDAD SACERDOTAL
DE LA SANTA CRUZ (III)

—La unidad de la Obra es una gracia especialísima de Dios, que debemos amar, defender y fomentar.

—Los sacerdotes del Opus Dei son instrumentos de unidad.

—El Padre, Prelado de la Obra, es roca firme de nuestra unidad.

ESTOY seguro de que habréis comenzado el día de hoy dando gracias a Dios por haber querido indicarnos, el 14 de febrero de 1930, que el camino abierto por El en 1928 era también para mis hijas, llamadas a realizar un gran trabajo celestial en medio de los afanes terrenos. Además, no olvidéis que en otra fecha como ésta, el 14 de febrero de 1943, quiso el Señor otra labor: la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, con la que vino como a coronar —¡tantas veces os lo he dicho, con estas mismas palabras!— el divino edificio del Opus Dei.

Yo me conmovía al leer el Santo Evangelio de hoy, y al contemplar esas imágenes que hay detrás de este altar nuestro, en el retablo: Cristo en la Cruz, y la Virgen Santísima, y aquellas otras santas mujeres, y el discípulo amado: el sacerdote. Y he pensado que, espe-

cialmente hoy, vosotras también agradeceréis de veras la unidad de la Obra '.

Muchas veces nos dijo nuestro Padre que *lo que la gente llama casualidad no es sino manifestación de la providencia ordinaria de Dios. No ha sido casualidad que coincidieran en un 14 de febrero de años distintos la fundación de la Sección femenina y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Es como una advertencia a los hijos míos sacerdotes, a quienes Jesucristo llama de modo particular a este apostolado amoroso de servir a sus hermanos de las dos Secciones, y también una llamada al sentido de responsabilidad de mis hijas y de mis hijos todos. Parece como si el Señor quisiera decirnos: ¡no me rompáis la unidad de la Obra! ¡Amadla, defendedla, fomentadla!*

*No en vano ha querido el Señor que coincidan estas dos manifestaciones de su bondad en una misma fecha. Porque así mis hijos y mis hijas, viviendo a cinco mil kilómetros de distancia, se sienten formando parte de un solo hogar. Así de distantes, pero una sola familia. Pedid al Señor que os enseñe a amar la unidad de la Obra como El la quiso desde el primer momento*².

Esta unidad hace posible que nuestras hermanas se encarguen de las tareas de la Administración; de este modo, los Centros del Opus Dei son verdaderos hogares de familia. De entre los varones salen los

(1) De nuestro Padre, Homilía, 14-11-1958.

(2) De nuestro Padre, 14-11-1958.

sacerdotes necesarios para la Prelatura, que se ordenan para servir con su ministerio, ante todo, a sus hermanas y a sus hermanos en el Opus Dei. Como decía nuestro Padre a sus hijas, *es una delicadeza de Dios, para que vosotras especialmente améis de modo extraordinario la unidad de nuestra Obra; porque gracias a ella, a mis hijas no les falta nunca la firmeza teológica, el apoyo jurídico y la reciedumbre que se deriva de tener hermanos vuestros sacerdotes: con el mismo espíritu, con la misión exclusiva de ayudaros a ser santas*³.

*Hijas mías, tenéis una suerte muy grande con la unidad de la Obra, porque cuando vais vosotras a un país, vuestros hermanos han levantado la Cruz del suelo; la han llevado sobre sus hombros una buena temporada, y la han alzado sobre la tierra*⁴.

La fiesta que celebramos hoy es una llamada para que agradezcamos este don divino, una invitación perentoria del Señor a que guardemos, amemos y fomentemos con todas nuestras fuerzas la unidad jurídica, espiritual y moral que El ha querido para el Opus Dei. *Las dos Secciones de la Obra son como dos borriquillos que tiran de un solo carro en la misma dirección. Tiran juntos, uniendo fuerzas en el mismo sentido: con unidad de espíritu, con una sola cabeza. Convinceos, hijos, de que desunirse es morir*⁵.

(3) De nuestro Padre, Noticias 11-65, p. 14.

(4) De nuestro Padre, Noticias IX-64, p. 22.

(5) De nuestro Padre, Noticias VIII-69, p. 76.

LLEGO el 14 de febrero del 43 —contaba nuestro Padre—, cuando hacía varios años que buscábamos la solución jurídica para los sacerdotes que habían de venir, sin encontrarla (...). Aquel día comencé la Misa en un hotelito de la calle de Jorge Manrique, donde tenían una casa vuestras hermanas. Y al acabar de celebrarla, dibujé el sello de la Obra —la Cruz de Cristo abrazando el mundo, metida en sus entrañas— y pude hablar de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Dad gracias a Dios por todas estas bondades suyas, porque ha abierto a todos los hombres y mujeres los caminos divinos de la tierra⁶. De este modo tan sencillo y divino quiso el Señor poner de manifiesto, en su mismo origen, que los sacerdotes del Opus Dei son instrumentos de unidad.

Habéis recibido la ordenación, hijos míos, para trabajar y servir a las dos Secciones de la Obra, con el mismo empeño, con el mismo afán⁷, escribió nuestro Fundador en una de sus Cartas. Y para promover la unidad —que es garantía de eficacia— lo primero que hemos de exigir es que haya orden. Cada uno en su sitio, sin intromisiones, y cada uno responsable de sus propias actuaciones: los sacerdotes ocuparán su puesto, si se dedican a su ministerio, sin interferir para nada en el campo que es propio de los seglares, porque deben respetar la libertad de que gozamos todos los hijos

(6) De nuestro Padre, 14-II-1958.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 43.

de Dios en su Obra. Sólo así lograrán hacerse querer de sus hermanos. Y velarán al mismo tiempo con todas sus fuerzas para que jamás se formen grupos o capillitas en torno a ellos⁸.

Los sacerdotes de la Prelatura se ordenan con el fin de servir a sus hermanos y hermanas y a todas las almas. Cumplirán su misión si hacen vida fidelísimamente las palabras que nuestro Fundador les dirigía, y que todos podemos aplicarnos: *estad siempre dispuestos a servir con espíritu deportivo, con vuestra alma sacerdotal y con vuestra mentalidad laical. Habéis de ser alegres, doctos, sacrificados, santos, olvidados de vosotros mismos; en nuestra tarea nadie tiene tiempo para pensar en sí mismo, para andar con preocupaciones personales: hemos de ocuparnos solamente de la gloria de Dios y del bien de las almas (...).*

*Así seréis instrumentos de unidad y de cohesión: con vuestro sentido sobrenatural de la vida, con vuestra oración, con el ejemplo constante de vuestro encendido trabajo sacerdotal, con vuestra caridad amable, con vuestra mortificación, con vuestra devoción a la Santísima Virgen, con vuestra alegría y vuestra paz*⁹.

NUESTRO Padre, con su fidelidad rendida a la Voluntad divina, hizo posible que la llama del Amor

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 2-II-1945, n. 32.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 8.

de Dios ardiera continuamente en los corazones de sus hijos y de sus hijas. Desde el Cielo bendice y refuerza, con su intercesión ante el Señor, este amor apasionado a la unidad del Opus Dei. En la tierra, fundamento de la unidad de la Obra es nuestro Prelado, que ha recibido la misión paternal de nuestro Fundador. Por eso, en una fiesta como la de hoy, nuestra oración se dirige a Dios pidiendo de modo especial por el Padre.

El Padre es el Pastor bueno que guía la grey de la Obra entera. En la presencia de Dios, nos gusta recordar que en el Opus Dei se repite a la letra el relato evangélico del Buen Pastor¹⁰. El Padre nos conoce, nos llama por nuestros nombres, nos saca fuera del redil para llevarnos a los pastos abundantes y sanos de la buena doctrina. Da la vida para que sus hijos la tengan en abundancia. Placer es, para el Padre cuidar de este ganadico, que guarda como algo precioso, heredado de nuestro Fundador, y que defiende de toda codicia ajena. Su pacto de no abandonarlo nunca está sellado con juramento de fidelidad, como dice la canción que nuestro Padre no podía escuchar sin conmoverse: *y tanta alegría / me da este ganado / que tengo jurado / de nunca dejalle / mas siempre guardalle* ".

Hay unas palabras de nuestro Fundador que se hacen realidad, día tras día, en la vida del Padre, co-

(10) Cfr. *Ioann.* X, 1-22.

(11) Juan del Encina, *Tan buen ganadico*.

mo una confirmación maravillosa de la única y fecunda paternidad que Dios ha querido para el Opus Dei. *Recuerdo (...) haber visto, de niño, a los pastores, envueltos en sus zamarras de piel, en los días crudos del invierno del Pirineo, cuando la nieve todo lo cubre, bajar por las cañadas de esa tierra mía, con aquellos perros fidelísimos y aquel borrico cargado con todos los enseres, que culminaban en unos calderos, donde preparaban la comida para ellos, y los potingues, que ponían sobre las heridas de sus ovejas.*

*Si alguna se había descalabrado —como dicen allí—, si alguna se había roto una pata, se reproducía la vieja estampa: la llevaban sobre sus hombros. También he visto cómo el pastor —pastores toscos, que parece que no reúnen condiciones para la ternura— lleva entre sus brazos amorosamente un cordero recién nacido*¹².

¡Qué hondamente ha calado en nosotros, desde el primer momento, el sentido sobrenatural y humano de filiación al Padre! Comprendemos la necesidad de traducirlo en cariño, en obediencia, en lealtad. Porque la vida del Padre, totalmente entregada a sus hijos, exige una respuesta sincera de fidelidad: sacrificio por sacrificio, entrega por entrega.

Lo que al Padre le da más alegría, lo que le sirve de báculo y de apoyo, es saber que somos fieles a nuestra vocación, que amamos apasionadamente la

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 22.

unidad de la Obra. Consummati in unum floann. XVII, 23), *¡todos —con Jesucristo— somos una sola cosa! Que, metidos en la fragua de Dios, conservemos siempre esta maravillosa unidad de cerebro, de voluntad, de corazón. Y que nuestra Madre, por la que llegan a los hombres todas las gracias —canal espléndido y fecundo—, nos dé con la unidad, la claridad, la caridad y la fortaleza*¹³.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 83.

437.

19 de febrero SANTO DEL PADRE

—La paternidad y la filiación son elementos esenciales del espíritu del Opus Dei.

—El amor del Padre a sus hijos exige nuestra correspondencia.

—Manifestaciones de nuestro cariño al Padre.

EN EL día de hoy, el sentido de la filiación se aviva de modo particular en todos los miembros de la Obra, porque celebramos el santo del Padre: fiesta grande en nuestra familia sobrenatural, tan unida por los lazos de una misma vocación y de un mismo espíritu.

La paternidad y la filiación no son, en la Obra, circunstancias fortuitas. *La paternidad, y la correlativa filiación* —ha escrito el Padre—, *es una característica divinísima y esencial de nuestro espíritu: así lo quiso el Señor desde el 2 de octubre de 1928, cuando abrió el corazón de nuestro Fundador para que fuera el Patriarca de esta gran familia que habría de extenderse de polo a polo. Y nuestro Padre la ha transmitido, hasta el fin de los siglos, a todos sus sucesores. La paternidad es el fundamento más sólido de la unidad de la Obra, la que asegura la firmeza y cohesión de nuestra familia, que nada ni nadie po-*

drá quebrantar, si nosotros correspondemos a diario con exigente fidelidad. Constituye también el más fuerte lazo de la fraternidad —otro don divino del que gozamos en Casa—, causa de una hermandad más recia que la de la sangre, pues todos poseemos la misma vida sobrenatural: la que nos transmitió nuestro amadísimo Padre, con tanta alegría —en la que, por ser alegría santa, no faltó el dolor y sufrimiento abundantes—, y que ahora yo debo fomentar y defender'.

Eligiéndole para fundar el Opus Dei, el Señor concedió a nuestro Padre una paternidad sobre todos los que, en cualquier lugar y tiempo, habrían de recibir la vocación a la Obra. Cuando nuestro Fundador marchó al Cielo, esa paternidad pasó en la tierra a su sucesor, y así seguirá ocurriendo siempre, porque éste es el querer de Dios. *La paternidad de Dios, la de nuestro Padre y la del Padre —quien quiera que sea en el transcurso de los siglos— no son paternidades diversas, sino la misma, la que existe en Dios en plenitud infinita (cfr. Ephes. III, 15-16) y es participada por quienes El ha amado, del modo limitado que corresponde a las criaturas. ¿Veis que el espíritu de filiación divina, para los hijos de Dios en el Opus Dei, es inseparable de la filiación al Padre? Por esto os he señalado alguna vez —ha escrito el Padre— que, si no fuerais buenos hijos del Padre, si no fuéramos to-*

(1) Del Padre, *Cartas de familia*, n. 187.

*dos buenos hijos de nuestro Padre, no podríamos ser buenos hijos de Dios*².

Hoy queremos agradecer a Dios este espíritu de familia tan propio de la Obra, que hace gratísima y amable la entrega y constituye para nosotros una parte considerable del ciento por uno que Jesucristo prometió a sus seguidores, ya en la tierra. Damos gracias a la Santísima Virgen, distribuidora de los dones divinos, bajo cuyo manto se cobija nuestra familia sobrenatural. Y agradecemos a nuestro Fundador su correspondencia fidelísima a la Voluntad divina, que hizo posible la maravilla que contemplamos.

EL PADRE ama a sus hijos con el mismo cariño humano y sobrenatural que nos demostraba nuestro Fundador. No puede ser de otro modo, tratándose de una característica esencial del espíritu de la Obra. Al ponerlo al frente del Opus Dei, el Señor ha concedido al Padre un corazón grande, a la medida de una familia tan numerosa, para querer y sacrificarse por sus hijas y sus hijos.

Existen dos clases de pastores, decía en cierta ocasión nuestro Fundador. El pastor que se queda detrás de las ovejas, y las conduce azuzando los perros, tirando piedras a las que se desvían, gritando a las que se

(2) Padre, *Cartas de familia*, n. 378.

*quedan rezagadas. Y existe el pastor que va delante, abriendo camino y vadeando obstáculos, animando al rebaño con sus silbos. Yo he procurado ir delante siempre. Ir por delante —daros ejemplo— es más difícil, pero es más eficaz. Aunque en ocasiones también haya tenido que corregiros y reprenderos, y, aun a veces, daros un grito*³.

El cariño del Padre a sus hijos está fundamentado en la oración y fortalecido en el sacrificio. También él, como nuestro Fundador, puede decirnos: *hijos, mientras los demás duermen*, cor meum vigilat (Cant. V, 2), *yo no vivo*⁴. El Padre se desvive por nuestro bien, constantemente se desvela por nosotros y nos prodiga su cariño. Con sus palabras y escritos, con sus disposiciones de gobierno, con su ejemplo de fidelidad y de entrega, endereza nuestros pasos para que sirvamos mejor a Dios y a la Iglesia, espolea nuestra generosidad, aviva nuestro afán proselitista, nos advierte de los peligros, y constantemente nos ofrece alimento bueno para nuestras almas.

Esta actitud constante del Padre queda bien reflejada en aquella imagen gráfica que solía utilizar nuestro Fundador, cuando aseguraba: *yo a mis hijos les doy las grandes monedas de oro del Gran Rey. Esas monedas de oro que se echaban a voleo en las bo-*

(3) De nuestro Padre, Crónica V-66, p. 14.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 15-111-1963.

*das de los reyes*⁵. Y así continúa sucediendo, porque es ahora el Padre quien nos distribuye esas piezas de gran valor contenidas en el espíritu que Dios entregó a nuestro Fundador. *Yo procuro no tirar calderilla, moneda de cobre, sino monedas de oro*⁶. Este pensamiento nos ayudará a ser hijos responsables, que piensan sólo en las cosas de la familia, sin fines egoístas, con el corazón y la mente y todas las fuerzas puestos en la Obra.

Hoy es un buen día para examinar cómo es nuestra correspondencia a los desvelos del Padre: si estamos unidos de verdad a su persona y a sus intenciones o si, por el contrario, alguna vez le hemos dejado solo, sin el apoyo de nuestra oración y de nuestra mortificación, de nuestra vida entregada. Un buen momento para tomar resoluciones operativas y decidirnos, una vez más, *a ser almas entregadas, enamoradas, en trato constante con Dios*⁷.

AMAMOS el Opus Dei con toda el alma; es nuestra vida, nuestra esperanza... y, sin embargo, necesitamos agrandar ese amor, pedir a Dios que nos dé entrañas de hijo primogénito, que sabe arrimar el hombro, ser apoyo y fortaleza para su padre. Lo pedimos para todos, sean muchos o pocos los años que

(5) De nuestro Padre, Crónica XII-59, p. 66.

(6) De nuestro Padre, Crónica XII-59, p. 67.

(7) De nuestro Padre, Crónica XII-59, p. 67.

llevemos sirviendo al Señor, porque la Obra es de todos y todos hemos de sacarla adelante.

Como nuestro Fundador, como el Padre, como nuestros hermanos mayores, deseamos que el amor a la Obra crezca en nuestra alma *con obras y de verdad*⁸: con la realidad de una entrega sacrificada. *La Obra es muy guapa, hijos míos, porque es de Dios; por eso —decía nuestro Padre— hemos de quererla mucho, y cuidarla como buenos hijos. Hemos de estar siempre dispuestos a gastar la vida por lo que Dios nos pide. Y a nosotros nos ha exigido que dejemos nuestra vida entera por el Opus Dei. Por eso, tenemos que vivir muy pegadicos a Dios, a la Virgen Nuestra Señora, y a la Obra, que tanto necesita que la ayudemos, que yo la ayude y que la ayudéis vosotros, porque la Obra es menor de edad y será siempre menor de edad*⁹.

Cada día rezamos muchas veces por el Padre: en la Santa Misa, en las Preces, y a lo largo de la jornada; y ofrecemos mortificaciones por su persona y sus intenciones. De este modo, fomentamos en su raíz la eficacia del Opus Dei, porque contribuimos a conseguir luces de Dios para el Padre. También el crecimiento espiritual de cada uno se alimenta de ese cariño y oración por nuestro Prelado, pues el Señor bendice a los buenos hijos y ha dispuesto que muchas gracias nos lleguen por medio de las pala-

(8) I *Ioann.* III, 18.

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1971, pp. 14-15.

bras, de las indicaciones y de los consejos del Padre.

Nuestro Fundador señalaba otra razón que nos ha de impulsar a rezar incansablemente por el Padre. Refiriéndose al oficio de hacer cabeza en la Obra, exclamaba: *todo lo doloroso que pueda suceder cada día en la Obra, me llega: la pena de cada uno, el dolor humano, noble y limpio; las injusticias que sufren algunos de mis hijos, los malos tratos, las calumnias... Todo me llega. Y lo sufrimos. Ayúdame, porque yo os ayudo. No os dejo solos nunca*¹⁰.

La generosidad del Padre que, como buen Pastor, *entrega su vida por sus ovejas*¹¹, sin reservarse nada, nos espolea a corresponder más y mejor. Siempre es posible rezar más por el Padre, ofrecer por sus intenciones más ratos de trabajo, poner diariamente en la patena de su Misa un número mayor de mortificaciones y de sacrificios, de obras hechas con amor. Especialmente al celebrar su santo, formulamos el propósito de crecer en ese cariño y unión con la cabeza.

No queremos dejar solo al Padre. Hoy nos gustaría decirle, en charla confiada y filial, que se puede apoyar en nuestros hombros, porque junto a nuestras debilidades personales contamos con la fortaleza que nos concede Dios. Unirse habitualmente a la persona y a las intenciones del Padre nos permite vi-

(10) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 495.

(11) *Ioann.* X, 11.

vir con extraordinaria eficacia la Comunión de los Santos. Nuestra oración se hará presente en el lugar donde más se necesita, respaldando la del Padre, y la unidad de la Obra se hará *cada vez más apretada y la labor siempre más fecunda: más grande nuestra alegría y más íntima nuestra unión con Dios*¹².

Que nuestra Madre Santa María nos alcance la gracia de intensificar nuestra unión con el Padre, de modo práctico y concreto, en todas las incidencias de la jornada, como nos enseñó nuestro amadísimo Fundador: *ofreced todo vuestro trabajo, vuestros rezos, vuestra salud, vuestro sueño y, si tenéis alguna pequeña molestia, ofrecedla también. Ofreced todo, todo, y ¡adelante!*¹³.

(12) De nuestro Padre, Crónica, 1970, p. 14.

(13) De nuestro Padre, Crónica, 1970, p. 14.

438.

22 de febrero

CÁTEDRA DE SAN PEDRO

—San Pedro, Obispo de Roma.

—El Romano Pontífice, sucesor de San Pedro.

—Conocer y difundir el Magisterio del Papa.

*LA FESTIVIDAD que hoy celebramos recibió de nuestros antepasados el nombre de cátedra, con el que se recuerda que al primero de los Apóstoles le fue entregada hoy la cátedra del episcopado*¹.

Sabemos por la Tradición que Pedro residió durante algún tiempo en Antioquía, la ciudad *donde los discípulos recibieron por primera vez el nombre de cristianos*². Allí predicaba el Evangelio de Cristo, hasta que una sangrienta persecución interrumpió su ministerio: el rey Herodes, después de haber hecho degollar a Santiago, *al ver que era grato a los judíos, decidió prender también a Pedro*³. San Lucas nos ha transmitido los sentimientos de los cristianos en aquella dolorosa situación: *mientras Pedro estaba encerrado en la cárcel, la Iglesia rogaba incesantemente por él a Dios*⁴.

(1) San Agustín, *Sermo 15 de Sanctis*

(2) *Act*, XI, 26.

(3) *Act*, XII, 3.

(4) *Acl*, XII, 5.

Liberado por ministerio de un ángel, el Príncipe de los Apóstoles abandonó Palestina y *partió hacia otro lugar*⁵. La Sagrada Escritura no revela el destino al que encaminó sus pasos el Apóstol, pero sabemos —por la Tradición de la Iglesia y por otras fuentes históricas— que se dirigió a Roma, capital del orbe en aquel tiempo, *a fin de que la luz de la verdad, que había sido revelada para salvación de todas las gentes, se difundiera con más eficacia por todo el cuerpo del mundo desde su misma cabeza. En efecto —exclama San León—, ¿de qué naciones no había personas en Roma por aquellas fechas?; ¿qué gentes ignoraban lo que Roma había enseñado? En Roma habían de ser destruidas las enseñanzas falaces de filosofías vanas, deberían disolverse las vanidades de la sabiduría terrena, había que refutar el culto de los demonios y destruir la impiedad de todos los sacrilegos, porque allí se encontraban reunidos todos los errores y supersticiones de la tierra.*

*No temiste venir a esta ciudad, beatísimo Pedro Apóstol, y junto con el Apóstol Pablo, consorte de tu gloria, estando todavía ocupado en la organización de otras Iglesias, entraste en esta selva de bestias salvajes y de océanos profundos y turbulentos, con más constancia que cuando andabas sobre las olas del mar*⁶.

(5) Mcí, XII, 17.

(6) San León Magno, *Homilía* 82, 3-4.

Lejos quedaron los días en que Simón Pedro salía a pescar en el Mar de Tiberíades, cuando Cristo le pidió que abandonara su barca para enviarle a navegar por mares más amplios, al timón de una embarcación más segura. Para llevar adelante esa tarea, el Señor le prometió su asistencia: *Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos* \

Aquel que había sido pescador de Galilea se convirtió en fundamento y roca de la Iglesia de Cristo, y estableció su sede en la ciudad de Roma. Desde allí, siguió predicando el Evangelio; desde su cátedra romana gobernó toda la Iglesia, adoctrinó a los cristianos; y en Roma derramó su sangre por Cristo.

La tumba del Príncipe de los Apóstoles, situada debajo del altar de la Confesión de la Basílica de San Pedro, da a entender —también de ese modo material y visible— que Simón Pedro es la roca fuerte, segura, incommovible, sobre la que el Señor edifica la Iglesia entera, a través de los siglos.

EL SEÑOR llamó a Pedro fundamento de la Iglesia, y la Iglesia venera dignamente este fundamento, sobre el que se levanta en toda su altura el edificio eclesiástico. Por eso, el Salmo (...) dice con toda propiedad: "ensálcenle en la asamblea del pueblo, bendí-

(7) *Ant ad Intr.* (Luc. XXII, 32).

ganle en la cátedra de los ancianos" (Ps. CVII, 32). Bendito sea Dios —exclama San Agustín—, que ordenó exaltar al Apóstol Pedro sobre la Iglesia; es digno honrar en la Iglesia a este fundamento, por medio del cual es posible escalar el Cielo⁸.

En la epístola de la Misa de hoy, San Pedro se presenta como *testigo de la Pasión de Cristo, y participante en la gloria que se ha de manifestar en lo venidero*⁹, y, consciente de su función de Pastor universal, estimula a los presbíteros: *apacentad el rebaño de Dios que os ha sido confiado, no por fuerza, sino con suavidad, según Dios; ni por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo; no como dominadores sobre la heredad, sino sirviendo de ejemplo al rebaño*¹⁰. De ese modo, concluye, *recibiréis la corona de gloria que no puede marchitarse*¹¹.

San Pedro recibió de Cristo la función de velar por la pureza de la doctrina y de las costumbres de sus hermanos en la fe, y el poder de exponer —con una especial asistencia del Espíritu Santo— las verdades contenidas en el depósito de la Revelación. Por eso, escribía en su segunda epístola, *no cesaré de traeros a la memoria estas cosas, por más que las sepáis y estéis afianzados en la verdad que al presente poseéis, pues tengo por deber, mientras habito en esta*

(8) San Agustín, *Sermo 15 de Sanctis*

(9) *L. I (1 Petr. V, 1)*.

(10) *Ibid.*, 2-3.

(11) *Ibid.*, 4.

*tienda, estimularos con mis amonestaciones(...). Quiero, pues, que después de mi partida, en todo tiempo recordéis esto*¹².

Estas palabras del Príncipe de los Apóstoles se cumplen en todas las épocas. En efecto, por medio de sus Sucesores en la cátedra romana, la suprema autoridad de magisterio conferida por Cristo a San Pedro sigue iluminando los caminos de los cristianos, que tienen por su parte el deber de asentir a las enseñanzas auténticas del Romano Pontífice. *Esta religiosa sumisión de la voluntad y del entendimiento —enseña el Concilio Vaticano II— de modo particular se debe al magisterio auténtico del Romano Pontífice, aun cuando no hable ex cathedra; de tal modo que se reconozca con reverencia su magisterio supremo y con sinceridad se adhieran a sus enseñanzas*¹³.

Hoy, como siempre, es necesaria una adhesión filial y completa a la persona y a la doctrina del Papa. *Hijos míos —son palabras de nuestro Padre—: desde que Jesucristo Señor Nuestro fundó la Iglesia, esta Madre nuestra ha estado en continua persecución. Quizá en otros tiempos las persecuciones se hacían abiertamente, y ahora se hacen muchas veces solapadamente; pero hoy como ayer se sigue combatiendo a la Iglesia. Vivimos unos tiempos de gran desconcierto para las almas. La voz de la confusión se levanta por*

(12) *II Petr. I, 12-15*.

(13) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25.

todas partes, y con ella renacen todas las herejías que ha habido a lo largo de la historia. Una época muy parecida a la de Lutero^H. Es necesaria, pues, una fidelidad personal que se manifieste en unión de corazones, de inteligencias y de voluntades con el Romano Pontífice, como exhortaba nuestro Fundador: *para tantos momentos de la historia, que el diablo se encarga de repetir, me parecía una consideración muy acertada aquella que me escribías sobre lealtad: "lleva todo el día en el corazón, en la cabeza y en los labios una jaculatoria: ¡Roma!"*^{I5}.

VEINTE siglos lleva el Magisterio de la Iglesia instruyendo a los fieles, irradiando la luz de Dios. Sin embargo, ya veis, hijos de mi alma, que apenas se conoce cuál es la enseñanza de la Iglesia, en los temas que se debaten en la opinión pública: se habla, se discute, se ataca y se defiende cualquier posición, como si el Magisterio ordinario y solemne de la Iglesia no hubiese dicho nada o no estuviese dispuesto a intervenir. Hasta las más insistentes y enérgicas aclaraciones del Romano Pontífice pasan a menudo en silencio: incluso en países con mayoría católica, las grandes empresas de información no pocas veces practican esa política infame del silencio.

(14) De nuestro Padre, Obras, 1969, p. 14.

(15) *Surco*, n. 344.

Verdad es —*escribía San Pedro*— que hubo también falsos profetas en el antiguo pueblo de Dios, así como se verán —*lo estamos viendo, y es un dolor atestiguarlo*— entre vosotros maestros embusteros, que introducirán con disimulo sectas de perdición y renegarán del Señor que los rescató, acarreándose a sí mismos una pronta venganza. Y muchas gentes los seguirán en sus disoluciones, por cuya causa el camino de la verdad será infamado; y, usando de palabras fingidas, harán tráfico de vosotros por avaricia (II Petr. //, 1-3).

Pero Dios no tolerará que a los que anuncian su palabra les sigan tapando la boca. Desde la cárcel romana donde estaba encerrado, clamaba San Pablo: laboro usque ad vincula quasi male operans; sed verbum Dei non est alligatum (II Tim. //, 9); la palabra de Dios no puede permanecer encadenada. El juicio que tiempo ha les amenaza —*concluía San Pedro, en la citada Epístola*—, va viniendo a grandes pasos y no está dormida la mano que debe perderlos (7/ Petr. //, 3).

*Lucharemos para combatir el error, procurando al mismo tiempo ganar esas almas para Cristo, haciéndonos todo para todos: factus sum infirmis infirmus, ut infirmos lucrificerem; ómnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos (I Cor. IX, 22); híceme flaco con los flacos, por ganar a los flacos; híceme todo para todos, por salvarlos a todos*¹⁶.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 18-19.

Difundir la doctrina de la Iglesia, hacer de altavoz a las enseñanzas del Papa entre las personas con quienes nos relacionamos cada día, constituye uno de los apostolados más queridos en el Opus Dei. La única finalidad de la Prelatura es servir al Romano Pontífice y a nuestra Madre la Santa Iglesia que, en *magnífica extensión de amor, va esparciendo la semilla del Evangelio por todo el mundo. Desde Roma a la periferia. —Al colaborar tú en esa expansión, por el orbe entero —exhortaba nuestro Padre—, lleva la periferia al Papa, para que la tierra toda sea un solo rebaño y un solo Pastor: ¡un solo apostolado!*¹⁷.

Acabamos nuestra oración, con el propósito de rezar mucho por la Iglesia, por el Papa. *Invocad a la Virgen —nos pide nuestro Fundador—, que es la omnipotencia suplicante, para que Ella ayude a los hijos fieles de la Iglesia, para que todos sean dóciles a un claro magisterio*¹⁸.

(17) *Forja*, n. 638.

(18) De nuestro Padre, Noticias 111-69, p. 52.

439.

24 de febrero

ANIVERSARIO DEL «DECRETUM LAUDIS»

—El primer viaje de nuestro Padre a Roma, bajo la protección de la Santísima Virgen.

—Claridad y firmeza de nuestro Padre para preparar la solución jurídica definitiva.

—Nuestro espíritu nos lleva a entregarnos al servicio de Dios en medio del mundo, permaneciendo cada uno en su estado y condición.

LA FIESTA de familia que celebramos nos trae el recuerdo de una de las etapas de la *historia de las misericordias de Dios*, que es el caminar terreno del Opus Dei. En esta fecha de 1947, fiesta entonces del Apóstol San Matías, la Santa Sede concedió a la Obra la aprobación jurídica como institución de derecho pontificio, permitiendo así a nuestra familia sobrenatural —que era universal desde el primer momento— su efectivo desarrollo en gran número de países.

Como en todos los momentos del camino jurídico de la Obra, la obtención del *decretum laudis* de la Santa Sede estuvo precedida y acompañada por la constante oración, el generoso sacrificio y el intenso trabajo de nuestro Fundador. Con ocasión de este nuevo paso, realizaría además su primer viaje a Roma.

Corría el año 1946. Por encargo de nuestro Padre, don Alvaro se encontraba en la Ciudad Eterna, gestionando la aprobación de la Obra por la Santa Sede. *La Obra aparecía, al mundo y a la Iglesia, como una novedad*, dejó escrito nuestro Fundador, refiriéndose a esos momentos. *La solución jurídica que buscaba, como imposible. Pero, hijas e hijos míos, no podía esperar a que las cosas fueran posibles. Ustedes han llegado —dijo un alto personaje de la Curia Romana— con un siglo de anticipación. Y, no obstante, había que tentar lo imposible. Me urgían millares de almas que se entregaban a Dios en su Obra, con esa plenitud de nuestra dedicación, para hacer apostolado en medio del mundo*¹.

Aunque por entonces se hallaba gravemente enfermo, nuestro Padre decidió marchar a Roma, conociendo el parecer del médico, que declaraba no responder de su vida si realizaba ese viaje. Lo hizo a petición de don Alvaro y de acuerdo con el Consejo General, plenamente seguro de que el Señor le pedía ese paso. En Barcelona, donde debía embarcarse en el J. J. Sister rumbo a Italia, su primera visita fue —como siempre— a la Virgen de la Merced, Patrona de la ciudad, para encomendarle la difícil tarea que le llevaba a Roma. Era el 21 de junio de 1946. Antes, en el oratorio de un Centro de la Obra situado en la calle Muntaner, dirigió a sus hijos mayores la ora-

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 19.

ción de la mañana. Les decía, entre otras cosas: *¿¡Señor, Tú has podido permitir que yo de buena fe engañe a tantas almas!? ¡Si todo lo he hecho por tu gloria y sabiendo que es tu Voluntad! ¿Es posible que la Santa Sede diga que llegamos con un siglo de anticipación...? Ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te (Matth. XIX, 27) *

A las gravísimas dificultades del momento, se añadieron las grandes molestias causadas por el furioso temporal, impropio del Mediterráneo en esa época, que zarandeó durante cerca de veinte horas el barco en el que nuestro Padre viajaba en compañía de un hijo suyo. La nave aguantó la fuerza de las olas y nuestro Fundador llegó al puerto de Genova, donde le esperaban don Alvaro y otro hermano nuestro. Desde allí continuaron el viaje a Roma.

Con la protección de Nuestra Señora, en pocos meses se realizó lo que parecía imposible. *Vine a Roma, con el alma puesta en mi Madre la Virgen Santísima y con una fe encendida en Dios Nuestro Señor, a quien confiadamente invocaba, diciéndole: ecce nos reliquimus omnia, et secuti sumus te: quid ergo erit nobis? (Matth. XIX, 27). ¿Qué será de nosotros, Padre mío?: habíamos dejado todo: la honra —con tanta calumnia encima—, la vida entera, haciendo cada uno en su sitio lo que el Señor le pedía. Dios nos escuchó,*

(2) De nuestro Padre, 21-VI-1946.

y escribió en estos años romanos, otra página maravillosa de la historia de la Obra ³.

A PROPOSITO de los objetivos de su primer viaje a Roma, nuestro Padre escribió: *¿qué es lo que yo quería?: un lugar para la Obra en el derecho de la Iglesia, de acuerdo con la naturaleza de nuestra vocación y con las exigencias de la expansión de nuestros apostolados; una sanción plena del Magisterio a nuestro camino sobrenatural, donde quedaran, claros y nítidos, los rasgos de nuestra fisonomía espiritual. El crecimiento de la Obra, la multitud de vocaciones de personas de toda clase y condición, todo esto que era bendición de Dios, me urgía a tratar de obtener —de la Santa Sede— la plena aprobación jurídica del camino que el Señor había abierto* *.

Los planes de Dios, sin embargo, preveían que la solución adecuada, en total sintonía con el espíritu y la naturaleza del Opus Dei, se lograra muchos años más tarde, mediante la erección de la Obra en Prelatura personal. Hasta que llegara ese momento, nuestro Fundador no tuvo más remedio que *conceder, sin ceder, con ánimo de recuperar*, procurando que —al dar los diferentes pasos del camino jurídico— quedaran siempre salvaguardadas las características esenciales de nuestra vocación.

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 18.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 18.

En 1970, precisaba: *hijos míos, el Señor nos ha ayudado siempre a ir, en las diversas circunstancias de la vida de la Iglesia y de la Obra, por aquel concreto camino jurídico que reunía en cada momento histórico —en 1941, en 1943, en 1947— tres características fundamentales: ser un camino posible, responder a las necesidades de crecimiento de la Obra, y ser —entre las varias posibilidades jurídicas— la solución más adecuada, la menos inadecuada a la realidad de nuestra vida* ⁵.

La concesión del *decretum laudis* en 1947 se encuadra en el marco de este trabajo que nuestro Padre, movido por Dios, estaba realizando. La aplicación a la Obra de la legislación propia de los Institutos Seculares, creados por Pío XII el 2 de febrero de 1947 mediante la Constitución Apostólica *Provida Mater Ecclesiae*, supuso para nuestro Fundador una alegría y un dolor grandes. Alegría, porque aquel paso constituía una aprobación canónica de la Obra, que aseguraba la existencia de un régimen jurídico universal y centralizado, con derecho a incardinar sacerdotes. Mucha preocupación también, porque la nueva figura jurídica era resultado de un compromiso entre varias tendencias, y se prestaba a una interpretación teológica y jurídica que no concordaba con la naturaleza propia del Opus Dei.

(5) De nuestro Padre, Palabras en la sesión plenaria del Congreso General Especial, 12-IX-1970.

Siempre habló nuestro Padre de que *el derecho debe ser la respuesta jurídica a un fenómeno vital, consecuencia de una realidad viva, no una premisa. Pero esta realidad de nuestro camino y de nuestro derecho chocaba con las ideas corrientes acerca del estado de perfección, que —en realidad— como tal estado no nos interesaba; y, por otra parte, desbordaba el derecho entonces existente. Dios Nuestro Señor no quería un nuevo estado, para nosotros, sino simplemente un marco jurídico, común, consonante con la realidad de la Obra y con la condición laical y secular de sus miembros, que permanecían cada uno en el mundo, en su estado, en el ejercicio de su profesión. Fue tiempo, hijas e hijos míos, de ejercitar la paciencia, de trabajar sin descanso, con la mirada puesta en Dios, movidos sólo por un gran deseo de servir a la Iglesia Santa*⁶.

*ECCE nos reliquimus omnia...*⁷, mira que hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido... En este aniversario, hacemos nuestra de nuevo la oración que nuestro Padre dirigía al Señor en 1946, y reafirmamos una vez más nuestra voluntad de vivir fielmente nuestra específica vocación de entrega a Dios en medio del mundo, según el espíritu de la Obra:

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 20.
(7) *Matth.* XIX, 27.

*vocación de fieles corrientes, que no desean distinguirse en nada de los demás*⁸.

Habiéndonos del reconocimiento jurídico que pretendía conseguir en 1946, nuestro Fundador nos recordaba que *nosotros no veníamos a ser un grupo que se repliega sobre sí mismo, para buscar la santidad personal y, desde el abrigo corporativo de una institución, santificar a los demás. El Señor nos quería donde estábamos —nel bel mezzo della strada, me gusta decir en italiano—, en el estado, condición, trabajo profesional que cada uno tiene en el mundo.*

Y ahí nos daba la misión de santificar a los demás, de llevarlos a Cristo por el testimonio, por la doctrina, por la amistad y el ejemplo de una vida limpia. Esta misión apostólica nos urgía a buscar la santidad: ahí, donde estábamos, en nuestro trabajo profesional, en el oficio de cada uno que, elevado por la gracia al orden sobrenatural y ejercido con perfección humana, se convertía en camino específico de santificación. El estado religioso, hijos míos, no lo podía aceptar para nosotros, porque difiere —por su ascética, por sus medios, y por sus fines específicos— de la ascética, medios y fines que Dios, en su providencial designio, quería para su Obra⁹.

Es buen momento para dar gracias, porque el Señor escuchó la encendida oración de nuestro Pa-

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 7-X-1950, n. 2.
(9) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 6.

dre, porque el Opus Dei, al haber sido erigido en Prelatura personal, es —también en el ordenamiento jurídico— lo que siempre deseó nuestro Fundador. Y es también el momento de alzar nuestro corazón a la Virgen nuestra Madre, la Reina del Opus Dei, que siempre ha estado presente con su mirada amabilísima en todas las encrucijadas de nuestro camino.

*Santa María, consuelo de los afligidos, Esperanza nuestra, Esclava del Señor, Asiento de la Sabiduría: ayúdanos a perpetuar el servicio que debemos rendir a tu Hijo y a su Iglesia, con un espíritu apostólico universal, sin fronteras; con los medios de siempre, en nuestro caso sobrenaturales y laicales al mismo tiempo, para hacer —también como siempre— una siembra constante de paz, de serenidad, de armonía*¹⁰.

Cor Mariae dulcissimum, iter serva tutum!

Marzo

(10) De nuestro Padre, *Caria*, 7-X4950, n. 60.

440.

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ (I)

—Los siete domingos de San José, muestra de la devoción al Santo Patriarca.

—Dios confió a José el cuidado de su Hijo en la tierra.

—*He ad Ioseph*. Patrocinio de San José sobre la Iglesia y la Obra.

COMIENZAN hoy los siete domingos de San José, una devoción tradicional con la que muchos cristianos se disponen a celebrar la solemnidad litúrgica del Patrono de la Iglesia. A su intercesión acudimos, y aprendemos de su ejemplo, pues como canta la Iglesia en su fiesta, *es el administrador fiel y prudente a quien el amo puso al frente de su casa*¹.

La figura de San José es merecedora de especial veneración, porque nadie como él —después de su Esposa, la Virgen Santísima— trató con tanta intimidad en la tierra al Hijo de Dios. Para nosotros, su vida tiene además un encanto particular, porque pasó inadvertido, con una vida de trabajo constante. *San José* —nos recordaba nuestro Padre— *fue un santo oscuro hasta la Edad Moderna, cuando Teresa de Jesús promovió su devoción; apenas se hablaba de él en los siglos anteriores. Pasó oculto durante su vida y qui-*

(1) *In solemnitate S. Ioseph, Ant. ad Intr. (Luc. XII, 42).*

*so también pasar oculto durante mucho tiempo, a la vista de los fieles de toda la cristiandad*².

La devoción a San José ha cristalizado, entre otros muchos modos, en la celebración de los siete domingos que preceden a su fiesta, el 19 de marzo. A lo largo de estas semanas, se nos invita a considerar la vida del Santo Patriarca: una existencia corriente, entretejida de sucesos pequeños y de admirables intervenciones de Dios, de alegrías y de dolores, de las mil incidencias —siempre similares— que comporta la realización de un trabajo profesional en una aldea. Porque *era José (...) un artesano de Galilea, un hombre como tantos otros. Y ¿qué puede esperar de la vida un habitante de una aldea perdida, como era Nazaret? Sólo trabajo, todos los días, siempre con el mismo esfuerzo. Y, al acabar la jornada, una casa pobre y pequeña, para reponer las fuerzas y recomenzar al día siguiente la tarea.*

Pero el nombre de José significa, en hebreo, Dios añadirá. Dios añade, a la vida santa de los que cumplen su voluntad, dimensiones insospechadas: lo importante, lo que da su valor a todo, lo divino. Dios, a la vida humilde y santa de José, añadió —si se me permite hablar así— la vida de la Virgen María y la de Jesús, Señor Nuestro. Dios no se deja nunca ganar en generosidad. José podía hacer suyas las palabras que pronunció Santa María, su Esposa: quia fecit mihi

*magna qui potens est, ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso, quia respexit humilitatem (Luc. I, 48-49), porque se fijó en mi pequeñez*³.

A lo largo de estas semanas, procuraremos prepararnos adecuadamente para la fiesta de San José. Lo importante es que tratemos al Santo Patriarca y, de este modo, nos acerquemos un poco más a Cristo.

DIOS HABÍA previsto que su Hijo naciera de la Virgen María, en el seno de una familia, y que en ella se desarrollara humanamente, y allí creciera *en sabiduría, en edad y en gracia*⁴, hasta el momento de su manifestación al mundo. La vida de Dios sobre la tierra fue igual a la de los demás hombres: nació indefenso, necesitado de protección, como todos los niños; necesitado también del brazo fuerte de un padre; necesitado, en fin, de una madre y un padre que le dedicaran la vida. *Vamos a detener nuestra mirada en San José, para entrever mejor la misión del Santo Patriarca junto a Jesucristo. José pasa escondido; apenas nos habla de él la Sagrada Escritura. El Santo Patriarca tiene un misión divina: es un alma entregada, un alma que se dedica por entero a las cosas de Jesucristo. ¿Y no es éste el camino, hijo mío, que Dios nos ha señalado a ti y a mí? Como José, somos también al-*

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 40.

(4) *Luc. II, 52.*

(2) De nuestro Padre.

*mas entregadas, almas que se dedican al servicio exclusivo del Señor, que en todo desean identificarse con Jesucristo. Todo nuestro afán es éste: parecemos a Cristo, identificarnos con El. Mihi enim vivere Christus est (Philip. 1, 21), mi vivir es Cristo. Y San José podía decir eso. Todos lo deberíamos poder decir. Mira a ver cómo te portas, cómo vives tu vida ordinaria y oculta*⁵.

*José era efectivamente un hombre corriente, en el que Dios se confió para obrar cosas grandes*⁶. Cuando el Ángel le revela el misterio de la concepción virginal de Jesús, acepta totalmente su misión y permanece fiel hasta el momento de la muerte. Elegido por Dios para ser cabeza de la Sagrada Familia, ejerció lleno de cariño la misión de padre con el Hijo de Dios.

Hay algo que no me acaba de gustar en el título de padre putativo, con el que a veces se designa a José —comentaba nuestro Fundador—, porque tiene el peligro de hacer pensar que las relaciones entre José y Jesús eran frías y exteriores. Ciertamente nuestra fe nos dice que no era padre según la carne, pero no es ésa la única paternidad.

A José —leemos en un sermón de San Agustín— sólo se le debe el nombre de padre, sino que se le debe más que a otro alguno. Y luego añade: ¿cómo era padre? Tanto más profundamente padre, cuanto

más casta fue su paternidad. Algunos pensaban que era padre de Nuestro Señor Jesucristo, de la misma forma que son padres los demás, que engendran según la carne, y no sólo reciben a sus hijos como fruto de su afecto espiritual. Por eso dice San Lucas: se pensaba que era padre de Jesús. ¿Por qué dice sólo se pensaba? Porque el pensamiento y el juicio humanos se refieren a lo que suele suceder entre los hombres. Y el Señor no nació del germen de José. Sin embargo, a la piedad y a la caridad de José, le nació un hijo de la Virgen María, que era Hijo de Dios (*San Agustín, Sermo 51, 20*).

José amó a Jesús como un padre ama a su hijo, le trató dándole todo lo mejor que tenía. José, cuidando de aquel Niño, como le había sido ordenado, hizo de Jesús un artesano: le transmitió su oficio. Por eso los vecinos de Nazaret hablarán de Jesús, llamándole indistintamente faber y fabri filius (Marc. VI, 3; Matth. XIII, 55): artesano e hijo del artesano. Jesús trabajó en el taller de José y junto a José. ¿Cómo sería José, cómo habría obrado en él la gracia, para ser capaz de llevar a cabo la tarea de sacar adelante en lo humano al Hijo de Dios?

Porque Jesús debía parecerse a José: en el modo de trabajar, en rasgos de su carácter, en la manera de hablar. En el realismo de Jesús, en su espíritu de observación, en su modo de sentarse a la mesa y de partir el pan, en su gusto por exponer la doctrina de una manera concreta, tomando ejemplo de las cosas de la vida

(5) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1958.

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 40.

*ordinaria, se refleja lo que ha sido la infancia y la juventud de Jesús y, por tanto, su trato con José*⁷.

EL PATROCINIO de José alcanza a la misma Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo. Así lo reconoció el Papa Juan XXIII al incorporar su nombre al Canon Romano, para que todos los cristianos —en el momento en que Cristo va a hacerse presente en el altar— veneremos la memoria de quien gozó tan directamente de su presencia física en la tierra; para que, cuando el sacerdote se dispone a celebrar incruentamente el Sacrificio del Calvario, invoque a quien hizo de su vida una ofrenda a Dios por Jesucristo.

Cuando aquel otro José —hijo de Jacob— del que nos habla la Escritura Santa, estaba al frente de la casa del Faraón, *hubo hambre en todas las tierras, mientras había pan en la tierra de Egipto (...). Y el Faraón decía a todos los egipcios: id a José y haced lo que él os diga*⁸. Son palabras que la Iglesia aplica al padre de Jesús, porque San José vela sobre la Esposa de Cristo, necesitada —como Jesús Niño— de protección y de continuos desvelos. Este es el sentido del patrocinio de San José sobre toda la Iglesia y cada uno de los cristianos.

La Iglesia entera reconoce en San José a su protec-

(7) *£5 Cristo que pasa*, n. 55.

(8) *Cenes*. XLI, 54-55.

tor y patrono. A lo largo de los siglos se ha hablado de él, subrayando diversos aspectos de su vida, continuamente fiel a la misión que Dios le había confiado. Por eso, desde hace muchos años, me gusta invocarle con un título entrañable: Nuestro Padre y Señor.

*San José es realmente Padre y Señor, que protege y acompaña en su camino terreno a quienes le veneran, como protegió y acompañó a Jesús mientras crecía y se hacía hombre*⁹.

Ite ad Ioseph, quiso nuestro Padre que se grabara en la medalla que se une a las llaves de los sagrarios de los Centros de la Obra, para enseñarnos a recurrir al Santo Patriarca en todas nuestras necesidades: San José, jefe del hogar de Nazaret, Patrono de la Iglesia y de la Obra, goza de un puesto de honor en nuestra familia. Por eso, todos los días recordamos ese patrocinio: *fecit te Deus quasi Patrem Regis, et dominum universae domus eius: ora pro nobis*¹⁰.

Te suplicamos, Señor —reza la Iglesia, y nosotros con ella—, *que, a ejemplo de San José, que sirvió con plena dedicación a tu Unigénito nacido de la Virgen María, nosotros sirvamos (...) con un corazón puro*". Hoy, primer domingo de los siete dedicados a San José, acudimos una vez más a la eficaz intercesión del Santo Patriarca, siguiendo el consejo de nuestro Pa-

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 39.

(10) Preces de la Obra.

(11) *In solemnitate S. Ioseph, Orat.*

dre: *no dejéis nunca su devoción, ite ad Ioseph, como ha dicho la tradición cristiana con una frase tomada del Antiguo Testamento (Genes. XLI, 55).*

*Maestro de vida interior, trabajador empeñado en su tarea, servidor fiel de Dios en relación continua con Jesús: éste es José. Ité ad Ioseph. Con San José, el cristiano aprende lo que es ser de Dios y estar plenamente entre los hombres, santificando el mundo. Tratad a José y encontraréis a Jesús. Tratad a José y encontraréis a María, que llenó siempre de paz el amable taller de Nazaret*¹².

(12) £5 *Cristo que pasa*, n. 56.

441.

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ (II)

—Dolor y gozo de San José al conocer que la Virgen esperaba un hijo.

—San José, *Virginum cussios et pater*, cuida especialmente de quienes se dedican al servicio de Jesucristo.

—Acudir a San José, para que nos enseñe a tratar a Jesús con mucha delicadeza, sobre todo en la Santa Misa.

TRANSCURRIERON varios meses desde la Anunciación de San Gabriel a María, y la maternidad de la Virgen se fue haciendo evidente, hasta el punto de que *José su esposo, como era justo y no quería exponerla a infamia, pensó repudiarla en secreto*¹.

Muy grande debió de ser el dolor del Santo Patriarca. *Sabemos que San José* —explicaba nuestro Padre—, *cuando se dio cuenta de que la Virgen iba a tener un Hijo, pensó en abandonarla secretamente. Pero no porque pensara algo malo de Ella, no; sino porque él, cuando conoció aquel misterio maravilloso, se encontró indigno de servirla. La quiso dejar seguramente por eso*². Ante un misterio tan grande, consideró que lo mejor era alejarse discretamente, aunque

(1) *Math. I, 19.*

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 27-X-1974.

sufriera mucho con aquella decisión, por su gran amor a la Santísima Virgen.

Mientras pensaba estas cosas, le llega la luz de Dios. ¡El Señor no nos faltará nunca, hijos, tened confianza! Ecce, Angelus Domini apparuit in somnis... Es-tando él en este pensamiento, he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no tengas recelo en recibir a María tu esposa, porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo (Matth. 1, 20). Es el primer hombre que recibe esta declaración divina de la realidad de la Redención, que se estaba ya realizando. Pariet autem filium, et vocabis nomen eius Iesum... De modo que dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, pues El es el que ha de salvar a su pueblo de sus pecados (Ibid., 21). Y José se queda tranquilo, lleno de paz.

*Hijos míos: ¿no merece este hombre todo el amor, todo el agradecimiento nuestro? ¿No es un ejemplo de fe y de fortaleza? ¿No es un modelo de limpieza de alma y de cuerpo? ¿No es nuestro Padre y Señor? Padre y Señor lo he llamado yo, desde hace tantos años, y así le llamáis vosotros en el mundo entero*³.

En este segundo domingo de San José, al considerar el dolor de nuestro Padre y Señor en una situación que no alcanza a entender, podemos sacar un primer fruto: no admitir el desconcierto cuando Dios permita que pasemos por situaciones en las que

(3) De nuestro Padre, Meditación San José, Nuestro Padre y Señor. 19-111-1968.

nos parezca difícil discernir su Voluntad. Como a San José, el Señor prueba en ocasiones nuestra fe y nuestra esperanza, para acrisolarlas y hacerlas más sobrenaturales, menos dependientes de motivos terrenos. Pero no nos abandona, como no desamparó al Esposo de María.

San Juan Crisóstomo comenta que el ángel *le habla de David, de quien había de venir Cristo, y no le consiente permanecer turbado, pues por el nombre del más glorioso de sus antepasados le trae a la memoria la promesa hecha a todo su linaje*⁴. Y el dolor se cambia en gozo ante la bondad divina. ¡Qué sentimientos de agradecimiento y de amor bullirían en el pecho de José!

*HIJOS míos, le tengo mucha devoción a San José, porque era un hombre fuerte en la fe; porque sacó adelante a su familia, a Jesús y a María, con su trabajo esforzado; porque guardó la pureza de la Virgen que era su Esposa; y porque vio crecer al Señor por tantos años*⁵.

Una vez confirmado en su misión de custodio de María y del Niño que había de nacer, San José se convierte en *virginum custos et pater*⁶, en padre y custodio de todos los que, en el curso de los siglos,

(4) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 4.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1958.

(6) Misal Romano, Oración *ad libitum* para después de la Misa.

querrían seguir de cerca a Jesús y a María, imitando especialmente su vida limpia.

A mí, y pienso que a vosotros también —comentaba nuestro Padre en cierta ocasión—, me da mucho consuelo esta otra oración que nos propone la Iglesia Santa para recitarla después de la Misa: virginum custos et pater... ¿Por qué no lo entienden esos desgraciados, que no quieren mirar con ojos limpios la castidad ni el amor santo de nuestros padres; esas personas a quienes no cabe en la cabeza que una criatura débil pueda guardar su ser entero —cuerpo y alma— para Dios? Si somos débiles, Dios pondrá su fuerza. Yo soy muy débil, pero el Señor me dará toda su fortaleza.

Virginum custos et pater, sánete Ioseph, cuius fidei custodiae ipsa Innocentia Christus Iesus et Virgo virginum María commissa fuit... Bienaventurado José, custodio y padre de las vírgenes, a cuyo cuidado fidelísimo fue entregado la Inocencia misma, Jesucristo, y la Virgen de las vírgenes, María. ¿Puede haber un sacerdote, un alma verdaderamente cristiana, que lea esto y no se remueva? Todos los hijos míos, que tienen alma sacerdotal, se encenderán en devoción, en confianza, en aclamación, en cariño a José, Nuestro Padre y Señor.

Te per hoc utrumque carissimum pignus Iesum et Mariam obsecro et obtestor, ut me, ab omni immunditia praeservatum, mente incontaminata, puro corde et casto corpore Iesu et Mariae semper facias castissime famulari. *Te suplicamos, por Jesús y por María, a*

*quienes recibiste en prenda, que nos preserves de toda inmundicia y que —con espíritu limpio, corazón puro y cuerpo casto— nos hagas servir siempre a Jesús y a María*⁷.

José había sido elegido por Dios para que se dedicara totalmente al servicio de Jesús y al cuidado de María; para que su única preocupación fuese la de custodiar al Hijo de Dios y a la Virgen Santísima. Esta misión de amor le llevó a poner su corazón entero en ese servicio. *Y el amor, cuando es auténtico, es total, exclusivo, estable y perenne, estímulo irresistible para todos los heroísmos*⁸.

Ser castos, según las circunstancias del estado de cada uno, no es cuestión de edad, sino de amor. *No estoy de acuerdo —dijo muchas veces nuestro Fundador— con la forma clásica de representar a San José como un hombre anciano, aunque se haya hecho con la buena intención de destacar la perpetua virginidad de María. Yo me lo imagino joven, fuerte, quizá con algunos años más que Nuestra Señora, pero en la plenitud de la edad y de la energía humana.*

Para vivir la virtud de la castidad, no hay que esperar a ser viejo o a carecer de vigor. La pureza nace del amor y, para el amor limpio, no son obstáculos la robustez y la alegría de la juventud. Joven era el corazón y el cuerpo de San José cuando contrajo matrimo-

(7) De nuestro Padre, Meditación San José, Nuestro Padre y Señor, 19-111-1968.

(8) Pablo VI, Litt. enc. *Sacerdotiis coelibatus*, 24-VM967, n. 24.

nio con María, cuando supo del misterio de su Maternidad divina, cuando vivió junto a Ella respetando la integridad que Dios quería legar al mundo, como una señal más de su venida entre las criaturas. Quien no sea capaz de entender un amor así, sabe muy poco de lo que es el verdadero amor, y desconoce por entero el sentido cristiano de la castidad⁹.

LA IGLESIA propone a los sacerdotes, como preparación próxima para la celebración del Santo Sacrificio, una oración que gustaba mucho a nuestro Fundador, pues expresa bien cómo hemos de comportarnos todos los cristianos —sacerdotes y seglares— para tratar con gran delicadeza, como San José, a Santa María y a su divino Hijo.

Decía así nuestro Padre en 1968: *Deus, qui dediisti nobis regale sacerdotium... Para todos los cristianos el sacerdocio es real, especialmente para los que Dios ha llamado a su Obra: todos tenemos alma sacerdotal. Praesta, quaesumus; ut, sicut beatus Ioseph unigenitum Filium tuum, natum ex María Virgine... ¿Habéis visto qué hombre de fe? ¿Habéis visto cómo admiraba a su Esposa, cómo la cree incapaz de mancilla, y cómo recibe las inspiraciones de Dios, la claridad divina, en aquella oscuridad tremenda para un hombre integérrimo? (...).*

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 40.

...ut, sicut beatus Ioseph unigenitum Filium tuum, natum ex María Virgine, suis manibus reverenter tractare meruit et portare... Nosotros, hijos míos —todos, seglares y sacerdotes—, llevamos a Dios —a Jesús— dentro del alma, en el centro de nuestra vida entera, con el Padre y con el Espíritu Santo, dando valor sobrenatural a todas nuestras acciones. Le tocamos con las manos, ¡tantas veces!

...suis manibus reverenter tractare meruit et portare... Nosotros no lo merecemos. Sólo por su misericordia, sólo por su bondad, sólo por su amor infinito le llevamos con nosotros y somos portadores de Cristo.

...ita nos facias cum cordis munditia... Así, así quiere El que seamos: limpios de corazón. Et operis innocentia —la inocencia de las obras es la rectitud de intención— tuis sanctis altaribus deserviré. Servirle no sólo en el altar, sino en el mundo entero, que es altar para nosotros. Todas las obras de los hombres se hacen como en un altar, y cada uno de vosotros, en esa unión de almas contemplativas que es vuestra jornada, dice de algún modo su misa, que dura veinticuatro horas, en espera de la misa siguiente, que durará otras veinticuatro horas, y así hasta el fin de nuestra vida.

...Ut sacrosantum Filii tui corpus et sanguinem hodie digne sumamus, et in futuro saeculo praemium habere mereamur aeternum. Hijos míos: enseñanzas de padre, las de José; enseñanzas de maravilla. Acaso exclamaréis, como digo yo con mi triste experiencia: no puedo nada, no tengo nada, no soy nada. Pero soy hi-

jo de Dios y el Señor nos anuncia, por el salmista, que nos llena de bendiciones amorosas: praevenisti eum in benedictionibus dulcedinis fPs. XX, 4), que de antemano nos prepara el camino nuestro —el camino general de la Obra y, dentro de él, el sendero propio de cada uno—, afianzándonos en la vía de Jesús, y de María, y de José¹⁰.

(10) De nuestro Padre, Meditación San José, Nuestro Padre y Señor, 19-111-1968.

442.

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ (III)

—La vida de San José nos enseña a obedecer con sentido sobrenatural.

—Obedecer con deseos de corregir.

—Aprender, como San José, a moverse con iniciativa y responsabilidad dentro de los planes de Dios.

NOS ASOMAMOS hoy al hogar de San José y contemplamos de cerca la vida de la Sagrada Familia en Belén. Al concluir el censo ordenado por la autoridad, disminuyó la afluencia de extranjeros y encontraron por fin un lugar digno donde cobijarse. Tras la marcha de los Magos todo parecía haber vuelto a la normalidad. De repente, una noche, *un Ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: levántate, toma al Niño y a su Madre, huye a Egipto y estáte allí hasta que yo te diga, porque Herodes busca al Niño para matarlo*¹.

José, sin reparar en lo intempestivo de la hora, ni en el cansancio de la jornada de trabajo; sin considerar que bien podría Jesús ser defendido con una intervención directa del Todopoderoso; sin importarle las molestias de una marcha repentina, obedeció con prontitud y delicadeza a la indicación recibida: *se levantó, tomó de noche al Niño y a su Madre, y hu-*

(1) Matlh. II, 13.

*yó a Egipto*². Comprendió inmediatamente que aquel sueño era un aviso de Dios, y acogió esas indicaciones como mandato divino. No había por eso lugar para considerar si aquel mensaje era oportuno, o si estaba obligado a comportarse tal como el Ángel había dicho. *¡Cómo obedece!* Toma al Niño y a su Madre y huye a Egipto (Matth. II, 13), *le ordena el mensajero divino. Y lo hace. ¡Cree en la obra del Espíritu Santo! Cree en aquel Jesús, que es el Redentor prometido por los Profetas, al que han esperado por generaciones y generaciones todos los que pertenecían al Pueblo de Dios: los Patriarcas, los Reyes...*³.

Al narrar estas escenas en su Evangelio, San Mateo pone constantemente de relieve la fidelidad de José, que cumple los mandatos de Dios sin vacilaciones, aunque a veces el sentido de esos mandatos le pudiera parecer oscuro o se le ocultara su conexión con el resto de los planes divinos *. El Santo Patriarca no buscó nunca cumplir su voluntad, sino la de Dios: *supo vivir, tal y como el Señor quería, todos y cada uno de los acontecimientos que compusieron su vida. Por eso, la Escritura Santa alaba a José, afirmando que era justo (cfr. Matth. I, 19). Y, en el lenguaje hebreo, justo quiere decir piadoso, servidor irreprochable de Dios, cumplidor de la voluntad divina (cfr. Genes. VII, 1)*⁵.

(2) Matth. II, 14.

(3) De nuestro Padre, Meditación San José, Nuestro Padre y Señor, 19-111-1968.

(4) £5 Cristo que pasa, n. 42.

(5) Es Cristo que pasa, n. 40.

La actuación de San José nos lleva hoy a examinar si nuestra obediencia es como la suya: sobrenatural, pronta; si procede del convencimiento íntimo de que, al realizar lo que nos indican los Directores, estamos cumpliendo la Voluntad de Dios; si nace, en definitiva, de una profunda actitud de fe. *No está la justicia en la mera sumisión a una regla: la rectitud debe nacer de dentro, debe ser honda, vital, porque el justo vive de la fe (Hab. II, 4). Vivir de la fe: esas palabras que fueron luego tantas veces tema de meditación para el apóstol Pablo, se ven realizadas con creces en San José. Su cumplimiento de la voluntad de Dios no es rutinario ni formalista, sino espontáneo y profundo. La ley que vivía todo judío practicante no fue para él un simple código ni una recopilación fría de preceptos, sino expresión de la voluntad de Dios vivo. Por eso supo reconocer la voz del Señor cuando se le manifestó inesperada, sorprendente*⁶.

*TE MANDAN una cosa que crees estéril y difícil. —Hazla. —Y verás que es fácil y fecunda*⁷.

En ocasiones se nos pedirá, como a José, que realicemos algo cuya utilidad o sentido no entendemos inmediatamente. Quizá, por exigencias de la labor apostólica, la Obra necesite que cambiemos de actividad, de ambiente, de lugar de trabajo, de pla-

to) Es Cristo que pasa, n. 41.

(7) Camino, n. 623.

nes... Debemos descubrir entonces, como siempre, la Voluntad de Dios, y obedecer con alegría, bien convencidos del fruto sobrenatural que se seguirá de su cumplimiento.

¿Quién eres tú —pregunta nuestro Padre en *Camino*— para juzgar el acierto del superior? —¿No ves que él tiene más elementos de juicio que tú; más experiencia; más rectos, sabios y desapasionados consejeros; y, sobre todo, más gracia, una gracia especial, gracia de estado, que es luz y ayuda poderosa de Dios?⁸ En la Iglesia —y, por tanto, también en la Obra—, la necesidad de obedecer no deriva sólo, ni principalmente, de una razón de eficacia organizativa, ni responde a un motivo de abnegación personal: la entrega de la propia voluntad y de la propia inteligencia. La necesidad de obedecer —por encima de toda consideración humana, de toda razón de conveniencia— radica en que forma parte del misterio de la Redención, en que es elemento esencial del plan de salvación establecido por Dios: *Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el Reino de los Cielos, nos reveló su misterio y realizó la redención con su obediencia*⁹, pues como por la desobediencia de un solo hombre todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos¹⁰.

(8) *Camino*, n. 457.

(9) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 3.

(10) *Rom.* V, 19.

Hemos de tener hambre de obedecer —a semejanza de Cristo— con deseos de corredimir. *Quien venga a la Obra de Dios* —escribió nuestro Padre hace muchos años— *ha de estar persuadido de que viene a someterse, a anonadarse: no a imponer su criterio personal. En una palabra: que ha de decidirse a hacerse santo*¹¹.

Nosotros, que deseamos seguir las huellas del Señor, hemos de identificarnos con El. Por eso, nos preguntamos con nuestro Padre: *Jesús, ¿cómo obedeciste tú?* Usque ad mortem, mortem autem crucis (Philip. 11, 8). *Hasta la muerte y muerte de cruz. Hay que obedecer, cueste lo que cueste; dejando el pellejo. Nunca sucederá esto ordinariamente; pero si llega, no te preocupes: hasta eso llegó Jesús. Hijos míos, en estos treinta y seis años —nos confiaba en 1963— he visto entre vuestros hermanos muchos actos heroicos, y muchas veces he tenido la impresión de vivir entre santos, capaces de obedecer usque ad mortem, mortem autem crucis. He visto a hermanos vuestros hacer serenamente, dándose perfecta cuenta de que se jugaban la vida, actos de obediencia maravillosos, por la Iglesia Santa, por el Romano Pontífice, por servir. Que hemos de obedecer, servir. ¡No hay mejor señorío que saberse en servicio, en servicio voluntario! Así es como se ganan los grandes honores, los de la tierra y los del cielo*¹².

(11) De nuestro Padre, *Instrucción*, I-IV-1934, n. 17.

(12) De nuestro Padre, *Meditación*, 24-XII-1963.

LA FE de José no vacila, su obediencia es siempre estricta y rápida. Para comprender mejor esta lección que nos da aquí el Santo Patriarca, es bueno que consideremos que su fe es activa, y que su docilidad no presenta la actitud de la obediencia de quien se deja arrastrar por los acontecimientos. Porque la fe cristiana es lo más opuesto al conformismo, o a la falta de actividad y de energía interiores.

José se abandonó sin reservas en las manos de Dios, pero nunca rehusó reflexionar sobre los acontecimientos, y así pudo alcanzar del Señor ese grado de inteligencia de las obras de Dios, que es la verdadera sabiduría. De este modo, aprendió poco a poco que los designios sobrenaturales tienen una coherencia divina, que está a veces en contradicción con los planes humanos.

En las diversas circunstancias de su vida, el Patriarca no renuncia a pensar, ni hace dejación de su responsabilidad. Al contrario: coloca al servicio de la fe toda su experiencia humana. Cuando vuelve de Egipto, oyendo que Arquelao reinaba en Judea en lugar de su padre Herodes, temió ir allá (Matth. //, 22). Ha aprendido a moverse dentro del plan divino y, como confirmación de que efectivamente Dios quiere eso que él entrevé, recibe la indicación de retirarse a Galilea.

Así fue la fe de San José: plena, confiada, íntegra, manifestada en una entrega eficaz a la voluntad de Dios, en una obediencia inteligente. Y, con la fe, la

caridad, el amor. Su fe se funde con el Amor: con el amor de Dios que estaba cumpliendo las promesas hechas a Abrahám, a Jacob, a Moisés; con el cariño de esposo hacia María, y con el cariño de padre hacia Jesús. Fe y amor en la esperanza de la gran misión que Dios, sirviéndose también de él —un carpintero de Galilea—, estaba iniciando en el mundo: le redención de los hombres.

Fe, amor, esperanza: éstos son los ejes de la vida de San José y los de toda vida cristiana. La entrega de San José aparece tejida de ese entrecruzarse de amor fiel, de fe amorosa, de esperanza confiada¹³.

El ejemplo de San José ha de ser estímulo para imitar la obediencia de Cristo. Si estamos por amor dedicados a servir, en este servicio que es guerra de paz, que es siempre de amor y de alegría, a costa de nuestra vida entregada, ¡vamos, como El, a obedecer en la Cruz! Si no, no va. Y cuando sintamos el orgullo que barbotó dentro —¡la soberbia!—, que nos hace creer que somos unos superhombres, será el momento de decir: ¡no! (...).

Y así, hijos de mi alma, quizá podrán decir de nosotros que hemos procurado ser buenos hijos de Dios; que hemos pasado por la tierra con errores, pero haciendo el bien; que hemos luchado por obedecer. Y cuando venga la muerte, que vendrá inexorable, la acogeremos con gozo, como hemos visto morir a algu-

(13) Es Cristo que pasa, nn. 42-43.

*nos de vuestros hermanos, con alegría; porque como Cristo resucitaremos: y si le hemos imitado en el bien, en la obediencia y en la Cruz, recibiremos el premio de su Amor: surrexit Dominus veré! (Luc. XXIV, 34). ¿Veis? Venció a la muerte*¹⁴.

Acudimos a Santa María para que Ella nos facilite la comprensión y el fiel cumplimiento de los planes del Señor para cada uno. De ese modo, recorreremos los caminos de la tierra con la alegría y la paz de quienes desean ser buenos hijos de Dios.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 24-XIM963.

443.

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ (IV)

—San José es Maestro de vida interior por su trato continuo con Jesús.

—El espíritu de la Obra nos lleva a un trato constante con el Señor.

—La filiación divina, fundamento de nuestra vida espiritual.

HEMOS considerado los domingos pasados el patrocinio de Nuestro Padre y Señor San José, que protege y acompaña a quienes le veneran. *Tratándole se descubre que el Santo Patriarca es, además, Maestro de vida interior: porque nos enseña a conocer a Jesús, a convivir con El, a sabernos parte de la familia de Dios*¹.

El trato de María y de José con Jesús Niño puede ser hoy tema de meditación, para ajustar a ese modelo nuestra vida. *Desde hace tiempo* —afirmaba nuestro Padre en 1963— *me gusta recitar una conmovedora invocación a San José, que la Iglesia misma nos propone, entre las oraciones preparatorias de la Misa: José, varón bienaventurado y feliz, al que fue concedido ver y oír al Dios, a quien muchos reyes quisieron ver y oír, y no oyeron ni vieron. Y no sólo verle y oírle, sino llevarlo en brazos, besarlo, vestirlo y custodiarlo: ruega por nosotros*².

(1) £5 *Cristo que pasa*, n. 39.

(2) £5 *Cristo que pasa*, n. 54.

Aquellos meses que la Sagrada Familia pasó en Belén, y el tiempo de destierro en Egipto y, luego, los años transcurridos en el hogar de Nazaret, estuvieron siempre llenos de intimidad y cariño. Podemos imaginar las escenas que día a día se sucedieron en aquella casa, y contemplar a José que, al acabar el trabajo, toma al Niño en sus brazos y lo arrulla cuando llega la noche. *San José* —le pedimos con palabras de nuestro Fundador—, *Padre y Señor nuestro, castísimo, limpiísimo, que has merecido llevar a Jesús Niño en tus brazos, y lavarle y abrazarle: enséñanos a tratar a nuestro Dios, a ser limpios, dignos de ser otros Cristos.*

*Y ayúdanos a hacer y a enseñar, como Cristo, los caminos divinos —ocultos y luminosos—, diciendo a los hombres que pueden, en la tierra, tener de continuo una eficacia espiritual extraordinaria*³.

Desde que Jesús nació en Belén —más aún, desde que el Ángel le anunció la buena nueva—, la vida del Esposo de María adquirió una nueva dimensión. Sentía sobre sí la responsabilidad de sacar adelante aquella familia que Dios le había confiado y, al mismo tiempo, la necesidad de aprender —en la vida del Niño— lo que el Señor le pedía en cada momento.

Para San José, la vida de Jesús fue un continuo descubrimiento de la propia vocación. Recordábamos antes aquellos primeros años llenos de circunstancias

(3) *Forja*, n. 553.

en aparente contraste: glorificación y huida, majestuosidad de los Magos y pobreza del portal, canto de los Angeles y silencio de los hombres. Cuando llega el momento de presentar al Niño en el Templo, José, que lleva la ofrenda modesta de un par de tórtolas, ve cómo Simeón y Ana proclaman que Jesús es el Mesías. Su padre y su madre escuchaban con admiración (Luc. //, 33), dice San Lucas. Más tarde, cuando el Niño se queda en el Templo sin que María y José lo sepan, al encontrarlo de nuevo después de tres días de búsqueda, el mismo evangelista narra que se maravillaron (Luc. //, 48).

*José se sorprende, José se admira. Dios le va revelando sus designios y él se esfuerza por entenderlos. Como toda alma que quiera seguir de cerca a Jesús, descubre en seguida que no es posible andar con paso cansino, que no cabe la rutina. Porque Dios no se conforma con la estabilidad en un nivel conseguido, con el descanso en lo que ya se tiene. Dios exige continuamente más, y sus caminos no son nuestros humanos caminos. San José, como ningún hombre antes o después de él, ha aprendido de Jesús a estar atento para reconocer las maravillas de Dios, a tener el alma y el corazón abiertos*⁴.

LA VIDA interior de cada uno ha de asemejarse a la existencia de José, por el trato íntimo con el Se-

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 54.

ñor, que se alimenta de las incidencias de la jornada, del trabajo, de la relación con las demás personas. *Quiero recordar una vez más a mis hijos —decía nuestro Padre— que el fundamento de toda nuestra labor está en una intensa vida interior, en que seamos todos eficaz y realmente contemplativos. Por eso, el primero de nuestros deberes es no sólo fomentar y sostener, sino mejorar continuamente nuestra vida interior y la de los demás*⁵. Esa ha de ser nuestra preocupación principal: intensificar nuestra amistad con el Señor, conocer mejor a Jesucristo, enamorarnos apasionadamente de ese Dios que se ha hecho hombre para estar más cerca de sus criaturas, que se nos da totalmente en Cristo y que —a cambio— *quiere toda nuestra vida, nuestro corazón entero: el Señor —os lo digo siempre— es un amante celoso, que pide todo nuestro amor, todo lo nuestro*⁶.

*Acuérdate, hijo —insiste nuestro Padre—, de que porro unum est necessarium (Luc. X, 42): sé muy santo. Contemplar no es sino tratar de estar muy unidos a Dios. Un alma que dedica su vida enteramente a Dios, si no busca la vida contemplativa, ¿cómo dice que busca la santidad? La santidad es unión con Dios. La plenitud de la caridad es el Amor, que es tanto —repite— como unión con Dios*⁷. Amor que, si es verdade-

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1967, p. 202.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 18-VIII-1968.

(7) De nuestro Padre.

ro, no se cansa ni se desanima ante los obstáculos, no pierde fuerza con el paso de los años. Por el contrario, las dificultades lo reafirman, lo fortalecen, le dan un sentido más profundo. Es más, puede afirmarse que es mejor amor aquel que ha sido capaz de superar contradicciones y obstáculos, porque en el ejercicio de la lucha se ha hecho más puro, y se ha desprendido de otros motivos —sentimientos y afectos demasiado humanos— que, aunque no son malos en sí mismos, han de purificarse para dar cabida al verdadero amor.

Las escenas de la vida de la Sagrada Familia que estamos considerando —Belén, Egipto, Nazaret— son una invitación a tratar muy de cerca a Jesús, con atrevimiento de enamorados. Para hacerlo, contamos con la ayuda del Santo Patriarca. Como tantas veces no recordó nuestro Padre, *José ha sido, en lo humano, maestro de Jesús; le ha tratado diariamente, con cariño delicado, y ha cuidado de El con abnegación alegre. ¿No será ésta una buena razón para que consideremos a este varón justo, a este Santo Patriarca en quien culmina la fe de la Antigua Alianza, como Maestro de vida interior? La vida interior no es otra cosa que el trato asiduo e íntimo con Cristo, para identificarnos con El. Y José sabrá decirnos muchas cosas sobre Jesús*⁸.

(8) *Es Cristo que pasa*, n. 56.

EL FUNDAMENTO de la vida espiritual de los miembros del Opus Dei es el sentido de su filiación divina, que se traduce en un deseo ardiente y sincero, tierno y profundo a la vez, de imitar a Jesucristo como hermanos suyos, hijos de Dios Padre, y de estar siempre en la presencia de Dios; filiación que lleva a vivir vida de fe en la Providencia, y que facilita la entrega serena y alegre a la divina Voluntad⁹.

El sentido de nuestra filiación divina es un don de Dios, una gracia que El da a quien quiere, pero que cada uno puede y debe favorecer con la docilidad a sus inspiraciones y con la correspondencia a la gracia. Al sabernos hijos, al considerar que Dios es Padre bueno y misericordioso, sentimos que el corazón se remueve y le busca; que nuestro comportamiento, a todas horas y en todo lugar, debe ser el de buenos hijos: el de hijos que procuran desarrollar este don divino que tienen en el alma y que se encienden en deseos de vivir cara a Dios, dándole gusto.

Tan importante es en la Obra el espíritu de filiación divina, que todas las semanas nos preguntamos en el examen del Círculo si hemos considerado esa realidad frecuentemente, cada día. Al contemplar a menudo esa verdad —soy hijo muy querido de Dios— e ir profundizando en su significado, se establece un trato habitual con nuestro Padre Dios, que tiene la virtud de identificarnos más y más con Cris-

(9) *Catecismo*, 5^a ed., n. 62.

to, hasta que *se nos manifieste claramente, pues entonces seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es*¹⁰.

El recuerdo frecuente de nuestra filiación divina no es, sin embargo, ejercicio teórico y frío, mera reflexión intelectual sin vida; es una actitud profunda del alma, que ha de terminar por informar nuestra vida, impregnando los pensamientos, afectos y obras. Y como los hijos de la tierra, que aun sin darse cuenta actúan como sus padres, tienen los puntos de vista de sus padres, los modos y costumbres de sus padres, así seremos nosotros con nuestro Padre del Cielo: veremos las cosas como El las ve, amaremos a los hombres como El los ama.

Para ser y sentirse hijos de Dios, es menester estar muy unidos al Señor. A San José, que vio, trató y cuidó a Jesús Niño, le pedimos que nos enseñe a vivir siempre en la presencia de Dios, para gozar —como él gozó— de la compañía divina: *otros son glorificados después de una santa muerte* —canta la Iglesia a su Patrono—, *y los que han merecido la palma del martirio son recibidos en el seno de la gloria; pero tú, por admirable destino, semejante a los Santos y aun más dichoso, disfrutaste ya en esta vida de la presencia de Dios*ⁿ.

Acabamos la oración acudiendo, como siempre, a Santa María. Hasta Ella nos lleva San José, y junto

(10) 1 *Ioann.* III, 2.

(11) *Ad 1 Vesp., Hymn.*

con Ella nos dirigimos a Jesús. Buena costumbre nuestra es acudir a nuestra Madre, a la que llevamos todos los días esas flores pequeñas de nuestros propósitos, esas violetas humildes y escondidas que recogemos durante la jornada. Tienes que invocar a María y tienes que invocar a José. Mira que en esta meditación de hoy hay mucho que pensar, mucho que pedir, mucho que obrar¹².

(12) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1958.

444.

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ (V)

—Santificarse en la vida ordinaria.

—Santificar el mundo desde dentro, actuando como el fermento.

—Naturalidad de nuestro comportamiento.

AL REGRESO de Egipto, la vida de la Sagrada Familia se desarrolla de un modo normal, aparentemente monótono; corre por los cauces de la tranquilidad de un pueblecito de Galilea. Estos años de vida oculta de Cristo entrañan una profunda lección, bien aprendida por José, que nosotros deseamos imitar.

Con su vida oculta, *el Señor nos da a conocer que todo tiene importancia: las acciones que, con ojos humanos, consideramos extraordinarias; esas otras que, en cambio, calificamos de poca categoría. Nada se pierde. Ningún hombre es despreciado por Dios. Todos, siguiendo cada uno su propia vocación —en su hogar, en su profesión u oficio, en el cumplimiento de las obligaciones que le corresponden por su estado, en sus deberes de ciudadano, en el ejercicio de sus derechos—, estamos llamados a participar del reino de los cielos.*

Eso nos enseña la vida de San José: sencilla, normal y ordinaria, hecha de años de trabajo siempre igual, de días humanamente monótonos, que se suce-

den los unos a los otros. Lo he pensado muchas veces, al meditar sobre la figura de San José, y ésta es una de las razones que hace que sienta por él una devoción especial¹,

De manera similar a la de José, nuestra vocación es una llamada de Dios a la santidad y al apostolado en medio de las ocupaciones diarias. *Todos los días (...) deben presenciar nuestro afán por cumplir la misión divina que, por su misericordia, nos ha encomendado el Señor. El corazón del Señor es corazón de misericordia, que se compadece de los hombres y se acerca a ellos. Nuestra entrega, al servicio de las almas, es una manifestación de esa misericordia del Señor, no sólo hacia nosotros, sino hacia la humanidad toda. Porque nos ha llamado a santificarnos en la vida corriente, diaria; y a que enseñemos a los demás —providentes, non coacte, sed spontanee secundum Deum (I Petr. V, 2), prudentemente, sin coacción; espontáneamente, según la voluntad de Dios— el camino para santificarse cada uno en su estado, en medio del mundo²*

Nuestra vocación nos lleva a vivir como cristianos plenamente coherentes, con todas sus consecuencias; a ser hombres y mujeres que han recibido de Dios la misión estupenda de ser —en medio del mundo— *lo que el alma en el cuerpo*³.

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 44.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 1.

(3) *Epístola ad Diognetum* 6.

*Os he dicho, desde el primer día —escribe nuestro Padre—, que Dios no espera de nosotros cosas extraordinarias, singulares; y que quiere que llevemos esta bendita llamada divina por todo el mundo, que invitéis a muchos a seguirla. Pero nuestro proselitismo hemos de hacerlo con sencillez, con el ejemplo de nuestra conducta: mostrando que muchos —si no todos— pueden, con la gracia de Dios, convertir en camino divino la vida ordinaria y corriente, del mismo modo que vosotros habéis sabido hacer divina vuestra vida, también corriente y ordinaria *.*

EL SEÑOR nos ha llamado no sólo a dar testimonio de El en medio de las ocupaciones terrenas, sino a contribuir positivamente *en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social (...), a la santificación del mundo desde dentro, a modo de fermento*⁵.

Esta verdad, predicada constantemente por nuestro Padre desde 1928, no lleva *de ningún modo a separarse de los demás ciudadanos corrientes, porque los miembros del Opus Dei somos iguales que ellos: y, con ellos y como ellos, vivimos en medio de los afanes del mundo*⁶.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1930, n. 4.

(5) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 31.

(6) De nuestro Padre.

Para realizar la misión que Dios nos ha encomendado, hemos de difundir el espíritu del Opus Dei entre mucha gente, del modo más oportuno en cada caso. *Dad a conocer la Obra*, nos impulsaba nuestro Padre. *Hablad de la Obra sin... algo que detesto, que no me gusta: la discreción.*

*La discreción tuve yo que tenerla cuando estaba para nacer la Obra, aunque cuando un hijo está para nacer, poco puede esconderse del secreto que guarda la madre: lo ven todos. Eso pasó con la Obra, pero ahora no nos hace falta. En aquellos primeros años —que ya pasaron— permitió el Señor que nos dieran fuerte: ya ha pasado —repito—, y vosotros tenéis que contribuir para que termine de pasar cuanto antes, si algo queda de aquellas contradicciones calumniosas. Hablad mucho de la Obra y a todo el mundo; tened la preocupación de mostrarla como es*⁷.

Es propio de nuestro espíritu trabajar *sin espectáculo, sin pretender llamar la atención, pasando inadvertidos, como pasa inadvertido un buen padre que educa cristianamente a sus hijos, un buen amigo que da un consejo lleno de sentido cristiano a otro amigo suyo, un industrial o un negociante que cuida de que sus obreros estén atendidos en lo espiritual y en lo material*⁸. Y esto, aunque haya personas que no nos entiendan y, llevadas de su incomprensión, quisieran

(7) De nuestro Padre, *Tertulia*, U-V-1967.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 64.

que los miembros del Opus Dei, *por tener esa entrega maravillosa al servicio de Dios, lucieran un canelón en la espalda que dijera, poco más o menos: conste que soy un buen chico (...).*

*Esta humildad colectiva —que es heroica, y que muchos no entenderán— hace que los que forman parte de la Obra pasen ocultos entre sus iguales del mundo, sin recibir aplausos por la buena semilla que siembran, porque los demás apenas se darán cuenta, ni acabarán de explicarse del todo ese bonus odor Christi (II Cor. 11, 15), que inevitablemente se ha de desprender de la vida de mis hijos*⁹.

Lo nuestro es disolvernó en la masa, como el fermento: no podemos distinguirnó exteriormente de los demás, porque no somos distintos de ellos. Si no nos disolvemos, no habrá pan que ofrecer, ni alimento que dar. Es la hora de pensar en esta tarea maravillosa: si yo me uno a Cristo, si yo desaparezco en El, muchas almas tendrán el medio de saciar su hambre, su soledad, su desamparo. Sin orgullo y, al mismo tiempo, con santo orgullo, podemos y debemos enseñar el camino del amor a los que no lo conocen. Persuadidos de que, continuamente, es la hora de amar a Cristo y, por Cristo, a sus criaturas, sin necesidad de hacer cosas raras, sin necesidad de caminos extraños. Si queréis, si no ponéis obstáculos a la gracia divina, con la naturalidad heroica de nuestra vida, basta para que el

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, nn. 63-64.

*Señor dé eficacia a vuestra lengua y hagáis mucho bien a las almas*¹⁰.

LA VIDA de San José fue tan natural, tan corriente, que no llamó la atención de los demás habitantes de Nazaret. Sus vecinos sabían de la afabilidad de su trato, de su trabajo bien hecho, de la alegría que reinaba en su hogar. Pero esto no tenía nada de raro, ni hacía de José una persona llamativa: era un hombre corriente, un trabajador más en aquella aldea.

El comportamiento de José, el mismo que Jesús siguió durante sus primeros treinta años, es algo que nosotros debemos imitar. *Los miembros de la Obra han de vivir de modo especial la naturalidad, porque son cristianos corrientes, comunes, almas que buscan a Dios en medio del mundo: hacer cosas que en otros cristianos son raras, sería raro también en nosotros*ⁿ.

Nuestra vocación nos invita a vivir con una naturalidad que es autenticidad, que nos lleva a comportarnos como lo que realmente somos: hombres y mujeres que —como la inmensa mayoría de las personas— gastan su vida, día a día, en una ocupación ordinaria. *Al presentarnos como lo que somos, como ciudadanos corrientes —haciéndose cargo cada uno de*

(10) De nuestro Padre, Noticias XII-67, p. 25.

(11) *Catecismo*, 5ª ed., n. 105.

*sus responsabilidades personales: familiares, profesionales, sociales, políticas— no fingimos nada, porque este modo de proceder no es el resultado de una táctica. Es todo lo contrario: es naturalidad, es sinceridad, es manifestar la verdad de nuestra vida y de nuestra vocación. Somos gente de la calle*¹².

Por la misma razón, *no hay tampoco ningún secreto en el hecho de que los miembros del Opus Dei no pregonen su pertenencia a la Obra, ni esa manera de actuar puede ser calificada de secreto: porque no es querer disimular lo que somos. Por el contrario, es sencillamente naturalidad: no queremos simular lo que no somos, porque somos cristianos corrientes, iguales a los demás ciudadanos.*

No vivir con esa naturalidad —por ligereza, o por darse importancia, por presunción— podría además ser obstáculo para la labor apostólica o producir dificultad en el ambiente familiar y social, o en el ejercicio de la propia profesión.

Por tanto, los Numerarios, los Agregados y los Supernumerarios no tienen por qué alardear de que pertenecen a la Obra, ni dar a conocer inconsideradamente los nombres de sus hermanos. Esta norma, que obliga de modo especial a los recién incorporados, no es sino vivir con naturalidad y sencillez: porque ninguna persona normal se dedica a contar las cosas íntimas de

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 19-111-1954, n. 27.

*su propia familia a los extraños, y no hay nada más íntimo que lo que se refiere al alma*¹³.

Así se comportó Jesús durante su vida en Nazaret. Así actuaron la Virgen y San José. Y "*por muchas vueltas que le demos, nos llenamos de admiración, que siempre es poca, por esos treinta años de oscuridad, que son los que en apariencia vivimos nosotros. ¿Veis? No tenemos ningún secreto que guardar, pero no manifestamos exteriormente nuestra dedicación al servicio del Señor, como hizo Jesucristo en sus años de Nazaret. Nuestra vida es la vida común, la vida ordinaria de nuestros compañeros: como la suya, que era fabri filius (Matth. XIII, 55), el hijo del carpintero*"¹⁴.

A Santa María acudimos al acabar nuestra oración para que, como Ella, sepamos vivir *con naturalidad, sin rarezas, pero siempre con Amor*¹⁵.

(13) De nuestro Padre.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 24-XIM963.

(15) *Catecismo*, 5* ed., n. 104.

445.

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ (VI)

—Toda la vida de San José tuvo como único fin servir a Dios y a los hombres.

—La unidad de vida, característica esencial del espíritu del Opus Dei.

—Los fundamentos de nuestra unidad de vida.

EJV NAZARET, *José sería uno de los pocos artesanos, si es que no era el único. Carpintero, posiblemente. Pero, como suele suceder en los pueblos pequeños, también sería capaz de hacer otras cosas: poner de nuevo en marcha el molino, que no funcionaba, o arreglar antes del invierno las grietas de un techo. José sacaba de apuros a muchos, sin duda, con un trabajo bien acabado. Era su labor profesional una ocupación orientada hacia el servicio, para hacer agradable la vida a las demás familias de la aldea, y acompañada de una sonrisa, de una palabra amable, de un comentario dicho como de pasada, pero que devuelve la fe y la alegría a quien está a punto de perderlas*¹.

El trabajo en el que consumió su vida, no impidió al Santo Patriarca dedicarse con todas sus fuerzas al cuidado de Jesús y de María. Hay *un rasgo que fue fundamental en el trabajo de San José y debería ser fundamental en todo cristiano: el espíritu de servi-*

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 51.

ció, el deseo de trabajar para contribuir al bien de los demás hombres. El trabajo de José no fue una labor que mirase hacia la autoafirmación, aunque la dedicación a una vida operativa haya forjado en él una personalidad madura, bien dibujada. El Patriarca trabajaba con la conciencia de cumplir la voluntad de Dios, pensando en el bien de los suyos, Jesús y María, y teniendo presente el bien de todos los habitantes de la pequeña Nazaret².

El trabajo y el descanso, las relaciones sociales y la vida de familia: todo cobró una unidad fuerte en el corazón de José, porque su único fin era secundar los planes de Dios, en el lugar donde le había colocado la Sabiduría divina. En este sexto domingo de preparación a la fiesta del Santo Patriarca, acudimos a su intercesión para que nos ayude a integrar todas nuestras actividades en una unidad de vida cada vez más profunda.

Os aseguro, hijos míos —afirmaba nuestro Fundador—, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de ver-

(2) £5 Cristo que pasa, n. 51.

dad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria...³.

En el corazón de San José llegaron a unirse el Cielo y la tierra: el Cielo, porque Jesús, Hijo de Dios, era el centro de su existencia; la tierra, porque gastó todos sus días en un trabajo corriente, en unas ocupaciones ordinarias. Deseamos imitar a San José, hacer también de nuestra vida ordinaria un continuo servicio a Dios. Por eso pedimos al Señor, todos los días, que sobrenaturalice nuestras acciones en un único impulso de amor: *te rogamos, Señor —reza-*mos en las Preces—, *que prevengas nuestras acciones con tu inspiración y las hagas proseguir con tu ayuda; para que nuestra oración y todas nuestras acciones tengan siempre su origen en Ti y en Ti comencen a alcanzar su plenitud*.*

LA FISONOMÍA espiritual propia del Opus Dei se caracteriza por la perfecta unión del aspecto ascético con el apostólico, que están armónicamente fundidos y compenetrados con el carácter secular de la Obra y con la condición también secular de sus miembros: de modo que todas las actividades —ascéticas, apostólicas, profesionales, familiares— de los miembros, se integran en una unidad de vida, sencilla y fuerte,

(3) Conversaciones, n. 116.

(4) Preces de la Obra.

*que crea en sus almas la necesidad y como el instinto sobrenatural de purificar todas las acciones, de elevarlas al orden de la gracia, de santificarlas y de convertirlas en instrumento de apostolado*⁵.

Nuestra vida está dedicada al servicio de Dios y de las almas; ningún aspecto de nuestra existencia debe escapar al influjo santificante de la vocación con que hemos sido llamados. *Por el contrario* —son palabras de nuestro Fundador—, *debéis comprender ahora —con una nueva claridad— que Dios os llama a servirle en y desde las tareas civiles, materiales, seculares de la vida humana: en un laboratorio, en el quirófano de un hospital, en el cuartel, en la cátedra universitaria, en la fábrica, en el taller, en el campo, en el hogar de familia y en todo el inmenso panorama del trabajo, Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir.*

Yo solía decir a aquellos universitarios y a aquellos obreros que venían junto a mí por los años treinta, que tenían que saber materializar la vida espiritual. Quería apartarlos así de la tentación, tan frecuente entonces y ahora, de llevar como una doble vida: la vida interior, la vida de relación con Dios, de una parte; y de otra, distinta y separada, la vida familiar, profesional y social, plena de pequeñas realidades terrenas.

¡Que no, hijos míos! Que no puede haber una do-

(5) *Catecismo*, 5^a ed., n. 60.

*ble vida, que no podemos ser como esquizofrénicos, si queremos ser cristianos: que hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésta es la que tiene que ser —en el alma y en el cuerpo— santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales*⁶.

Así fue el trabajo profesional de San José, que en todo encontraba ocasión y motivo para servir a Jesús y a María. *En vuestra ocupación profesional, ordinaria y corriente* —explicaba nuestro Padre—, *encontraréis la materia —real, consistente, valiosa— para realizar toda la vida cristiana, para actualizar la gracia que nos viene de Cristo.*

*En esa tarea profesional vuestra, hecha cara a Dios, se pondrán en juego la fe, la esperanza y la caridad. Sus incidencias, las relaciones y problemas que trae consigo vuestra labor, alimentarán vuestra oración. El esfuerzo para sacar adelante la propia ocupación ordinaria, será ocasión de vivir esa Cruz que es esencial para el cristiano. La experiencia de vuestra debilidad, los fracasos que existen siempre en todo esfuerzo humano, os darán más realismo, más humildad, más comprensión con los demás. Los éxitos y las alegrías os invitarán a dar gracias, y a pensar que no vivís para vosotros mismos, sino para el servicio de los demás y de Dios *

(6) *Conversaciones*, n. 114.

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 49.

*CUMPLIR la voluntad de Dios en el trabajo, contemplar a Dios en el trabajo, trabajar por amor a Dios y al prójimo, convertir el trabajo en medio de apostolado, dar a lo humano valor divino: ésta es la unidad de vida, sencilla y fuerte, que hemos de tener y enseñar*⁸. No debe haber compartimentos estancos en nuestra vida, ni podemos distinguir —insisto— dónde acaba la oración y dónde empieza el trabajo, ni dónde se encuentran los límites del apostolado. Porque el apostolado es Amor de Dios que se desborda, dándose a los hombres; y la vida interior contemplativa es clamor de almas; y el trabajo, un esfuerzo sostenido de abnegación, de caridad, de obediencia, de comprensión, de paciencia y de servicio a los demás⁹.

Lograremos esa unidad de vida, imprescindible para encaminar a Dios todas las cosas, si no separamos la acción de la contemplación, si el espíritu de oración informa nuestra actividad entera. *A un alma que no fuese prácticamente contemplativa* —advertía nuestro Fundador—, *le faltaría el fundamento de la vida espiritual propia de los miembros del Opus Dei, y sería por tanto muy difícil que pudiera perseverar en la Obra*¹⁰.

La vida de San José adquirió un nuevo sentido mediante el trato asiduo con María y, luego, con Jesús. Cuando hablaba con ellos, hacía oración, porque

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 11-111-1940, n. 14.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 6-V-1945, n. 40.

(10) De nuestro Padre.

se dirigía al Hijo de Dios y a la Madre de Dios. Por eso, su quehacer ordinario adquirió relieves insospechados. También nosotros debemos cultivar *el espíritu de oración, porque, aunque vivimos en el mundo y del mundo formamos parte, participando de todos los afanes y trabajos de la sociedad, nuestra vocación es esencialmente contemplativa: ya que la unidad de vida de cada miembro de la Obra le lleva a buscar a Dios, en todo tiempo y en todas las cosas*¹¹.

Todo esto requiere silencio interior, una disposición habitual de recogimiento del alma. *Cuando yo os llamo contemplativos* —afirmaba nuestro Fundador—, *entiendo que en medio del fragor de la muchedumbre —porque nosotros estamos en medio de la muchedumbre, nos interesan todas las almas—, en medio del fragor del mundo, sabemos encontrar el silencio del alma contemplativa, y mirar a Dios como se mira a un Padre, como se mira a un amigo que se quiere con locura*¹².

Un medio efficacísimo para llegar a esa intimidad con Dios lo constituyen las Normas del plan de vida, que —lejos de ser puntos aislados de encuentro con Dios— *tienen relación una con otra; están perfectamente dispuestas. Pero, ¿sabéis cuál es el hilo que las une? La vocación contemplativa. Un hombre que trate de vivir esto, y que llegue un momento en el que*

(11) De nuestro Padre.

(12) De nuestro Padre, *Crónica*, 1967, p. 783.

durante mucho tiempo, lo viva casi sin esfuerzo —aunque parezca que no haya lucha, la hay—; éste es hombre que vive la Vida de Dios; que puede decir aquello, que a mí tanto me gusta repetir: vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus (Galat //, 20); no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí. Y ser Cristo es saberse hijo de Dios".

Con la intercesión de Santa María y de San José, si somos fieles, llegaremos a tener *una vida contemplativa en medio de todas las actividades humanas —luz, sal y levadura, por la oración, por la mortificación, por la cultura religiosa y profesional—, haciendo realidad este gran deseo: cuanto más dentro del mundo estemos, tanto más hemos de ser de Dios".*

(13) De nuestro Padre, Círculo Breve, 27-X-1963.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 45.

446.

SIETE DOMINGOS DE SAN JOSÉ (VII)

—Dolor de María y de José ante la pérdida de Jesús en Jerusalén.

—La humildad es necesaria para buscar y encontrar al Señor.

—Tratar a San José para que nos enseñe a amar a Cristo.

HOY ES el último domingo previo a la fiesta de San José. Durante siete semanas, hemos considerado algunas escenas de la vida de Nuestro Padre y Señor, pidiendo su protección e impulso en la vida interior y en el apostolado. Nos detenemos ahora en un pasaje de su vida narrado por San Lucas.

El evangelista cuenta que María y José iban todos los años a Jerusalén durante la Pascua. Cuando Jesús tuvo doce años, edad en la que todo israelita estaba obligado por la Ley a cumplir esa visita, también el Niño subió con ellos a la Ciudad Santa. *Pasados aquellos días, al regresar, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que lo advirtiesen sus padres. Suponiendo que iba en la caravana, hicieron un día de camino buscándolo entre los parientes y conocidos, y como no lo encontrasen, retornaron a Jerusalén en busca suya'.*

(1) *Luc.* II, 42-45.

¿Dónde está Jesús? —Señora: ¡el Niño!... ¿dónde está?

Llora María. —Por demás hemos corrido tú y yo de grupo en grupo, de caravana en caravana: no le han visto. —José, tras hacer inútiles esfuerzos por no llorar, llora también... Y tú... Y yo.

Yo, como soy un criadito basto, lloro a moco tendido y clamo al cielo y a la tierra..., por cuando le perdí por mi culpa y no clamé.

Jesús: que nunca más te pierda... Y entonces la desgracia y el dolor nos unen, como nos unió el pecado, y salen de todo nuestro ser gemidos de profunda contrición y frases ardientes, que la pluma no puede, no debe estampar².

Narra San Lucas que al cabo de tres días, lo encontraron en el Templo, sentado en medio de los doctores, escuchándoles y preguntándoles. Cuantos le oían quedaban admirados de su sabiduría y de sus respuestas³. Y comenta un antiguo escritor eclesiástico: aprende dónde lo encuentran quienes le buscan, de manera que también tú —buscándolo junto a José y María— lo puedas encontrar (...). Busca también tú a Jesús y (...) lo encontrarás*.

Al descubrir a Jesús, José y María se maravillaron. Y le dijo su Madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho

(2) Santo Rosario, V misterio gozoso.

(3) Luc. II, 46⁴⁷.

(4) Orígenes, In Lucam homiliae 18, 2-3.

esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos. Y El les respondió: ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que es necesario que Yo esté en las cosas de mi Padre?⁵. Con el gozo del hallazgo se entremezcla el dolor de esta respuesta de Cristo a sus padres, aparentemente dura, que ellos no comprendieron⁶. Y comenta nuestro Padre, como una enseñanza clara de este pasaje, que, al consolarnos con el gozo de encontrar a Jesús —¡tres días de ausencia!— disputando con los Maestros de Israel (Luc. II, 46), quedará muy grabada en tu alma y en la mía la obligación de dejar a los de nuestra casa por servir al Padre Celestial⁷.

CRISTO era un niño de doce años cuando quedó en el Templo. ¡Qué dolor el de su Madre y el de San José, porque —de vuelta de Jerusalén— no venía entre los parientes y amigos! ¡Y qué alegría la suya, cuando lo distinguen, ya de lejos, adoctrinando a los maestros de Israel! Pero mirad las palabras, duras en apariencia, que salen de la boca del Hijo, al contestar a su Madre: ¿por qué me buscabais? (Luc. II, 49). ¿No era razonable que lo buscaran? Las almas que saben lo que es perder a Cristo y encontrarle pueden entender esto... ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi

(5) Luc. II, 48-49.

(6) Ibid. 50.

(7) Santo Rosario, V misterio gozoso.

Padre? (*Ibid.*). *¿Acaso no sabíais que yo debo dedicar totalmente mi tiempo a mi Padre celestial?*⁸.

La búsqueda del Niño por parte de María y de José, su hallazgo, su amoroso cuidado durante los años sucesivos, resumen bien los pasos de la vida espiritual que proponía nuestro Padre: "*Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo*"⁹. En ese proceso, que se repite en nuestra vida, es indispensable vivir la primera etapa: buscar a Jesús con esfuerzo, una vez y otra, sin cansarse. Sólo así lo encontraremos en nuestro camino constantemente, y crecerá nuestra intimidad con El.

*En este esfuerzo por identificarse con Cristo, he distinguido como cuatro escalones —afirmaba en otra ocasión nuestro Padre—: buscarle, encontrarle, tratarle, amarle. Quizá comprendéis que estáis como en la primera etapa. Buscadlo con hambre, buscadlo en vosotros mismos con todas vuestras fuerzas. Si obráis con este empeño, me atrevo a garantizar que ya lo habéis encontrado, y que habéis comenzado a tratarlo y a amarlo, y a tener vuestra conversación en los cielos*¹⁰.

Para buscar al Señor y encontrarle, se precisa la humildad. Hay que pedir con insistencia a la Virgen que nos consiga una humildad cada día más honda, que nos capacita para buscar y encontrar y amar a

Cristo. Así, al estrechar al Niño entre nuestros brazos después de cada encuentro, formularemos con mayor decisión el propósito de no apartarnos nunca más de El.

HEMOS de buscar a Cristo en la juventud, en la madurez y en la ancianidad: durante toda nuestra vida. Sean pocos o muchos los años que llevamos siguiendo al Señor en la Obra, podemos escuchar —como dirigidas a nosotros— aquellas palabras del Apocalipsis: *mira que vengo enseguida: manten lo que tienes, no sea que otro se lleve tu corona. Al vencedor le haré columna en el templo de mi Dios*¹¹.

Cristo vela por cada uno de sus hermanos los hombres, pero solicita nuestra buena voluntad, el deseo sincero de corresponder a sus llamadas, de buscarle a diario, rectificando el rumbo siempre que sea preciso. Sin desánimos, superando los posibles errores o descaminos, pues no hemos de caer en la ingenuidad de considerar que una vez que hemos comenzado a tratar al Señor *las pasiones se habrán acallado definitivamente. Nos engañaríamos, si supusiéramos que el ansia de buscar a Cristo, la realidad de su encuentro y de su trato, y la dulzura de su amor nos transforman en personas impecables. Aunque no os falte experiencia, dejadme, sin embargo, que os lo re-*

(8) *Amigos de Dios*, n. 53.

(9) *Camino*, n. 382.

(10) *Amigos de Dios*, n. 300.

(11) *Apoc.* III, 10-12.

cuerde. El enemigo de Dios y del hombre, Satanás, no se da por vencido, no descansa. Y nos asedia, incluso cuando el alma arde encendida en el amor a Dios. Sabe que entonces la caída es más difícil, pero que —si consigue que la criatura ofenda a su Señor, aunque sea en poco— podrá lanzar sobre aquella conciencia la grave tentación de la desesperanza¹².

Ahora, cercana ya la fiesta de San José, nos disponemos a renovar nuestra entrega a Dios en la Obra, recordando que *nuestra vida es de amor. El que no tenga capacidad para amar —decía nuestro Fundador—, difícilmente perseverará en el Opus Dei. ¡Pues amad, no contengáis el corazón! Cuando habléis interiormente, sin ruido de palabras, con el Señor, con su Madre, con José, que fue su padre en la tierra, decid lo que se os venga al corazón, aunque os parezcan simplezas. No hagáis literatura: contadle las cosas vuestras, vuestras inquietudes y vuestras alegrías, vuestras ocupaciones...¹³.*

Y añadía: *José era un gran cariño de Jesucristo; María era su Madre, a la que quería con locura. Pues vamos a tener nosotros una devoción grande a San José, una devoción tierna, delicada, fina, afectuosa. Le llamamos Padre y Señor nuestro: ¡pues vayamos a él como hijos, constantemente! Y, por él, a María, dialogando con los dos. ¿Habéis visto esas representaciones*

(12) *Amigos de Dios*, n. 303.

(13) De nuestro Padre, Tertulia, 28-IX-1973.

de la Sagrada Familia con el Niño en el centro, la Virgen a la derecha y San José a la izquierda, dándose la mano? Pues esta vez somos nosotros los que nos cogemos de la mano de María y de José, y así nos llevarán hasta Jesús. Comenzaremos a tratarle, y así nos enamoraremos de su Santísima Humanidad¹⁴.

(14) De nuestro Padre, Tertulia, 28-IX-1973.

447.

11 de marzo

CUMPLEAÑOS DEL PADRE

—La unidad de toda la Obra en torno al Padre es un don de Dios.

—Algunas manifestaciones de unidad.

—La unidad es una conquista diaria.

EL OPUS DEI es una familia de vínculos sobrenaturales en la que siempre hay un Padre que ama a sus hijos *en las entrañas de Cristo Jesús*¹ —con un cariño que es humano y sobrenatural, paterno y materno al mismo tiempo—, y unos hijos que se esfuerzan por corresponder a la entrega del Padre. Todos hemos experimentado innumerables veces ese desvelo por nuestra santidad y se lo hemos agradecido a Dios. Al celebrar hoy el cumpleaños del Padre, deseamos formular nuevos propósitos que nos ayuden a corresponder con mayor prontitud y generosidad a sus cuidados de buen Pastor.

Entre las realidades que este aniversario pone ante nuestros ojos, hay una de capital importancia: la unidad de la Obra, don divino que brilla con luz intensísima en nuestra familia sobrenatural por la misericordia de Dios y la fiel correspondencia de todos.

(1) *Philip*. I, 8.

Así nos lo hacía considerar nuestro Fundador: *hemos de cuidar celosamente la unidad, porque es un bien muy grande para la Obra. Personalmente no me enorgullece que estéis unidos a mí. Pensad más bien en la maravilla de que, en todo el mundo, se viva este mismo espíritu de servicio a Dios, a la Iglesia y a las almas. Daos cuenta de que se lo debemos al Señor, y de que es uno de los beneficios que hemos de agradecerle*².

La unidad es un reflejo del carácter sobrenatural del Opus Dei, que contribuye poderosamente a realzar su hermosura. *Es el secreto de nuestra eficacia y una de las más grandes bendiciones del Señor para su Obra*³, solía comentar nuestro Fundador.

Aunque la mayor parte de nosotros nos encontremos físicamente lejos del Padre, esparcidos por todos los rincones de la tierra, siempre nos sentimos muy unidos a su persona y a sus intenciones, con una unión afectiva y efectiva. A veces, estaremos abriendo nuevos frentes apostólicos en esta continua expansión de la labor; en otras ocasiones, permaneceremos muchos años trabajando en el mismo lugar. En cualquier situación vivimos en comunión de oraciones y deseos con el Padre.

Esta realidad, ampliamente experimentada en todo el mundo, nos impulsa a levantar el corazón a Dios en acción de gracias, porque es una señal más

(2) De nuestro Padre, *Crónica*, 1973, p. 1097.

(3) De nuestro Padre, *Crónica* IX-55, p. 58.

del origen divino de nuestra vocación. El Padre nos ha comentado muchas veces *que el milagro mayor de nuestro Padre se traduce en esta cohesión formidable de la Obra, que es quasi civitas firma* (Prov. XVIII, 19), *como fortaleza inexpugnable a los ataques del Enemigo. Vivimos consummati in unum floann. XVII, 23), en una unidad que no tiene explicaciones humanas. Es de Dios, hijos, el cariño que nos une y, en primer lugar, el amor que sentís por el Padre*⁴.

PERMANECER bien unidos al Padre, fomentar con todas nuestras fuerzas la más plena identificación con sus intenciones, es para nosotros una señal inequívoca de buen espíritu. *Sentid constantemente la responsabilidad de vivir en todo momento apiñados alrededor del Padre: os señalo una característica central de vuestra vocación y condición sine qua non de eficacia sobrenatural. El sarmiento no puede dar fruto si no está unido a la vid, a la cepa, a Nuestro Señor Jesucristo y a quienes le representan en la tierra*⁵.

Muchas y muy variadas manifestaciones tiene esta unidad: la alegría que a todos nos produce recibir noticias del Padre, leer y meditar sus palabras; la prontitud con que acogemos sus indicaciones, poniéndolas en práctica; la espontaneidad con que le abri-

mos nuestro corazón, cuando le escribimos... Y, sobre todo, la asiduidad de nuestra oración y de nuestra mortificación, el ofrecimiento generoso de muchas horas de trabajo profesional bien realizado, la unión habitual con el Padre en toda nuestra jornada.

Estar unidos al Padre supone, en definitiva, sentirse *miembros de un solo cuerpo. Unum corpus multi sumus* (I Cor. X, 17). *Todos, una sola cosa, y que esto se manifieste en unidad de miras, en unidad de apostolado, en unidad de sacrificio, en unidad de corazones, en la caridad con que nos tratamos, en la sonrisa ante la Cruz y en la Cruz. ¡Sentir, vibrar todos unísonamente!*⁶.

La unión con el Padre se concreta en la unidad con los Directores inmediatos. Amar la unidad de la Obra supone, pues, sentirse *formando parte de este cuerpo allí donde nos indiquen. Nos da lo mismo ser mano que pie, que lengua, que corazón, porque todos estamos en todas partes de ese cuerpo, porque somos una sola cosa por la caridad de Cristo*⁷.

Para favorecer esta docilidad, y convertir lo que puede resultar costoso en un sacrificio que se realiza con gusto, es preciso que quienes hacen cabeza sepan ganarse a sus hermanos, a quienes sirven. Al ver, junto con la autoridad, el cariño sincero y el ex-

(4) Del Padre, *Cartas de familia*, n. 119.

(5) Del Padre, *Canas de familia*, n. 119.

(6) De nuestro Padre, *Meditación*, 16-IV-1954.

(7) De nuestro Padre, *Meditación*, 16-IV-1954.

elusivo interés de amar a Dios, la obediencia se facilita grandemente.

El gobierno de la Obra —explicaba nuestro Padre— se basa en la libertad y en la confianza. Confianza del que manda, en la responsabilidad del que obedece. Por eso he dicho alguna vez que la Obra es como una organización desorganizada, en la que cada Región, cada casa, actúa con plena autonomía. Hijos míos, no vayáis nunca en manada, formando grupo. Cada uno, con su libertad personal y su personal responsabilidad. Creo en la libertad como medio de formación; creo en la libertad como medio de eficacia; creo en la confianza como condición de unidad⁸.

LA UNIDAD no es producto del azar, ni un objetivo ya alcanzado definitivamente. Para vivirla se requiere un esfuerzo constante: es una conquista cotidiana.

En primer lugar, hay que acercarse personalmente al Señor, estar cada día más unidos a El, pues *donde Dios no es principio y fin, donde el ordenamiento de su creación no es para todos la guía y medida de la libertad y de la acción, es imposible la unidad⁹*. Nuestro Fundador aseguraba que, para vivir la unidad, *¿asta tener una gran piedad. Una devoción*

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 20-V-1966.

(9) Pío XII, *alloc.* 31-X-1948.

grande a Jesús en la Hostia, en la Cruz; una devoción grande a Santa María, nuestra Madre, en todas sus advocaciones, en todas las manifestaciones de afecto que los cristianos buscan para acercarse a la Madre del Salvador, que es también nuestra Madre¹⁰.

Conscientes de que cada uno lleva dentro de sí el riesgo de la disolución, hemos de estar atentos a los gérmenes de esa plaga. No sería instrumento de unidad, sino factor de división, quien pensase egoístamente en sí mismo, quien se dejase arrastrar por el propio orgullo, quien no luchara contra las personales miserias. Como afirmaba San Agustín, *la soberbia engendra división, mientras que la caridad es madre de la unidad*".

Lograr esta unidad y hacer que permanezca —explicaba nuestro Fundador— es tarea difícil, que se alimenta de actos de humildad, de renunciaciones, de silencios, de saber escuchar y comprender, de saber noblemente interesarse por el bien del prójimo, de saber disculpar siempre que haga falta: de saber amar verdaderamente, con obras".

Como todo lo grande —conviene recordarlo muchas veces—, la unidad se edifica a base de cosas pequeñas: el cumplimiento de los encargos que recibimos; la fraternidad bien vivida, en la que debemos exigirnos diariamente, con objetivos concretos; las

(10) De nuestro Padre, Noticias 11-58, p. 15.

(11) San Agustín, *Sermo* 46.

(12) De nuestro Padre, Noticias, 1972, p. 817.

Normas cumplidas con amor, del mejor modo posible... En definitiva, mediante una existencia entregada plenamente al querer de Dios. De ese modo, se cumple en nosotros algo que nuestro Fundador escribió hace años: *a mí me causa un consuelo inmenso la seguridad, tan propia de los hijos de Dios, de que nunca estamos solos, porque El siempre está con nosotros. ¿No os conmueve esta ternura de la Trinidad Beatísima, que no abandona jamás a sus criaturas? Además, como una prolongación de ese Amor del Cielo, nos sentimos arropados por la unidad maravillosa de la Obra: este vivir los unos preocupados por los otros, es un gran refuerzo para la lucha diaria*¹³.

A la Santísima Virgen, reunida con los Apóstoles en el Cenáculo de Jerusalén, le pedimos que nos enseñe a estar muy unidos, en Cristo, a nuestro Padre, al Padre, a los Directores de la Obra y a todos nuestros hermanos. En Ella confiamos para que el Opus Dei se desarrolle siempre *firme, compacto y seguro*¹⁴.

(13) *De nuestro Padre*, n. 110.

(14) *De nuestro Padre*, Meditación, 16-IV-1954.

*San José,
Nuestro Padre y Señor.
Cuadro en el
anteoratorio del Padre,
en Villa Tevere.*



448.

18 de marzo
VÍSPERA DE SAN JOSÉ

—La Costumbre de la Lista de San José.

—La vocación a la Obra es una gracia que el Señor quiere conceder a muchos.

—Tenemos obligación de hacer proselitismo.

ESTAMOS ya en la víspera de San José, Patrono de la Obra y de todos sus apostolados, a quien encomendamos de modo especial el proselitismo. Siguiendo una antigua tradición de familia, pondremos bajo su patrocinio a aquellas personas que dan mayores esperanzas de vocación a la Obra.

La Costumbre de la Lista de San José empezó antes de la guerra española de 1936. Nació con una gran naturalidad, como todas nuestras Normas y Costumbres: con la naturalidad con que el agua mana de una fuente. Necesitábamos vocaciones, y nada más lógico que acudir a la intercesión de Nuestro Padre y Señor San José. El era el cabeza de familia en el hogar de Nazaret; por eso es natural que le pidamos que aumente la nuestra, que seamos muchos, cada día más, en el Opus Dei: una familia numerosa.

Al principio, también yo ponía nombres, como todos; pero dejé de hacerlo cuando no era razonable que

*lo hiciera. Ahora me uno a las listas que hacen en todos los Centros de todas las Regiones*¹.

Desde ahora nos preparamos para encomendar especialmente a San José la vocación de esos amigos, examinando si respondemos con hechos a unas preguntas que hacía nuestro Padre bastantes años atrás: *¿tenéis ganas, muchas, de pegar esa locura divina? ¿Estáis encomendando especialmente tres o cuatro nombres? Más no. Ofreced mortificaciones, rezad, cumplid el deber, venciéndoo en cosas pequeñas*².

Al poner los nombres de esas personas en la Lista de San José, expresamos nuestro deseo firme de rezar por su vocación, de animarles con nuestro ejemplo y con nuestra palabra, de procurar meterles en esta red divina que nos ha confiado el Señor. Serán las mejores —por su corazón, por su cabeza, por sus virtudes humanas— entre las personas que tratamos, las que encomendaremos especialmente a San José durante este año: almas generosas, capaces de recibir la llamada a la Obra y de corresponder.

Cuando hagamos la Lista de San José, pediremos esta gracia a Jesucristo por intercesión del Santo Patriarca y de la Virgen Santísima; invocaremos a los Santos Arcángeles y a los Apóstoles, Patronos nuestros, y a los Angeles Custodios, para que inter-

(1) De nuestro Padre, Tertulia, 19-11-1969.

(2) De nuestro Padre, Noticias X-62, p. 43.

cedan y protejan esas futuras vocaciones. Y hasta la fiesta de San José del año próximo, elevaremos nuestro corazón en el quehacer de cada jornada, para encomendar al Señor aquellos cuyos nombres hemos escrito en este día. Y el fruto será generoso, porque vendrán muchas vocaciones a la Obra, hombres y mujeres que lucharán por Cristo y por su Iglesia, calladamente, con espíritu de servicio.

*Yo os pido, hijos míos —recomendaba nuestro Fundador—, que mañana, en vuestra oración, hagáis un examen muy íntimo, que se refiera solamente a ver lo que habéis hecho hasta ahora para traer almas al Opus Dei*³. *¿Cuántas vocaciones han venido por tu trabajo? No podemos tener tranquilidad. Hemos de traer a la Obra gente que tenga más talento que nosotros, más prestigio que el nuestro; que sean más eficaces*⁴.

*¿NO OS da pena contemplar a esa juventud, que bulle en medio del mundo, buscando inútilmente un ideal? —Gritadles: ¡locos!, dejad esas cosas pequeñas, que achican el corazón... y muchas veces lo envilecen..., dejad eso y venid con nosotros tras el Amor!*⁵.

La gracia de la vocación al Opus Dei no está reservada a unos pocos privilegiados. Por el contrario,

(3) De nuestro Padre, Noticias XII-60, pp. 14-15.

(4) De nuestro Padre, Noticias IX-63, p. 24.

(5) De nuestro Padre, Instrucción, I-IV-1934, n. 5.

ha escrito nuestro Padre en una de sus Cartas, *tengo certeza de que la llamada —la llamada específica de que vengo hablando en esta Carta— es para muchos (...) y, por lo tanto, se necesitan toda clase de instrumentos*⁶. El Señor está dispuesto a dar a las almas tales gracias, que serán muchos los que, en el fondo del corazón, sentirán el compelle intrare: *porque el Señor quiere ut impleatur domus sua, que se llene de hijos suyos el Opus Dei*⁷.

Nuestro corazón se enciende en afán de almas, al considerar ese deseo divino. Y, con la urgencia de conseguir muchas vocaciones para servir más y mejor a la Iglesia, acudimos a San José —*ite ad Ioseph!*— encomendándole unos nombres concretos, manifestándole las necesidades de esta familia sobrenatural que está bajo su patrocinio y poniendo, con la seguridad que nos da su intercesión poderosa, gran generosidad en nuestra labor proselitista.

No podemos empequeñecer el poder de Dios, que desea llamar muchas almas a la Obra. Y la disminuiríamos si nuestro proselitismo no tuviera metas altas, si recortásemos el afán que ha de llenar nuestro corazón. *Deben salir muchas vocaciones, y, si no salen, será por nuestra culpa, porque no hacemos las cosas como están mandadas; porque no las hacemos con alegría y de una manera orgánica, de una*

*manera constante, de una manera santificada (...). ¡Estos son los medios que hemos de poner siempre: una vida de oración, una vida de sacrificio, un cumplimiento del deber en el trabajo profesional y social!*⁸.

Quizá pueda ocurrir, sobre todo en los comienzos de una labor, que las vocaciones tarden en llegar. En esos momentos, *parece como si el Señor no oyera nuestro clamor, como si se hiciera sordo a nuestras llamadas. A veces parece que nuestro trabajo apostólico es vano. No os preocupéis. Seguid trabajando con la misma ilusión, con la misma vibración, con el mismo afán. Cuando la siembra es de santidad, nunca se pierde. El Señor —que ve más lejos que nosotros— quiere que le sigamos pidiendo por esas almas, que pongamos en Él toda nuestra confianza. Estad seguros de que, entonces, nos prepara una cosecha abundante*⁹.

La fecundidad de los frutos depende en gran parte de nuestra fidelidad personal, de nuestra oración y del sacrificio que ofrezcamos a Dios: de nuestra constancia. *El oro bueno está en las entrañas de la tierra, no en la palma de la mano. Y en esa aparente oscuridad es donde se puede preparar la gran mina de oro de las vocaciones santas. La labor de proselitismo depende de ese fervor, de esa alegría, de ese trabajo tuyo, oscuro y vulgar, ordinario*¹⁰.

(6) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 12.

(7) De nuestro Padre, *Instrucción*, 31-V-1936, n. 103.

(8) De nuestro Padre, *Meditación*, 26-1-1963.

(9) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 83.

(10) De nuestro Padre, *Noticias X-57*, p. 15.

SEÑOR nuestro Jesucristo, que dijiste a tus Apóstoles: la mies es mucha, pero los obreros son pocos; haz que nosotros, inflamados por tu amor y movidos por el afán de tu divina gloria, alcancemos humildemente del Señor de la mies que envíe obreros a su mies ⁿ.

El texto de la oración con que encomendamos al Señor esas personas de la Lista de San José, es una llamada urgente a redoblar nuestro espíritu proselitista. *El día que un hijo mío me diga que no hace proselitismo, que no se preocupa, que no reza, que no vibra, que no actúa* —exclamaba nuestro Fundador—, *yo le diré lo que se lee en el Santo Evangelio, cuando fue Jesús a resucitar a Lázaro, y los amigos de Lázaro decían: iam foetet floann. XI, 39), hiede. Este hijo mío, que no quisiera hacer proselitismo, estaría muerto y podrido. Y a los muertos yo no los quiero. ¿Está claro? Luego a multiplicarse por diez, por cien, por mil. Hay muchos sitios donde nos esperan* ⁿ.

Esta llamarada divina que es la Obra se tiene que extender por todo el mundo; y aunque estamos trabajando gentes de cincuenta y tres países —decía nuestro Padre en 1962—, *nos llaman de los cuatro puntos cardinales. Tenemos que mandar gente madura, formada, y es preciso que pasen los años para formarse. Por eso ¿comprendéis la necesidad de vocaciones? ¿Podéis pen-*

(11) *Ordo ad petendas vocationes, Oral.*

(12) De nuestro Padre, Noticias XI-62, pp. 36-37.

sar en un ascua encendida que no queme a su alrededor? Así nosotros: el que no quema, está apagado ¹³.

El Señor está dispuesto a conceder su gracia a raudales, deseoso de adueñarse de los corazones de quienes pasan a nuestro lado en el camino de la vida. Espera sólo que seamos el instrumento adecuado, que pongamos a su servicio todos los talentos que El nos ha dado. Los miembros de la Prelatura se disponen personalmente para el proselitismo, como se lee en el *Catecismo* de la Obra, *con una preparación sobrenatural, que les mueva a encomendar toda la labor al Divino Maestro, a la Virgen Reina de los Apóstoles, a los Angeles Custodios* ¹⁴. Y también *con una preparación humana, que les haga vivir y conducirse con aspecto cordial, simpático, alentador, y les lleve a no emplear nunca una dureza amarga, rencorosa, malhumorada, pesimista* ¹⁵.

Con esta disposición sobrenatural y humana, buscaremos con audacia, entre nuestros amigos y compañeros de profesión, a aquellas almas que reúnan las condiciones requeridas para recibir la llamada. Y, llenos de confianza en Dios, no dejaremos que nuestra vibración se entibie por las circunstancias del ambiente, por las dificultades o los respetos humanos. *Hay que abrirse en abanico...*, insistía nuestro Padre. *Abrirse como una mano, y que cada*

(13) De nuestro Padre, Noticias X-62, pp. 40-42.

(14) *Catecismo*, 5ª ed., n. 335.

(15) *Ibid.*

*dedo tenga prendido un grupo de almas, de las fáciles y de las difíciles... y jarrastrar! Que cada uno no sea uno, que sea diez. Y no estar aconejados ahí, en un rincón*¹⁶.

Tenemos obligación de hacer proselitismo; tenemos el derecho y el deber de plantear la crisis vocacional —con el permiso de los Directores— a todas las almas que den esperanza de una posible llamada al Opus Dei. *Hijos, debéis sentir gran preocupación de que vengan muchos hermanos nuevos. En las familias cristianas se desea que Dios mande hijos, porque una familia joven, sin criaturas, es una familia sin luz, una familia que se extingue. Y nosotros somos una familia joven* ".

Terminamos nuestra oración acudiendo de nuevo a San José y a Santa María, considerando unas palabras de nuestro Padre que tenemos grabadas en el corazón: *quien hace proselitismo consigue vocaciones; quien hace poco proselitismo, consigue pocas vocaciones; quien hace mucho proselitismo, consigue muchas vocaciones. Si no hay vocaciones, falta amor de Dios*¹⁸.

(16) De nuestro Padre, Crónica VI-64, p. 12.

(17) De nuestro Padre.

(18) De nuestro Padre, Crónica 111-66, p. 11.

449.

19 de marzo SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ (I)

—Nuestra entrega inicial fue el comienzo de una nueva vida, que hoy agradecemos al Señor.

—La renovación de la entrega es un acto de fe, de esperanza y de amor que nos une más a Jesucristo.

—Pedir al Señor que nos haga fieles hasta el final.

*FE, AMOR, esperanza: éstos son los ejes de la vida de San José y los de toda vida cristiana. La entrega de San José parece tejida de ese entrecruzarse de amor fiel, de fe amorosa, de esperanza confiada. Su fiesta es, por eso, un buen momento para que todos renovemos nuestra entrega a la vocación de cristianos, que a cada uno de nosotros ha concedido el Señor*¹.

En este día, nuestra vocación a la Obra se remoja con el encanto y la frescura de la primera hora, aunque para muchos ya esté lejano aquel momento en que nos entregamos por completo al Señor en el Opus Dei. Aquel día, Dios nos hizo ver lo que esperaba de nosotros, llenando de claridad nuestra alma. La luz de la vocación nos hizo *tomar una posición en la vida, que mantendremos con ilusión y alegría, llenos de esperanza hasta en el trance mismo de la muerte*².

(1) *Es Cristo que pasa*, n. 43.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 9.

Se abrió ante nuestros ojos un camino ancho que abarcaba toda la vida. Con empuje juvenil, o con la serenidad reposada de la madurez, nos pusimos en marcha llenos de fe y optimismo sobrenatural, decididos a ser santos y a santificar a muchas otras personas, porque la vocación es *un fenómeno que comunica al trabajo un sentido de misión, que ennoblece y da valor a nuestra existencia*³. Sabíamos que en el camino habría subidas y vericuetos difíciles, obstáculos y cansancio..., pero todo estaba claro, porque era Voluntad de Dios. Jesús se había medido *con un acto de autoridad en el alma, en la tuya, en la mía* \ dándonos el impulso inicial —al que correspondimos libremente— y prometiéndonos que El mismo se ocuparía de prestarnos su fortaleza durante el camino.

Ha pasado el tiempo, mucho o poco, y el transcurrir de las jornadas no ha hecho más que confirmarnos en la seguridad de los primeros pasos: Cristo continúa impulsándonos cada jornada. Con una confianza absoluta en El, seguimos adelante, y no cesa de maravillarnos el amor de predilección que nos ha manifestado.

¡Cuántas veces he hecho resonar en vuestros oídos aquellas palabras de Isaías! Son palabras que el profeta escuchó de la boca de Dios, y que Dios mismo te di-

ce a ti y a mí: Ego redemi te et vocavi te nomine tuo; meus es tu! (Isai. XLIII, 1). Decidme si no es todo un diálogo de amor. ¡Yo me he sacrificado por ti, te he redimido, he dado mi vida por ti, y te he llamado por tu nombre! ¡Es bonito! Te he llamado por tu nombre: meus es tu!, ¡eres mío!

*Y tú hijo mío —también yo—, has sabido corresponder a esta llamada de Dios, y le has respondido: ¡sí! Soy tuyo, y me entrego a ti, y me clavo en la Cruz gustosamente, siendo en medio del mundo un alma dedicada a ti, a tu gloria, entregada a la extensión de tu reinado, a la corredención de la humanidad entera*⁵.

DIOS NOS ha cogido el corazón, la vida entera. Un día, por su bondad infinita, sentimos el flechazo, que nos rindió para siempre. Y hemos de procurar que ese amor continúe, y que se haga cada día más intenso, más delicado.

*¿Y cómo haré yo para que mi amor continúe, para que aumente? Hijo mío, ir dejando el hombre viejo, también con la entrega de aquellas cosas buenas en sí mismas, pero que ya no son compatibles con lo que Dios quiere de nosotros. Decirle al Señor con obras y continuamente: ecce ego quia vocasti me (I Sam. III, 9), aquí me tienes, porque me has llamado*⁶.

(3) De nuestro Padre, *Cana*, 9-1-1932, n. 9.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 9.

(5) De nuestro Padre, *Meditación*, 8-IM959.

(6) De nuestro Padre, *Tertulia*, 18-VIII968.

El amor se ha enreiciado desde aquella fecha feliz y la entrega, lejos de ser resultado de la inercia, se ha hecho consciente y ponderada. Hoy, solemnidad de San José, acostumbremos a renovar —como hacemos tantas veces a lo largo del día— nuestro compromiso de amor con Jesucristo. Con una decisión más madura, más recia; con un vigor nuevo, el del amor probado.

Hace años, en otro 19 de marzo, nuestro Fundador dirigía la palabra a algunos hijos suyos. *Hoy un hermano vuestro nos decía en la meditación de la mañana, que renovar no es simplemente repetir algo que ya se ha hecho. Pero yo os digo más: renovar es hacerse otra vez joven, hacerse nuevo. Os novos, llaman los portugueses a los jóvenes, os novos: ¡qué bonito, volver a ser nuevos! Tengo ya sesenta y dos años (...), pero cuando digo al pie del altar: ad Deum qui laetificat iuventutem meam, me siento joven, y creo que nunca me haré viejo, porque estaré renovándome continuamente.*

Sed todos muy jóvenes. ¡Renovaos! Yo ahora mismo renuevo mi Fidelidad, y gano la indulgencia. Hay muchos jóvenes que son viejos, porque no son capaces de entrega. Renovar es volver a ser jóvenes, volver a ser nuevos, tener una nueva capacidad de entrega.

Cuando por devoción renovamos, en cualquier día, a cualquier hora, somos más libres que nunca. Cada vez que renovamos la Oblación o la Fidelidad, por devoción, además de lucrar una indulgencia, le decimos

al Señor: mi libertad para ti. Mi libertad y mi honra, si no son para tu servicio, ¿yo para qué las quiero? Y entonces somos más libres que nunca.

Yo no me explico la libertad sin la entrega, ni la entrega sin la libertad: una realidad subraya y afirma la otra.

Hijos míos, somos como una familia, que crece y se desarrolla in libertatem gloriae filiorum Dei (Rom. VIII, 21), qua libértate Christus nos liberavit (Galat. IV, 31) —en la libertad y gloria de los hijos de Dios, con la libertad que Jesucristo nos ha adquirido. Pero, por amor a esa libertad, queremos tener buena atadura. Esa es, además, la mayor muestra de libertad; decirle al Señor: ponme manillas de hierro, átame a Ti, que yo sólo quiero servirte y amarte. La libertad sólo puede entregarse por Amor; yo, otra clase de esclavitud no la comprendo⁷.

De esta manera, la renovación de la entrega no es volver a tomar algo que estaba en desuso. Cuando hay fe, amor y esperanza, renovarse es —a pesar de los errores personales, de las caídas, de las debilidades— mantenerse en las manos de Dios: confirmar un camino de fidelidad. Renovar la entrega es renovar, repito, la fidelidad a lo que el Señor quiere de nosotros: amar con obras.

El amor tiene necesariamente sus características manifestaciones. Algunas veces se habla del amor co-

(7) De nuestro Padre. Tertulia, 19-IIM964.

mo si fuera un impulso hacia la propia satisfacción, o un mero recurso para completar egoístamente la propia personalidad. Y no es así: amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse. El amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz. Mientras estemos en la tierra y no hayamos llegado a la plenitud de la vida futura, no puede haber amor verdadero sin experiencia del sacrificio, del dolor. Un dolor que se paladea, que es amable, que es fuente de íntimo gozo, pero dolor real, porque supone vencer el propio egoísmo, y tomar el Amor como regla de todas y de cada una de nuestras acciones⁸.

PONME como un sello en tu corazón, como marca sobre tu brazo, pues fuerte es el amor como la muerte⁹. Aún nos queda mucho camino por delante. Nuestros deseos de fidelidad, renovados en esta fiesta de San José, quieren llegar hasta el último día. Sabemos que nuestra vida no tiene más sentido que ser fieles a Dios hasta la muerte. No son unos años de vida lo que entregamos, sino la totalidad de nuestra existencia. El Señor nos ha pedido todo: lo que teníamos y lo que podíamos haber conseguido con nuestra juventud. Pero todo eso no es nada, comparado con lo

(8) Es Cristo que pasa, n. 43.

(9) Cant. VIII, 6.

que nos da a cambio: una vida de felicidad en la tierra, y la gloria inefable y eterna del cielo¹⁰.

Para hacer más eficaces nuestros deseos de fidelidad, no debemos olvidar en ningún momento que llevamos este tesoro en vasos de barro, para que se reconozca que la grandeza del poder es de Dios, y no nuestra". La perseverancia final que abre las puertas del Cielo, es una gracia que no puede estrictamente merecerse y que Dios otorga por pura misericordia. Sin embargo, el Señor, que nos ha mostrado ya su amor de muchos modos, no negará esa gracia al alma que ha sabido ser leal a sus compromisos: porque fuiste fiel en las cosas pequeñas, Yo te confiaré las grandes: entra en el gozo de tu Señor¹². Dios premia la fidelidad constante en la tierra con la fidelidad eterna del Cielo. ¿No os da alegría comprobar que la fidelidad depende en buena parte de nosotros? Yo me entusiasmo pensando que Dios me ama, y que ha querido que su Obra dependa también de mi correspondencia. Y me da gozo poder decirle, libremente: Señor, yo también te quiero; cuenta con mi poquedad".

Nuestra vida es corta y de poca valía; pero es todo lo que tenemos para entregar a Dios y a El se la ofrecemos de nuevo, ahora, como muestra de esa de-

(10) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 685.

(11) II Cor. IV, 7.

(12) Matth. XXV, 21.

(13) De nuestro Padre, n. 273.

cisión sincera que tomamos un día. Nuestra mayor aspiración es acabar esta vida terrena en un acto de amor y de servicio. Por eso, no debemos olvidar nunca que *la fidelidad en el Opus Dei es una virtud absolutamente necesaria, que nos confirma en nuestra misión de corredentores con Cristo. Y debemos tener presente que es una virtud humana: hay quienes no son buenos cristianos, que llevan mala conducta, que se portan mal en casi todos los terrenos, pero no toleran un ataque a su madre, porque la defienden con todas sus fuerzas. Hay gentes que son fieles a la patria, otros a la empresa en que trabajan: y muchas veces no son un modelo de otras virtudes.*

Yo querría que lleváramos al terreno sobrenatural esa virtud humana de la fidelidad, para ser perseverantes en nuestro servicio a la Iglesia, a las almas, a la Obra, a la vocación. Por eso os pido, hijos míos, que no olvidéis nunca la lealtad humana, que es la base de la fidelidad. De una fidelidad que es felicidad ".

A San José, Nuestro Padre y Señor, y a su Esposa Inmaculada, nuestra Madre Santa María, les pedimos que nos alcancen de su Hijo la gracia de la fidelidad hasta el final. *Invócala con fuerza: «Virgo fidelis!» —¡Virgen fiel!, y ruégale que los que nos decimos amigos de Dios, lo seamos de veras y a todas las horas¹⁵.*

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 60.

(15) *Surco*, n. 51.

450.

19 de marzo SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ (II)

—La devoción a San José, Patrono de la vida interior.

—San José nos enseña a amar a Jesús.

—Hemos de entregarnos del todo al servicio de Dios, como hizo San José.

CELEBRAMOS la fiesta de San José, Nuestro Padre y Señor, protector y patrono de la Iglesia universal y de esta familia de hijas e hijos de Dios que es el Opus Dei. A veces pienso que os habréis preguntado: ¿cómo es posible que la devoción a San José tenga en la Obra esta raíz, esta hondura, si es una devoción relativamente reciente, puesto que ha comenzado a florecer en Occidente hacia el siglo XVI? Os responderé entonces que el cariño, la piedad, la devoción a San José, es consecuencia de nuestra vida contemplativa. Porque todos en la Obra estamos obligados a tratar mucho a Jesús y a la Virgen Santísima; y no se puede tratar íntimamente al Señor y a su Madre, a nuestra Madre bendita, si no estamos muy familiarizados con el Santo Patriarca, que era el jefe de la Familia de Nazaret.

De otra parte, hijos, la Iglesia nos lo ha propuesto, con razón, como Patrono de la vida interior. ¿Quién con más vida interior que José? ¿Qué criatura tuvo un trato

más íntimo con Jesús y con María? ¿Quién más humilde que José, que pasa totalmente inadvertido? (...).

La Sagrada Escritura apenas nos habla de él. Pero nos lo muestra realizando la labor de jefe de familia.

Por eso también, si San José es Patrono para nuestra vida interior, si es acicate para nuestro andar contemplativo, si es su trato un bien para todos los hijos y las hijas de Dios en su *Opus Dei*; para los que en la Obra tienen función de gobierno, San José me parece un ejemplo excelente. No interviene sino cuando es necesario, y entonces lo hace con fortaleza y sin violencia. Este es José.

No os extrañe, pues, que la misa de su fiesta comience diciendo: *iustus ut palma florebit* (Ps. XCI, 13). Así ha florecido la santidad de José. *Sicut cedrus Lybani multiplicabitur* (Ibid.). Pienso en vosotros. Cada uno en el *Opus Dei* es como un gran padre o madre de familia, y tiene la preocupación de tantas y tantas almas en el mundo. Cuando explico a las hijas o hijos míos jóvenes que, en la labor de San Rafael, deben tratar especialmente a tres o cuatro o cinco amigos; que de esos amigos quizá sólo hay dos que encajarán, pero que después cada uno de ellos traerá tres o cuatro más, cogidos de cada dedo, ¿qué es esto sino florecer como el justo y multiplicarse como los cedros del Líbano?

Plantatus in domo Domini: in atriis domus Dei nostri (Ibid. 14). Como José, todos los hijos míos están seguros, con el alma dentro de la casa del Señor. Y esto viviendo en medio de la calle, en medio de los afa-

nes del mundo, sintiendo las preocupaciones de sus colegas, de los demás ciudadanos, nuestros iguales¹.

SAN JOSÉ es, después de su Esposa Inmaculada, la criatura que más ha amado a Dios, la que más entrega ha derrochado en su servicio. No es de extrañar que la liturgia de la Iglesia aplique al Santo Patriarca estas palabras del libro de la Sabiduría: *dilectus Deo et hominibus, cuius memoria in benedictione est* (Eccli. LXV, 1). Nos dice que es amado del Señor, y nos lo pone como modelo. Y nos invita también a que los buenos hijos de Dios —aunque seamos unos pobres hombres, como lo soy yo— bendigamos a este hombre santo, maravilloso, joven, que es el Esposo de María. Me lo han esculpido viejo, en un relieve del oratorio del Padre. ¡Y no! Lo he hecho pintar, joven, como me lo imagino yo, en otros lugares; quizá con algunos años más que la Virgen, pero joven, fuerte, en la plenitud de la edad. En esa forma clásica de representar a San José anciano, late el pensamiento —demasiado humano— de que una persona joven no tiene facilidad para vivir la virtud de la pureza. No es cierto. El pueblo cristiano le llama Patriarca, pero yo lo veo así: joven de corazón y de cuerpo, y anciano en las virtudes; y, por eso, joven también en el alma.

(1) De nuestro Padre, Meditación *San José, Nuestro Padre y Señor*, 19-111-1968. Como es lógico, los textos litúrgicos utilizados por nuestro Padre son los que entonces estaban vigentes.

Glorificavit illum in conspectu regum, et iussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam (*Ibid.* 3). *No lo olvidemos: el Señor quiere glorificarle. Y nosotros lo hemos metido en la entraña de nuestro hogar haciéndole también Patriarca de nuestra casa. Por eso la fiesta más solemne e íntima de nuestra familia, aquella en la que nos reunimos todos los miembros de la Obra pidiendo a Jesús, Salvador nuestro, que envíe obreros a su mies, está especialmente dedicada al Esposo de María. Entonces es también mediador; entonces es el amo de la casa; entonces descansamos en su prudencia, en su pureza, en su cariño, en su poder. ¿Cómo no va a ser poderoso, Nuestro Padre y Señor San José?*

¡Cuántas veces me he removido leyendo esa oración que la Iglesia propone a los sacerdotes para recitar antes de la misa!: O felicem virum, beatum Ioseph, cui datum est, Deum, quem multi reges voluerunt videre et non viderunt, audire et non audierunt... ¿No habéis tenido como envidia de los Apóstoles y de los discípulos, que trataron a Jesucristo tan de cerca? Y después, ¿no habéis tenido como vergüenza, porque quizá —y sin quizá: yo estoy seguro, dada mi debilidad— hubierais sido de los que se escapaban, de los que huían bellacamente y no se quedaban junto a Jesús en la Cruz?

...quem multi reges voluerunt videre et non viderunt, audire et non audierunt; non solum videre et audire, sed portare, deosculari, vestiré et custodire! No os lo puedo ocultar. Algunas veces, cuando estoy solo y

siento mis miserias, cojo en mis brazos una imagen de Jesús Niño, y lo beso y le bailo... No me da vergüenza decíroslo. Siuviésemos a Jesús en nuestros brazos, ¿qué haríamos? ¿Habéis tenido hermanos pequeños, bastante más pequeños que vosotros? Yo, sí. Y lo he cogido en mis brazos, y lo he mecido. ¿Qué hubiera hecho con Jesús?

Ora pro nobis, beate Ioseph. ¡Claro que hemos de decir así!: ut digni efficiamur promissionibus Christi. San José, ¡enséñanos a amar a tu Hijo, nuestro Redentor, el Dios Hombre! ¡Ruega por nosotros, San José!².

¿QUE HACE José, con María y con Jesús, para seguir el mandato del Padre, la moción del Espíritu Santo? Entregarle su ser entero, poner a su servicio su vida de trabajador. José, que es una criatura, alimenta al Creador; él, que es un pobre artesano, santifica su trabajo profesional, cosa de la que se habían olvidado por siglos los cristianos, y que el Opus Dei ha venido a recordar. Le da su vida, le entrega el amor de su corazón y la ternura de sus cuidados, le presta la fortaleza de sus brazos, le da... todo lo que es y puede: el trabajo profesional ordinario, propio de su condición.

Beatus vir qui timet Dominum (Ps. CXI, 1). Bienaventurado el hombre que teme al Señor, bienaventurada la criatura que ama al Señor y evita darle un dis-

(2) De nuestro Padre, Meditación San José, Nuestro Padre y Señor, 19-111-1968.

gusto. Este es el temor Domini, el único temor que yo comprendo y siento. Beatus vir qui timet Dominum; in mandatis eius cupit nimis (Ibidj. Bienaventurada el alma que tiene ambición, deseos de cumplir los mandatos divinos. Esta inquietud persiste siempre. Si alguna vez viene un titubeo, porque el entendimiento no ve con claridad, o porque las pasiones nuestras se alzan como víboras, es el momento de decir: ¡Dios mío, yo deseo servirte, quiero servirte, tengo hambre de amarte con toda la pureza de mi corazón!

Entonces, ¿qué nos faltará? ¡Nada! Gloria et divitiae erunt in domo eius (Ibid., 3). No buscamos gloria terrena: será la gloria del Cielo. Todos los medios —que eso son las riquezas de la tierra— deben servirnos para hacernos santos, y para santificar el trabajo, y para santificar a los demás con el trabajo. Y en nuestro corazón habrá siempre una gran serenidad. Et iustitia eius, la justicia de Dios, la lógica de Dios, manet in saeculum saeculi (Ibid.), permanecerá por los siglos de los siglos, si no la echamos fuera de nuestra vida, por el pecado. Esa justicia de Dios, esa santidad que El ha puesto en nuestra alma, exige —siempre con alegría y con paz— una lucha interior personal que no es de ruido, de alboroto: es algo más intenso, como muy nuestro, que no se pierde a no ser que nos rompamos, a no ser que lo quebramos como si fuera un cántaro de barro. Para arreglarlo están las Normas, está la Confesión y la conversación fraterna con el Director. ¡Y de nuevo la paz, la alegría! ¡Y otra vez a sentir

*más deseos de cumplir los mandamientos del Señor, más ambición buena de servir a Dios y, por El, a las criaturas todas!*³.

Al renovar hoy nuestro compromiso de amor, manifestamos el deseo de luchar sin tregua para encarnar perfectamente en nuestra vida el espíritu del Opus Dei. Si acudimos a la intercesión de la Virgen y de San José, el Señor no dejará de escuchar nuestras súplicas.

(3) De nuestro Padre, Meditación San José, Nuestro Padre y Señor, 19-111-1968.

451.

19 de marzo

SOLEMNIDAD DE SAN JOSÉ (III)

—En la Obra formamos parte de la familia de José.

—El Santo Patriarca y los Sagrarios de nuestros Centros.

—Acudir a la Virgen y a San José para tratar cada día mejor a Jesús en el Sagrario.

A LO largo de la vida mía, hijos queridísimos, he procurado siempre verter en vuestra alma lo que Dios me iba dando. En el espíritu del Opus Dei no hay nada que no sea santo, porque no es invención humana, sino obra de la Sabiduría divina. En ese espíritu brilla todo lo bueno que el Señor ha querido poner en el corazón de vuestro Padre. Si veis algo malo en mi pobre vida, no será del espíritu de la Obra; serán mis miserias personales. Por eso, pedid por mí, para que sea bueno y fiel.

Entre los bienes que el Señor ha querido darme, está la devoción a la Trinidad Beatísima: la Trinidad del Cielo, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo, único Dios; y la trinidad de la tierra: Jesús, María y José. Comprendo bien la unidad y el cariño de esta Sagrada Familia. Eran tres corazones, pero un solo amor¹.

(1) De nuestro Padre, Meditación *De la familia de José*, 19-111-1971.

En este día de fiesta grande, al meditar en la figura de San José, nos pasmamos una vez más al considerar las virtudes de este hombre justo, a quien Dios eligió desde la eternidad como cabeza del hogar de Nazaret. Y nos llena de alegría descubrir, siguiendo las enseñanzas de nuestro Fundador, que también nosotros formamos parte de la Sagrada Familia.

Anoche, cuando ya estaba acostado —decía nuestro Padre un 19 de marzo—, invoqué muchas veces a San José, muchas, preparando la fiesta de hoy. Con gran claridad entendía que realmente formamos parte de su familia. No es un pensamiento gratuito; hay muchas razones para afirmarlo. En primer lugar, porque somos hijos de Santa María, su Esposa, y hermanos de Jesucristo, hijos todos del Padre del Cielo. Y luego, porque formamos una familia de la que San José ha querido ser cabeza. Por eso le llamamos, desde el principio de la Obra, Nuestro Padre y Señor². Y no sólo eso: yo os digo que es algo más, porque es Maestro de vida interior. Y a ti y a mí nos hace falta esta vida interior, para ser fieles en las actividades externas³.

NO FALTAN en nuestra historia muestras claras del cariño con que San José ha ejercido su oficio de Padre y Señor en esta familia sobrenatural que for-

ra De nuestro Padre, Meditación *De la familia de José*, 19-111-1971.

(3) De nuestro Padre, Meditación, 19-111-1958.

mamos. Su patrocinio se demostró especialmente decisivo en la instalación del primer Sagrario de la Obra.

El Opus Dei no se ha abierto camino fácilmente, decía nuestro Padre en una fecha como la de hoy. Ha sido todo muy difícil, humanamente hablando. Yo no quería aprobaciones eclesiásticas que podrían torcer nuestro camino jurídico: un camino que entonces no existía (...).

Invocábamos a San José, que hizo las veces de Padre del Señor. Y pasaban los años. Hasta 1933 no pudimos comenzar la primera labor corporativa. Fue la famosa academia DYA. Dábamos clases de Derecho y Arquitectura —de ahí las letras del nombre—, pero en realidad quería decir Dios y Audacia. Eso era lo que necesitábamos para romper como rompimos los moldes jurídicos, y dar una nueva solución a las ansiedades del alma del cristiano, que quería y quiere servir con todo su corazón a Dios, dentro de las limitaciones humanas pero en la calle, en el trabajo profesional ordinario (...).

En 1934, si no me equivoco, comenzamos la primera Residencia de estudiantes. En aquella época, el ambiente de mi tierra era anticlerical rabioso; las autoridades perseguían a la Iglesia, y se había metido una raíz comunista, que es la negación de todas las libertades.

Necesitábamos tener al Señor con nosotros, en el Tabernáculo. Ahora es fácil; pero, entonces, poner un Sagrario era una empresa muy difícil (...).

En el fondo de mi alma tenía ya esta devoción a San José, que os he inculcado. Me acordaba de aquel otro José, al que —siguiendo el consejo del Faraón— acudían los egipcios cuando padecían hambre de buen pan: ite ad Ioseph! (Genes. XLI, 55), id a José, a que os dé el trigo. Comencé a pedir a San José que nos concediera el primer Sagrario, y lo mismo hacían los hijos míos que tenía entonces alrededor. Mientras encomendábamos este asunto, yo trataba de encontrar los objetos necesarios: ornamentos, tabernáculo... No teníamos dinero. Cuando reunía cinco duros, que entonces era una cantidad discreta, se gastaban en otra necesidad más perentoria.

*Logré que unas monjitas, a las que quiero mucho, me dejaran un sagrario; conseguí los ornamentos en otro sitio y, por fin, el buen obispo de Madrid nos concedió la autorización para tener el Santísimo Sacramento con nosotros. Entonces, como señal de agradecimiento, hice poner una cadenilla en la llave del sagrario, con una medallita de San José en la que, por detrás, está escrito: ite ad Ioseph! De modo que San José es verdaderamente nuestro Padre y Señor, porque nos ha dado el pan —el Pan eucarístico— como un padre de familia bueno *.*

Demos gracias al Santo Patriarca por esta delicadeza suya con la Obra, de la que dentro de pocos

(4) De nuestro Padre, *Meditación De la familia de José*, 19-II-1971.

días se cumplirá un nuevo aniversario. Y pidámosle que nos enseñe a no dejar nunca solo a Jesús, realmente presente en la Sagrada Eucaristía y reservado en nuestros Sagrarios. Que, de lejos y de cerca, sepamos acompañarle constantemente.

TAMBIÉN por otros títulos, San José es Padre y Señor del Opus Dei. *Además de habernos alcanzado el alimento espiritual, estamos unidos a él invocándole antes de ese rato de tertulia que es la oración. Al renovar nuestra entrega y al incorporarnos definitivamente a la Obra, también San José está presente.*

Al principio yo procuraba adelantar la Fidelidad, porque necesitaba de vosotros. Nunca me he sentido indispensable para nada. Algunos recordarán que les decía: ¿te comprometes delante de Dios, si yo muero, a seguir adelante con la Obra? Nunca me creí necesario, porque no lo soy. Cualquiera de vosotros es mejor que yo, y puede ser muy buen instrumento. Entonces la Fidelidad se hacía en la fiesta de San José, metiendo al Santo Patriarca en este compromiso espiritual de sacar la Obra adelante, convencidos de que era un querer positivo de Dios.

Por otra parte, San José es, después de Santa María, la criatura que ha tratado a Jesús en la tierra con más intimidad. Gozo con esas oraciones que la Iglesia recomienda a la piedad de los sacerdotes, para antes y después de la Misa. Allí se recuerda que San José cui-

*daba del Hijo de Dios lo mismo que nuestros padres de nosotros*⁵.

Es buen día hoy para pedir al Santo Patriarca que nos enseñe a tener un trato lleno de delicadezas con Jesucristo, y para esmerarnos en los detalles de cariño con Quien siempre nos espera en el Tabernáculo. *En estos últimos tiempos* —afirmaba nuestro Fundador pocos meses antes de su marcha a la casa del Cielo—, *el Señor me ha hecho ver más. Me ha hecho ver, piadosamente, que de alguna manera inefable, están cerca del Sagrario la Madre de Dios y el que hizo las veces de padre en la tierra. Si le cuidaron maravillosamente mientras vivió aquí, esa misma compañía le seguirán haciendo en el Sagrario, donde se encuentra Jesús mucho más inerme que en la cuna de Belén. Yo les agradezco esta compañía, porque no puedo separar la Hostia Santa de la Sagrada Familia, de esa familia de Nazaret que me enamora, que me entusiasma, que es como el corazón de la familia del Opus Dei. Me gusta no separarles nunca, y pido a la Santísima Virgen y a San José que pongan en mi alma y en la de mis hijos, la finura necesaria para que sepamos unirnos siempre a Jesús.*

*Jesús, María y José, que sedáis el amor de nuestra vida; que estemos junto a vosotros no ya sólo en Nazaret, sino en el Sagrario, en todos los Sagrarios de la tierra*⁶.

(5) De nuestro Padre, Meditación *De la familia de José*, 19-111-1971.

(6) De nuestro Padre, Noticias XI-74, pp. 15-16.

Terminamos este rato de oración con el propósito de proseguir en conversación con Dios durante todo el día, valiéndonos para eso de la ayuda de San José. Así seguimos el consejo de nuestro Padre *para vivir con Jesús, María y José en aquel hogar y en aquel taller de Nazaret; para contemplar la muerte del Santo Patriarca que, según la tradición, estuvo acompañado de Jesús y de María; para decirle que le queremos mucho, que no nos desampare*⁷.

(7) De nuestro Padre, Meditación De la familia de José, 19-IH-1971.

452.

25 de marzo

ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (I)

—María, nueva Eva, acepta con fe y obediencia la misión que le transmite el Arcángel.

—Nuestra vocación nos lleva a cumplir la Voluptad divina con la entrega generosa que vemos en la Virgen.

—El ejemplo de María nos sirve de acicate en la tarea de hacer el Opus Dei en la tierra.

POR FIN se cumplía la palabra del Señor cuando, al desterrar a nuestros primeros padres del Paraíso, dijo a la serpiente: *pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya. Esta te aplastará la cabeza, y tú le morderás el calcañar*¹. La creación entera había suspirado por ese momento: siglos de larga espera, clamores ininterrumpidos de oración para que llegara el anhelado día en que *una virgen concebirá y dará a luz un hijo a quien pondrán por nombre Emmanuel, que significa Dios con nosotros*². Es el misterio que hoy conmemoramos: la Encarnación del Verbo, que viene al mundo para librarnos del pecado y de la muerte eterna, y hacernos hijos de Dios.

Dios te salve, llena de gracia, el Señor es conti-

(1) Genes. III, 15.

(2) L. I (Isai. VII, 14).

go³. Ante el anuncio de Gabriel, María *se turbó* (...) y *consideraba qué significaría esta salutación* *. Toda la historia de nuestra salvación estaba pendiente de su respuesta. *Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe* —exclama San Bernardo al contemplar esta escena—, *los labios al consentimiento, las castas entrañas al Creador. Mira que el Deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. ¡Ay si, deteniéndote en abrirle, pasa adelante, y después vuelves con dolor a buscar al amado de tu alma! Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento*⁵.

No hay una sombra de duda en las palabras de la Virgen cuando pregunta al Arcángel, sino el deseo de conocer bien la Voluntad de Dios, para ponerla en práctica: *¿de qué modo se hará esto, pues no conozco varón? Respondió el Ángel y le dijo: el Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá de ti será llamado Santo, Hijo de Dios*⁶. La Virgen acoge estas palabras y con su fe nos alcanza la salvación. *Había creído Eva a la serpiente, creyó también María a Gabriel. La falta que aquélla cometió creyendo, ésta, creyendo, la borró*⁷. O, como dice un Padre de la Iglesia, *el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por*

(3) Ev. (Luc. I, 28).

(4) *Ibid.*, 29.

(5) San Bernardo, *Homiliae super "Missus est"* 4, 9.

(6) Ev. (Luc. I, 35).

(7) Tertuliano, *De carne Chrisli* 17.

*la obediencia de María; lo que ató la virgen Eva por la incredulidad, la Virgen María lo desató por la fe*⁸.

LA PIEDAD popular ha representado a la Virgen en oración, cuando recibe la embajada del Arcángel. Es indudable que Nuestra Señora guardaba un recogimiento habitual, que la dispuso a recibir el mensaje divino y a aceptarlo. Para percibir las llamadas de Dios es preciso tener una orientación habitual hacia lo divino.

El espíritu de la Obra nos enseña a escuchar la voz del Señor en medio de los afanes de la vida diaria. *Nosotros somos almas contemplativas: nuestra celda es la calle. Somos almas contemplativas, porque en nuestro trabajo se nos escapa el corazón al Señor, se nos va muchas veces al oratorio, y le decimos, sin que nadie nos oiga, sin hacer cosas raras: Jesús mío, te amo. No tengas miedo de llamarle Jesús, de decírselo a menudo*⁹.

El diálogo de Nuestra Señora con el Arcángel manifiesta esa vida contemplativa; su tono, recogido y confiado, nos habla de verdadera oración. La Virgen escucha la voz del Señor y medita sus palabras en el corazón; y en cuanto advierte cuál es la Voluntad de Dios, se dispone a darle cumplimiento. *María*

(8) San Ireneo de Lyon, *Adversus haereses* 3, 22, 4.

(9) De nuestro Padre, *Noticias* 11-61, pp. 17-18.

*no fue un instrumento pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con la fe y la obediencia libres*¹⁰, de modo que, al aceptar el mensaje divino, se convirtió en Madre de Jesús, y al abrazar de todo corazón y sin entorpecimiento alguno de pecado la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como Esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo".

La respuesta de María al anuncio de Gabriel expresa su decisión inmutable de cumplir la Voluntad de Dios tal como le ha sido manifestada. *Observa su obediencia, observa su deseo*, exclama San Ambrosio. *"He aquí la esclava del Señor": es la disposición para servir. "Hágase en mí según tu palabra": es el deseo concebido*¹². En las palabras de Nuestra Señora hay un tono de resolución, de firmeza, de cosa acabada, definitiva. No responde simplemente con un sí a la Voluntad divina, sino con un *fiat!* —¡hágase!—, que expresa una conformidad activa y total a lo que el Señor le pide. Es mucho más que dar permiso: es adherirse resueltamente al plan de Dios, comprometiéndose sin vacilar la vida entera. *Cuando Dios revela hay que prestarle la "obediencia de la fe" (Rom. XVI, 26), por la que el hombre se consagra libre y totalmente a Dios (...). En la Anunciación —escribe Juan Pablo II—, María se ha abandonado en Dios comple-*

*tamente, manifestando la "obediencia de la fe" a Aquel que le hablaba a través de su mensajero y prescindiendo "el homenaje del entendimiento y de la voluntad"*¹¹.

Ante el ejemplo de María, podemos considerar si nuestra entrega a Dios es también total, llena de fe, alegre e indiscutida, sin una sombra de vacilación. *Nuestra entrega, que inicialmente fue llena de amor, ¿sigue ahora llena de amor? ¿No hay algo que se ha metido por medio, pequeñas cosas que la enturbian? (...). Díselo a Jesús: Señor, ¿cómo es mi entrega? ¿Ha habido algún mohín de disgusto, ha habido algo que te pueda a Ti, Señor, amor mío, doler?*¹⁴.

TAMBIÉN a cada uno de nosotros *el Señor nos ha elegido desde la eternidad, nos ha llamado por nuestro nombre. No hemos sido nosotros los que le hemos elegido a El, sino El quien nos ha elegido para hacer algo concreto: el Opus Dei, su Obra en la tierra*¹⁵. Nos ha llamado, además, al principio de la Obra. Por pertenecer a las primeras generaciones de hijos de Dios en el Opus Dei, tenemos la responsabilidad especial de transmitir fidelísimamente el espíritu de la Obra a los que vendrán después.

(10) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 56.

(11) Wd.

(12) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 2, 16.

(13) Juan Pablo II, Litt. enc. *Redemptoris Mater*, 25-11-1987, n. 13.

(14) De nuestro Padre, Meditación, 6-1-1956.

(15) De nuestro Padre, Meditación, 20-IX-1960.

Hemos de ser fieles a la vocación. Cada uno de nosotros ha de ser fundamento de lo que vendrá después: un fundamento apoyado sobre roca —el sentido de la filiación divina, la realidad de haber sido llamados personalmente por Dios—, que resiste todas las adversidades y mantiene compacto el edificio entero. Nos lo hacía notar nuestro Padre, cuando nos invitaba a considerar el significado de esta palabra: *si el fundamento tiene que ser sólido o frágil; si tiene que brillar o estar oculto; si sirve de base para otras edificaciones o se queda él solo... Esto te llevará a defender muchas cosas, y a descubrir muchas consecuencias de esta llamada del Señor*¹⁶.

La vida de María estuvo siempre empapada de fidelidad. Su *fiat!* no fue sólo respuesta de un instante, sino que se proyectó sobre su entera existencia, llenándola de sentido sobrenatural, identificándola absolutamente con la Voluntad de Dios. Y aquellas palabras con que respondió al Arcángel —*ecce ancilla Domini*¹⁷, he aquí la Esclava del Señor—, se hicieron realidad, día a día, en su vida entregada, en su servicio a Jesús, en su preocupación por quienes pasaban a su lado.

¡Cuántas cosas nos enseña la vida de nuestra Madre del Cielo! De Ella podemos aprender a pasar ocultos, a trabajar sólo por la gloria de Dios, a tratar

(16) De nuestro Padre, Tertulia, 9-1-1969.
(17) Ev. (Luc. I, 38).

a todas las personas con cariño, a encontrar la huella del Señor en las tareas de cada jornada... Pero, sobre todo, nos enseña a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas¹⁸. *Porque eso es lo que explica la vida de María: su amor. Un amor llevado hasta el extremo, hasta el olvido completo de sí misma, contenta de estar allí, donde la quiere Dios, y cumpliendo con esmero la voluntad divina. Eso es lo que hace que el más pequeño gesto suyo, no sea nunca banal, sino que se manifieste lleno de contenido. María, nuestra Madre, es para nosotros ejemplo y camino. Hemos de procurar ser como Ella, en las circunstancias concretas en las que Dios ha querido que vivamos*¹⁹.

A Santa María, Esclava del Señor, pedimos hoy que nos alcance de su Hijo el amor y la entrega necesarias para no defraudar a Dios ni a las almas, en la responsabilidad grande que tenemos de hacer el Opus Dei en la tierra.

(18) Cfr. Luc. X, 27.

(19) Es Cristo que pasa, n. 148.

453.

25 de marzo

ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (II)

—María, predestinada desde la eternidad para ser Madre de Dios, fue enriquecida con la plenitud de gracia.

—Humildad de la Virgen, que sus hijos debemos imitar.

—Nuestra Señora es modelo de correspondencia a la gracia.

NO OLVIDES, amigo mío, que somos niños. La Señora del dulce nombre, María, está recogida en oración.

Tú eres, en aquella casa, lo que quieras ser: un amigo, un criado, un curioso, un vecino... —Yo ahora no me atrevo a ser nada. Me escondo detrás de ti y, pasmado, contemplo la escena¹.

Una vez más, guiados por nuestro Padre, nos disponemos a contemplar la escena de la Anunciación. Hoy queremos hacerlo con más piedad, con un cariño renovado, con mayores deseos de imitar a Nuestra Señora, porque conmemoramos precisamente el momento sublime en que el Señor le dio a conocer su vocación. *Dios envía como embajador suyo nada menos que a un Arcángel. ¡Qué grandeza la de mi Madre, para que Dios obre de esta forma! Las naciones, para visitar a otras naciones, mandan un representante. Dios envía del cielo al Arcángel Gabriel².*

(1) *Sanio Rosario*, I misterio gozoso.

(2) De nuestro Padre, Meditación, 7-XIM953.

Ave, gratia plena, Dominus tecum³, Dios te salve, llena de gracia. La salutación angélica refleja en pocas palabras la extraordinaria santidad de Nuestra Señora. Enseña el Papa Pío IX que, al considerar los Padres y escritores eclesiásticos que la Santísima Virgen fue llamada "llena de gracia" por el ángel Gabriel —por mandato y en nombre del mismo Dios—, cuando le anunció la altísima dignidad de Madre de Dios, enseñaron que, con este saludo tan solemne y singular, jamás oído, se manifestaba que la Madre de Dios era la sede de todas las gracias divinas, y que estaba adornada de todos los carismas del Espíritu Santo (...).

De ahí se deriva su sentir no menos claro que unánime, según el cual la gloriosísima Virgen, en quien "hizo cosas grandes el Poderoso" (Luc. I, 49), brilló con tal abundancia de los dones celestiales, con tal plenitud de gracia y con tal inocencia, que resultó como un inefable milagro de Dios, más aún, como el milagro cumbre de todos los milagros y digna Madre de Dios; y allegándose a Dios mismo lo más cerca posible, según se lo permitía la condición de criatura, fue superior a toda alabanza así de hombres como de ángeles⁴.

Misterio de amor es éste. La razón humana no alcanza a comprender. Sólo la fe acierta a ilustrar cómo

(3) *Ev.* (Luc. I, 28).

(4) Pío IX, Const. apost. *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854.

una criatura haya sido elevada a dignidad tan grande, hasta ser el centro amoroso en el que convergen las complacencias de la Trinidad. Sabemos que es un divino secreto. Pero, tratándose de nuestra Madre, nos sentimos inclinados a entender más —si es posible hablar así— que en otras verdades de fe.

¿Cómo nos habríamos comportado, si hubiésemos podido escoger la madre nuestra? Pienso que hubiésemos elegido a la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Cristo: siendo Omnipotente, Sapientísimo y el mismo Amor (cfr. I Ioann. IV, 8), su poder realizó todo su querer⁵.

Así ama Jesucristo a su Madre. Y tú —nos invita a considerar nuestro Fundador—, ¿cómo honras a la Señora? ¿Qué le ofreces? ¿Cuántas jaculatorias le diriges a lo largo del día? ¿Cómo sabes dominar tus pequeñas miserias, acordándote de que eres hijo de una Madre tota pulchra, purísima, inmaculada?⁶.

AL ESCUCHAR el mensaje divino, la Virgen se turbó (...) y consideraba qué significaría esta salutación⁷. En esta escena del Evangelio, el pueblo cristiano ha sabido descubrir siempre la gran humildad de nuestra Madre. La Virgen, ante esas grandezas que proceden del Cielo, se turba. ¡Qué humilde Ella, la In-

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 171.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 7-XII-1953.

(7) *Ev* (Luc. I, 29).

maculada, ese tesoro de gracias: grada plena! (Luc. I, 28). Es tan humilde que, de primera intención, no puede comprender que Dios le envíe un embajador de esa categoría⁸.

Días más tarde, al responder al saludo de su prima Santa Isabel, la Virgen reconocerá, inspirada por el Espíritu Santo, que el Señor ha realizado en Ella cosas grandes porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; por eso —añade— desde ahora me llamarán bienaventurada todas las naciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso, cuyo nombre es Santo, cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen⁹.

No hay contradicción entre la confesión de la propia nada y el reconocimiento de las gracias que Dios derrama en las almas de sus elegidos. Humildad es mirarnos como somos, sin paliativos, con la verdad. Y al comprender que apenas valemos algo, nos abrimos a la grandeza de Dios: ésta es nuestra grandeza.

¡Qué bien lo entendía Nuestra Señora, la Santa Madre de Jesús, la criatura más excelsa de cuantas han existido y existirán sobre la tierra! María glorifica el poder del Señor, que derribó del solio a los poderosos y ensalzó a los humildes (Luc. I, 52). Y canta que en Ella se ha realizado una vez más esta providencia

(8) De nuestro Padre, Meditación, 25-III-1954.

(9) *Luc. I*, 48-50.

divina: porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones (Luc. /, 48).

*María se muestra santamente transformada, en su corazón purísimo, ante la humildad de Dios: el Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por cuya causa el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios (Luc. /, 35). La humildad de la Virgen es consecuencia de ese abismo insondable de gracia, que se opera con la Encarnación de la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima en las entrañas de su Madre siempre Inmaculada*¹⁰.

La humildad profunda y alegre que llena el alma de María, es un modelo estupendo para todos los cristianos. *Piensa en tu conducta, cuando cualquier pequenez te inquieta, no por humildad sino por soberbia: crees que te olvidan, que te humillan, que te miran con recelo, que no se dan cuenta de tu valía (...).*

Sois hijos de la Virgen y habéis de ser humildes —exclamaba nuestro Padre—, porque los hijos se deben parecer a su madre. ¿No os habéis fijado? Las hijas sacan el parecido de las madres; muchas veces son iguales los rasgos de la cara, la figura; el modo de hablar, de mirar, de pensar y hasta el modo de vestir. Es preciso que os parezcáis a Ella; que seáis tan buenos hijos, que os convirtáis en amigos de la Virgen santa. Así podréis pedirle que os dé el aire de familia del

(10) *Amigos de Dios*, n. 96.

Opus Dei: un amor grande por Santa María, Madre del Amor Hermoso, Madre de Dios".

LA VIRGEN es también Madre nuestra. Cuando aceptó, con su *fiat!*, ser Madre del Redentor, Nuestra Señora se convirtió en Madre espiritual de todos los hombres. *En el mismo seno de la castísima Madre —explica San Pío X—, Cristo tomó carne mortal y, al mismo tiempo, se adhiñó un cuerpo espiritual, formado por los que habían de creer en El. De tal manera que puede decirse que María, llevando en su seno al Salvador, llevaba también a todos aquéllos para quienes la vida estaba contenida en la vida del Salvador. Todos, pues, los que estamos unidos a Cristo (...), hemos salido del seno de María a semejanza de un cuerpo unido a su cabeza. Por eso somos llamados, en un sentido espiritual y místico, hijos de María, y Ella es Madre de todos nosotros*¹².

Hoy es una ocasión excelente para que aprendamos en la escuela de nuestra Madre, que es modelo de correspondencia a la gracia. *Al contemplar su vida, el Señor nos dará luz para que sepamos divinizar nuestra existencia ordinaria. A lo largo del año, cuando celebramos las fiestas mañanas, y en bastantes momentos de cada jornada corriente, los cristianos pensa-*

(11) De nuestro Padre, *Meditación*, 25-111-1954.

(12) San Pío X, *Litt. ene. Ad diem illum*, 2-II-1904.

mos muchas veces en la Virgen. Si aprovechamos esos instantes, imaginando cómo se conduciría nuestra Madre en las tareas que nosotros hemos de realizar, poco a poco iremos aprendiendo: y acabaremos pareciéndonos a Ella, como los hijos se parecen a su madre.

Imitar, en primer lugar, su amor. La caridad no se queda en sentimientos: ha de estar en las palabras, pero sobre todo en las obras. La Virgen no sólo dijo fiat, sino que cumplió en todo momento esa decisión firme e irrevocable. Así nosotros: cuando nos aguijonee el amor de Dios y conozcamos lo que El quiere, debemos comprometernos a ser fieles, leales, y a serlo efectivamente. Porque no todo aquel que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino aquel que hace la voluntad de mi Padre celestial (Matth. VII, 21).

Hemos de imitar su natural y sobrenatural elegancia. Ella es una criatura privilegiada de la historia de la salvación: en María, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Ioann. I, 14). Fue testigo delicado, que pasa oculto; no le gustó recibir alabanzas, porque no ambicionó su propia gloria. María asiste a los misterios de la infancia de su Hijo, misterios, si cabe hablar así, normales: a la hora de los grandes milagros y de las aclamaciones de las masas, desaparece. En Jerusalén, cuando Cristo —cabalgando un borriquito— es vitoreado como Rey, no está María. Pero reaparece junto a la Cruz, cuando todos huyen. Este modo de comportarse tiene el sabor, no buscado, de la grandeza, de la profundidad, de la santidad de su alma.

Tratemos de aprender, siguiendo su ejemplo en la obediencia a Dios, en esa delicada combinación de esclavitud y de señorío. En María no hay nada de aquella actitud de las vírgenes necias, que obedecen, pero alocadamente. Nuestra Señora oye con atención lo que Dios quiere, pondera lo que no entiende, pregunta lo que no sabe. Luego, se entrega toda al cumplimiento de la voluntad divina: he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra (Luc. I, 38). ¿Veis la maravilla? Santa María, maestra de toda nuestra conducta, nos enseña ahora que la obediencia a Dios no es servilismo, no sojuzga la conciencia: nos mueve íntimamente a que descubramos la libertad de los hijos de Dios (cfr. Rom. VIII, 21)".

454.

25 de marzo ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA (III)

—El recurso a la Virgen María es camino seguro para llegar a Dios.

—Acudir a la Virgen en la lucha ascética.

—Invocar el nombre de María especialmente en los momentos de necesidad.

EN AQUEL tiempo, fue enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David, y el nombre de la virgen era María¹.

Una vez más, la lectura del Evangelio de San Lucas nos habla de esta Mujer predestinada por Dios desde la eternidad para ser la Madre del Redentor. Su nombre era María. *Acerca de este nombre —explica San Bernardo—, digamos que significa estrella del mar, y se adapta a la Virgen Madre de la mejor manera. De modo muy oportuno se compara a María con la estrella porque, de modo análogo a como la estrella despide el rayo de luz sin corrupción de sí misma, así dio a luz la Virgen a su Hijo, sin lesión suya. Ni el rayo disminuye la claridad de la estrella, ni el Hijo la integridad de la Virgen².*

(1) *Ev (Luc. I, 26-27).*

(2) *San Bernardo, Homiliae super "Missus est" 2, 17.*

María: un nombre dulcísimo que a todos los cristianos, hijos suyos por especiales títulos, nos gusta pronunciar. Bien sabemos que la Humanidad Santísima de Jesucristo, *en quien reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad³*, es el único camino para llegar a Dios Padre. Pero la mejor senda, *el camino central y derecho de nuestro mundo terreno que nos conduce a la Humanidad Santísima de Cristo (...) es la Virgen, es María Santísima, es la Madre de Cristo y, por eso, Madre de Dios y Madre nuestra⁴.*

El trato con la Virgen nos acerca a Cristo. *La misión sobrenatural de María con los hombres no oscurece ni disminuye en modo alguno esta mediación única de Cristo, antes bien sirve para demostrar su poder⁵*, enseña el Concilio Vaticano II. Venerar a la Santísima Virgen es venerar a Cristo, porque *servir a la Sierva es también servir al Señor; lo que se da a la Madre se refleja sobre el Hijo, yendo desde la Madre a Aquel que Ella ha alimentado. El honor que el servidor rinde a la Reina viene a recaer sobre el Rey⁶.*

Hace muchos años, nuestro Padre escribió que *el amor a la Señora es prueba de buen espíritu, en las obras y en las personas singulares.*

—*Desconfía de la empresa que no tenga esa señal⁷.* Y nos enseñó a tratar a nuestra Madre del Cielo.

(3) *Cotos. II, 9.*

(4) *Pablo VI, alloc. 21-XII-1966.*

(5) *Concilio Vaticano II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 50.*

(6) *San Ildefonso de Toledo, Liber de virginitate perpetua Sanctae Mariae 12.*

(7) *Camino, n. 505.*

lo a todas horas, de la mañana a la noche y de la noche a la mañana. *Porque somos enamorados y vivimos de Amor* —nos decía—, *traemos puesto el corazón en Jesucristo Nuestro Señor, llegando a El por su Madre Santa María y, por El, al Padre y al Espíritu Santo*⁸.

El nombre de María es camino de salvación. Por eso el pueblo cristiano reza, desde hace siglos, una oración que constituye un resumen perfecto de esta doctrina segura: *acordaos, oh piadosísima Virgen María, que jamás se ha oído decir que uno solo de cuantos han acudido a vuestra protección, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de vos. Animado con esta confianza, a vos también acudo, oh Virgen Madre de las vírgenes, y aunque gimiendo bajo el peso de mis pecados me atrevo a aparecer ante vuestra presencia soberana. Oh Madre de Dios, no desechéis mis súplicas, antes bien dignaos atenderlas favorablemente*⁹.

NUESTRO trato con la Virgen debe ser tierno, lleno del abandono y la confianza que un niño pequeño manifiesta con su madre. Ser niño en la vida espiritual tiene esta gran ventaja, porque solos no podemos nada: sin la gracia de Jesucristo, que nos consi-

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 24-111-1931, n. 59.

(9) Oración *Memorare*; vid. "Enchiridion Indulgentiarum", *aliae concessionis*, conc. 31. Librería Editrice Vaticana, 1986, p. 61.

gue nuestra Madre, no podemos hacer ninguna cosa que tenga valor ante Dios: *no sabemos orar como conviene*¹⁰, ni realizar ninguna otra acción sobrenatural, pues *es Dios quien obra en nosotros el querer y el obrar, según su beneplácito*¹¹. Pero conocemos cuánto puede la Virgen Santísima y nos abandonamos confiados en sus brazos.

Conforme avanza nuestra vida espiritual, vamos siendo más conscientes de otra indigencia aún más profunda: nuestra condición de pecadores, la existencia en nosotros de una raíz emponzoñada, que tiende a deteriorar nuestras obras. El conocimiento de las consecuencias del pecado original —ya perdonado por el Bautismo, pero que dejó trastornada la naturaleza— es entonces fuente de progreso en la vida espiritual, porque nos invita a aceptar humildemente la necesidad de ayuda que tenemos; y, llevados de esa humildad auténtica, a no permanecer indiferentes. Al contrario, los fallos repetidos en nuestra conducta nos mueven a contrición y a correr al refugio seguro que es el Corazón dulcísimo de María.

Nuestras faltas son así ocasión de un renovado amor. *Tus caídas involuntarias —caídas de niño— hacen que tu Padre-Dios tenga más cuidado y que tu Madre María no te suelte de su mano amorosa: aprové-*

(10) *Rom.* VIII, 26.

(11) *Philip.* II, 13.

chate, y, al cogerte el Señor a diario del suelo, abrázale con todas tus fuerzas y pon tu cabeza miserable sobre su pecho abierto, para que acaben de enloquecerte los latidos de su Corazón amabilísimo ¹².

Es preciso tratar a nuestra Madre: tratarla mucho y tratarla bien, para no perder esa intimidad de cariño. *Si a una persona con la que se ha tenido trato de amigos, se la deja de tratar un año o dos... y hasta veinte, al final queda un afectuoso recuerdo, pero la intimidad ha pasado. Tú rezas el Rosario —comentaba nuestro Padre—, las tres Avemarias, el Ángelus; acudes a Ella durante el día, con muchas jaculatorias; tienes su imagen en tu habitación y en tantos sitios (...). Son como despertadores del amor a la Virgen; medios para que hagamos continuo el trato con nuestra Madre, que está en el Cielo* ¹³.

Nuestras Normas están llenas de invocaciones a la Virgen, jaculatorias que muchas veces hemos aprendido de nuestro Padre. Conviene pronunciarlas despacio, pensando en el agrado de nuestra Madre, que las escucha siempre como si las dijéramos por vez primera. Estaremos a su lado, sin querer aventurarnos solos por la vida; y, si en algún momento nos descaminamos, la llamaremos con urgencia para que no se aparte de nuestro lado. *Confía. —Vuelve. —Invoca a la Señora y serás fiel* ¹⁴.

(12) *Camino*, n. 884.

(13) De nuestro Padre, Tertulia, 9-1-1969.

(14) *Camino*, n. 514.

MARÍA, nombre salvador. La invocamos con la Iglesia: *Santa María, socorre a los miserables, ayuda a los atemorizados, fortalece a los que no tienen fuerzas...* ¹⁵.

Siempre hemos de tener el nombre de María en los labios, pero de modo muy especial cuando el alma se sienta zarandeada por los vientos de las tentaciones y de las dificultades, que el Señor puede permitir para fomentar nuestra humildad y excitar nuestra confianza en su poder. Pero también puede ocurrir que, por los resquicios del corazón, asome entonces cierta desesperanza y, a veces, quizá disminuya incluso el deseo de seguir luchando. Es entonces el momento de recurrir con más confianza que nunca a la *Stella maris*, a la Virgen María. *Ella es la esclarecida y singular estrella (...) que brilla ante todos con sus méritos y los ilustra con sus ejemplos.*

Tú, quienquiera que seas, que te miras en la impetuosa corriente de este mundo (...), no apartes los ojos del resplandor de esta estrella, si quieres no ser oprimido por las borrascas.

Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas en los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, llama a María. Si eres agitado por las olas de la soberbia, de la detracción, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, la avaricia o la impureza impelen violentamente la

(15) *Ad Laudes, Preces.*

navecilla de tu alma, mira a María. Si, turbado a la memoria de la enormidad de tus pecados, confundido a la vista de la fealdad de tu conciencia, aterrado ante la idea del juicio, comienzas a ser sumido en la sima sin fondo de la tristeza o en el abismo de la desesperación, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir los sufragios de su intercesión, no te desvíes de los ejemplos de su virtud.

No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si la ruegas, no te perderás si en Ella piensas. Si Ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás, si es tu guía; llegarás felizmente a puerto, si Ella te ampara. Y así experimentarás en ti mismo con cuánta razón se dijo: "y el nombre de la Virgen era María" (Luc. 1, 27)¹⁶.

Con la ayuda de la Virgen seremos siempre vencedores. Repetiremos su nombre con cariño y con fuerza, recordándole que nos hemos dado del todo al servicio de su Hijo. Y Ella, que está pendiente de nosotros en todo momento, cuando oiga su nombre en nuestros labios, correrá con prisa a protegernos. ¡Madre! —Llámalas fuerte, fuerte. —Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha".

(16) San Bernardo, *Homiliae super "Missus est"* 2, 17.

(17) Camino, n. 516.

455.

28 de marzo

ANIVERSARIO DE LA ORDENACIÓN
SACERDOTAL DE NUESTRO PADRE (I)

—Disponibilidad de nuestro Padre para cumplir la Voluntad de Dios.

—Su constante petición al Señor, para que le hiciera ver su Voluntad.

—Nuestro Fundador se dejó guiar siempre por Dios.

EN EL aniversario de la ordenación sacerdotal de nuestro Padre, elevamos al Cielo nuestra acción de gracias por la llamada divina y por las correspondencia generosa de nuestro Fundador.

*¿Por qué me hice sacerdote?, decía en un aniversario de su ordenación. Porque creí que era más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía. Desde unos ocho años antes la barruntaba, pero no sabía qué era, y no lo supe hasta 1928. Por eso me hice sacerdote *

La vocación sacerdotal de nuestro Padre está íntimamente ligada a su misión fundacional. Era el camino señalado por Dios desde la eternidad, para hacer de nuestro Fundador el instrumento para dar vi-

(1) De nuestro Padre, Tertulia, 28-IH-1973.

da a esta familia universal de hijos de Dios. Para eso fue preparándole de una manera progresiva.

Yo nunca pensé en hacerme sacerdote, ni en dedicarme a Dios. No se me había presentado ese problema, porque creía que no era para mí. Más aún: me molestaba el pensamiento de poder llegar al sacerdocio algún día, de tal manera que me sentía anticlerical. Amaba mucho a los sacerdotes, porque la formación que recibí en mi casa era profundamente religiosa; me habían enseñado a respetar, a venerar el sacerdocio. Pero no para mí: para otros.

Recuerdo que, cuando cursaba el bachillerato, estudiábamos latín en el colegio. A mí no me gustaba: de una manera necia —¡estoy ahora tan dolido de eso!— decía: el latín, para los curas y los frailes... ¿Veis que estaba bien lejos de ser sacerdote?²

Sin embargo, comentaba nuestro Padre, *el Señor me fue preparando a pesar mío, con cosas aparentemente inocentes, de las que se valía para meter en mi alma esa inquietud divina. Por eso he entendido muy bien aquel amor tan humano y tan divino de Teresa del Niño Jesús, que se conmueve cuando por las páginas de un libro asoma una estampa con la mano herida del Redentor. También a mí me han sucedido cosas de este estilo, que me removieron y me llevaron a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión... y a la penitencia.*

Y un buen día le dije a mi padre que quería ser sacerdote: fue la única vez que le vi llorar. El tenía otros planes posibles, pero no se rebeló. Me dijo: hijo mío, piénsalo bien. Los sacerdotes tienen que ser santos. Es muy duro no tener casa, no tener hogar, no tener un amor en la tierra. Piénsalo un poco más, pero yo no me opondré. Y me llevó a hablar con un sacerdote amigo suyo, el abad de la colegiata de Logroño.

Aquello no era lo que Dios me pedía, y yo me daba cuenta: no quería ser sacerdote para ser sacerdote, el cura que dicen en España. Y tenía veneración al sacerdote, pero no quería para mí un sacerdocio así³.

Al considerar la vida de nuestro Padre, en todo identificada con la Voluntad divina, renovamos el deseo de imitar su disponibilidad sin límites, para que —también a través de cada uno de nosotros— el Señor pueda realizar el Opus Dei en la tierra.

CON EL deseo de prepararse lo mejor posible para lo que Dios quisiera, nuestro Padre comenzó los estudios sacerdotales.

Pasó el tiempo y sucedieron muchas cosas duras, tremendas, que no os digo porque a mí no me causan pena, pero a vosotros sí que os la darían. Eran hachazos que Dios Nuestro Señor daba para preparar —de ese árbol— la viga que iba a servir, a pesar de ella

(2) De nuestro Padre, Crónica, 1975, pp. 218-219.

(3) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

misma, para hacer su Obra. Yo, casi sin darme cuenta, repetía: Domine, ut videam! Domine, ut sit! No sabía lo que era, pero seguía adelante, adelante, sin corresponder a la bondad de Dios, pero esperando lo que más tarde habría de recibir: una colección de gracias, una detrás de otra, que no sabía cómo calificar y que llamaba operativas, porque de tal manera dominaban mi voluntad que casi no tenía que hacer esfuerzo. Adelante, sin cosas raras, trabajando sólo con mediana intensidad. Fueron los años de Zaragoza⁴.

En Zaragoza, en el Seminario de San Carlos, la vida interior de nuestro Padre fue creciendo al compás de sus ardientes peticiones a Dios y a la Madre de Dios. Y yo, medio ciego, siempre esperando el porqué. ¿Por qué me hago sacerdote? El Señor quiere algo; ¿qué es? Y con un latín de baja latinidad, cogiendo las palabras del ciego de Jericó, repetía: Domine, ut videam! (cfr. Luc. XVIII, 41). Ut sit! Ut sit! Ut sit! *Que sea eso que Tú quieres y que yo ignoro. Domina, ut sit!*

Pasaron los años, muchos años. Y una tarde, estando ya en Roma, viene la Secretaria Central y me explica:

—Padre, ha llegado aquí una imagen de la Virgen del Pilar que tenía usted en Zaragoza.

—No; no me acuerdo.

—Sí; sí; mire. Hay una cosa escrita por usted...

Era una imagen tan pobre que no me pareció posible que hubiera sido mía.

(4) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*. 14-11-1964.

Pero ella insistió:

—Pues sí, mire...

Dio la vuelta, y debajo, con un clavo, había yo escrito: Domina, ut sit!, con una admiración, como suelo poner siempre las jaculatorias que escribo en latín. ¡Señora, que sea!

Muchas veces, hijos míos, el Señor me humilla: mientras a menudo me concede claridad abundante, otras muchas, me la quita, para que no sienta ninguna seguridad en mí. Entonces viene, y me ofrece una dadada de miel. Yo os había hablado de esos barruntos con frecuencia, aunque en ocasiones pensaba: Josemaría, eres un engañador, un mentiroso... Aquella imagen era la materialización de mi oración de años, de lo que os había contado repetidamente⁵.

Esta oración de nuestro Padre, prolongada incansablemente durante más de diez años, es para nosotros un ejemplo y un estímulo: nos habla de que resulta indispensable poner los medios sobrenaturales, con confianza en el Señor y en la Virgen, para sacar adelante el trabajo apostólico que en la Obra se nos encomienda.

Y LLEGO el 2 de octubre de 1928. Yo hacía unos días de retiro, porque había que hacerlos, y fue entonces cuando vino al mundo el Opus Dei. Aún resuenan

(5) De nuestro Padre, Tertulia, 26-VII-1974.

en mis oídos las campanas de la iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, festejando a su Patrono. El Señor ludens... omni tempore, ludens in orbe terrarum (Prov. VIH, 30-31), que juega con nosotros como un padre con sus niños pequeños, aunque ya no seamos criaturas de poca edad, viendo mi resistencia y aquel trabajo entusiasta y débil a la vez, me dio la aparente humildad de pensar que podría haber en el mundo cosas que no se diferenciaban de lo que El me pedía. Era una cobardía poco razonable; era la cobardía de la comodidad, y la prueba de que a mí no me interesaba ser fundador de nada...

Y no era entonces mejor que ahora; era un pobre hombre. No podía haber jamás de mi parte, cuando sucedía esto, algo que ni de lejos pudiera parecer cosa mía. Era un amor, una muestra de Amor de Dios, que se salía de los cauces de la Providencia ordinaria —porque ha habido intervenciones extraordinarias, cuando era menester; si yo dijera lo contrario, mentiría— y que yo recibía con miedo. Cuando sucedía eso, inmediatamente sentía aquel soy Yo. Con mi cabeza, cuando lo examinaba con frialdad, no veía allí nada de nervios. Era una cosa de Dios, y me iba al confesor tranquilo, aun vacilando (...).

Esas intervenciones del Señor eran cosas que me conmovían, que me turbaban, que me llevaban —a pesar de mis cuatro cursos, quizá seis, de Sagrada Escritura con las mejores calificaciones— a ignorar en aquel momento todo lo que dice el Evangelio. ¡Ay,

Dios mío, esto es el diablo! Y, en una ocasión, fui des- de Santa Isabel a casa de mi madre para ver qué estaba escrito en el Evangelio. Y encontré todo exacto...

Cuando estaba comido de preocupaciones, ante el dilema de si debía pasar, o no, durante la guerra civil española, de un lado a otro, en medio de aquella persecución, huyendo de los comunistas, viene otra prueba externa: esa rosa de madera. Cosas así: Dios me trata como a un niño desgraciado al que hay que dar pruebas tangibles, pero de modo ordinario.

Así, por procedimientos tan ordinarios, Jesús, Señor Nuestro, el Padre y el Espíritu Santo, con la sonrisa amabilísima de la Madre de Dios, de la Hija de Dios, de la Esposa de Dios, me han hecho ir para adelante, siendo lo que soy, un pobre hombre, un borrico que Dios ha querido coger de su mano: ut iumentum factus sum apud te, et ego semper tecum (Ps. LXXXII, 23)⁶.

Terminamos este rato de oración diciendo al Señor que, como nuestro Padre, también nosotros queremos que El nos tome de su mano y nos lleve siempre adelante por la senda del cumplimiento de su amabilísima Voluntad, que tan claramente nos ha señalado: hacer el Opus Dei en la tierra, siendo nosotros mismos Opus Dei.

Y, para eso, nada mejor que recurrir a la intercesión de Santa María, nuestra Madre, que es también la Reina del Opus Dei.

(6) De nuestro Padre, Meditación *Los pasos de Dios*, 14-11-1964.

456.

28 de marzo

ANIVERSARIO DE LA ORDENACIÓN
SACERDOTAL DE NUESTRO PADRE (II)

- El sacerdocio de Jesucristo se perpetúa en los sacerdotes.
- La fecundidad del sacerdocio de nuestro Padre.
- Ofrecer oraciones y sacrificios por los sacerdotes.

*OH DIOS, que para gloria tuya y salvación del género humano constituíste a tu Hijo único Sumo y Eterno Sacerdote; concede, a quienes El eligió para ministros y dispensadores de sus misterios, la gracia de ser fieles en el cumplimiento del ministerio recibido*¹. Estas palabras de la Liturgia, que nos descubren la grandeza del sacerdocio de Cristo, pueden introducir el tema de nuestra oración, hoy que conmemoramos el aniversario de la ordenación sacerdotal de nuestro Padre.

Todos los hombres hemos sido redimidos por Cristo Sacerdote. *No es posible disociar en Cristo su ser de Dios-Hombre y su función de Redentor. El Verbo se hizo carne para salvar a los hombres, para hacerlos con El una sola cosa: ésta es la razón de su venida al mundo*². Además, el Señor ha querido hacer partícipes del sacerdocio ministerial a algunos hom-

(1) Misa de Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, *Oral*.

(2) De nuestro Padre, *Carla*, 6-V-1945, n. 40.

A

bres, que El mismo consagra y destina a ese servicio mediante el Sacramento del Orden. *Eo quod maneat in aeternum, sempiternum habet sacerdotium* (Hebr. Vil, 24), *dice San Pablo: porque Jesucristo vive siempre y su Sacerdocio permanece eternamente. Es eterno y se eterniza en nosotros, los sacerdotes. Por eso, al consagrar, al renovar el Santo Sacrificio, el sacerdote consagra el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y puede decir: Este es mi Cuerpo: el Cuerpo de Cristo. Esta es mi Sangre: la Sangre de Cristo. El sacerdote es otro Cristo*³.

Si todos los cristianos somos *alter Christus*, otros Cristos, por el hecho maravilloso y único de haber recibido el Bautismo, el sacerdote lo es también de modo sacramental, en virtud de la ordenación sacerdotal, que le configura con Cristo Cabeza del Cuerpo Místico y le capacita para obrar en su nombre, con el poder de renovar el Sacrificio eucarístico, perdonar los pecados y predicar con autoridad la Palabra de Dios. Por esto, el sacerdocio ministerial requiere santidad de vida, un amor a prueba de todos los sacrificios, una entrega incondicionada a su misión.

La vida de nuestro Padre, esos años de sacerdocio que hoy conmemoramos, fueron otros tantos años de plenitud de amor, de servicio a la Iglesia y a las almas. *Dentro de unos minutos* —decía en una

(3) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 677.

ocasión— *me llegaré, con este hijo que me acompaña, a celebrar la Santa Misa: a tener un encuentro personalísimo con el Amor de mi alma. Y este hijo mío me recordará —al contestarme con las palabras de la liturgia— que me estaré acercando al altar de Dios que alegra mi juventud. Porque soy joven, y lo seré siempre, ya que mi juventud es la de Dios, que es eterno. Jamás podré con este amor sentirme viejo.*

*Después besaré el altar: con besos de amor. Y tomaré el Cuerpo de mi Dios con la mano derecha, y el cáliz de su Sangre con la izquierda, y lo levantaré sobre las cosas todas de la tierra, diciendo: per Ipsum, et cum Ipso: ¡por mi Amor!; ¡con mi Amor!; ¡en mi Amor!**

DURANTE largos años, el Señor preparó a nuestro Padre para la misión que le iba a confiar el 2 de octubre de 1928. Y de esa preparación forma parte su llamada al sacerdocio. Muchas veces nos dijo que, antes de conocer los primeros barruntos del querer de Dios, no había pensado hacerse sacerdote. Empezó ese camino, contra su natural inclinación, para estar más disponible al querer divino.

Fue el 2 de octubre de 1928 cuando nuestro Fundador comprendió plenamente el sentido que Jesucristo quería dar a su sacerdocio: Dios le destinaba a

ser Padre de una muchedumbre de hijos, de todas las razas y de todas las lenguas. Verdaderamente pueden aplicarse a nuestro Fundador aquellas palabras que oyó Abrahám de la boca de Dios: *mira el cielo y cuenta, si puedes, las estrellas. Así de numerosa será tu descendencia*⁵.

Muchas veces nos dijo nuestro Padre que éramos hijos de su oración y de su mortificación, hijos de ese espíritu que había recibido de Dios y en cuya transmisión gastó completamente su vida. *No puedo dejar de levantar el alma agradecida al Señor, de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra (Ephes. III, 15-16), por haberme dado esta paternidad espiritual, que, con su gracia, he asumido con la plena conciencia de estar sobre la tierra sólo para realizarla*⁶.

*Os quiero con corazón de padre y de madre: sois mi corona y mi consuelo*⁷, nos decía en otras ocasiones. Así continúa queriéndonos. Y cada uno de nosotros, hasta el final de los tiempos, es y será realmente hijo de la fidelidad de nuestro Padre, de su oración y de su penitencia, de su labor de gobierno y de sus enseñanzas.

¿Qué me pedía el Señor?, escribió en una de sus Cartas. *Pedía fidelidad a sus designios, correspondencia generosa a su deseo de abrir los caminos divinos de*

(5) Genes. XV, 5.

(6) De nuestro Padre, *Carla*, 6-V-1945, n. 23.

(7) De nuestro Padre, *Noticias VII-65*, p. 33.

(4) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, pp. 403-406.

la tierra. Requería una amorosa y firme fortaleza, para que su voluntad se abriera paso entre los hombres. Por esto, hijos míos, siento la grave responsabilidad de corresponder a las misericordias de Dios con una actitud de vigilante y amorosa firmeza: para que nada ni nadie pueda forzar, desdibujándolos, los rasgos peculiares que el Señor ha querido imprimir a este camino nuestro, que es camino nuevo en la vida de la Iglesia⁸.

Para nuestro Padre fueron los desvelos y fatigas, los ratos de soledad —una soledad bien acompañada, porque siempre estaba unido a Dios—, las penas y dolores para abrirnos camino. Para sus hijos, en cambio, es el disfrute de los bienes conseguidos, el cariño de una familia numerosa, la alegría de recorrer una senda hermosa y segura que conduce al Cielo. ¿No son motivos más que suficientes para que especialmente hoy demos gracias?

LA IGLESIA pide a sus hijos que recen por la santidad de los sacerdotes y por el incremento de las vocaciones sacerdotales. Es un deber de todos los fieles cristianos. Lo recordaba nuestro Padre en su catequesis delante de millares de personas: *tenéis obligación de rezar mucho, para que los sacerdotes seamos fidelísimos en el mundo entero, porque cada día, al subir al Altar, le prestamos al Señor nuestro*

(8) De nuestro Padre; *Carta*, 25-1-1961, n. 4.

*cuerpo y nuestra voz. Sería una pena muy grande que fuéramos traidores a la fidelidad que le debemos, porque somos el mismo Cristo*⁹.

Ciertamente los sacerdotes son instrumentos de la gracia, a pesar de sus limitaciones personales. *La fuerza espiritual del sacramento* —explica San Agustín— *es como la luz: llega pura a los objetos que ilumina, y no se mancha aunque pase por medios inmundos. Sin embargo, los ministros deben ser santos, y no deben buscar la propia gloria, sino la de Aquel a quien sirven*¹⁰. Por eso debemos rezar y mortificarnos por ellos, para que sean como Dios los quiere: *fieles ministros de Cristo y administradores de los misterios de Dios*¹¹.

En la Obra, nuestro Fundador dispuso que en el día de hoy, así como en la fiesta del Santo Cura de Ars y en el aniversario de la primera ordenación de miembros de la Obra, todos sus hijos rezáramos y ofreciéramos alguna mortificación por los sacerdotes, especialmente por los del Opus Dei.

Todos en Casa, seglares y sacerdotes, tenemos la misma vocación. Los sacerdotes se ordenan *para ayudar a los miembros laicos de una y otra Sección, en sus labores apostólicas; para atender debidamente a los no católicos y a los no cristianos, que piden amistad y comprensión; para ejercer su ministerio, con tan-*

(9) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, pp. 676-677.

(10) San Agustín, *In Iohannis Evangelium tractatus* 5, 5.

(11) *1 Cor.* IV, 1.

*tas almas que, movidas por la gracia divina, se acercan al Opus Dei, ita ut possint sub umbra eius... habitare (Marc. IV, 32), de tal modo que puedan descansar bajo su sombra; finalmente, para el multiforme servicio de la Iglesia Santa de Dios y de todas las almas*¹².

Pidamos hoy al Señor, por mediación de la Santísima Virgen y recurriendo también a la intercesión de nuestro Padre, por la santidad de estos hermanos nuestros. Como escribía nuestro Fundador en 1955, *cada día nos harán falta más sacerdotes: tal es la amplitud y la extensión que el Señor ha querido dar a su Obra.*

*Rogad conmigo al Amo de la mies —petite, et dabitur vobis; quaerite, et invenietis; púlsate, et aperietur vobis (Matth. VII, 7); pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y os abrirán— que siempre tengamos los sacerdotes necesarios para desarrollar bien nuestro apostolado: sacerdotes fieles a este espíritu sobrenatural, que realicen su labor con abnegación, poniendo el corazón en el suelo; para que los demás pisen blando; que se den con alegría, sin llamarse y sin considerarse víctimas; que amen de verdad a sus hermanos y que sepan hacerse querer de ellos*¹³.

(12) De nuestro Padre, *Carla*, 28-111-1955, n. 35.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 28-111-1955, n. 46.

457.

28 de marzo ANIVERSARIO DE LA ORDENACIÓN SACERDOTAL DE NUESTRO PADRE (III)

—Agradecimiento a Dios por la vocación sacerdotal de nuestro Padre.

—*Vivir consummati in unum.*

—Nuestra vocación nos facilitar estar, al mismo tiempo, *en el Cielo y en la tierra.*

JUEVES Santo de 1975, víspera de las Bodas de Oro sacerdotales de nuestro Fundador. En el oratorio de Pentecostés, ante el Sagrario abierto, nuestro Padre se dirigía al Señor en voz alta, haciendo su oración personal. Sus palabras de entonces, llenas de agradecimiento a Dios por su bondad y su misericordia, son hoy la falsilla de este rato de oración.

Adauge nobis fidem! (Luc. XVII, 5). *¡Auméntanos la fe! Esto estaba diciendo yo al Señor. Quiere que le pida esto: que nos aumente la fe. Mañana no os diré nada; y ahora no sé lo que os voy a decir... Que me ayudéis a dar gracias a Nuestro Señor por ese cúmulo inmenso, enorme, de favores, de providencias, de cariño..., ¡de palos!, que también son cariño y providencia. Señor, ¡auméntanos la fe! Como siempre, antes de ponernos a hablar con intimidad contigo, hemos acudido a nuestra Madre del Cielo, a San José, a los Angeles Custodios.*

A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea. Estoy comenzando, recomenzando, en cada jornada. Y así hasta el final de los días que me quedan: siempre recomenzando. El Señor lo quiere así, para que no haya motivos de soberbia en ninguno de nosotros, ni de necia vanidad. Hemos de estar pendientes de El, de sus labios: con el oído atento, con la voluntad tensa, dispuesta a seguir las divinas inspiraciones.

Una mirada atrás... Un panorama inmenso: tantos dolores, tantas alegrías. Y ahora, todo alegrías, todo alegrías... Porque tenemos la experiencia de que el dolor es el martilleo del artista que quiere hacer de cada uno, de esa masa informe que somos, un crucifijo, un Cristo, el alter Christus que hemos de ser.

Señor, gracias por todo. ¡Muchas gracias! Te las he dado; habitualmente te las he dado. Antes de repetir ese grito litúrgico —gradas tibi, Deus, gratias tibü—, te lo venía diciendo con el corazón. Y ahora son muchas bocas, muchos pechos, los que te repiten al unísono lo mismo: gratias tibi, Deus, gratias tibi! Que no tenemos motivos más que para dar gracias. No hemos de apurarnos por nada; no hemos de preocuparnos por nada; no hemos de perder la serenidad por ninguna cosa del mundo (...).

Gratias tibi, Deus, gratias tibi! Un cántico de acción de gracias tiene que ser la vida de cada uno. Porque ¿cómo se ha hecho el Opus Dei? Lo has hecho Tú, Señor, con cuatro chisgarabís... Stulta mundi, infirma mundi, et ea quae non sunt (cfr. I Cor. /, 26-27). Toda

la doctrina de San Pablo se ha cumplido: has buscado medios completamente ilógicos, nada aptos, y has extendido la labor por el mundo entero. Te dan gracias en toda Europa, y en puntos de Asia y África, y en toda América, y en Oceanía. En todos los sitios te dan gracias¹.

EN ESE Tabernáculo tan hermoso que hicieron con tanto cariño los hijos míos, y que pusimos aquí cuando no teníamos dinero ni para comer; en esta especie de alarde de lujo, que me parece una miseria y realmente lo es, para guardarte a Ti, ahí hice yo colocar dos o tres detalles. El más interesante es esa frase que hay sobre la puerta: consummati in unum! floann. XVII, 23). Porque es como si todos estuviéramos aquí, pegados a Ti, sin abandonarte ni de día ni de noche, en un cántico de acción de gracias y —¿por qué no?— de petición de perdón. Pienso que te enfadas porque digo esto. Tú nos has perdonado siempre; siempre estás dispuesto a perdonar los errores, las equivocaciones, el fruto de la sensualidad o de la soberbia.

Consummati in unum! Para reparar..., para agradecer..., para dar gracias, que es una obligación capital. No es una obligación de este momento, de hoy, del tiempo que se cumple mañana; no. Es un deber constante, una manifestación de vida sobrenatural, un mo-

(1) De nuestro Padre, Meditación Consumados en la unidad, 27-111-1975.

do humano y divino a la vez de corresponder al Amor tuyo, que es divino y humano.

Sancta María, Spes nostra, Sedes sapientiae! Danos la sabiduría del Cielo, para que nos comportemos de modo agradable a los ojos de tu Hijo, y del Padre, y del Espíritu Santo, único Dios que vive y reina por los siglos sin fin.

San José, que no te puedo separar de Jesús y de María; San José, por el que he tenido siempre devoción, pero comprendo que debo amarte cada día más y proclamarlo a los cuatro vientos, porque éste es el modo de manifestar el amor entre los hombres: diciendo ¡te quiero! San José, Padre y Señor nuestro: ¡en cuántos sitios te habrán dicho ya a estas horas, invocándote, esta misma frase, estas mismas palabras! San José, nuestro Padre y Señor, intercede por nosotros.

La vida cristiana en esta tierra paganzada, en esta tierra enloquecida, en esta Iglesia que no parece tu Iglesia, porque están como locos por todas partes —no escuchan, dan la impresión de no interesarse por Ti; no ya de no amarte, sino de no conocerte, de olvidarte—; esta vida que, si es humana —lo repito—, para nosotros tiene que ser también divina, será divina si te tratamos mucho. Y te trataríamos mucho aunque tuviésemos que hacer muchas antecelas, aunque hubiera que pedir muchas audiencias. ¡Pero no hay que pedir ninguna! Eres tan todopoderoso, también en tu misericordia que, siendo el Señor de los señores y el Rey de los que dominan, te humillas hasta esperar como un

pobrecito que se arrima al quicio de nuestra puerta. No aguardamos nosotros; nos esperas Tú constantemente.

Nos esperas en el Cielo, en el Paraíso. Nos esperas en la Hostia Santa. Nos esperas en la oración. Y eres tan bueno que, cuando estás ahí escondido por Amor, oculto en las especies sacramentales —y yo así lo creo firmemente—, al estar real, verdadera y sustancialmente, con tu Cuerpo y tu Sangre, con tu Alma y tu Divinidad, también está la Trinidad Beatísima: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Además, por la inhabitación del Paráclito, Dios se encuentra en el centro de nuestras almas, buscándonos. Se repite, de alguna manera, la escena de Belén, cada día. Y es posible que —no con la boca, pero con los hechos— hayamos dicho: non est locus in diversorio, no hay posada para Ti en mi corazón. ¡Ay, Señor, perdóname!².

ADORO al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo, Dios único. Yo no comprendo esa maravilla de la Trinidad; pero Tú has puesto en mi alma ansias, hambres de creer. ¡Creo!: quiero creer como el que más. ¡Espero!: quiero esperar como el que más. ¡Amo!: quiero amar como el que más.

Tú eres quien eres: la Suma bondad. Yo soy quien soy: el último trapo sucio de este mundo podrido. Y,

(2) De nuestro Padre, Meditación Consumados en la unidad, 27-111-1975.

sin embargo, me miras..., y me buscas..., y me amas. Señor: que mis hijos te miren, y te busquen, y te amen. Señor: que yo te busque, que te mire, que te ame.

Mirar es poner los ojos del alma en Ti, con ansias de comprenderte, en la medida en que —con tu gracia— puede la razón humana llegar a conocerte. Me conformo con esa pequeñez. Y cuando veo que entiendo tan poco de tus grandezas, de tu bondad, de tu sabiduría, de tu poder, de tu hermosura..., cuando veo que entiendo tan poco, no me entristezco. Me alegro de que seas tan grande que no quepas en mi pobre corazón, en mi miserable cabeza. ¡Dios mío! ¡Dios mío!... si no sé decirte otra cosa, ya basta. ¡Dios mío! Toda esa grandeza, todo ese poder, toda esa hermosura..., ¡mía! Y yo..., ¡suyo!

Trato de llegar a la Trinidad del Cielo por esa otra trinidad de la tierra: Jesús, María y José. Están como más asequibles. Jesús, que es perfectus Deus y perfectus Homo. María, que es una mujer, la más pura criatura, la más grande; más que Ella, sólo Dios. Y José, que está inmediato a María: limpio, varonil, prudente, entero. ¡Oh, Dios mío! ¡Qué modelos! Sólo con mirar, entran ganas de morir de pena: porque, Señor, me he portado tan mal... No he sabido acomodarme a las circunstancias, divinizarme. Y Tú me dabas los medios: y me los das, y me los seguirás dando... Que a lo divino hemos de vivir humanamente en la tierra.

Hemos de estar —y tengo conciencia de habérselo dicho muchas veces— en el Cielo y en la tierra, siempre. No entre el Cielo y la tierra, porque somos del mundo. ¡En el mundo y en el Paraíso a la vez! Esta sería como la fórmula para expresar cómo hemos de componer nuestra vida, mientras estemos in hoc saeculo. En el Cielo y en la tierra, endiosados; pero sabiendo que somos del mundo y que somos tierra, con la fragilidad propia de lo que es tierra: un cacharro de barro que el Señor ha querido aprovechar para su servicio. Y cuando se ha roto, hemos acudido a las famosas lañas, como el hijo pródigo: he pecado contra el cielo y contra Ti... (Luc. XV, 21). Lo mismo cuando se trató de una cosa de categoría, que cuando era algo menudo. A veces nos ha dolido mucho, mucho, una cosa pequeña, un desamor, un no saber mirar al Amor de los amores, un no saber sonreír. Porque cuando se ama, no hay cosas pequeñas: todo tiene mucha categoría, todo es grande. Aun en una criatura miserable y pequeña como yo, como tú, hijo mío.

Ha querido el Señor depositar en nosotros un tesoro riquísimo. ¿Que exagero? He dicho poco. He dicho poco ahora, porque antes he dicho más. He recordado que en nosotros habita Dios, Señor Nuestro, con toda su grandeza. En nuestros corazones hay habitualmente un Cielo. Y no voy a seguir.

Gratias tibi, Deus, gratias tibi: vera et una Trinitas, una et summa Deitas, sancta et una Unitas!

Que la Madre de Dios sea para nosotros Turrís Civitatis, la torre que vigila la ciudad: la ciudad que es cada uno, con tantas cosas que van y vienen dentro de nosotros, con tanto movimiento y a la vez con tanta quietud; con tanto desorden y con tanto orden; con tanto ruido y con tanto silencio; con tanta guerra y con tanta paz.

Sancta María, Turrís Civitatis: ora pro nobis!

Sánete Ioseph, Pater et Domine: ora pro nobis!

Sancti Angeli Custodes: orate pro nobis!³.

Abril

(3) De nuestro Padre, Meditación *Consumados en ja unidad*, 27-111-1975.

458.

22 de abril
ANIVERSARIO DEL
FALLECIMIENTO DE LA ABUELA

—En el hogar de los Abuelos, nuestro Fundador se preparó para cumplir la Voluntad de Dios.

—A la Abuela debemos en gran parte el ambiente de hogar de nuestros Centros.

—La Abuela entregó su vida en servicio de la Obra.

CONMEMORAMOS hoy un nuevo aniversario de la muerte de la Abuela, ocurrida en Madrid el 22 de abril de 1941, y renovamos nuestro agradecimiento a Dios porque quiso que nuestro Fundador naciera en un hogar cristiano y allí aprendiera a tratarle con confianza, preparándose así para cumplir la misión a la que estaba destinado.

Los Abuelos educaron a nuestro Padre de un modo profundamente cristiano, respetando su libertad y enseñándole a administrarla bien. *Nunca me imponían su voluntad* —comentó en ocasiones—. *Me tenían corto de dinero, cortísimo, pero libre*¹.

Especialmente de la Abuela aprendió nuestro Padre las oraciones de la mañana y de la noche, que rezaría hasta el fin de sus días. En 1972, por ejem-

(1) De nuestro Padre, Crónica, 1970, p. 1070.

pío, comentaba: *yo me acuerdo de mi madre. Todavía hoy, a mis siete años —ya sabéis que el cero lo he mandado de paseo—, recito por la mañana y por la noche las oraciones que me enseñó mi madre. De modo que le debo, a estas alturas, la piedad de toda mi vida*². Ella le ayudó a prepararse para la primera Confesión, acompañándole hasta la iglesia el día fijado. *Me llevó mi madre a su confesor, cuando tenía seis o siete años —recordaba con gozo nuestro Padre—, y me quedé muy contento*³.

La Abuela era una mujer dotada de gran sentido común, que unía la fortaleza a la más exquisita feminidad. Conjugaba de manera admirable virtudes humanas y sobrenaturales, que supo inculcar en sus hijos. *Todos llevamos en nuestra sangre el tesoro fisiológico, psíquico y espiritual que nos han transmitido nuestros padres*, comentaba nuestro Fundador. *Yo, por ejemplo, muchas veces me doy cuenta de que hago los mismos gestos de mi padre. En otras ocasiones, son los hijos míos que conocieron a mi madre los que me dicen: ¡eso es de la Abuela!...*⁴.

Las enseñanzas de la vida cristiana de la Abuela, han llegado y seguirán llegando a millones de personas, a través del ejemplo y las palabras de nuestro Fundador. Como cuando escribe: *de pequeño había dos cosas que me molestaban mucho: besar a las seño-*

*ras amigas de mi madre, que venían de visita, y ponerme trajes nuevos. Me metía debajo de la cama. Luego, mi madre con cariño me decía: Josemaría, vergüenza sólo para pecar. Muchos años después me he dado cuenta de que había en aquellas palabras una razón muy profunda*⁵.

EL AIRE de familia característico de nuestros Centros, querido por Dios y señalado por nuestro Padre, debe mucho a la Abuela y a Tía Carmen. Es fácil adivinar su presencia detrás de tantos detalles de hogar que son costumbres en la Obra. El tono familiar es consecuencia en gran parte de las virtudes humanas y sobrenaturales que se vivían en el hogar de nuestro Fundador. La casa de la Abuela, en Madrid, fue el primer lugar donde empezamos a sentirnos familia, el lugar donde tuvieron origen tradiciones de orden, de señorío, de limpieza, de elegancia, propias de nuestros Centros.

Siempre preocupada por el bien de sus hijos, la Abuela seguía de cerca los pasos de nuestro Padre. *Mi madre me preguntaba: ¿por qué no haces oposiciones a cátedra? Y un obispo de mi familia, que después sería mártir, le decía: Lola, ¿cómo no viene a verme tu hijo? Tengo una canonjía para él... Yo respondía que no me interesaba, pero ella insistía: se te está pasando*

(2) De nuestro Padre, Tertulia, 21-X-1972.

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 3-XM972.

(4) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 801.

(5) De nuestro Padre, Carra, 24-11-1931, n. 39.

*el tiempo. No obstante, se imaginaba algo: tenía una inteligencia muy despierta. Además, me veía rodeado siempre de chicos de dieciocho a veinte años*⁶. Y cuando nuestro Padre se lo pidió, no escatimó esfuerzos para ayudarlo a sacar adelante aquello que Dios quería. Los resultados de su colaboración son patentes: *veo como Providencia de Dios que mi madre y mi hermana Carmen nos ayudaran tanto a tener en la Obra este ambiente de familia: el Señor quiso que fuera así. En Villa Tevere, por ejemplo, vivimos trescientas personas y cada rincón de esta casa es un hogar de familia con lazos más fuertes que los de la sangre, con unión de corazones, de voluntades, de afanes... ¡se nos hace tan patente el ciento por uno!*⁷.

*Nos vino muy bien que mi madre y mi hermana quisieran encargarse de la Administración de nuestros primeros Centros (...), comentaba nuestro Padre en cierta ocasión. Si no, no habiéramos tenido un verdadero hogar: nos habría salido una especie de cuartel. De esta manera, en cambio, hay en la Obra una vida de familia estupenda. Hijos míos, agradecédselo al Señor*⁸.

En este aniversario, también brota espontáneo el agradecimiento a la Abuela por lo mucho que le debemos. Tanto colaboró con lo que le pedía su hijo, que nuestro Padre pudo afirmar: *sin su ayuda hubie-*

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 2-XII-1968.

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 402.

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 1-1-1974.

*ra sido difícil que saliese la Obra adelante*⁹. En su vida descubrimos, además, muchos aspectos ejemplares. No recuerdo haberla visto nunca desocupada —recordaba nuestro Fundador—; *siempre estaba atareada en alguna cosa: hacía una labor de punto, cosía o recosía prendas de ropa, leía... No tengo memoria de haber visto jamás a mi madre ociosa. Y no era una persona rara: era una persona corriente, amable. No tenía la vocación nuestra, pero era una buena madre de familia, de familia cristiana, y sabía aprovechar el tiempo*¹⁰.

LA ABUELA entregó generosamente a la Obra, no sólo bienes materiales, sino algo que vale mucho más: su cariño, su trabajo y su esfuerzo; y esto, cuando nada humano hacía sospechar las realidades que habían de venir. La Abuela manifestó —era un don de Dios, que ella supo acoger— una enorme fe en la misión que el Señor había confiado a nuestro Padre.

Nuestro agradecimiento cobra alas cuando consideramos que —sin haber recibido la vocación al Opus Dei— la Abuela se entregó completamente al servicio de la Obra. Cooperó de forma eficaz en el plan divino del que nuestro Fundador era instrumento, secundando con fortaleza la misión de su hijo, su-

(9) De nuestro Padre, Crónica, 1971, p. 309.

(10) De nuestro Padre, Carta, 29-VII-1965, n. 53.

peditando planes personales y familiares a los proyectos del Señor. Todo eso silenciosamente, sin que se notase.

Ofreció por la Obra hasta su misma muerte, como escribe nuestro Padre en una de sus Cartas. *En 1941, dejé a mi madre muy enferma en Madrid, para ir a Lérida a dar un curso de retiro a sacerdotes diocesanos. No conocía la gravedad, porque los médicos no pensaban que la muerte de mi madre fuera inminente, o que no pudiera curarse.* Ofrece tus molestias por esa labor, que voy a hacer, *pedí a mi madre al despedirme. Asintió, aunque no pudo evitar decir por lo bajo: ¡este hijo!...*

Ya en el seminario de Lérida, donde estaban de retiro los sacerdotes, acudí al Sagrario: Señor, cuida de mi madre, puesto que estoy ocupándome de tus sacerdotes. A mitad de los ejercicios, a mediodía, les hice una plática: comenté la labor sobrenatural, el oficio inigualable que compete a la madre junto a su hijo sacerdote. Terminé, y quise quedarme recogido un momento en la capilla. Casi inmediatamente vino con la cara demudada el obispo administrador apostólico, que hacía también los ejercicios, y me dijo: don Alvaro le llama por teléfono. Padre, la Abuela ha muerto, oí a Alvaro.

Volví a la capilla, sin una lágrima. Entendí enseñada que el Señor mi Dios había hecho lo que más convenía: y lloré, como llora un niño, rezando en voz alta —estaba solo con El— aquella larga jaculatoria,

que tantas veces os recomiendo: fiat, adimpleatur, laudetur... iustissima atque amabilissima voluntas Dei super omnia. Amen. Amen. Desde entonces, siempre he pensado que el Señor quiso de mí ese sacrificio, como muestra externa de mi cariño a los sacerdotes diocesanos, y que mi madre especialmente continúa intercediendo por esta labor".

En cuanto llegó a Madrid, nuestro Padre lloró ante el cadáver de la Abuela, que sus hijos estaban velando en el oratorio de Diego de León. Luego, pidió a don Alvaro que le ayudase a rezar un *Te Deum*.

Desde el Cielo, en compañía de la Santísima Virgen y de nuestro Fundador, la Abuela sigue pendiente de nosotros, que somos ya familia inmensa extendida por toda la tierra. Vela especialmente —así nos gusta imaginarlo— por este aspecto capital de nuestro espíritu, que ella contribuyó a crear: el ambiente de hogar, de familia cristiana, donde la caridad ha de ser siempre cariño.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 45.

459.

23 de abril ANIVERSARIO DE LA PRIMERA COMUNIÓN DE NUESTRO PADRE

—El recuerdo de la Primera Comunión de nuestro Padre nos invita a adorar el misterio eucarístico.

—Prepararse muy bien para recibir al Señor en la Eucaristía.

—Cuidar la acción de gracias de la Misa.

CELEBRAMOS el aniversario de la Primera Comunión de nuestro Padre, que tuvo lugar en Barbastro el 23 de abril de 1912, fiesta de San Jorge. Era tradicional en Aragón hacerla en esa fecha.

La vida de cada persona alcanza su más hondo sentido en la medida en que encuentra a Cristo, con quien ha de configurarse para gozar de la felicidad eterna del Cielo. Por eso, el día de la Primera Comunión es siempre una jornada solemne, de fiesta: Cristo llega al alma de un modo nuevo, real y sustancial, y hasta el cuerpo participa de esa venida del Señor y recoge sus efectos, quedando como dispuesto para gozar de la gloria: *el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día*¹.

(1) *Ioann.* VI, 54.

Ese primer encuentro con Jesús sacramentado, que de ordinario se realiza en la infancia, cuando los niños comienzan a tener uso de razón², es también motivo de alegría para el Señor, que ha dicho: *dejad a los niños y no les impidáis que vengan a mí*³. Jesucristo se encuentra muy a gusto en las almas inocentes —como las de los niños— que nada saben de traiciones, que no ponen obstáculos a la gracia. Y si esto es siempre así, ¡cómo gozaría al llegar sacramentalmente al alma de nuestro Padre, a quien El mismo había elegido como instrumento fidelísimo!

En este aniversario recordamos también con cariño a los Abuelos, pues son los padres cristianos quienes llevan a sus hijos al Sacramento del Altar. A ellos debemos la siembra de amor de Dios que aquel día se depositó en el corazón de nuestro Fundador, y que tantos beneficios ha supuesto para nosotros. *Tenía yo por entonces diez años*, comentaba nuestro Padre en cierta ocasión. *En aquella época, a pesar de las disposiciones de Pío X, resultaba inaudito hacer la Primera Comunión a esa edad. Ahora es corriente hacerla antes. Y me preparaba un viejo escolapio, hombre piadoso, sencillo y bueno. El me enseñó la oración de la comunión espiritual*⁴.

La fiesta de hoy es buen momento para considerar la maravilla de Amor que se contiene en el misterio

(2) Cfr. San Pío X, decr. *Quam singulari*, 8-VII18910, norma I.

(3) *Matth.* XIX, 14.

(4) De nuestro Padre, Crónica V-66, pp. 15-16.

rio eucarístico. *El que come mi carne y bebe mi sangre* —asegura el Señor—, *permanece en mí y Yo en él*⁵. No cabe una promesa más generosa: recibir realmente al mismo Cristo, fuente de todas las gracias. Y esto, no una sola vez, sino cada día. También por esta razón, *tenemos que agradecer especialmente al Señor que instituyera el Santo Sacramento de la Eucaristía, por el que se ha quedado entre nosotros. Es una maravilla: tenía que marcharse, y quería quedarse con nosotros; y como es Todopoderoso, hizo este gran milagro de amor. Nosotros no podemos hacer lo que queremos: nuestro poder no llega hasta donde alcanza nuestro querer; en cambio, Nuestro Señor sí: se marchó al Cielo y, al mismo tiempo, se ha quedado escondido bajo las especies de pan y de vino.*

Tres cosas tenemos que agradecerle de un modo particular: la institución de este sacramento, su perpetuación a través de las palabras de la consagración recitadas por el sacerdote, y su administración. Son tres manifestaciones maravillosas de la bondad de Dios, que se acomodan a las necesidades de nuestra naturaleza. Yo pienso siempre en el amor de una madre buena que limpia a su pequeñín, lo lava, lo perfuma y después lo llena de besos y le dice: ¡te comería! El Señor nos ha dicho eso también: ¡toma, cómeme! Más humano no puede ser. Pero no humanizamos nosotros a Dios Nuestro Señor cuando lo recibimos; es El quien

(5) Ioann. VI, 56.

*nos diviniza, nos ensalza, nos levanta. Me atrevería a decir que el Señor hubiera hecho mal de no haber obrado así, conociendo nuestra debilidad, sabiendo que estamos inclinados al pecado*⁶.

HACE años, en una fecha como la de hoy, nuestro Fundador decía: *para mí hoy es una fiesta muy grande; ayudadme a dar de verdad gracias a Nuestro Señor por aquella bondad suya; porque quiso venir a hacerse el dueño de mi corazón*⁷.

Cada momento de la vida de nuestro Fundador, cada encuentro con Dios en su alma, fueron otros tantos hitos en la germinación de nuestra vida espiritual, que nacería de la suya. También por esto, el aniversario que hoy celebramos es fiesta de cada uno, motivo de acción de gracias y ocasión para agradecer al Señor, una vez más, todos sus dones.

Nuestra gratitud ha de ser operativa: *obras son amores y no buenas razones*, reza el dicho popular que Dios quiso grabar a fuego en el alma de nuestro Padre. Hablando en tercera persona, comentaba en una tertulia: *he tenido que danzar de una parte a otra, y he escuchado tantas cosas, muchas confidencias de hermanos míos sacerdotes... Y una vez supe de uno que estaba dando la comunión a unas monjas de clausura,*

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 4-IV-1969.

(7) De nuestro Padre, Homilía, 23-IV-1963.

por aquellas rejas que había antes (...). Aquellas rejas tenían unos pinchos así de largos, y esto era bueno, muy bueno. Estaban por la parte de afuera, porque por dentro no las necesitaban, que ya se sabían mortificar las monjitas... Mientras aquel sacerdote les daba la comunión —pobre sacerdote, le conozco, le conocía ya entonces, ¡pobre sacerdote!—, decía en su corazón: te quiero más que éstas. Y el Señor le dijo: obras son amores y no buenas razones. Se quedó helado".

Un buen propósito de la oración de hoy puede ser el de esmerarnos en la preparación de la Santa Misa y de la Comunión. Nuestro Padre nos aconsejaba recibirla *con una fe grande, con un amor que queme, como si fuera la última vez de tu vida*⁹. Además, podemos volver con el recuerdo a aquel día feliz en que Jesús Sacramentado vino por primera vez a nuestra alma; y, con la clara conciencia del milagro que se realiza cada vez que comulgamos, reavivar el deseo, la expectación, el gozo ilusionado que teníamos entonces, cuando nos preparábamos para la Primera Comunión.

Tenemos muy cerca el ejemplo de nuestro Fundador, que jamás se *acostumbró* a recibir a Jesús Sacramentado. *En algún sitio* —decía en una meditación—, *os he hecho considerar que la Eucaristía es la mayor prueba de humildad del Señor: más que la de*

*Belén y que la de Nazaret, más grande aún que la humillación de la Cruz. Aquí, Jesucristo se queda inermemente, expuesto a las profanaciones y al olvido de muchos: se deja recibir indignamente, está desamparado en la oscuridad del Sagrario. ¡Y es el Pan de los Angeles! Ecce Pañis Angelorum / factus cibus viatorum, / veré pañis filiorum / non mittendus canibus (Secuencia Lauda Sionj, he aquí el Pan de los Angeles, hecho alimento de viandantes; es verdaderamente el Pan de los hijos, que no debe ser echado a los perros. ¡No se puede echar a los perros este Pan divino! Hemos de responder a Jesús con amor: que Amor con amor se paga. Por eso, la devoción a la Sagrada Eucaristía ha de ser nuestra primera devoción. Nos acercamos a recibirle con actos de fe, y de amor y de esperanza. Con estas disposiciones nos presentaremos diariamente ante el Tabernáculo*¹⁰.

MUCHAS veces preguntaron a nuestro Padre el modo de sacar más fruto de la Sagrada Comunión. En ocasiones nos hacía considerar que *la acción de gracias (...) es un movimiento del corazón y de la cabeza. Con la ayuda del Señor, le agradecemos algo: que le hemos recibido en la Sagrada Comunión; que hemos tenido un pequeño disgusto y se lo hemos podido ofrecer con alegría; que nos han dado una satisfacción y también se la ofrecemos... Pero es como si yo te sopla-*

(8) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, II, p. 765.

(9) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.

(10) De nuestro Padre, Meditación, 14-IV-1960.

ra al oído lo que debes decir a tu madre. Tú puedes decir al Señor lo que te dé la gana; no con la boca, porque con la boca podrías cantar el Te Deum laudamus o un Salmo de esos maravillosos que los sacerdotes rezamos en el breviario. Es mejor que, a tu manera, le des gracias como me las darías a mí, como se las darías a tus padres, a tus hermanos, por muchas cosas, sin que nadie te lo sugiera, con naturalidad".

Otras veces, para ayudarnos, nos transmitía su modo personal de dar gracias a Dios en esos momentos. Cuando lo tengas en tu corazón, dile: Señor, creo que eres Tú; lo creo firmemente. Te doy gracias porque me has dado esta fe; pero enséñame a recibirte como Tú quieres. Y sigue por ahí. Poco a poco irás aprendiendo a tratarlo muy bien, porque tu Comunión surtirá efecto durante todo el día. Y durante una parte de la jornada darás gracias porque le has recibido, y durante otra, porque le vas a recibir.

No me importa contarte lo que yo hago. Las últimas palabras que le digo al Señor, antes de dormirme, todos los días, son éstas: gracias, Señor, porque he podido celebrar la Santa Misa hoy. Y te anticipo las gracias porque, por tu misericordia, mañana, in persona Christi, espero celebrar de nuevo la Santa Misa, renovando el Sacrificio divino del Calvario y consagrando el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo. Es-

(11) De nuestro Padre, Tertulia, 4-X-1973.

tas palabras las digo a veces sólo con el corazón y otras casi a gritos, porque estoy solo (...).

No os sintáis lejos de Dios. El Señor está con nosotros, en nosotros. Mientras no le echemos por el pecado mortal, vive en nuestra alma. ¡Tened una gran intimidad con El! No le podemos engañar; por tanto, más vale contarle nuestras miserias, pedirle ayuda, y darle gracias cuando acertamos en alguna cosa. Y sale la Misa en el trabajo, y el trabajo se convierte en oración¹².

Desde que recibió a Jesucristo Sacramentado por primera vez, la Eucaristía se convirtió en el alimento fundamental de nuestro Padre, que le dio fuerzas para vencer tantas dificultades y llevar a cumplimiento la misión que Dios le había encomendado. Toda su existencia estuvo orientada hacia el Sagrario, adonde le gustaba acudir con mucha frecuencia para adorar a Cristo, desagraviarle, darle gracias, impetrar su protección. Eso mismo nos enseñó a sus hijos y a tantas otras personas, con el afán de reparar las ofensas que se cometen contra este Sacramento del Amor.

A diario rezamos muchas veces la Comunión espiritual que aprendimos de nuestro Padre. Hoy podemos repetirla con más fervor: yo quisiera, Señor, recibiros, con aquella pureza, humildad y devoción con que os recibió vuestra Santísima Madre, con el espíritu y fervor de los Santos¹³.

(12) De nuestro Padre, Tertulia, 12-IV-1974.

(13) Fórmula de la comunión espiritual.

460.

25 de abril

SAN MARCOS EVANGELISTA

—La figura de San Marcos nos habla de veneración a la Cabeza de la Iglesia y de unidad.

—Nuestra unión con la Jerarquía eclesiástica.

—Afán de servicio a la Iglesia, al Romano Pontífice y a todas las almas.

CUENTA la Sagrada Escritura que, después de ser liberado de la cárcel por ministerio de un Ángel, San Pedro *se dirigió a casa de María, madre de Juan, de sobrenombre Marcos, donde estaban muchos reunidos en oración*¹. Es la primera vez que la Sagrada Escritura menciona el nombre de Marcos. Más tarde nos dice que acompañó a Pablo y a Bernabé en su primer viaje apostólico²; que en Chipre los abandonó y que, por esta razón, San Pablo no permitió que Marcos fuera con ellos en su segundo viaje³. Pasados los años, Marcos aparece de nuevo, ahora como fiel colaborador de San Pedro, que lo considera hijo predilecto en la fe*. El mismo San Pablo, en su segunda carta a Timoteo, elogia la eficacia de su ministerio⁵.

(1) Act. XII, 12.

(2) Cfr. Act. XIII, 5-13.

(3) Cfr. Act. XV, 36-40.

(4) Cfr. L. I (I Petr. V, 13).

(5) Cfr. II Tim. IV, 11.

Marcos no pertenecía al grupo de los Apóstoles, pero era discípulo de la primera hora. Les acompañó en los trabajos apostólicos y, poco a poco, se convirtió en uno de los más fieles colaboradores, especialmente de San Pedro. San Jerónimo nos ha transmitido algunos datos que iluminan lo que fue su vida: *Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, a ruegos de los hermanos que vivían en Roma, puso por escrito su Evangelio, según lo que había oído predicar a Pedro. El mismo Pedro, habiéndolo escuchado, lo aprobó y lo entregó con su autoridad para que fuese leído en la Iglesia.*

Después, tomando el Evangelio que había escrito —sigue diciendo San Jerónimo—, *Marcos marchó a Egipto y, anunciando a Cristo por vez primera en Alejandría, fundó la Iglesia con tanta doctrina y rectitud de vida, que con su ejemplo arrastró a muchos a seguir a Cristo*⁶.

En la figura del santo evangelista descubrimos una cualidad que le caracteriza como colaborador eficaz y discípulo dócil de los Apóstoles: supo renunciar a ideas personales para exponer fielmente, inspirado por el Espíritu Santo, la enseñanza de San Pedro, sin apartarse un ápice de su doctrina. Estuvo así perfectamente unido a la Cabeza visible de la Iglesia.

San Marcos —y ésta es una consideración que podemos aplicar a nuestra vida— supo permanecer en

(6) San Jerónimo, *De scriptoribus ecclesiasticis*.

su lugar. Conocía la situación de primacía de San Pedro en la Iglesia y comprendía que su misión junto a él consistía en transmitir fielmente las enseñanzas del Príncipe de los Apóstoles, dócil a la inspiración divina. Compuso así uno de los cuatro Evangelios, por lo que es perennemente recordado en la Iglesia.

*Oh Dios, que honraste a tu evangelista San Marcos con la gracia de proclamar la Buena Nueva: te suplicamos nos concedas aprovechar siempre su enseñanza para seguir con fidelidad a Cristo, tu Hijo y Señor nuestro*⁷.

DE MUCHOS y diversos modos manifestó nuestro Padre su veneración por la Iglesia y su Cabeza visible. *Conocéis bien* —nos escribió— *el amor entrañable que tengo al Papa y a la Santa Sede, y me habéis oído hablar de que hemos de defender siempre su autoridad, y estar filial y dócilmente dispuestos a rectificar cualquiera de nuestras opiniones, ante el Magisterio de la Iglesia.*

*Mil veces me cortarí la lengua con los dientes y la escupiría lejos, antes de pronunciar la menor murmuración de quien más amo en la tierra, después del Señor y de Santa María: il dolce Cristo in terra, como os suelo decir, repitiendo las palabras de Santa Catalina de Siena*⁸.

(7) Oral.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 7-X-1950, n. 53.

Esta unión que vivimos con el Romano Pontífice, hace y hará que nos sintamos unidísimos en cada diócesis al Ordinario del lugar. Suelo decir, y es cierto, que tiramos y tiraremos siempre del carro en la misma dirección que el Obispo. Si alguna vez, un Revmo. Ordinario no lo entendiese así, y pretendiese ver incompatibilidades que no pueden existir, a mí me daría mucha pena; pero, mientras no tocase lo esencial, cedería: y deberíais ceder también vosotros, sin dificultad. Porque sólo nos mueve a nuestra entrega el deseo de dar a Dios toda la gloria, sirviendo a la Iglesia y a todas las almas, sin buscar gloria para la Obra y sin buscar nuestro provecho personal.

*Previendo estas posibles dificultades, aunque me parecen inverosímiles, para obtener del Señor desde el principio de la Obra esta unión interna y externa con el Ordinario del lugar, y con todas las almas que trabajan en cualquier clase de tarea apostólica, vosotros sabéis que rezamos cada día pro unitate apostolatus. Una unidad que sólo da el Papa, para toda la Iglesia; y el Obispo, en comunión con la Santa Sede, para la diócesis*⁹.

En el Opus Dei nos dedicamos personalmente, por vocación divina, al servicio de todas las almas, cada uno en su propio estado y condición, donde el Señor nos ha llamado, y en el lugar donde los Directores nos han puesto. *De ahí que la fidelidad a esta*

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, nn. 21-22.

misión y al espíritu que de Dios hemos recibido será siempre prenda de eficacia en nuestro servicio a la Iglesia (...).

Si vivís este espíritu —escribió nuestro Fundador—, mantendréis siempre, con afecto filial, una estrecha unión con el Romano Pontífice, que como Vicario de Cristo confiere unidad a toda la Iglesia católica, y con los Obispos que, bajo la autoridad de Pedro, gobiernan las diócesis.

*Así sentiréis la alegría de trabajar eficazmente en servicio de la Iglesia Santa de Dios y de todas las almas, cuando realizáis esa hermosísima labor de dar doctrina, con el ejemplo y con la palabra, con vuestro trabajo profesional, en medio del mundo*¹⁰.

QUEREMOS servir, nos sentimos honrados de hacerlo y estamos convencidos de que no podríamos imitar a Cristo, como es nuestro único deseo, si prescindieramos de ese afán. El Señor, hijos míos, vino para eso a la tierra —filius hominis non venit ministrare, sed ministrare (Matth. XX, 28); el hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir— y todo el que quiera seguirle no ha de pretender otra línea de conducta ". Esta disposición de servicio, que renovamos tantas veces a lo largo del día, se dirige en primer lugar a la

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 15-VIII-1953, nn. 41-42.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 2.

Iglesia y al Romano Pontífice. Ese grito —"serviam!"— es voluntad de "servir" fidelísimamente, aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida, a la Iglesia de Dios "

En las actuales circunstancias del mundo, cuando el laicismo y el materialismo amenazan esterilizar la vida y la acción apostólica de muchos cristianos, recordamos unas palabras de nuestro Fundador: *podemos decir, hijos míos, que pesa sobre nosotros la preocupación y la responsabilidad de toda la Iglesia Santa —sollicitudo totius Sanctae Ecclesiae Dei—, no de esta parcela concreta o de aquella otra. Secundando la responsabilidad oficial —jurídica, de iure divino— del Romano Pontífice y de los Reverendísimos Ordinarios, nosotros, con una responsabilidad no jurídica, sino espiritual, ascética, de amor, servimos a toda la Iglesia con un servicio de carácter profesional, de ciudadanos que llevan el testimonio cristiano del ejemplo y la doctrina hasta los últimos rincones de la sociedad civil "*

Es el nuestro un servicio de oración, de sacrificio, de trabajo santificado y santificante, directa consecuencia del compromiso vocacional que nos une al Opus Dei. Y este servicio será eficaz y fructífero para la Iglesia con tal de que vivamos en todos sus detalles las exigencias específicas de nuestra vocación a la santidad y al apostolado: cada uno en su

(12) *Camino*, n. 519.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 15.

sitio, en el lugar donde Dios le ha llamado, en el cumplimiento de los deberes familiares, profesionales, sociales...

No penséis, sin embargo, que sea fácil hacer de la vida un servicio, escribió también nuestro Padre. *Es necesario traducir en realidades ese buen deseo*, porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en la virtud (I Cor. IV, 20), y *la práctica de una ayuda constante a los demás no es posible sin sacrificio*. Instantia mea quotidiana sollicitudo omnium ecclesiarum (II Cor. XI, 28), *carga sobre mí la preocupación de todas las Iglesias —escribía San Pablo—, y este suspiro del Apóstol recuerda a todos los cristianos la responsabilidad que todos los fieles hemos de sentir, para poner a los pies de la Esposa de Jesucristo —de la Iglesia santa— lo que somos y lo que poseemos, amándola fidelísimamente, aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida*^H.

Unión con la Cabeza: *servir con alegría y con sencillez a la Iglesia, al Romano Pontífice y a las almas*¹⁵, sin ostentación, con fidelidad, sin esperar pago en la tierra. Esto es lo que el evangelista San Marcos nos enseña también con su vida. Quizá lo aprendió directamente del Señor cuando era joven, pues Jesús gustaba de reunirse con los discípulos —según refiere una antigua tradición eclesiástica— en la casa que la madre de Marcos tenía en Jerusalén. Quizá

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 4.

(15) Oración para la devoción privada a nuestro Padre.

se lo enseñó la Virgen Santísima, que después de la muerte de Jesús se alojaría con los primeros discípulos en aquella casa, en espera de la venida del Espíritu Santo.

A Nuestra Señora acudimos ahora, diciéndole que deseamos servir a la Iglesia de Dios, según el espíritu de la Obra; desinteresadamente, sin esperar ninguna recompensa en la tierra, como aquel borriquito del que se sirvió un día su Hijo para entrar gloriosamente en Jerusalén.

461.

27 de abril

ANIVERSARIO DE LA
CURACIÓN DE NUESTRO PADRE

—El Señor permitió que nuestro Fundador sufriera una grave enfermedad durante muchos años. Valor del sufrimiento.

—Agradecimiento a Dios en este nuevo aniversario de la curación de nuestro Padre. Aprender a conllevar las enfermedades que el Señor permita en nuestra vida.

—La curación tuvo lugar en una fiesta de la Virgen. Confianza en Dios y en Nuestra Señora.

DURANTE muchos años, al menos desde 1944 a 1954, el Señor permitió que nuestro Padre sufriera una grave forma de diabetes. Los primeros síntomas de la enfermedad se hicieron notar a finales de 1943, pero fue en 1944 cuando se manifestó en toda su gravedad, mientras nuestro Fundador predicaba unos días de retiro espiritual a la comunidad de Religiosos Agustinos del Monasterio del Escorial. Luego, vinieron sus viajes a Roma, vivamente desaconsejados por los médicos, pero que nuestro Padre realizó con la confianza puesta en el Señor y porque el bien de la Obra lo requería.

Los primeros años en la Ciudad Eterna, con incomprendiones y dificultades de todo tipo, fueron muy duros para nuestro Fundador. Tampoco entonces se preocupó por su salud, desprendido como es-

taba de todo lo que se refería a su persona, aunque los hijos que tenía a su lado, y especialmente don Alvaro, hacían cuanto estaba a su alcance para cuidar a nuestro Padre, que llevaba la enfermedad con gran visión sobrenatural y una buena dosis de sentido del humor.

Cada dos semanas, más o menos —explicaba don Alvaro, testigo presencial de los hechos—, le hacían los necesarios análisis para controlar las variaciones del azúcar en la sangre. No mejoraba nada; era una cosa tremenda... Tenía tanta cantidad, que nuestro Padre comentaba —con su grandísimo sentido del humor— que si algunos doctores de la Iglesia han pasado a la historia con nombres como el de "Doctor Melifluus", que se aplica a San Bernardo; a mí —concretaba— tendrían que llamarme Pater Dulcissimus...'

La diabetes trajo a nuestro Fundador muchas molestias, pero todas las llevó con gran espíritu de sacrificio, sin descuidar jamás sus obligaciones. *Seguía —comentaba el Padre— (...) un régimen de comida muy severo y, a pesar de todo, debíamos inyectarle ciento diez unidades de insulina cada día; una dosis tremenda. La enfermedad le producía unos dolores de cabeza joñísimos y no se quejaba nunca, nunca...*

Tenía, además, necesidad de beber agua constantemente, porque la diabetes produce también una sed muy grande. Yo he visto cómo se quedaba nuestro Pa-

(1) Del Padre, Tertulia, 18-VI-1976.

dre con la lengua completamente seca; no sólo seca, sino cuarteada por dentro, como herida por la misma sequedad. Cuando un pedazo de carne se pone al sol, se queda como el cuero y se rompe. Así he visto la lengua de nuestro Padre; no sé ni cómo hablaba y, sin embargo, seguía su vida normal. Pues en esas circunstancias en que tenía necesidad de beber tanto, pedía un vaso de agua, lo dejaba delante y continuaba hablando. Sólo después de transcurrir bastante tiempo —era tiempo de mortificación— tomaba un poquito².

En una ocasión, un hermano nuestro le comentó las incomodidades que debían suponerle las continuas inyecciones. Nuestro Padre, con viveza, le respondió: *no te preocupes, que tengo ofrecidas estas molestias por las almas del Purgatorio*³.

Con esa visión sobrenatural y un abandono total en Dios, vivió los dos lustros largos que el Señor dispuso que padeciera la enfermedad. El dolor físico prolongado, lo mismo que los sufrimientos morales que tuvo desde su juventud, sirvió para acercarle más a Dios.

EN 1954 se cumplían diez años desde que los médicos habían diagnosticado la diabetes. En todo ese tiempo, nuestro Padre había ido empeorando, a

(2) Del Padre, Tertulia, 27X1-1983.

(3) De nuestro Padre, Crónica, 1986, p. 890.

pesar del vigoroso tratamiento médico y de los cuidados dietéticos a que estaba sujeto.

El 27 de abril de ese año, fiesta de Nuestra Señora de Montserrat, don Alvaro le puso una inyección de insulina, como hacía habitualmente. *Estábamos los dos solos en el comedor, frente a frente en la mesa —comentaba tiempo más tarde—, y de pronto el Padre me pidió: —Alvaro, dame la absolución. Yo le veía perfectamente bien, y respondí: —Pero, Padre, ¿qué dice? —¡La absolución! Me quedé desconcertado, y el Padre comenzó a recitar en voz alta la fórmula, como para ayudarme: —Ego te absolvo... En ese momento perdió el sentido, y sucedió una cosa extraña (...): el Padre mudó instantáneamente de color, se puso rojo vivo, después de color violáceo, y por fin amarillo terroso. Y, sobre todo, se quedó como pequeño, caído sobre un lado...⁴.*

Don Alvaro impartió varias veces la absolución sacramental a nuestro Padre, como se hace en esos casos, y puso todos los medios a su alcance para hacerle reaccionar, mientras avisaban urgentemente al médico. Cuando llegó, ya nuestro Fundador estaba recordando el uso de los sentidos. Años más tarde comentaría: *cuando estaba a punto de perder el conocimiento, en cosa de pocos segundos, el Señor me hizo ver mi vida como si fuera una película; me llené de vergüenza por*

(4) Del Padre, Tertulia, 18-VI-1976.

*tantos errores, y pedí perdón al Señor. Más no se puede pasar. Es como si me hubiera muerto*⁵.

El 27 de abril de 1954, tras superar aquella prueba —por la bondad de Dios que, sin duda, acogió los ruegos de la Virgen Santísima—, nuestro Padre quedó curado de la grave forma de diabetes que padecía. El Señor permitió que en su organismo permanecieran algunos efectos de la larga enfermedad. Atrás quedaron diez años de sufrimientos, que son para nosotros escuela de cómo sobrellevar la enfermedad, cuando el Señor la permite en nuestra vida para purificarnos y hacernos más dignos de su amor. Por eso, si alguna vez llega el dolor físico, hemos de saber reconocer la mano amorosa de Jesús.

Para sacar todo el fruto que el Señor espera de esos periodos de padecimiento, es preciso que los recibamos con la visión sobrenatural que hemos visto en la vida de nuestro Padre. De ese modo se cumplirá, también en nosotros, lo que nuestro Fundador afirmaba en 1972, lleno de orgullo paterno: *hay enfermos en Casa, en estos momentos, que son maravillosos: son nuestras joyas, el tesoro de la Obra, como les llamé desde el principio. ¡Con qué alegría llevan su enfermedad! Cuando nos toque, si hemos sido humildes, Dios nos ayudará y no daremos guerra: seremos la alegría del Centro donde estemos, seremos la fortaleza*

*de la Obra, seremos una gran manifestación del amor de Dios y de amor a Dios*⁶.

Siempre, también en esos momentos, es preciso ser muy sinceros. *No estar bien y callar, no es buen espíritu. Hay que decirlo, para que se puedan poner rápidamente los remedios convenientes. Además, se evita el complejo de enfermo. Porque, así como nadie es santo en la tierra —todos estamos inclinados al pecado, a las mayores barbaridades—, del mismo modo tampoco hay nadie que esté siempre sano. Todos podemos pasar por un momento de mal temple, o por una enfermedad grave. Hablad enseguida, hijos míos: éste es el buen camino*⁷.

Viviendo con este abandono y humildad, sabremos obtener todo el fruto que el Señor espera de esa situación, cuando se presente.

YO SOY un pecador, pero he estado muchas veces y durante muchos años bastante enfermo (...). Cuando me acostaba por la noche, no sabía si me levantaría al día siguiente, y cuando me levantaba no sabía si me acostaría... Me puedo morir hoy mismo: siempre nos puede suceder esto. Pero teniendo una enfermedad grave, como entonces tenía... ¡Nunca he sido más dichoso,

(5) De nuestro Padre, Crónica, 1976, p. 962.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 17-11-1972.

(7) De nuestro Padre, Tertulia, 10-XI-1969.

*que en esos diez años!*⁸. Así se expresaba nuestro Fundador en cierta ocasión, hablando de la grave enfermedad que padeció durante tantos años. Y concluía: *de modo que la enfermedad no es cruz, no es dolor: es una bendición de Dios. Si se acepta, uno se encuentra feliz: con la falta de salud, con la escasez, con la pobreza...*⁹.

La grave forma de diabetes constituyó, sin duda, una gran prueba y, a la vez, un instrumento eficacísimo de purificación y de identificación con Cristo, que nuestro Padre —fiel a la gracia de Dios— supo aprovechar. Contribuyó, como nuestro Fundador comentó en ocasiones, a fomentar su abandono en las manos de Dios. *Llegaba la noche y decía: Señor, no sé si me levantaré mañana; te doy gracias por la vida que me des y estoy contento de morir en tus brazos. Espero en tu misericordia. Por la mañana, al despertarme, el primer pensamiento era el mismo*¹⁰.

Luego, en una fiesta de la Virgen, el Señor retiró gran parte de aquella cruz de las espaldas de nuestro Padre, como para dar a entender que su Santísima Madre había sido de nuevo eficaz intercesora.

La enseñanza es clara: no hay que perder nunca la alegría ante la enfermedad, sino que esas situaciones han de llevarnos a aumentar la confianza en nuestro Padre Dios, a abandonarnos en sus manos

(8) De nuestro Padre, Tertulia, 26-V-1974.

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 26-V-1974.

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 5-VM974.

seguros de que —suceda lo que suceda en nuestra vida— el Señor lo quiere o lo permite para nuestro bien espiritual y eterno: *omnia in bonum!* Como escribió nuestro Fundador, *el optimismo cristiano no es un optimismo dulzón, ni tampoco una confianza humana en que todo saldrá bien.*

Es un optimismo que hunde sus raíces en la conciencia de la libertad y en la seguridad del poder de la gracia; un optimismo que lleva a exigirnos a nosotros mismos, a esforzarnos por corresponder en cada instante a las llamadas de Dios ".

Acabamos este rato de oración acudiendo a la Santísima Virgen, *Salus infirmorum* y *Consolatrix afflictorum*, para pedirle por todos los hermanos nuestros que están padeciendo ahora en el alma o en el cuerpo: para que Ella les consuele y les alcance la gracia de amar esos sufrimientos, que tanto nos identifican con Cristo.

(11) *Forja*, n: 659.

462.

29 de abril

SANTA CATALINA DE SIENA (I)

—Hemos de amar y defender la verdad.

—Ser valientes para proclamar la verdad.

—Valentía para hacer, siempre que sea precisa, la corrección fraterna.

EUNTES ergo docete omnes gentes (Matth. XXVIII, 19); *id y enseñad a todas las gentes. Veinte siglos lleva la Iglesia Santa de Jesucristo, fiel al mandato de su Fundador, cumpliendo su misión de enseñar a todos los hombres el camino de la Salvación, de la Verdad y de la Vida. Y ha experimentado siempre —a veces en periodos históricos de particular turbulencia— el cumplimiento de aquella promesa del Señor: et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consummationem saeculi (Matth. XXVIII, 20); y yo estaré con vosotros continuamente, hasta la consumación del mundo.*

Desde aquellos humildes comienzos, cuando los Apóstoles recibieron de Dios la misión de anunciar el Evangelio por toda la tierra, sumida en la oscuridad del error, se ha recorrido un largo sendero y, a pesar de la resistencia que los hombres ponemos a la luz, podemos repetir con alegría aquellas palabras de la Escritura: ¿no está ahí, clamando, la sabiduría y dando gritos la inteligencia? Se para en los altos cabezos, junto a los caminos, en los cruces de las veredas; da

voces en las puertas, en las entradas de la ciudad, en los umbrales de las casas (Prov. VIII, 1-3)¹.

La fiesta de hoy nos invita a considerar la necesidad de trabajar siempre en la difusión de la verdad. Entre los motivos de la especial devoción de nuestro Padre a Santa Catalina de Siena, destaca el apasionado amor a la verdad que brilla en la vida de esta Santa, hasta el punto de que bien pueden aplicársele las palabras de la Sagrada Escritura: *has amado la justicia y aborreciste la iniquidad; por eso te ha consagrado el Señor, tu Dios, con el óleo de la alegría ante tus compañeras*².

Santa Catalina de Siena fue una infatigable defensora de la verdad, en una época en la que conveniencias sociales y presiones de los poderosos retraían a muchos de manifestarla sin ambages. Este amor suyo se puso especialmente de manifiesto en la múltiple actividad que desarrolló para conseguir la renovación espiritual de la Iglesia en su tiempo.

También hoy día los hombres están sedientos de verdad, aunque son muchos los que pretenden apagar esa sed con diferentes sucedáneos, para justificarse. Se *podría decir, sin demasiada exageración* —escribió nuestro Padre—, *que el mundo vive de la mentira: y hace veinte siglos que vino a los hombres Jesucristo, el Verbo divino, que es la Verdad*³.

(1) De nuestro Padre, *Carla*, 2-X-1939, n. 1.

(2) Ps. XLVIII, 4.

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 2-X-1939, n. 5.

No hay nada en el orden individual ni en el social que pueda edificarse de espaldas a la verdad. *La verdad os hará libres*⁴, dijo el Señor. *Es preciso que seamos, en todos los ambientes, mensajeros de esa luz, de esa Verdad divina que salva.*

*El error no sólo oscurece las inteligencias, sino que divide las voluntades. Sólo cuando los hombres se acostumbren a decir y a oír la verdad, habrá comprensión y concordia. A eso vamos: a trabajar por la Verdad sobrenatural de la fe, sirviendo también lealmente todas las parciales verdades humanas; a llenar de caridad y de luz todos los caminos de la tierra: con constancia, con competencia, sin desmayos ni omisiones, aprovechando todas las oportunidades y todos los medios lícitos para dar la doctrina de Jesucristo, precisamente en el ejercicio de la profesión de cada uno*⁵.

EL AMOR a la verdad ha de llevarnos a adoptar una actitud clara, valiente y decidida, ante los posibles condicionamientos que pretendan oscurecerla o difuminarla. *Con esa misión hemos sido nosotros enviados, para ser luz y fermento sobrenatural en todas las actividades humanas. También, como fieles cristianos, hemos oído el mandato de Cristo: euntes ergo docete omnes gentes! No se trata de una función delega-*

⁴ *is loann.* VIII, 32.

⁵ De nuestro Padre, *Cana*, 2X1939, n. 5.

da por la Jerarquía eclesiástica, de una prolongación circunstancial de su misión propia; sino de la misión específica de los seglares, en cuanto son miembros vivos de la Iglesia de Dios.

*Misión específica, que tiene para nosotros —por voluntad divina— la fuerza y el auxilio de una vocación peculiar: porque hemos sido llamados a la Obra, para dar doctrina a todos los hombres, haciendo un apostolado laical y secular, por medio y en el ejercicio del trabajo profesional de cada uno, en las circunstancias personales y sociales en que se encuentra, precisamente en el ámbito de esas actividades temporales, dejadas a la libre iniciativa de los hombres y a la responsabilidad personal de los cristianos*⁶.

Si una cuestión afecta a la doctrina de la Iglesia, a la Obra, a las almas, tenemos la obligación —incluso grave— de aclarar la verdad. *Hay quien, por comodidad, por no complicarse la existencia, esconde la cabeza debajo del ala, como el avestruz, y prefiere ignorar las cosas*⁷, hacerse el desentendido, no dar la cara. Nosotros no podemos permitirlo. Con la actitud limpia de quien no obra por motivos terrenos ni se deja llevar por los respetos humanos, del que no actúa por táctica sino por amor a la verdad, hemos de sostenerla noblemente, de modo sobrenatural, enseñando a nuestros amigos a comportarse de este

⁶ De nuestro Padre, *Carta*, 2-X-1939, n. 3.

⁷ De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 49.

modo. Cuando el bien de las almas lo exige, hay obligación de hablar, aunque su cumplimiento resulte, a veces, penoso. Nuestro Padre, que sufrió mucho por su amor a la verdad, escribió en una de sus Cartas: *estoy seguro de que habrá quienes no me perdonarán fácilmente que hable con esta claridad, pero debo hacerlo en conciencia y delante de Dios, por amor a la Iglesia, por lealtad a la Iglesia Santa, y por el cariño que os debo. Tengo una especial devoción a Santa Catalina de Siena —jaquella gran murmuradora!—, porque no se callaba y decía grandes verdades por amor a Jesucristo, a la Iglesia de Dios y al Romano Pontífice*⁸.

Pero hay que tratar siempre con respeto y dignidad a las personas e instituciones, sin maltratar ni difamar a nadie: *veritatem facientes in caritate*⁹. Hay que decir la verdad con caridad, sin herir y sin ofender. *De este modo ayudaremos eficazmente a crear un clima de entendimiento mutuo, de convivencia, con una visión amplia y universal, que ahogue en caridad todos los odios y rencores: sin lucha de clases, sin nacionalismo, sin discriminaciones*¹⁰.

VALENTÍA para decir la verdad cara a cara, si hubiera que corregir alguna falta de los demás. Y

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 49.

(9) *Ephes.* IV, 15.

(10) De nuestro Padre, *Carla*, 24-X-1942, n. 58.

aquí cobra particular importancia la práctica de la corrección fraterna, que a veces puede resultar un deber heroico.

*Hay que contar con el dolor ajeno y con el propio, si se quiere cumplir con el deber. No os oculto —decía nuestro Padre— que sufro antes, mientras y después de corregir, y no soy un sentimental, aunque sí un hombre de corazón. Me consuela pensar que las bestias no lloran: lloran los hombres, los hijos de Dios*¹¹. Y añadía: *entiendo que en determinados momentos también vosotros tendréis que pasarlo mal, si os esforzáis en llevar a cabo fielmente vuestro deber. No me olvidéis que resulta más cómodo —pero es un descamino— evitar a toda costa el sufrimiento, con la excusa de no disgustar al prójimo: frecuentemente, en esa inhibición se esconde una vergonzosa huida del propio dolor, ya que de ordinario no es agradable hacer una advertencia seria. Hijos míos, acordaos de que el infierno está lleno de bocas cerradas*¹².

Esta valentía para ejercitar la corrección fraterna siempre que sea preciso, poniendo en práctica las normas de caridad y de prudencia previstas por nuestro Derecho particular, resulta un firme apoyo de los deberes de caridad y de justicia, y hace imposible que puedan darse entre nosotros comportamientos poco nobles. *Hijas e hijos míos, debéis ser*

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 27.

(12) *Amigos de Dios*, n. 161.

muy sensibles en el respeto de los derechos, y en la defensa de la libertad ajena. Nunca permitáis que se caiga entre nosotros —ni de lejos— en la delación. Cuando veáis una desviación en un hermano vuestro, un error, que pueda significar un peligro para su alma o una remora para su eficacia, habladle con claridad. Y os lo agradecerá.

Las gentes que se molestan ante una corrección —que es deseo delicado de ayudar, de facilitar la santidad— demuestran poco calibre intelectual o son inteligentes cegados por la soberbia. No he visto necios más grandes que los listos cegados por la soberbia.

Hemos de decirnos las cosas noble y limpiamente, con motivo sobrenatural, cara a cara, sin escondernos tras el anonimato. Es un criterio de lealtad humana —y divina— que el que acusa cuente con que el acusado deberá saber su nombre, y que la acusación deberá ser probada: aborrecemos de la delación y del secreto infame ¹³.

La corrección fraterna no tiene un cariz negativo; al contrario, es un estímulo, una incitación a seguir luchando, con el apoyo de nuestros hermanos. Así nos los enseñó siempre nuestro Padre: Dios cuenta con nuestras flaquezas, con nuestra debilidad, y con la debilidad de los demás; pero cuenta también con la fortaleza de todos, si la caridad nos une. Amad la ben-

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 29-IX-1957, n. 48.

edita corrección fraterna, que asegura la rectitud de nuestro caminar, la identidad del buen espíritu ¹⁴.

La Virgen Santísima nos alcanzará la gracia de decir la verdad con valentía —aunque nos cueste, aunque sea desagradable para otras personas—, siempre que lo exija el bien de las almas. Nos ha de impulsar, como a Santa Catalina de Siena, un motivo de caridad: el amor a Dios, a la Iglesia, al Romano Pontífice, a todas las almas.

(14) De nuestro Padre, *Caná*, 24-11-1931, n. 56.

463.

29 de abril

SANTA CATALINA DE SIENA (II)

—Santa Catalina de Siena amó con obras y de verdad a la Iglesia de Dios y al Romano Pontífice.

—Nuestro amor a la Iglesia debe crecer ante las posibles flaquezas de sus servidores.

—Manifestación concreta de amor a la Iglesia es la preocupación por conocer y dar a conocer las condiciones de vida y los trabajos de los católicos en todo el mundo.

EN EL año 1964, nuestro Fundador hablaba de la festividad de Santa Catalina de Siena, que comenzábamos entonces a celebrar como Intercesora de la Obra: *deseo que se celebre la fiesta de esta Santa, en la vida espiritual de cada uno, y en la vida de nuestras casas o Centros. Siempre he tenido devoción a Santa Catalina: por su amor a la Iglesia y al Papa, y por la valentía que demostró al hablar con claridad siempre que fue necesario, movida precisamente por ese mismo amor*¹.

Santa Catalina de Siena era muy *romana*. Movida por su sentido sobrenatural y por su amor a la Iglesia y a la cátedra de San Pedro, se trasladó a Aviñón y habló al Papa Gregorio XI, pidiéndole que regresara a Roma cuanto antes, a la ciudad donde el

Vicario de Cristo debía gobernar a la Iglesia. Sus oraciones, su sacrificios y su fortaleza hicieron posible que terminara el largo destierro de Aviñón.

Muchos son los avatares que afectan continuamente a la vida de la Iglesia, y todas esas preocupaciones y desvelos cargan de modo especial sobre el Romano Pontífice, a quien Jesucristo ha confiado de modo especialísimo el encargo y la responsabilidad de conducir a buen puerto esta barca milenaria que El quiso sobre la tierra.

Instantia mea quotidiana sollicitudo omnium ecclesiarum (// Cor. XI, 28), carga sobre mí la preocupación de todas las iglesias —escribía San Pablo—, y este suspiro del Apóstol recuerda a todos los cristianos la responsabilidad que todos los fieles hemos de sentir, para poner a los pies de la Esposa de Jesucristo —de la Iglesia santa— lo que somos y lo que poseemos, amándola fidelísimamente, aun a costa de la hacienda, de la honra y de la vida.

*Por eso, al empezar estas consideraciones —escribió nuestro Fundador—, me viene a la memoria el duro peso que grava sobre el Papa y sobre los obispos, y me siento urgido a recordaros la veneración, el afecto, la ayuda que debéis darles con vuestra oración y con vuestra vida entregada*².

Nuestro amor a la Iglesia y al Romano Pontífice ha de manifestarse en la realidad de nuestra ora-

(1) De nuestro Padre, mayo 1964.

(2) De nuestro Padre, *Carta*. 31-V-1943, n. 4.

ción, en la alegría de nuestra obediencia, en la vibración de nuestros actos concretos de servicio. *Ese camino es el que sigue el Papa, el dulce Cristo en la tierra, el Vice-Dios —como me gusta llamarlo—, que dice de sí mismo que es servus servorum Dei, el siervo de los siervos de Dios. Y si el Sumo Pontífice es siervo, hijas e hijos míos, no es tolerable que haya católicos que no quieran serlo*³.

La vida de Santa Catalina fue un derroche de amor y de servicio al Romano Pontífice. Por eso, nuestro Fundador quiso nombrarla Intercesora nuestra, e hizo poner —sobre el relicario que guarda una reliquia de la Santa, en Villa Tevere— la siguiente inscripción: dilexit opere et veritate Ecclesiam Dei ac Romanum Pontificem⁴; amó con obras y de verdad a la Iglesia de Dios y al Romano Pontífice.

OS HE enseñado a amar el calificativo de romanos, con que nos adornamos los hijos de la única y verdadera Iglesia, y estoy dispuesto a predicarlo y a romanizar todas las almas que pueda. ¡Qué ilusión tengo —escribía nuestro Padre en 1950— en que pronto puedan ir pasando por Roma, de un modo constante y ordenado, tantas y tantos hijas e hijos míos, de manera que vuelvan luego a sus Regiones con

el corazón más encendido de amor a la Iglesia y más romano!

*Hemos de romanizarnos, os digo, pero parte de esa labor es preparar el alma, para que no le haga flaquear en la fe ninguna miseria de la que seamos testigos*⁵.

La Iglesia es Santa en sí misma, y santa también en su vida, de la que el Espíritu de Dios extrae continuamente muestras bien evidentes, porque Jesucristo *la amó y se entregó a sí mismo por Ella, para santificarla (...) para mostrar ante sí mismo a la Iglesia resplandeciente, sin mancha, arruga ni cosa parecida, sino para que sea santa e inmaculada*⁶. Pero no podemos olvidar que —siendo santa en sí misma— acoge en su seno a pecadores. *La Iglesia, que es divina, es también humana, porque está formada por hombres y los hombres tenemos defectos: omnes homines terra et cinis (Eccli. XVII, 31), todos los hombres somos polvo y ceniza* \

Es ésta una realidad que las almas cristianas han sufrido a lo largo de la historia, y que Santa Catalina de Siena sintió dolorosamente en su corazón. Ningún miembro de la Iglesia, en la tierra, está exento de debilidades personales; todos pueden equivocarse en sus juicios y errar en su conducta. Por esta razón, el conocimiento de las flaquezas que puedan tener los servidores de la Iglesia —escribió también

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1943, n. 3.

(4) Cfr. I *joann.* III, 18.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 7-X-1950, nn. 53-54.

(6) *Ephes.* V, 26-27.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 7-X-1950, n. 53.

nuestro Padre— *os ayudará a no escandalizaros nunca, si alguna vez llegaran a vuestros oídos noticias de ese género; y os ayudará también a amar más a la Santa Iglesia, Esposa de Jesucristo, moviéndooos —como los buenos hijos de Noé— a tapar con el manto de la caridad y de la discreción los defectos que observéis en personas que forman parte del pueblo de Dios*⁸.

Nuestro servicio a la Iglesia no está condicionado por la santidad personal de quienes la componen, aunque deseemos ardientemente que todos sean santos. Nuestro servicio y nuestro amor son para la Esposa sin mancha de Cristo. *Esta es la razón por la que no admitimos, sobre la Iglesia, ni una duda ni una sospecha: ni la toleramos, en otros, sin protesta. No buscamos a la Iglesia los lados vulnerables —por la acción de los hombres en Ella— para la crítica, como suelen hacer algunos que no parecen tener fe ni amor. No concibo que se pueda amar a la madre, y que se hable de esa madre con despego*⁹.

DESDE hace más de un siglo, los Romanos Pontífices hablan de una campaña que tiende a oscurecer la verdad, a sepultar en el olvido los sufrimientos y las obras rectas de los católicos en todo el

mundo. *Basta pensar en lo que se ha dado en llamar la conspiración del silencio —concretaba nuestro Fundador—: no dejan que se oiga la voz —anuntiabo veritatem tuam in ore meo (Ps. LXXXVIII, 2)— de los que enseñan la verdad con la palabra; no permiten que se contemple el ejemplo de los que la predicán con obras, porque esas obras dan testimonio de Jesucristo (Ioann. V, 36); borran toda huella de buena doctrina, porque no la soportan, sanam doctrinam non sustinebunt (// Tim. IV, 3) (...).*

Efecto de esa política del silencio (...) es también que los católicos suelen desconocer, casi por completo, no sólo las enseñanzas del Magisterio, sino lo referente a la vida de sus hermanos en la fe de otras naciones, e incluso de las mismas naciones, pero de otros ambientes sociales.

*Desconocen sus costumbres piadosas, sus actividades apostólicas, sus frutos al anunciar el Evangelio, sus luchas y dificultades, a veces las persecuciones a que se ven sometidos. Justamente esto llevó al Santo Padre Pío XI a hablar de conspiración, es decir, de una prueba manifiesta de mala voluntad*¹⁰.

No podemos desconocer esta realidad que, por desgracia, se repite una y otra vez en tantos lugares del mundo. Porque *un efecto casi inmediato de esa barrera de silencio, que ciertos medios de información han levantado entre los católicos, ha sido la pérdida del senti-*

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 7-X-1950, n. 54.

(9) De nuestro Padre, *Cana*, 31-V-1943, n. 53.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, nn. 18 y 20.

do de la unión y de la fraternidad, que deberían estar por encima de cualquier diferencia de raza, de mentalidad, de costumbres, de régimen político y de nivel de vida.

Así ocurre con frecuencia que se ven católicos que sienten con mucha más fuerza la afinidad ideológica con otros hombres —aun enemigos de la Iglesia— que el mismo vínculo de la fe con sus hermanos católicos; y que, a la vez que disimulan las diferencias en lo esencial que les separan de personas de otras religiones, o sin religión ninguna, no saben aprovechar el denominador común que tienen con los demás católicos, para convivir con ellos y no exasperar las posibles y legítimas diferencias de opinión en lo contingente¹¹.

Precisamente uno de los apostolados de la Obra es dar a conocer la verdad, con claridad y objetividad. Y hacer que se conozca, en cada país, el ambiente de religión y de trabajo, las actividades científicas y sociales, de los católicos de los demás países, no sólo en sus labores colectivas, sino también en sus tareas individuales¹².

La Santísima Virgen se hizo eco, en el *Magnificat*, de las maravillas que Dios había realizado para bien de los hombres. Pidámosle que nos alcance del Señor la gracia de amar con obras y de verdad a la Iglesia de Dios y al Romano Pontífice, y de contribuir a la difusión del mensaje cristiano.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 21.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 69.

464.

29 de abril

SANTA CATALINA DE SIENA (III)

—Dar doctrina es misión de todos los miembros de la Obra.

—Obstáculos que se oponen a la siembra de doctrina.

—Santidad personal para hacer con fruto el apostolado de la opinión pública.

EXIIT qui seminat seminare semen suum (Luc. VIII, 5): *salió el sembrador a echar la semilla. Son palabras del evangelio de San Lucas, de esa parábola maravillosa repleta de enseñanzas, llena de actualidad. Salió el sembrador —como ha salido esta Madre nuestra la Obra, que el Señor ha querido promover en estos tiempos— a sembrar, a desparramar la semilla en todas las encrucijadas de la tierra —ésa es nuestra labor—, para que se acomode a todas las circunstancias de lugares y de épocas, para que arraigue, para que germine y dé fruto la palabra de Dios *

Al hilo de unas palabras de nuestro Padre, vamos a hacer la oración —hoy, fiesta de Santa Catalina de Siena— sobre la necesidad de extender la doctrina de Cristo con todos los medios a nuestro alcance.

Quiero hacer a Jesús, antes de hablaros de esta siembra —escribe nuestro Fundador—, una petición

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, n. 44.

que le hacían los discípulos con frecuencia, una petición que es razonable que yo le haga, como aquellos que le seguían tan de cerca y tenían tantos deseos de asimilar el alimento, la doctrina: *edissere nobis parabolam* (Matth. XIII, 36), *explícanos la parábola*. Jesús, mete en estos hijos míos y en estas hijas mías que me leen, y en mí, una claridad que nunca falte en la vida nuestra, para que la podamos dar a los demás. Explícanos bien, bien, este hecho concreto de trabajar por tu gloria, sembrando la semilla tuya por todos los ambientes a través de esos instrumentos de difusión de las ideas y de los hechos que ocurren en el universo².

Nuestra actividad al servicio de la Iglesia puede definirse como una siembra de doctrina, una gran catequesis. Porque es cierto que tenemos tantos apostolados: los que llamamos personales —y entre estos está el apostolado de la opinión pública, con las mil modalidades que ha de tener—, y los apostolados colectivos. Pero toda esa gama de apostolados, que siempre se manifestarán en formas diversas, acomodadas a las necesidades y a las circunstancias de las personas y de los tiempos; todo eso —os repito— no es más que un medio para dar doctrina. Decidme: ¿no sois vosotros los que estáis tratando de dar doctrina, no sólo a un grupo pequeño de personas en una Casa de retiros, en un Círculo Breve o en un Círculo de Estudios, en una

(2) De nuestro Padre, *Carla*, 30-IV-1946, n. 44.

charla o en una conferencia, sino como el Señor, también continuamente y al aire libre? (...).

Luego todo lo que hacemos en el *Opus Dei* es dar doctrina. Pero como el Señor —que *coepit facere et docere* (cfr. Act. I, 1), comenzó a hacer y a enseñar—, no podemos tener una doble vida, no podemos enseñar lo que no practicamos; por lo menos, hemos de enseñar lo que luchamos por practicar.

Primum, faceré: primero, hacer. Hemos de comenzar nuestro apostolado con el testimonio del ejemplo: ejemplo constante, humilde, perseverante, de personas que saben sacrificarse en lo pequeño, para —con frase de la Escritura Santa— cazar las raposas que se comen la viña (cfr. Cant. II, 15). Cumplir el pequeño deber de cada instante, en el ejercicio de nuestra labor profesional y social, llenando de caridad las relaciones entre los hombres, para aplacar los odios, la luchas, las olas de la tempestad embravecida en este pobre mundo nuestro. Porque es nuestro: es obra de Dios y nos lo ha dado por heredad³.

QUEREMOS llevar la gente a Cristo, predicaba nuestro Padre en 1964. Deseamos que le amen las criaturas todas de la tierra. Lo sabéis y lo enseñáis, aunque hay algunos que se las dan de supersabios y son, sin embargo, hombres ignorantes, incultos, que

(3) De nuestro Padre, *Meditación*, 29-11-1964.

no conocen ni lo que es necesario con necesidad de medio para salvarse... Estos no entienden estas cosas: piensan que son bobadas, niñerías, y no se dan cuenta de que delante de Dios, que es Eterno, las criaturas somos verdaderamente nada. Por eso hemos de invocar al Señor, como llamábamos a nuestra madre en los momentos de necesidad, o como nos refugiábamos en los brazos fuertes de nuestro padre, del que nos engendró con amor santo que yo vuelvo a bendecir tantas veces al día.

¡Hay que invocar, hay que llamar al Señor, con piedad filial! Quomodo ergo invocabunt in quem non crediderunt? (Rom. X, 14), ¿cómo le van a llamar, si no creen en El? Aut quomodo credent ei quem non audierunt? (IbidJ, ¿cómo van a creer en El, si no han oído hablar de El? Quomodo autem audient sine predicante? (IbidJ, ¿cómo van a oír, si no hay quien se lo diga, si no hay quien les predique? Quomodo vero praedicabunt nisi mittantur? (Rom. X, 15), ¿cómo les hablarán, si no hay quien los envíe? Vosotros tenéis la misión de ir a todas las gentes, y yo también, porque nos la ha dado Jesucristo como a los primeros Doce, y la Iglesia la ha ratificado.

Es misión nuestra sembrar por todo el mundo la doctrina de Cristo, extender esta luz de Dios, hacer esta guerra maravillosa de paz y de amor, llevarla a todos los hombres sin excepción de razas, ni de lenguas, ni de circunstancias sociales: sicut scriptum est: quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizan-

tium bona! (Rom. X, 25), ¡qué maravillosos son los pies de los que anuncian el Evangelio de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes! (...).

Sed non omnes obediunt Evangelio (Rom. X, 16), no todos obedecen al Evangelio. Sabemos que esto ocurre, por desgracia; que ni siquiera muchos que se llaman católicos son fieles. A veces, las pequeñas oleadas de cieno que llegan sobre la Obra las provocan católicos y hasta sacerdotes o religiosos.

Allá, en el Nilo, están construyendo una gigantesca presa con la finalidad de regular las aguas del río. Yo no entiendo de estas cosas, pero ¡era tan bonito que de vez en cuando el río se saliera de madre y fecundara los campos con el cieno que lleva en sus aguas! A nosotros, hijos míos, las oleadas de porquería que otros quieren echarnos encima nos llenan de fecundidad espiritual y apostólica, aunque nos duela la labor sucia de quienes las provocan. ¡Qué pena nos dan sus almas! Porque, efectivamente, non omnes obediunt Evangelio (IbidJ, no son buenos católicos los que a sí mismos se llaman católicos, pero no lo demuestran con sus hechos. Operibus credite (Ioann. X, 38), ha dicho el Señor en el Evangelio: creed a las obras. Y San Juan: non verbo ñeque lingua, sed opere et veritate (/ Ioann. III, 18); no améis con la palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad.

Isaias enim dicit: Domine, quis credidit auditui nostro? (Rom. X, 16); Señor, ¿quién creará lo que yo diga? ¿No veis que a veces no creen? No hay malicia

teológica en lo que voy a decir; si hubiera falta de caridad, no lo comentaría. Pero hay personas en las que se cumple el antiguo adagio: quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur, las ideas se reciben según la condición del recipiente. No creen, porque están de tal modo maleados que se les puede echar el vino de las bodas de Cana —aquel que es testimonio del primer milagro de Jesús, la primera manifestación de su divinidad—, pero, mezclado con la conciencia enrarecida de algunos, se convertiría en vinagre.

Nosotros, hijos míos, sigamos echando vino bueno, diciendo siempre la verdad, porque fides ex auditu, auditus autem per verbum Christi (Rom. X, 17); y, al fin, la fe nacerá también en esas almas, y creerán nuestras palabras, con la gracia de Dios⁴.

HIJOS míos, estas consideraciones que os he hecho han sido para que os animéis más y más, con sentido sobrenatural, a sembrar, porque sois Cristo y habéis salido a sembrar la semilla de Cristo, a dar doctrina. Pero, para que la siembra sea eficaz, hijos de mi corazón, necesitáis santidad.

Yo no tengo otra receta, para ser eficaz —y eficacia necesitamos en el ejercicio de este apostolado de la opinión pública—, que la que tenían los primeros cristianos. No hay otra, mis hijos.

El mundo ha adelantado tanto, en todas las actividades de los hombres. Es una maravilla cómo Dios ayuda a la inteligencia humana en esas investigaciones que necesariamente le tienen que llevar a Dios, porque si son verdad a Dios llevan. Todo cambia. Tenemos medios (...) que no tenían nuestros padres a principio del siglo, nuestros abuelos en el siglo pasado. Desde aquellas circunstancias de pobreza de medios, hasta las actuales, hay un abismo.

Sin embargo, en la vida espiritual, ayer, hoy y mañana existen y existirán siempre los mismos medios. No hay posibilidad de adelantar. La misma receta: ¡santidad personal! No hay otra cosa: lucha ascética, poniendo en actividad la fe, que algunos creen que es teoría, para escribir, y no vida de nuestra vida, para practicarla; poniendo en actividad la fe en Cristo, la esperanza: la esperanza de eficacia —a pesar de nuestras personales miserias— y la esperanza del amor que nos aguarda en el cielo. Todas las virtudes teologales no son tampoco en nosotros una teoría, porque se ejercitan activamente, en la vida contemplativa de un hijo de Dios en su Opus Dei.

Escuchad lo que nos dice Jesús, en boca de Juan: Ego in hoc natus sum et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati (Ioann. XVIII, 37); yo para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad, para librar a la humanidad de la esclavitud del pecado.

Esas palabras del Señor son una promesa de la

(4) De nuestro Padre, Meditación, 29-11-1964.

gran fecundidad, que debe tener la labor de las hijas y de los hijos míos que trabajan profesionalmente en los campos de la información, de la doctrina y de las diversiones. Para que deis abundante testimonio de la verdad, rezo cada día con interés particular por nuestro Apostolado de la Opinión Pública.

Se me viene al alma, al escribir estas líneas, como una prueba de cariño, de simpatía y de ayuda espiritual, aquel clamor del salmista: ad annuntiandum mane misericordiam tuam, et veritatem tuam per noctem fPs. XCI, 3): Señor, que esos hijos tuyos que han de hacer con tanto sacrificio la opinión pública en el mundo, anuncien siempre —de día y de noche— hechos y doctrinas de misericordia y de verdad⁵.

Y, para eso, nada mejor que recurrir a la intercesión de la Santísima Virgen, *Sedes Sapientiae*.

Mayo

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 30-IV-1946, nn. 73-74.

465.

1 de mayo
SAN JOSÉ ARTESANO

—Valor humano y sobrenatural del trabajo.

—Nuestra vocación nos lleva a santificar el trabajo ordinario.

—Sin una vida de trabajo intenso y bien hecho, no es posible santificarse según el espíritu del Opus Dei.

OH DIOS, Creador de todas las cosas, que has impuesto a los hombres la ley del trabajo; haz que siguiendo el ejemplo de San José y bajo su patrocinio, realicemos con perfección la obra que nos mandas y alcancemos la recompensa que nos prometes¹.

Las palabras de la colecta de la Misa nos introducen en el tema de nuestra oración en esta fiesta de San José Artesano.

El trabajo acompaña inevitablemente la vida del hombre sobre la tierra, escribió nuestro Padre. Con él aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio: manifestaciones del dolor y de la lucha que forman parte de nuestra existencia humana actual, y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención. Pero el trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Escritura Santa.

(1) Oral.

Es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene ningún sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando unas tareas más nobles que otras. El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia; medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad.

Para un cristiano, esas perspectivas se alargan y se amplían. Porque el trabajo aparece como participación en la obra creadora de Dios, que, al crear al hombre, lo bendijo diciéndole: procread y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra (Genes. 1, 28). Porque, además, al haber sido asumido por Cristo, el trabajo se nos presenta como realidad redimida y redentora: no sólo es el ámbito en el que el hombre vive, sino medio y camino de santidad, realidad santificable y santificadora.

Conviene no olvidar, por tanto, que esta dignidad del trabajo está fundada en el Amor. El gran privilegio del hombre es poder amar, trascendiendo así lo efímero y lo transitorio. Puede amar a las otras criaturas, decir un tú y un yo llenos de sentido. Y puede amar a Dios, que nos abre las puertas del cielo, que nos cons-

tituye miembros de su familia, que nos autoriza a hablarle también de tú a Tú, cara a cara.

Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por el, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios (I Cor. X, 31).*

COMO todos los cristianos que vivimos aquel momento —continúa nuestro Padre en una de sus homilías—, recibí también con emoción y alegría la decisión de celebrar la fiesta litúrgica de San José Obrero. Esa fiesta, que es una canonización del valor divino del trabajo, muestra cómo la Iglesia, en su vida colectiva y pública, se hace eco de las verdades centrales del Evangelio, que Dios quiere que sean especialmente meditadas en esta época nuestra³.

Hemos recibido una llamada de Dios que nos capacita para entender con especial profundidad el in-

(2) *Es Cristo que pasa*, nn. 47-48.

(3) *Es Cristo que pasa*, n. 52.

menso valor sobrenatural de la vida de San José, el valor de una vida sencilla de trabajo cara a Dios, en total cumplimiento de la divina voluntad⁴. Por eso, todos los miembros del *Opus Dei* se obligan a no abandonar el trabajo profesional —u otra ocupación, también profesional y secular, que puede ser señalada a los Numerarios y a los Agregados por los Directores— y a realizarlo con la mayor perfección humana y sobrenatural posible: porque están persuadidos de que el hombre ha sido creado *ut operaretur* (Genes. 1, 18) —para que trabajara—, y porque el eje, alrededor del cual gira nuestra vocación, está en la santificación del trabajo ordinario⁵.

Para un miembro del *Opus Dei* no hay trabajos de mayor o de menor categoría, porque cualquier ocupación digna y noble en lo humano puede convertirse en un *quehacer* divino, y porque en el servicio de Dios no hay tareas de poca calidad: todas son de mucha importancia.

La categoría sobrenatural del oficio depende de las condiciones personales del que lo ejercita, de la seriedad humana con que lo desempeña y del amor de Dios con que lo realiza⁶. Y esto es así porque la fe y la vocación de cristianos afectan a toda nuestra existencia, y no sólo a una parte. Las relaciones con Dios son necesariamente relaciones de entrega, y asumen un

sentido de totalidad. La actitud del hombre de fe es mirar la vida, con todas sus dimensiones, desde una perspectiva nueva: la que nos da Dios (...).

Os recuerdo, una vez más, que todo eso no es ajeno a los planes divinos. Vuestra vocación humana es parte, y parte importante, de vuestra vocación divina. Esta es la razón por la cual os tenéis que santificar, contribuyendo al mismo tiempo a la santificación de los demás, de vuestros iguales, precisamente santificando vuestro trabajo y vuestro ambiente: esa profesión u oficio que llena vuestros días, que da fisonomía peculiar a vuestra personalidad humana, que es vuestra manera de estar en el mundo; ese hogar, esa familia vuestra; y esa nación, en la que habéis nacido y a la que amáis⁷.

EN UN antiguo documento de la primitiva cristiandad, se expone con admirable sencillez la necesidad del trabajo en la vida del cristiano: *si alguien quiere establecerse entre vosotros, que tenga un oficio, que trabaje y así se alimente. Y si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no haya entre vosotros ningún cristiano ocioso. Caso de que no quiera hacerlo así, es un traficante de Cristo. Estad alerta contra este tipo de personas*⁸.

El cristiano no debe limitarse a tener ocupado el día con diversas actividades: ha de santificar todo lo

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 44.

(5) De nuestro Padre.

(6) *Catecismo*, 5ª ed., n. 67.

(7) *Es Cristo que pasa*, n. 46.

(8) *Didaché* 12, 3-5.

que hace. *Para comportarse así, para santificar la profesión, hace falta ante todo trabajar bien, con seriedad humana y sobrenatural*⁹: aprovechando el tiempo, dedicando las horas necesarias, sacando el máximo provecho a los instrumentos de trabajo que Dios ha puesto en nuestras manos. La vida de San José no transcurrió entre milagros, sino con un trabajo constante y duro. *San José no es el hombre de las soluciones fáciles y milagreras, sino el hombre de la perseverancia, del esfuerzo y —cuando hace falta— del ingenio. El cristiano sabe que Dios hace milagros: que los realizó hace siglos, que los continuó haciendo después y que los sigue haciendo ahora, porque* non est abbreviata manus Domini (Isai. LIX, 1), *no ha disminuido el poder de Dios.*

Pero los milagros son una manifestación de la omnipotencia salvadora de Dios, y no un expediente para resolver las consecuencias de la ineptitud o para facilitar nuestra comodidad. El milagro que os pide el Señor es la perseverancia en vuestra vocación cristiana y divina, la santificación del trabajo de cada día: el milagro de convertir la prosa diaria en endecasílabos, en verso heroico, por el amor que ponéis en vuestra ocupación habitual. Ahí os espera Dios, de tal manera que seáis almas con sentido de responsabilidad, con afán apostólico, con competencia profesional.

Por eso, como lema para vuestro trabajo, os puedo

(9) *Es Cristo que pasa*, n. 50.

*indicar éste: para servir, servir. Porque, en primer lugar, para realizar las cosas, hay que saber terminarlas. No creo en la rectitud de intención de quien no se esfuerza en lograr la competencia necesaria, con el fin de cumplir debidamente las tareas que tiene encomendadas. No basta querer hacer el bien, sino que hay que saber hacerlo. Y, si realmente queremos, ese deseo se traducirá en el empeño por poner los medios adecuados para dejar las cosas acabadas, con humana perfección*¹⁰.

Nuestro Fundador nos señaló, con frase gráfica, que *tenemos una enfermedad crónica en el Opus Dei, que es el trabajo. Una enfermedad contagiosa, incurable y progresiva*". No sabemos estar sin hacer nada, y conforme se adelanta en el camino, hemos de ser más trabajadores, más apostólicos, más santos. Por eso pedimos al Señor una vida llena de trabajo, hasta gastarnos totalmente en su servicio.

Tenemos el ejemplo de la Virgen y de San José: una existencia de trabajo bien hecho, sin relumbré humano pero con eficacia redentora.

(10) *Es Cristo que pasa*, n. 50.

(11) De nuestro Padre, Crónica IH-65, p. 11.

466.

2 de mayo

ANIVERSARIO DE LA
DEDICACIÓN DE LA IGLESIA PRELATICA

—Todos los cristianos somos piedras del edificio espiritual de la Iglesia.

—Somos templo vivo del Espíritu Santo y pertenecemos a Dios Nuestro Señor.

—Ser fieles a Dios en todo momento, también si alguna vez la entrega parece más costosa.

MEDIANTE la Constitución apostólica *Ut sit*, por la que el Opus Dei quedó erigido en Prelatura personal, el Romano Pontífice erigió también el oratorio de Santa María de la Paz, en cuya cripta reposan los restos mortales de nuestro Fundador, como Iglesia prelatia. La solemne ceremonia de dedicación fue oficiada por nuestro Prelado el 2 de mayo de 1986, una vez terminadas las necesarias obras de acondicionamiento que se vio oportuno realizar¹.

Entre las imágenes que la Sagrada Escritura utiliza para hablar de la Iglesia, hay una que en el día de hoy adquiere particular relieve. San Pablo, en efecto, la parangona a un edificio que Dios construye en la tierra sirviéndose de los Apóstoles como instrumentos². *El mismo Señor se comparó a la pie-*

dra que rechazaron los constructores, pero que fue puesta como piedra angular (cfr. Matth. XXI, 42; Act. IV, 11; I Petr. II, 7; Ps. CXVII, 22). Sobre este fundamento, los Apóstoles levantan la Iglesia (cfr. I Cor. III, 11), que de El recibe firmeza y cohesión. Esta edificación recibe diversos nombres: casa de Dios (cfr. I Tim. III, 15), en la que habita su familia; habitación de Dios en el Espíritu (Ephes. II, 19-22), tabernáculo de Dios entre los hombres (Apoc. XXI, 3) y sobre todo templo santo, que los Santos Padres celebran como representado en los templos de piedra y la liturgia, no sin razón, compara a la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén³.

El templo material es, pues, signo del edificio espiritual que formamos los cristianos. También vosotros —escribe San Pedro— *sois empleados como piedras vivas para la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales que sean agradables a Dios por Jesucristo⁴*. En nuestra Iglesia prelatia estamos simbolizados los miembros del Opus Dei, unidos con el Señor y entre nosotros por una particular Comunión de los Santos dentro del Cuerpo Místico de Jesucristo. *Como todos los hijos de la Iglesia, nos reconocemos en las palabras del Príncipe de los Apóstoles proclamadas en la segunda lectura de la Misa; palabras*

(1) Cfr. Del Padre, Homilía en la dedicación de la Iglesia prelatia de Santa María de la Paz, 2-V-1986.

(2) Cfr. I Cor. III, 9.

(3) Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, n. 6.

(4) I Petr. II, 4-5.

*que nos traen, además, el eco de la constante predicación de nuestro Fundador: vos autem genus electum, regale sacerdotium, gens sancta (I Petr. II, 9). Hemos sido elegidos por Dios, sin ningún mérito por nuestra parte, para ser un linaje escogido, un sacerdocio real, un pueblo santo, para anunciar las maravillas de Dios, que nos ha llamado de las tinieblas a su luz admirable. Este es nuestro fundamento. ¿Queremos ser más eficaces en nuestro servicio a la Iglesia? ¿Queremos llevar sobre nuestros hombros, con más garbo, el peso del edificio espiritual que forman todos los fieles cristianos? ¡Apoyémonos más en Jesucristo, tratemos a su Humanidad Santísima, seamos almas de Eucaristía, amemos la Confesión, que es el tribunal de su misericordia!*⁵.

EN EL rito de la dedicación de una iglesia está prevista la unción del altar y su vestición con manteles. Nuestro Fundador, cuando realizaba esta ceremonia, solía comentar: *vosotros y yo somos como altares: nos han ungido. Nos ungieron con óleo, primero en el Bautismo, y luego en la Confirmación. Y esperamos con alegría el momento de recibir la Extremaunción (...), cuando de nuevo nos volverán a ungir. Luego somos cosa santa y, por tanto, nuestro cuerpo debe estar consagrado a Dios Nuestro Señor. Sin simplezas,*

(5) Del Padre, Homilía en la dedicación de la Iglesia prelatia de Santa María de la Paz, 2-V-1986.

*hemos de cuidar los detalles de modestia, tener cuidado de nuestro cuerpo, ponerlo al servicio de Dios, vestirlo convenientemente. Para eso, hay que vestir también el alma con los hábitos buenos que se llaman virtudes, y que son tan propios del cristiano*⁶.

Por el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía, nuestra alma y nuestro cuerpo se han convertido en templo vivo del Espíritu Santo: *¿no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? Habéis sido comprados mediante un precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo*⁷.

No queremos quitar al Señor lo que es suyo. Y para eso es necesario pelear día a día contra las malas inclinaciones, contra la vanidad, la pereza, la sensualidad, la soberbia... Como decía nuestro Fundador, *un cristiano corriente tiene obligación de luchar, no debe perder de vista que pertenece a Dios Nuestro Señor. Saber que sois suyos, como los altares que hemos consagrado, os ayudará a ser siempre buenos hijos de Dios*⁸.

La fiesta de hoy nos brinda una buena ocasión para revisar si nuestra vida es plenamente del Señor; si la entrega de nuestro ser, que libremente hicimos un día correspondiendo a su gracia, se mantiene íntegra; si estamos bien fundados en Jesucristo, piedra

(6) De nuestro Padre, Palabras en la consagración de un altar, 27-X-1974.

(7) I Cor. VI, 19-20.

(8) De nuestro Padre, Palabras en la consagración de un altar, 27-X-1974.

angular de nuestro edificio espiritual. *Para quienes, por vocación divina, hemos venido al Opus Dei, el espíritu que Dios entregó a nuestro Fundador forma parte de ese cimiento. Nuestra ambición es servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida. Y lo que la Iglesia y el Santo Padre esperan de nosotros es que seamos cada vez más fieles a nuestro espíritu. De esta manera, a pesar de nuestra pequenez personal, seremos esas piedras vivas que el Señor quiere utilizar para dar fortaleza y consistencia a su Iglesia, a esta Casa de oración que es, al mismo tiempo, la Esposa de Cristo*⁹.

EL EVANGELIO de la Misa de hoy nos habla de aquella ocasión en la que el Señor, entrando en Jericó, vio a un hombre llamado Zaqueo subido en lo alto de una higuera. *Cuando Jesús llegó al lugar, levantando la vista, le dijo: Zaqueo, baja pronto, porque conviene que hoy me hospede en tu casa*¹⁰.

También nosotros sabemos que *el Señor tiene que venir a aposentarse (...), a habitar dentro de nuestra alma: en nuestro trabajo, en nuestros afectos, en nuestras alegrías, en nuestras penas, que no son tan grandes, son pequeñas*". Y desea encontrar una acogida cariñosa, como la de aquel publicano que le re-

(9) Del Padre, Homilía en la dedicación de la Iglesia prelatia de Santa María de la Paz, 2.V.1986.

(10) In aniversario dedicationis ecclesiae, Ev. (Luc. XIX, 5).

(11) De nuestro Padre, Noticias VII-75, p. 202.

cibió en su casa, lleno de gozo. Más que el banquete que dio en su honor, lo que agradó a Jesucristo fue la buena disposición de Zaqueo, con la que demostraba el vuelco profundo que la visita de Jesús había producido en su vida: *Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si he defraudado en algo a alguien, le devuelvo cuatro veces más*¹².

Necesitamos convertirnos al Señor, renovando muchas veces la entrega que hemos hecho a Dios en el Opus Dei. De vez en cuando, habrá que superar los momentos difíciles que puedan hacerse presentes en nuestra vida: no serán muchos, por bondad de Dios, si cada día procuramos ser más fieles a nuestra vocación divina.

Es la enseñanza que el Señor quiso grabar en el alma de nuestro Padre en una fecha como la de hoy, cuando hizo la primera romería al Santuario de Nuestra Señora de Sonsoles. Refiriéndose a aquel 2 de mayo de 1935, nuestro Fundador dejó escrito: *desde Avila, veníamos contemplando el Santuario, y —es natural—, al llegar a la falda del monte desapareció de nuestra vista la Casa de María. Comentamos: así hace Dios con nosotros muchas veces. Nos muestra claro el fin, y nos lo da a contemplar, para afirmarnos en el camino de su amabilísima Voluntad. Y, cuando ya estamos cerca de El, nos deja en tinieblas, abandonándonos aparentemente. Es la hora de la tentación:*

(12) In aniversario dedicationis ecclesiae, Ev. (Luc. XIX, 8).

dudas, luchas, oscuridad, cansancio, deseos de tumbarse a lo largo... Pero, no: adelante. La hora de la tentación es también la hora de la Fe y del abandono filial en el Padre-Dios. ¡Fuera dudas, vacilaciones e indecisiones! He visto el camino, lo emprendí y lo sigo. Cuesta arriba, ¡hala, hala!, ahogándome por el esfuerzo: pero sin detenerme a recoger las flores que,, a derecha e izquierda, me brindan un momento de descanso y el encanto de su aroma y de su color... y de su posesión: sé muy bien, por experiencias amargas, que es cosa de un instante tomarlas y agostarse: y no hay, en ellas para mí, ni colores, ni aromas, ni paz. ¡Arriba!, en plena oscuridad: ya me hizo el Señor ver la luz y tengo Maestros, lazarillos de mi ceguera momentánea —los Directores de la Obra—: obedecer, luego de abrirles mi corazón, con sencillez y sinceridad.

Ya llegamos. Ya vemos de nuevo el Santuario de María: así el alma, que persevera en su camino de apostolado. Pasa la noche, y ve con luz nueva, que no se extinguirá hasta la posesión de Dios-Amor¹³.

Hoy queremos renovar los sentimientos que embargaban al Padre al realizar la dedicación de nuestra Iglesia prelaticia. Como consta en el acta de la ceremonia, en esos momentos rogaba a Dios que esta iglesia sea siempre el centro hacia el que convergen los corazones de mis hijas y de mis hijos, y sea también cátedra desde la que se extienda cada vez más

por todo el mundo el amor a la Iglesia Santa y al Romano Pontífice. Recé asimismo para que Santa María de la Paz nos mire siempre con afecto maternal, sea nuestra protectora y conserve seguro nuestro camino, para que lo recorramos todos juntos con alegría, sembrando por doquier la alegría y la paz¹⁴.

(13) De nuestro Padre, Relación de la primera romería, mayo 1935.

(14) Del Padre, Acta de dedicación de la Iglesia prelaticia de Santa María de la Paz, 2-V-1986.

467.

3 de mayo

SANTOS FELIPE Y SANTIAGO, APOSTÓLES

—En la vida de los Apóstoles se entremezclan la acción de la gracia y las limitaciones humanas.

—El Señor quiere que seamos apóstoles suyos, aunque tengamos defectos.

—La unión con Cristo, condición imprescindible para dar frutos apostólicos.

SEÑOR, Dios nuestro, que nos alegras todos los años con la festividad de los Apóstoles Felipe y Santiago: concédenos, por su intercesión, participar en la muerte y resurrección de tu Hijo, para llegar a la visión eterna de tu rostro¹.

El Apóstol Felipe era natural de Betsaida, patria de Andrés y de Pedro²; una pequeña aldea situada en las cercanías del lago de Tiberíades. Una mañana, junto al Jordán, Felipe se encontró con el Señor que, en compañía de sus primeros discípulos, se encaminaba a Galilea. *Y le dijo Jesús: sigúeme³.* Sin un instante de vacilación, Felipe se puso en camino detrás del Maestro. Tan fuerte prendió la llamada en su corazón, que en cuanto vio a Natanael, amigo suyo, *le dijo: hemos encontrado a Aquel de quien escribieron*

(1) Orar.

(2) *Cir. loann.* I, 44.

(3) *loann.* I, 43.

Moisés en la Ley, y los profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José⁴.

De Santiago el Menor, que llegó a ser el primer obispo de Jerusalén, no se narra en el Evangelio el momento preciso en que comenzó a seguir a Jesús; quizá porque, siendo primos hermanos, se conocían desde pequeños. La tradición lo representa como un hombre austero, exigente consigo mismo, columna de la Iglesia junto con Pedro y con Juan⁵.

La vocación divina fue en estos Apóstoles compatible con las limitaciones propias de todos los hombres. Eran a veces tercos y obstinados, con una buena dosis de visión humana, como los demás Apóstoles; y fue preciso que el Señor los formara poco a poco, con infinita paciencia. San Juan narra en su Evangelio que, cuando Cristo se disponía a realizar el milagro de la multiplicación de los panes y los peces, preguntó a Felipe: *¿dónde compraremos pan para que coman éstos? Lo decía para probarle, pues El sabía lo que iba a hacer⁶.* La respuesta de Felipe es fruto de una lógica estrictamente humana: *doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno coma un poco⁷.*

La Sagrada Escritura nos muestra a menudo otras flaquezas de los Apóstoles: pequeñas ambicio-

(4) *Ibid.*, 45.

(5) *Cfr. Galat.* II, 9.

(6) *loann.* VI, é.

(7) *Ibid.*, 7.

nes terrenas, desánimo ante las dificultades, falta de fe... Sin embargo, como eran sencillos, fueron limando poco a poco sus defectos; de este modo se dispusieron a colaborar con el Señor en su misión redentora. Y es que *la naturalidad y la sencillez son dos maravillosas virtudes humanas, que hacen al hombre capaz de recibir el mensaje de Cristo. Y, al contrario, todo lo enmarañado, lo complicado, las vueltas y revueltas en torno a uno mismo, construyen un muro que impide con frecuencia oír la voz del Señor*⁸.

La llamada divina y su respuesta generosa hicieron de estos hombres Apóstoles de Jesucristo, que llevaron por todo el mundo la verdad divina. Felipe predicó el Evangelio en Frigia, donde sufrió martirio y fue crucificado; Santiago, siendo de edad avanzada, fue precipitado desde el punto más alto del Templo de Jerusalén⁹. El recuerdo de estos Apóstoles ha de llevarnos a un sentimiento de confianza. También nosotros tenemos flaquezas y defectos, pero contamos con la ayuda poderosa de la gracia, y vencemos.

EN EL curso de la Última Cena, Jesús anuncia a los Apóstoles que va a disponerles un lugar en la casa del Padre, y que luego volverá para llevarlos consigo. Ante las preguntas de los Doce, que no com-

prendían, el Señor les explica: *si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora le conoceréis y le habéis visto. Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre y nos basta. Jesús le contestó: Felipe, ¿tanto tiempo como llevo con vosotros y no me has conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre*¹⁰.

La pregunta de Felipe es ocasión de una gran revelación de Jesucristo: *¿no crees que Yo estoy en el Padre y el Padre en mí?*¹¹. El Señor habla de la unidad sustancial de las tres Personas divinas, y a través de su Humanidad Santísima —ese cuerpo y esa alma que había querido asumir para salvarnos— nos manifiesta la Divinidad y es el sacramento originario del que manan todas las gracias. El Hijo de Dios —escribe San Agustín— *se hizo hombre para ser nuestro camino. Siguiendo el camino de su humanidad llegarás a la divinidad. El te conduce a El mismo. Si El no hubiera tenido voluntad de ser camino, andaríamos siempre extraviados. Hízose, pues, camino por donde ir*¹².

Este es el único modo de ser apóstoles: andar ese Camino, buscar esa Verdad, vivir esa Vida que nos ofrece la Humanidad Santísima del Señor. No importa que tengamos defectos, siempre que luchemos, porque el Señor cuenta con ellos.

(10) Ev. (Ioann. XIV, 7-9)

(11) *Ibid.*, 10.

(12) San Agustín, *Sermo* 141, 4.

(8) *Amigos de Dios*, n. 90.

(9) Cfr. Eusebio de Cesárea, *Historia Ecclesiastica* II, 23.

Desde el comienzo de mi predicación —escribió nuestro Padre—, os he prevenido contra un falso endiosamiento. No te turbe conocerte como eres: así, de barro. No te preocupe. Porque tú y yo somos hijos de Dios —y éste es endiosamiento bueno—, escogidos por llamada divina desde toda la eternidad: nos eligió el Padre, por Jesucristo, antes de la creación del mundo para que seamos santos en su presencia (Ephes. I, 4). Nosotros que somos especialmente de Dios, instrumentos suyos a pesar de nuestra pobre miseria personal, seremos eficaces si no perdemos el conocimiento de nuestra flaqueza. Las tentaciones nos dan la dimensión de nuestra propia debilidad (...).

Aun en los momentos en los que percibamos más profundamente nuestra limitación, podemos y debemos mirar a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, sabiéndonos partícipes de la vida divina. No existe jamás razón suficiente para volver la cara atrás (cfr. Luc. IX, 62): el Señor está a nuestro lado. Hemos de ser fieles, leales, hacer frente a nuestras obligaciones, encontrando en Jesús el amor y el estímulo para comprender las equivocaciones de los demás y superar nuestros propios errores. Así todos esos decaimientos —los tuyos, los míos, los de todos los hombres—, serán también soporte para el reino de Cristo.

Reconozcamos nuestras enfermedades, pero confesemos el poder de Dios. El optimismo, la alegría, el convencimiento firme de que el Señor quiere servirse de nosotros, han de informar la vida cristiana. Si nos

*sentimos parte de esta Iglesia Santa, si nos consideramos sostenidos por la roca firme de Pedro y por la acción del Espíritu Santo, nos decidiremos a cumplir el pequeño deber de cada instante: sembrar cada día un poco. Y la cosecha desbordará los graneros*¹³.

NUESTRA vocación, como la de Felipe y Santiago, como la de los demás Apóstoles, nos lleva a producir en nuestra vida la vida de Cristo. Exige, por tanto, que seamos instrumentos eficaces para transmitir la doctrina de Jesucristo a los demás.

Hemos meditado cómo la llamada divina llevó a Felipe, en los albores de su vocación, a hacer apostolado: *ven y lo verás*^M, dijo a Natanael, que se mostraba escéptico ante la llegada del Mesías. Más tarde, en la inminencia de la Pascua, el Evangelio hace notar que *entre los que subieron a adorar a Dios en la fiesta había algunos griegos; éstos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaban diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Fue Felipe y se lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe fueron y se lo dijeron a Jesús*¹⁵.

Esta es la misión del apóstol: llevar las almas a Cristo, hacerles conocer y amar al único que puede salvarles. Dios nos llama a ser presencia y testimo-

(13) *Es Cristo que pasa*, n. 160.

(14) *Ioann.* I, 46.

(15) *Ioann.* XII, 20-22.

nio suyo en medio de la sociedad, en todas las encrucijadas de los hombres, contribuyendo con nuestro ejemplo y con nuestra palabra a incrementar el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia. Para cumplir esta misión, sólo una cosa es necesaria: permanecer unidos a Jesucristo en todo momento, incluso en medio de nuestros defectos y flaquezas personales.

Decía nuestro Padre en cierta ocasión: *os voy a dar unos puntos para vuestra meditación, tres puntos que podéis llevar luego a la oración. El primero es esa frase del Evangelio: euntes ergo, docete omnes gentes* (Matth. XXVIII, 19). A vosotros y a mí, el Señor nos ha dicho euntes! Enseñad con vuestro ejemplo, aunque estéis llenos de errores, aunque tengáis defectos. Pero aun así: docete omnes gentes (...).

Segundo punto: sine me, nihil potestis facere (Joann. XV, 5). ¿Cómo nos dice que vayamos —euntes—, si no podemos nada? Y entonces, el tercer punto: *omnia possum in eo qui me confortat* (Philip. IV, 13). Y os imagináis una vid con los sarmientos que dan fruto, que pueden madurar; pero si los arrancan de la vid se secan, terminan pisándolos las caballerías o los hombres, sólo sirven para el fuego. En cambio, el sarmiento que está unido a la vid, madura y produce vino para la mesa o para el altar.

¿Qué hemos de hacer nosotros? Estar muy unidos a Jesucristo que es nuestra vid. ¿Cómo? Con el Pan y la Palabra: con la Sagrada Eucaristía y con esa oración a

lo largo de todo el día, repitiendo comuniones espirituales, y diciéndole cosas de cariño (...).

Si el sarmiento se arranca, aun estando con fruto, se pudre; se convierte en una gusanera, se convierte en medio para el mal, en vez de ser medio para el bien. Así que, hijos míos: euntes ergo docete... sine me nihil!... y omnia possum in eo qui me confortat

*En la memoria podéis tener durante todo el tiempo la imagen de la vid que, si se separa, sólo sirve para que la pisen las bestias o de leña para el fuego. Sentid el sabor del vino bueno, de los granos de uva maduros. Al final, invocad a la Virgen, para que os enseñe a estar pegadicos a la vid, unidos a Jesucristo, Ella que lo estuvo siempre*¹⁶.

(16) De nuestro Padre, Tertulia, 13-VII-1968.

468.

12 de mayo
ANIVERSARIO DE LA
PRIMERA COMUNIÓN DEL PADRE

—La presencia del Señor en la Eucaristía es estímulo de nuestro afán de almas.

—Para llevar a Cristo a la muchedumbre hemos de ser almas contemplativas.

—Pedir al Señor, presente en el Sagrario, que nos envíe más vocaciones.

¡CUANTAS veces nos hemos recogido alrededor del Sagrario (...) para hacer juntos la oración sobre la Eucaristía! Parecería como si el tema estuviese agotado, pero Cristo Jesús es fuente viva, con aguas que saltan hasta la vida eterna floann. IV, 14). Y hoy, no sé por qué —mejor dicho, vosotros y yo sabemos por qué—, cuando hemos de hablar de Cristo en la Eucaristía, cuando hemos de meditar sobre el amor grandísimo del Señor, que se ha quedado oculto bajo las especies sacramentales, nos acordamos de una de aquellas parábolas que, a lo largo de los tres años de vida pública, salieron de su boca; una parábola maravillosa, fecunda: la parábola del sembrador'.

Hoy es el aniversario de la Primera Comunión del Padre; y la celebración familiar de esta fecha

nos lleva a unirnos a su acción de gracias, y nos impulsa a encomendar con más empeño sus intenciones, las peticiones que presenta al Señor. Al mismo tiempo, nos trae a la memoria el recuerdo de la primera vez que Jesucristo vino sacramentalmente a cada uno de nosotros, convirtiéndose en huésped de nuestra alma y embelleciéndola con sus gracias. Luego, cada vez que hemos recibido la Sagrada Eucaristía, esa unión se ha ido haciendo más íntima, y Cristo ha infundido en nosotros sus mismos sentimientos redentores: hambre y sed de almas, que son señal clara de nuestra identificación con Jesús. Por eso, haremos la oración siguiendo unas palabras de nuestro Fundador que nos animan a encendernos más y más en el afán apostólico.

Algunas veces hemos considerado a Cristo Jesús que vuelve a sembrar y nos aprieta en su mano llagada, nos inunda con su Sangre, nos purifica, nos limpia, ¡nos emborracha! y luego, generosamente, nos echa por el mundo uno a uno, esparcidos, como deben ir sus hijos del Opus Dei: que el trigo no se siembra a sacos, sino grano a grano.

Hijos míos, salió el sembrador a sembrar su siembra (Luc. VIII, 5), y hoy nos recuerda que salió a sembrar amor. Léa yo esta mañana unos versos viejos, escritos hacia el año 1200, cuando las lenguas romances comenzaban a desarrollarse; leía aquellos cantos

(1) De nuestro Padre, Meditación, 26-111-1964.

de segadores, y cantaban así los hombres que recogían la mies de los campos: ésta sí que es siega de vida / ésta sí que es siega de flor.

Cuando pensamos, hijos míos, en las hambres de verdad que hay en el mundo; en la nobleza de tantos corazones que no tienen luz; en la flaqueza mía y en la vuestra, y en la de tantos que tenemos motivos para estar deslumhrados por la luz del Señor; cuando sentimos la necesidad de sembrar la luz de Cristo, para que se pueda hacer esa siega de vida, esa siega de flor, nos acordamos —y es cosa que hemos meditado muchas veces— de aquel andar de Cristo hambriento por los caminos de Palestina.

El Señor —nos lo dice el Santo Evangelio— no tenía donde reclinar la cabeza (cfr. Matth. XVIII, 20), lo mismo que aquellas pobres gentes que le seguían, a quienes había elegido como Apóstoles: fuera de Mateo, de los demás no sabemos que poseyeran gran cosa, hasta el punto de que una vez pasó Jesús en día de sábado junto a unos sembrados; y teniendo hambre sus discípulos, comenzaron a coger espigas y a comer los granos (Matth. XII, 1). También ellos, como nosotros ahora, considerarían la necesidad de difundir la Buena Nueva, mientras andaban por un trigal restregando entre las manos aquellas espigas cuajadas y comiendo los granos con hambre².

(2) De nuestro Padre, Meditación, 26-111-1964.

MESSIS quidem multa (Matth. IX, 37). La mies, la muchedumbre de los hombres que entonces había y de los que habían de venir después, era mucha. Messis quidem multa, operarii autem pauci (IbidJ: la mies es mucha pero los obreros son pocos. ¿No es esto lo que os digo yo tantas veces, de mil formas diversas, cuando nos ponemos a considerar las necesidades de la Obra en esta Región o en aquella otra, cuando hay dificultades o la imposibilidad casi física de marchar a un nuevo país, o de iniciar una nueva labor porque —aun habiendo muchas— hacen falta más vocaciones? Os digo entonces que hay que dejar que pase el tiempo, hay que acudir al Señor: rogare ergo Dominum messis ut mittat operarios in messem suam (Matth IX, 38), rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies.

Hoy que consideramos especialmente esta maravilla del milagro eucarístico, ese alimento que has dejado para nuestras almas, es justo, Señor, que yo cambie un poco el rumbo de la meditación para hablar de la necesidad de darte a la muchedumbre, que no te conoce y está vacía de ideales, animalizada, ¡perdida!, porque faltan brazos, ¡obreros! que trabajen en esa mies llevando tu pan y tu palabra (...).

Caritas Christi urget nos (// Cor. V, 14): es tu amor, es tu palabra, es tu presencia en la Hostia Santa lo que nos empuja. Tú nos obligas, Señor, con esta entrega tuya a todos los hombres, a salir en medio de la muchedumbre. Y ahora te pedimos especialmente por

esas almas que esperan el alimento del pan que eres Tú, el alimento de la palabra que eres Tú, a través de estos obreros que son tus hijos en el Opus Dei.

Para mezclar un poco lo divino con lo humano —igual que Jesucristo, que es perfectus Deus, perfectus Homo (Symb. Athan.j, perfecto Dios y perfecto Hombre, escondido en algo tan sencillo y tan necesario como es el pan—, voy a recordar otra vez algo del principio de la literatura de mi tierra, cuando Gonzalo de Berceo escribía su poesía cristiana, cuando Alfonso el Sabio escribía sus cantigas en loor de Santa María. Desde chico, Señor, desde la primera vez que yo pude hojear esa poesía gallega de Alfonso el Sabio, me ha conmovido el recuerdo de algunas de sus estrofas.

Me removía con esas cantigas, como la de aquel monje que pidió en su simplicidad a Santa María contemplar el cielo. Se marchó al cielo en su oración —esto lo entendemos todos nosotros, lo entienden todos mis hijos, todos, porque somos almas contemplativas—, y cuando volvió de su oración no reconocía a ningún monje del monasterio. ¡Habían pasado tres siglos! Ahora lo entiendo también de una manera particular, cuando considero que Tú te has quedado en el Sagrario desde hace dos mil años para que yo te pueda adorar y amar y poseer; para que yo pueda comerte y alimentarme de Ti, sentarme a tu mesa, ¡endiosarme!

¿Qué son tres siglos para un alma que ama? ¿Qué son tres siglos de dolor, tres siglos de amor, para un alma enamorada?: ¡un instante! Me explico, Señor, tus

dos mil años de espera en el Tabernáculo; lo que no me explico es mi frialdad, lo que no me explico es que me acostumbre a esta maravilla, que me parece tan razonable porque yo hubiera hecho lo mismo que Tú, y soy un pobre hombre (...).

Perfectus Deus, perfectus Homo. Gracias, Señor, porque te has acomodado, con la maravilla de tu inmenso poder y la ternura de tu corazón divino, a todas las necesidades del pobre corazón humano³.

AQUÍ tengo unas palabras de un villancico, de una copla que se escribió entre los años 1200 y 1300: ¿A quién contaré mis quejas, mi lindo amor? / ¿A quién contaré mis quejas, sino a Vos? Y ya os estoy diciendo cómo tenemos que hacer nosotros la acción de gracias después de la Comunión, que parece breve —a veces son diez minutos raspados—, pero que dura todo el día, porque estamos siempre en la presencia de Dios y, sin darnos cuenta, se nos pasan los tres siglos de aquel monje (...).

¿A quién contaré mis quejas, sino a Vos? Hijos míos, yo no sé cómo harán la meditación en otros sitios. Quizá con sermones decimonónicos, llenos de cosas floridas y hermosas, elocuentes. Pero yo querría que vosotros y yo hiciéramos así nuestra oración de cada día: una oración afectiva que, partiendo de nuestra

(3) De nuestro Padre, Meditación, 26-111-1964.

humildad, del conocimiento propio y de la grandeza de Dios, nos lleve, ¡cara a la vida!, a ir adelante contando nuestras quejas —¡cantando nuestras quejas!—, ¿a quién sino a Vos, Señor? Es una conversación amorosa que no debe interrumpirse ni en el momento en que parece que nos alejamos de El, porque toda la vida nuestra está hecha de coplas de amor a lo divino. ¡Señor, nuestra miseria personal, nuestros defectos, no nos dan miedo cuando te tenemos a Ti, cuando nos llevan a Ti por la humildad, que eres Tú el imán de nuestra vida!

Os pido, hijos míos, que nos sepamos aprovechar de la bondad del Señor, oculto en el Sagrario, para volver al comienzo de esta meditación mía y de la que hacéis cada uno de vosotros por vuestra cuenta, acompañándome a mí, que cuajo en ruido de palabras el sentir de mi corazón. Y volvemos a contemplar a Cristo Hombre, con afán de mies, con afán de segadores para la mies. ¡Más vocaciones! ¡Necesitamos más vocaciones! (...). Que vengán gentes de todas las razas, abundantes, bien dispuestos, ¡humanos!; porque si no son humanos, no podremos hacerlos divinos. Y que no nos falte la posibilidad de darles la formación adecuada.

¿A quién contaré mis quejas, mi lindo amor? / ¿A quién contaré mis quejas, sino a Vos? (...). Hijos míos, ésta es la vida nuestra: amar. Y esto nos hará comprensivos, nos hará tener el corazón grande, y sentir y vivir *aquel* venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et Ego reficiam vos (Matth. XI, 28); *venid a Mí*

todos los que andáis agobiados, con trabajos y cargas, que Yo os aliviaré. Hijos, que no rechacemos a nadie, que sepamos perdonar, convivir, disculpar. Que procuremos decir la verdad clara, sin intención de causar heridas, aunque haya que herir algunas veces, como hiera el bisturí, ad salutem, para sanar a las almas.

Querría terminar. Y, para ponerme a la altura del modo de decir de aquellos tiempos, cuando el latín perdía su valor de lengua universal y comenzaban las lenguas romances, querría concluir con loores a Nuestra Señora, la Virgen pura, la sin mancha, la que te trajo al mundo, Señor. Me atrevo a decirlo, mi lindo amor: ¡bendita sea la Madre que te trajo al mundo!⁴.

(4) De nuestro Padre, Meditación, 26-111-1964.

469.

13 de mayo

NUESTRA SEÑORA DE FATIMA

—La Virgen se nos manifiesta como Madre deseosa de la salvación eterna de sus hijos.

—Nuestra Señora nos impulsa a reparar por los pecados.

—El Rosario es una oración especialmente grata a la Santísima Virgen.

LAS APARICIONES de la Virgen tienen un significado bien preciso: mostrar visiblemente su amor de Madre, en circunstancias particularmente difíciles en la vida de los hombres. No pretende resolver problemas meramente materiales —aunque en ocasiones también lo haga—, sino que busca la conversión de las almas. En ocasiones, cuando los hombres parecen endurecidos en el pecado, la Virgen interviene de un modo extraordinario, como una madre que utiliza todos los recursos a su alcance para mover a los hijos al arrepentimiento y llevarles de nuevo a Cristo.

Una de estas intervenciones maternas de Santa María tuvo lugar el 13 de mayo de 1917. Ese día, la Virgen quiso mostrarse en Fátima a tres pastorcillos, en el lugar llamado Cova da Iria. En meses sucesivos, hasta el 13 de octubre del mismo año, Santa María volvió a hacerse presente en aquel lugar, instruyendo a los videntes en la necesidad de reparar

por los pecados de los hombres y confirmando la realidad de sus apariciones con un prodigio memorable.

La Iglesia, a quien compete valorar y juzgar las revelaciones privadas de acuerdo con su conformidad al depósito de la Revelación divina, ha acogido el mensaje de Fátima, que presenta *una verdad y una llamada, que en su contenido fundamental son la verdad y la llamada del Evangelio mismo*¹. En efecto, Jesucristo comenzó su ministerio público con una perentoria invitación a la conversión y a la penitencia: *"arrepentios y creed en el Evangelio"* (Marc. I, 15) (...). *El mensaje de Fátima es, en su núcleo fundamental, una llamada a la conversión y a la penitencia, como en el Evangelio. Esta llamada ha sido hecha a comienzos del siglo XX y, por tanto, dirigida particularmente a este siglo. La Señora del mensaje parecía leer con una perspicacia especial los "signos de los tiempos", los signos de nuestro tiempo*².

Para nosotros, además, esta fiesta de la Virgen tiene particulares resonancias afectivas, porque al Santuario de Fátima viajó muchas veces nuestro Fundador como romero de María, para rezar por la Iglesia, por el mundo, por el Opus Dei.

Siempre que estoy en Portugal me acerco a Fátima para rezar a la Virgen, comentó en alguna ocasión. A

(1) Juan Pablo II, Homilía en el Santuario de Fátima, 13-V-1982.

(2) *Ibid.*

veces vengo exclusivamente a eso, y me escapo sin dejarme ver de nadie.

Tengo mucho cariño a todos los santuarios de la Virgen, y prácticamente se puede decir que he recorrido todos los de Europa. Pero Fátima me encanta de un modo especial: por vuestro pueblo, que es de una fidelidad a la Virgen que conmueve, porque está unida a la devoción, a la penitencia y al rezo del Santo Rosario³.

EN SUS apariciones en Fátima, la Virgen insistió en la urgencia de reparar por los pecados que se cometen en todo el mundo. En la tercera aparición, el 13 de julio, narran los pastorcillos que les pidió sacrificios por la conversión de los pecadores, a la vez que les mostraba las penas que sufren los condenados. Y en agosto, volvió a insistirles: *rezad, rezad mucho, y haced sacrificios por los pecadores, que van muchas almas al infierno por no tener quién se sacrifique y pida por ellas.*

A la luz del amor materno —ha afirmado Juan Pablo II—, *comprendemos todo el mensaje de Nuestra Señora de Fátima. Lo que se opone más directamente al camino del hombre hacia Dios es el pecado, el perseverar en el pecado⁴.* Y añadía el Papa, en el

acto de consagración al Inmaculado Corazón de María, que leyó ante la imagen de Nuestra Señora: *¡cuánto nos duele, por tanto, todo lo que en la Iglesia y en cada uno de nosotros se opone a la santidad y a la consagración! ¡Cuánto nos duele que la invitación a la penitencia, a la conversión y ala oración no haya encontrado aquella acogida que debía! ¡Cuánto nos duele que muchos participen tan fríamente en la obra de la redención de Cristo! ¡Que se complete tan insuficientemente en nuestra carne "lo que falta a las tribulaciones de Cristo" (Colos. I, 24)!^*

Estas palabras del Santo Padre han de resonar con fuerza en todos los cristianos, pero de modo especial en quienes deseamos verdaderamente tener *alma sacerdotal*. No sólo esto: han de movernos a formular propósitos bien concretos, para desagrar al Señor con toda nuestra vida.

La situación es grave, hijas e hijos míos, decía nuestro Padre en 1972. Todo el frente de guerra está amenazado; que no se rompa por uno de nosotros (...). ¡Cuánta ofensa a Dios! Nosotros, que somos tan frágiles y aun más frágiles que los demás, pero que —ya lo he dicho— tenemos un compromiso de Amor, hemos de dar ahora a nuestra existencia un sentido de reparación. Cor Iesu Sacratissimum et Misericors, dona nobis pacem!

Hijos, vosotros tenéis un corazón grande y joven,

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 31X-1972.

(4) Juan Pablo II, Homilía en el Santuario de Fátima, 13-V-1982.

(5) Juan Pablo II. Consagración a la Virgen en Fátima, 13-V-1982.

un corazón ardiente, ¿no sentís la necesidad de desagraviar? Llevad el alma por ese camino: el camino de la alabanza a Dios, viendo cada uno cómo debe ser firmemente tenaz; y el camino del desagravio, de poner amor allí donde se ha producido un vacío, por la falta de fidelidad de otros cristianos (...).

Claridad con oscuridad, así le hemos pagado. Generosidad con egoísmos, así le hemos pagado. Amor con frialdad y desprecio, así le hemos pagado. Hijos e hijos míos, que no os dé vergüenza conocer nuestra constante miseria. Pero pidamos perdón: perdona, Señor, a tu pueblo, y no abandones tu heredad al oprobio, entregándola al dominio de las naciones (Feria IV Cinerum, Ep., Joel. //, 17).

Cada día caigo más en la cuenta de estas realidades, y cada día estoy buscando más la intimidad de Dios, en la reparación y en el desagravio. Pongámosle delante el número de almas que se pierden, y que no se deberían perder si no las hubiesen puesto en la ocasión; de almas que han abandonado la fe, porque hoy se puede hacer propaganda impune de toda clase de falsedades y herejías; de almas que han sido escandalizadas, por tanta apostasía y por tanta maldad; de almas que se han visto privadas de la ayuda de los Sacramentos y de la buena doctrina (...).

Tú, Señor, has dicho que clamemos: clama, ne ceses! (Isai. LVIII, 1). En todo el mundo estamos cumpliendo tus deseos, pidiéndote perdón, porque en me-

dio de nuestras miserias Tú nos has dado la fe y el amor. A ti alzo mis ojos, a ti que habitas en los cielos. Como están atentos los ojos del siervo a las manos de su señor, como los ojos de la esclava a la mano de su dueña, así se alzan nuestros ojos a Yavé, nuestro Dios, para que se compadezca de nosotros (Ps. CXXII, 1-2).

Por la intercesión de Santa María y del Santo Patriarca, San José, pedid al Señor que nos aumente el espíritu de reparación; que tengamos dolor de nuestros pecados, que sepamos recurrir al Sacramento de la Penitencia⁶.

EN FÁTIMA, la llamada a la penitencia es una llamada maternal; y, a la vez, es enérgica y hecha con decisión (...). El llamamiento a la penitencia se une, como siempre, con la llamada a la plegaria. De acuerdo con una tradición plurisecular, la Señora del mensaje de Fátima indica el rosario, que justamente puede definirse "la oración de María", la plegaria en la que Ella se siente unida particularmente a nosotros. Ella misma reza con nosotros⁷.

En repetidas ocasiones, la Virgen recomendó el rezo del Rosario: para alcanzar la paz del mundo —estaba en curso por entonces la primera guerra

(6) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de reparar*, febrero 1972.

(7) Juan Pablo II, Homilía en el Santuario de Fátima, 13-V-1982.

mundial—, para pedir por la conversión de los pecadores, para acelerar el paso al Cielo de las almas del Purgatorio...

El rezo del Rosario ha sido aconsejado desde hace siglos por los Romanos Pontífices, porque es oración que la Virgen escucha con particular complacencia y tiene la virtud de *arrancar* muchas gracias del Cielo. También nuestro Fundador lo recomendaba con insistencia: *el rezo del Santo Rosario, con la consideración de los misterios, la repetición del Padre-nuestro y del Avemaria, las alabanzas a la Beatísima Trinidad y la constante invocación a la Madre de Dios, es un continuo acto de fe, de esperanza y amor, de adoración y reparación*⁸.

En varias ocasiones, nuestro Padre comentó un suceso relacionado con su devoción al Rosario, ocurrido precisamente en Fátima, durante la romería que hizo en 1970. *Fui allá a rezar, con el espíritu de los antiguos romeros. Me descalcé, y caminé hasta los pies de la Virgen. Seguía la costumbre de besar las medallas, y días después recibí en Roma la carta de un hijo mío portugués (...), que me decía: Padre, nos da mucha alegría haberle visto rezar el rosario, porque besa las medallas como las viejas... Así que tú y yo estamos de acuerdo: ¡hay que rezar el rosario, hijos!».*

(8) De nuestro Padre, n. 280.

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 8-X-1972.

Acabamos nuestra oración, tomando buena nota de una confidencia de nuestro Padre, durante su catequesis por la Península ibérica: *repito a la Virgen muchas veces al día, con tonos diferentes —unos de petición de ayuda, otros de agradecimiento, siempre de Amor—: ¡Madre, Madre mía! Se lo digo a Nuestra Señora de Fátima*¹⁰.

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 31-X-1972.

470.

14 de mayo

SAN MATÍAS APÓSTOL

—La vocación es un don gratuito del Señor.

—El agradecimiento por la vocación se manifiesta, sobre todo, haciendo apostolado.

—Hemos de ser fieles a la vocación.

EN LOS días que siguieron a la Ascensión del Señor, los Apóstoles se reunieron en Jerusalén en espera del Espíritu Santo. Después de la traición de Judas, había quedado vacante un puesto en el Colegio apostólico; y para dar cumplimiento a lo que había predicho el profeta —*ocupe su lugar otro en el episcopado*⁽¹⁾—, se levantó Pedro en medio de los discípulos y habló de esta manera: *es necesario (...) que de los hombres que nos han acompañado todo el tiempo en que el Señor Jesús vivió con nosotros, empezando desde el bautismo de Juan hasta el día en que fue elevado de entre nosotros, uno de ellos sea constituido con nosotros testigo de su resurrección.*

Presentaron a dos, a José llamado Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías. Y oraron así: Tú, Señor, que conoces el corazón de todos, muestra a cuál de estos dos has elegido para ocupar el puesto en este

ministerio y apostolado (...). Echaron suertes y la suerte recayó sobre Matías, que fue agregado al número de los once Apóstoles⁽²⁾.

Dios quiere que todos los hombres se salven⁽³⁾, y a todos da las gracias necesarias para ser santos y encomienda una misión concreta. Pero a nosotros, como a Matías, el Señor ha querido mirarnos con predilección, por puro beneplácito. No éramos los mejores, ni los más capaces; quizá a nuestro lado había personas —parientes, amigos, compañeros— con más cualidades, con más deseos de servir a Dios. Y, sin embargo, la vocación a la Obra recayó sobre nosotros. *¡No vaciléis nunca!*, exclamaba nuestro Padre. *Desde ahora os digo —y no conozco vuestros problemas personales, pero las almas tienen un paralelismo tremendo, aunque sean distintas— que tenéis vocación divina, que Cristo Jesús os ha llamado desde la eternidad. No sólo os ha señalado con el dedo, sino que os ha besado en la frente. Por eso, para mí, vuestra cabeza reluce como un lucero.*

También tiene su historia lo del lucero... Son esas grandes estrellas que parpadean por la noche, allá arriba, en la altura, en el cielo azulado y oscuro, como grandes diamantes de una claridad fabulosa. Así es de clara vuestra vocación: la de cada uno y la mía. Yo, que soy muy miserable y he ofendido mucho a Nuestro

(2) *Ibid.*, 21-26.(3) *1 Tim.* II, 4.(1) *Z.* / (*Act.* I, 20).

*Señor, que no he sabido corresponder y he sido un cobarde, tengo que agradecer a Dios no haber dudado nunca de mi vocación, ni de la divinidad de mi vocación. Vosotros tampoco debéis dudar*⁴.

Matías se entregó de lleno a su vocación desde el primer momento, sin escatimar esfuerzo ni sacrificio, hasta derramar su sangre por Jesucristo. Así hemos de comportarnos cada uno de nosotros: *Dios nos ha llamado. No nos hemos apuntado para dar algo; hemos venido a darnos del todo, sin regateos, y no sólo porque nos haya dado la gana, sino porque El nos llamó*⁵.

HAY Y habrá muchas almas estupendas, gente generosa, espléndida, a quienes Dios no llama al Opus Dei.

*Agradecemos al Señor que, siendo lo que somos, nos haya llamado. Quizá ellos son unos grandes diamantes y nosotros sólo una cosita pequeña, una chispa de diamante; pero El nos coloca de tal manera que brillamos tanto como la piedra preciosa más grande, si somos fieles*⁶.

Dios se ha comportado con nosotros como pedagogo sapientísimo. En la mayor parte de los casos, nos hizo nacer en el seno de una familia cristiana y nos dio la fe desde pequeños; y luego, a lo largo de la

(4) De nuestro Padre, Tertulia, 19-11-1975.

(5) De nuestro Padre, Noticias XI-62, p. 34.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 9-IV-1971.

vida, nos protegió como un padre protege a su hijo predilecto, nos guió con mano segura y nos hizo conocer el Opus Dei.

Otros hemos llegado a la Obra quizá por caminos distintos, de modo igualmente maravilloso. En cualquier caso, después de concedernos la vocación al Opus Dei, el Señor ha seguido velando por nosotros, enviándonos *gracia sobre gracia*⁷, haciéndonos fieles y asegurándonos así la vida eterna. Es justo, pues, *que agradezcamos mucho y con frecuencia esta llamada maravillosa que hemos recibido de Dios, con un agradecimiento real y profundo, estrechamente unido a la humildad, que ha de ser, en el alma de cada uno, la primera consecuencia de esa luz comunicada por la infinita misericordia del Señor: quid autem habes quod non accepisti? (1 Cor. IV, 7), ¿qué cosa tienes tú que no la hayas recibido de Dios?*⁸.

El agradecimiento al Señor nos llevará —igual que a San Matías— a propagar la fe de Jesucristo: a hacer apostolado. Nadie puede desentenderse de la labor de almas, porque sobre cada uno recae el gozo de sacar la Obra adelante. No es excusa la edad, ni las ocupaciones más absorbentes, ni la enfermedad, ni el hallarse físicamente aislado... Escuchemos la advertencia de nuestro Fundador: *lo que no debéis hacer es dejar de trabajar apostólicamente.*

(7) *Ioann.* I, 16.

(8) De nuestro Padre, Carta, 11-11-1940, n. 4.

La gente mayor, tampoco. Todos estamos en las mismas condiciones. Todos mis hijos pueden y deben sacar adelante todas las labores de la Obra. Si no lo hicieran, se irían enmoheciendo poco a poco, y llegarían a ser instrumentos inservibles, que se tiran a un rincón. Podrían perder la vocación muy fácilmente.

Mis hijos mayores han de tener siempre una labor apostólica concreta. Antes solía decir, de un modo gráfico, que de cada dedo de la mano debían pender un buen grupo de personas, y de cada una de ellas, mucha más gente. Un hijo mío debe ser —no me gusta mucho esta comparación, pero no encuentro otra— como un motor de energía sobrenatural, que hace que vibre todo aquello, en tantos sitios. La mayor parte de las veces no conoceremos la maravillosa eficacia de esa vibración de Dios en nuestra alma, que se comunica a los otros por el apostolado. Pero os aseguro que no se pierde nunca nada⁹.

LA LLAMADA de Dios exige una respuesta de fidelidad. *¡Comprometidos! ¡Cómo me gusta esta palabra! Nos obligamos —libremente— a vivir dedicados al Señor por entero, queriendo que El domine, de modo soberano y completo, nuestro ser. Puede costar trabajo ese "compromiso", pero incluso entonces la fidelidad es una obligación gustosa, que no hemos de eludir,*

(9) De nuestro Padre, Tertulia, 26-VI-1972.

aunque exija dejar la vida, aunque suponga sacrificio y esfuerzo. Porque Dios nos necesita fieles¹⁰.

Desde el momento en que correspondimos a la llamada, Dios mismo está empeñado en llevarnos hasta el fin del camino: *quien comenzó en vosotros la obra buena —dice San Pablo—, la llevará a cabo hasta el día de Cristo Jesús*". Deber nuestro —una obligación gustosamente asumida, cuyo cumplimiento nos hace felices en la tierra y nos alcanzará el Cielo—, es mantener firme, intacta, alegre e indiscutida aquella primera decisión. *Para ser fieles —aseguraba nuestro Fundador—, tenéis la gracia de Dios y la ayuda soberana de la llamada, de la vocación. ¿Qué pensaríais vosotros de una persona que os dijera: me tienes a tus órdenes? Le estaríais reconocidos. Pues esto es lo que hemos hecho nosotros con el Señor: ponernos a su servicio. Y Dios, hijos de mi alma, no se deja ganar en generosidad, y concede la fidelidad a quien se le rinde¹².*

La gracia de la fidelidad está asegurada si ponemos de nuestra parte todos los medios que la hacen posible: el cumplimiento delicado de las Normas, la sinceridad en la Confesión y en la charla fraterna, una vida entregada de amor y sacrificio. Una vez que respondimos afirmativamente —con la gracia de Dios y porque libremente quisimos— a la llamada divina, ya

(10) De nuestro Padre, n. 269.

(11) Philip. I, 6.

(12) De nuestro Padre, n. 264.

no caben revisiones ni replanteamientos. Insistía nuestro Padre: *no juguéis con vuestra felicidad. Yo no tengo hijos de quita y pon. Os quiero con una fidelidad inquebrantable. La vacilación es algo de personas que no tienen cordura. Incluso humanamente, la falta de fidelidad no se comprende. El mejor regalo que podéis hacerme es vuestra fidelidad y vuestro cariño.*

*Os he repetido cien veces que seáis fieles y os lo seguiré repitiendo. Porque lo tengo clavado en el corazón. Hay que pedirle al Señor que nos mande la muerte antes que no perseverar*¹³.

Nuestra vocación no es resultado de la valía personal: Dios nos eligió porque quiso: la llamada a la Obra nos cayó en suerte, como a San Matías. Es algo objetivo, externo a nosotros, que no depende de nuestras fuerzas, ni del estado de ánimo, ni de nuestros defectos, pues Dios contaba con ellos cuando nos llamó. Depende sólo del Señor, y *no es Dios un hombre para que mienta, ni hijo del hombre para arrepentirse. ¿Lo ha dicho El y no lo hará? ¿Lo ha prometido y no lo mantendrá?*¹⁴. Al contrario: *la palabra de Dios permanece eternamente*¹⁵.

Pero ser fieles, hijos, no significa que las cosas no cuesten, nos advertía nuestro Padre. A mí (...) me cuestan; y sin embargo, tengo la conciencia clara de que Dios se ha fijado en mí y me ha elegido; y este ar-

(13) De nuestro Padre, Meditación, 15-VIII-1961.

(14) Num. XXIII, 19.

(15) Isai. XL, 8.

gumento —incluso humanamente— me sirve de acicate para responder que sí, también cuando hay que dejar jirones al caminar. ¡Duele, pero es dolor de Amor! (...).

*Con esto no penséis que el camino es difícil; estoy convencido de que es más llevadero que el de cualquier otra persona, siempre que vivamos ese compromiso de Amor y queramos estar atados por Amor. La fidelidad es felicidad, incluso padeciendo. Dios no abandona, aunque cueste encontrarle en algunos momentos*¹⁶.

Renovamos hoy el propósito de vivir nuestra entrega a Dios en la Obra con voluntariedad actual: con un querer seguro, entero, plenamente consciente y libre, con la firme convicción de nuestra vocación divina. Y confiamos este propósito a Santa María, que en Nazaret pronunció el *fiat* y lo mantuvo sin vacilaciones a lo largo de toda su vida.

(16) De nuestro Padre, 27/VII-1968.

471.

24 de mayo

SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA AUXILIADORA

—La Virgen defiende a sus hijos de todo mal.

—La romería de mayo, manifestación de confianza y de agradecimiento a María.

—Contenido apostólico de la romería.

EN MUCHOS lugares de la tierra se honra a la Virgen María con el título de *Auxilium Christianorum*, añadido a las letanías lauretanas en el siglo XVI para agradecer a Nuestra Señora la ayuda que prestó a los cristianos en Lepante. Es una advocación que expresa la confianza de los católicos en su Madre del Cielo, siempre dispuesta a defender a sus hijos de cualquier mal.

A lo largo de la historia, la Virgen ha dispensado siempre su protección a la Iglesia, pero en momentos humanamente difíciles, ante el ataque más abierto de los enemigos de Cristo, Santa María ha acudido con mayor claridad aún en auxilio de sus hijos. *No es pues extraño que uno de los testimonios más antiguos de la devoción a María sea precisamente una oración llena de confianza. Me refiero —decía nuestro Padre— a esa antífona que, compuesta hace siglos, continuamos repitiendo aún hoy día: Nos acogemos bajo tu protección, Santa Madre de Dios: no desprecies*

las súplicas que te dirigimos en nuestra necesidad, antes bien sálvanos siempre de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita \

Nuestro paso por la tierra es como una larga singladura no exenta de peligros; un dilatado viaje por todos los mares del mundo, cara al viento y a la tormenta, mientras navegamos hacia el puerto seguro que el Señor nos brinda en la gloria. En el horizonte de la vida nuestra, la Virgen es *Stella maris*, la estrella que nos guía, que nos protege, y nos invita a rectificar el rumbo cuando nos desviamos.

En mí se encuentra toda gracia de doctrina y de verdad, toda esperanza de vida y de virtud (Ecclo. XXIV, 25). *¡Con cuánta sabiduría la Iglesia ha puesto esas palabras en boca de nuestra Madre, para que los cristianos no las olvidemos! Ella es la seguridad, el Amor que nunca abandona, el refugio constantemente abierto, la mano que acaricia y consuela siempre.*

Un antiguo Padre de la Iglesia escribe que hemos de procurar conservar en nuestra mente y en nuestra memoria un ordenado resumen de la vida de la Madre de Dios (cfr. San Juan Damasceno, Homiliae in dormitionem B. V. Mariae, 2, 19). Habréis hojeado en tantas ocasiones esos prontuarios, de medicina, de matemáticas o de otras materias. Allí se enumeran, para cuando se requieren con urgencia, los remedios inme-

(1) *Es Cristo que pasa. n. 141.*

diatos, las medidas que se deben adoptar con el fin de no descaminarse en esas ciencias.

Meditemos frecuentemente todo lo que hemos oído de nuestra Madre, en una oración sosegada y tranquila. Y, como poso, se irá grabando en nuestra alma ese compendio, para acudir sin vacilar a Ella, especialmente cuando no tengamos otro asidero².

Omnipotente y misericordioso Dios —pedimos ahora con palabras de la liturgia—, que para defensa del pueblo cristiano constituíste admirablemente el perpetuo auxilio de la bienaventurada Virgen María: concédenos propicio que, luchando en esta vida confortados con tal auxilio, merezcamos obtener victoria sobre el maligno enemigo a la hora de la muerte³.

COMO manifestación de nuestra confianza en el auxilio poderoso de la Virgen, vivimos durante el mes de mayo la Costumbre de la romería. Desde muy antiguo los cristianos solían visitar —con motivo de alguna fiesta señalada— una ermita, un santuario renombrado, una imagen de la Virgen especialmente venerada. Son un modo de hacer presente a Nuestra Señora el cariño y la confianza.

En la vida de la Obra, también hemos sentido la necesidad de acudir a la Virgen en romería, pero sin manifestaciones externas llamativas. Se trata de una

demostración de afecto filial, que se expresa con un acto sencillo que el amor sugiere, sin reclamar la atención: una visita a nuestra Madre, en la ciudad o en el campo, para hablar con Ella y decirle una vez más que la queremos.

Nuestro Padre dejó escrito con detalle el nacimiento de esta Costumbre. El 2 de mayo de 1935, acompañado de dos hijos suyos, se disponía a ir al Santuario de Nuestra Señora de Sonsoles, en Ávila. Antes, en la Misa, al hacer el memento, con empeño muy particular —más que mío— pedí a nuestro Jesús que aumentara en nosotros —en la Obra— el Amor a María, y que este Amor se tradujese en hechos.

Ya en el tren, sin querer, anduve pensando en lo mismo: la Señora está contenta, sin duda, del cariño nuestro, cristalizado en costumbres virilmente mañananas: su imagen, siempre con los nuestros; el saludo filial, al entrar y salir del cuarto; los pobres de la Virgen; la colecta de los sábados; omnes... ad Iesum per Mariam. ¡Cristo, María, el Papa...! Pero, en el mes de mayo, hacía falta algo más. Entonces, entrevi la "Romería de Mayo", como costumbre que se ha de implantar —que se ha implantado— en la Obra.*

La romería es una muestra de afecto a la Virgen, que tanto ha protegido y guiado al Opus Dei desde sus comienzos. Desde aquel año de 1935 —escribió nuestro Fundador—, en numerosas y habituales visi-

(2) *Amigos de Dios*, nn. 279-280.

(3) Oral.

(4) De nuestro Padre, Relación de la primera romería, mayo 1935.

*tas a Santuarios de Nuestra Señora, he tenido ocasión de reflexionar y de meditar sobre esta realidad del cariño de tantos cristianos a la Madre de Jesús. Y he pensado siempre que ese cariño es una correspondencia de amor, una muestra de agradecimiento filial. Porque María está muy unida a esa manifestación máxima del amor de Dios: la Encarnación del Verbo, que se hizo hombre como nosotros y cargó con nuestras miserias y pecados*⁵.

El rezo de los quince misterios del Rosario y de la letanía lauretana sirve de cauce a nuestro espíritu contemplativo durante la romería. Los gozos, los dolores y las glorias de la vida de la Virgen tejen una corona de alabanzas que repiten ininterrumpidamente los Angeles y los Santos en el Cielo. Cada avemaria, cada saludo a la Virgen, es un nuevo latido de un corazón enamorado.

También el espíritu de penitencia está presente a lo largo de la romería. Son mortificaciones pequeñas que ofrecemos gustosamente a la Virgen por las necesidades de la Iglesia, por las intenciones del Padre, por la vocación de nuestros amigos: hacer a pie el recorrido o, al menos, la última parte del trayecto; aceptar con alegría las incomodidades del camino o las inclemencias del tiempo; privarse del pequeño refrigerio que sería normal en un paseo o excursión...

De esta manera, nuestra romería estará llena de

(5) *Es Cristo que pasa*, n. 140.

presencia de Dios, será una manifestación elocuente de vida contemplativa, que en todo lugar y de cualquier modo procura abrirse cauce para mantener un diálogo con el Señor y con su Madre.

JUNTO al espíritu de oración y de penitencia, la romería tiene otra característica: el afán apostólico. Nuestra vocación nos lleva a ver almas en las personas que pasan a nuestro lado: almas que es preciso acercar a Dios Nuestro Señor.

En aquella romería de que os hablaba al principio, mientras caminábamos hacia la ermita de Sonsoles, pasamos junto a unos campos de trigo. Las mieses brillaban al sol, mecidas por el viento. Vino entonces a mi memoria un texto del Evangelio, unas palabras que el Señor dirigió al grupo de sus discípulos: ¿No decís vosotros: ea, dentro de cuatro meses estaremos ya en la siega? Pues ahora yo os digo: alzad vuestros ojos, tendad la vista por los campos y ved ya las mieses blancas y a punto de segarse floann. IV, 35). Pensé una vez más que el Señor quería meter en nuestros corazones el mismo afán, el mismo fuego que dominaba el suyo. Y, apartándome un poco del camino, recogí unas espigas para que me sirvieran de recordatorio.

Hay que abrir los ojos, hay que saber mirar a nuestro alrededor y reconocer esas llamadas que Dios nos dirige a través de quienes nos rodean. No podemos vivir de espaldas a la muchedumbre, encerrados en

nuestro pequeño mundo. No fue así como vivió Jesús. Los Evangelios nos hablan muchas veces de su misericordia, de su capacidad de participar en el dolor y en las necesidades de los demás: se compadece de la viuda de Naím (cfr. Luc. VII, 11-17), llora por la muerte de Lázaro (cfr. Ioann. XI, 35), se preocupa de las multitudes que le siguen y que no tienen qué comer (cfr. Matth. XV, 32), se compadece también sobre todo de los pecadores, de los que caminan por el mundo sin conocer la luz ni la verdad: desembarcando vio Jesús una gran muchedumbre, y enterneciósele con tal vista las entrañas, porque andaban como ovejas sin pastor, y se puso a instruirlos en muchas cosas (Marc. VI, 34).

Cuando somos de verdad hijos de María comprendemos esa actitud del Señor, de modo que se agranda nuestro corazón y tenemos entrañas de misericordia. Nos duelen entonces los sufrimientos, las miserias, las equivocaciones, la soledad, la angustia, el dolor de los otros hombres nuestros hermanos. Y sentimos la urgencia de ayudarles en sus necesidades, y de hablarles de Dios para que sepan tratarle como hijos y puedan conocer las delicadezas maternas de María⁶.

La romería es una ocasión excelente para entrar en la vida de los demás, para abrirles horizontes, para despertar —en las almas que estén dispuestas— la llamada divina a santificar la vida ordinaria. Mu-

(6) *Es Cristo que pasa*, n. 146.

chas nobles decisiones pueden surgir con motivo de una visita a la Virgen: el Señor, su Iglesia, la Obra lo necesitan, para extender la luz de Cristo a todas las naciones, para hacer que brille —entre el desconcierto y la ignorancia que envuelven a tantas almas— la verdad de Dios que hemos de presentar accesible a todos con el ejemplo de nuestra vida, y con la palabra, con *don de lenguas*.

Concluimos hoy nuestra oración con unas palabras de nuestro Padre que han de dar el tono de nuestro proselitismo: *sed audaces. Contáís con la ayuda de María, Regina apostolorum. Y Nuestra Señora, sin dejar de comportarse como Madre, sabe colocar a sus hijos delante de sus precisas responsabilidades. María, a quienes se acercan a Ella y contemplan su vida, les hace siempre el inmenso favor de llevarlos a la Cruz, de ponerlos frente a frente al ejemplo del Hijo de Dios*⁷.

(7) *£5 Cristo que pasa*, n. 149.

472.

31 de mayo

VISITACIÓN DE NUESTRA SEÑORA

—La Visitación de María a su prima Santa Isabel, ejemplo de servicio a los demás.

—Primer encuentro de Cristo con el Precursor.

—Los sentimientos de María se desbordan en el *Magnificat*.

EN NAZARET, el Arcángel Gabriel daba fin a su embajada: *ahí tienes a tu prima Isabel, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que era llamada estéril hoy cuenta el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible*¹.

Con estas palabras, el Mensajero divino revelaba a María el misterio de la maternidad de Santa Isabel: el Señor la había escogido para ser madre del Precursor. Dios ha querido añadir un gozo a otro gozo. A la alegría infinita de saberse Madre del Redentor, se une otra buena nueva: también ha bendecido a su prima. Y el corazón de la Virgen se colma de contento.

*Por aquellos días, María se levantó y marchó de prisa a la montaña, a una ciudad de Judá*². En su seno lleva al Deseado de las naciones, al Mesías que todo Israel espera desde hace siglos. *Exulta, hija de Sión; canta, Israel; alégrate y gózate de todo corazón,*

(¹) Luc. I, 36-37.

(²) Ev. (Luc. I, 39).

*hija de Jerusalén. El Señor ha borrado tu condenación, ahuyentó a tus enemigos (...). El Señor está en medio de ti, nunca temerás el mal*³.

En la fiesta que hoy celebramos, podemos admirar, en primer término, el desvelo de la Virgen por Santa Isabel. Sabe que su prima, ya anciana, necesita los cuidados de una persona joven, y por eso corre *cum festinatione*, con prisa, para llevarle su ayuda y su cariño. Esta disponibilidad para servir es la consecuencia inmediata de haber acogido a Jesucristo.

También en nosotros, la intimidad con Jesús y con María se manifestará necesariamente en la ayuda que prestemos a los demás. Como escribió nuestro Fundador, *no se puede tratar filialmente a María y pensar sólo en nosotros mismos, en nuestros propios problemas. No se puede tratar a la Virgen y tener egoístas problemas personales. María lleva a Jesús, y Jesús es primogenitus in multis fratribus, primogénito entre muchos hermanos* (Rom. VIH, 29). *Conocer a Jesús, por tanto, es darnos cuenta de que nuestra vida no puede vivirse con otro sentido que con el de entregarnos al servicio de los demás. Un cristiano no puede detenerse sólo en problemas personales, ya que ha de vivir de cara a la Iglesia universal, pensando en la salvación de todas las almas.*

De este modo, hasta esas facetas que podrían considerarse más privadas e íntimas —la preocupación

(³) L. I (Sop/i. III, 14-15).

por el propio mejoramiento interior— no son en realidad personales: puesto que la santificación forma una sola cosa con el apostolado. Nos hemos de esforzar, por tanto, en nuestra vida interior y en el desarrollo de las virtudes cristianas, pensando en el bien de toda la Iglesia, ya que no podríamos hacer el bien y dar a conocer a Cristo, si en nosotros no hubiera un empeño sincero por hacer realidad práctica las enseñanzas del Evangelio.

Impregnados de este espíritu, nuestros rezos, aun cuando comiencen por temas y propósitos en apariencia personales, acaban siempre discurriendo por los cauces del servicio a los demás. Y si caminamos de la mano de la Virgen Santísima, Ella hará que nos sintamos hermanos de todos los hombres: porque todos somos hijos de ese Dios del que Ella es Hija, Esposa y Madre⁴.

HA LLEGADO la Virgen a la pequeña aldea donde nacerá Juan el Bautista. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó de gozo en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo⁵.

Se realiza el primer prodigio de la vida de Jesús, y se realiza por medio de su Madre. Hay que conside-

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 145.

(5) *Ev. (Luc. I, 40-41).*

rar —comenta San Ambrosio— que el superior fue al inferior para ayudarle: María a Isabel, Cristo a Juan (...). Y, al punto de llegar María, se ponen de manifiesto los beneficios de la presencia divina. Fíjate de qué modo tan distinto en cada uno de ellos. Isabel oye primero la voz, pero Juan lo primero que siente es la gracia. Aquélla percibió según el orden natural, éste se alegró con el misterio sobrenatural. Aquélla notó la llegada de María; éste, la del Señor (...). Y cuando el hijo estuvo lleno del Espíritu Santo, entonces se colmó también la madre⁶.

Es una primera muestra de la mediación de la Virgen Santísima, estrechamente asociada a su Hijo en la redención de las almas. Su presencia en casa de Zacarías es cauce de la gracia divina. El Bautista aún no nacido se estremece y salta en el seno materno, lleno del gozo del Espíritu Santo. También nosotros, si nos identificamos con María, si imitamos sus virtudes, podremos lograr que Cristo nazca, por la gracia, en el alma de muchos que se identificarán con El por la acción del Espíritu Santo. Si imitamos a María, de alguna manera participaremos en su maternidad espiritual. En silencio, como Nuestra Señora; sin que se note, casi sin palabras, con el testimonio íntegro y coherente de una conducta cristiana, con la generosidad de repetir sin cesar un fiat que se renueva como algo íntimo entre nosotros y Dios⁷.

(6) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 2, 22-29.

(7) *Amigos de Dios*, n. 281.

Adelantándose al coro de todas la generaciones venideras, Isabel prorrumpe en alabanzas a la Virgen: *bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a visitarme? (...). Bienaventurada tú, que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor*⁸.

No ha habido fe como la de María: en Ella tenemos el modelo acabado de cómo debe ser la actitud de la criatura ante el Creador: de rendición completa, de acatamiento pleno. Por esto, prolongando a través de los siglos el eco de Santa Isabel, también nosotros le decimos: *"bendita tú entre las mujeres"* (Luc I, 42), *la única que sanó el dolor de Eva, la única que enjugó sus lágrimas, la única que llevó el rescate del mundo, la única a quien se le confió el tesoro de la Perla preciosa, la única que concibió sin placer y dio a luz sin dolor, la única que engendró al Emmanuel de la manera que El quiso. "Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre": el fruto, no la semilla; la flor, no la pasión; el esplendor, no la criatura; el que está sentado en el trono, no el siervo; el Sol, no la arena; el Adorado, no el creado; la redención, no la deuda. "¡Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!"*⁹.

(8) Ev. (Luc. I, 42-45).

(9) Proclo de Constantinopla, *Homiliae in Deiparam* 5, 3.

CONTEMPLEMOS una vez más la escena de la Visitación, con palabras de nuestro Padre: *el Bautista nonnato se estremece... (Luc. I, 41). —La humildad de María se vierte en el Magnificat... —Y tú y yo, que somos —que éramos— unos soberbios, prometemos que seremos humildes*¹⁰. Sólo una humildad profunda y sincera tiene la virtud de atraer la mirada de Dios sobre la criatura; sólo el reconocimiento cabal de nuestra nada puede hacernos preciosos a los ojos del Creador.

Porque una cosa es cierta: todo lo bueno que hay en nosotros proviene de Dios. En el caso de María, el favor divino sobrepasa toda gracia concedida a criatura alguna: Ella, la Virgen humilde de Nazaret, va a ser la Madre de Dios; jamás la omnipotencia divina se ha manifestado de modo tan pleno. Y el corazón de Nuestra Señora prorrumpe incontenible en un canto de gratitud y de alegría: *magnificat anima mea Dominum...*¹¹.

El canto humilde y gozoso de María nos recuerda esta generosidad del Señor con los hombres, y de modo especial con quienes El elige con una vocación divina. *Dios se interesa hasta de las pequeñas cosas de sus criaturas: de las vuestras y de las mías, y nos llama uno a uno por nuestro propio nombre (cfr. Isai. XLIII, 1). Esa certeza que nos da la fe hace que miremos lo que nos rodea con una luz nueva, y que, per-*

(10) *Santo Rosario*, II misterio gozoso.

(11) Ev. (Luc. I, 46).

maneciendo todo igual, advirtamos que todo es distinto, porque todo es expresión del amor de Dios.

Nuestra vida se convierte así en una continua oración, en un buen humor y en una paz que nunca se acaban, en un acto de acción de gracias desgranado a través de las horas. Mi alma glorifica al Señor —cantó la Virgen María— y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios salvador mío; porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava, por tanto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones. Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todopoderoso, cuyo nombre es santo (Luc. 1, 46-49).

*Nuestra oración puede acompañar e imitar esa oración de María. Como Ella, sentiremos el deseo de cantar, de proclamar las maravillas de Dios, para que la humanidad entera y los seres todos participen de la felicidad nuestra*¹².

Hemos considerado el ejemplo de la Visitación de Nuestra Señora ayudando a su prima Santa Isabel. Ahora, con la gracia de Dios, podemos formular algún propósito: esmerarnos en los detalles de servicio a los demás; cuidar mejor alguna manifestación concreta de humildad, de entrega, de alegría; poner más cariño en el trato con la Virgen, especialmente durante el rezo y contemplación de los misterios del Rosario, porque allí recordamos a María esos hechos portentosos que jalonan su vida llena de gracia.

(12) *Es Cristo que pasa*, n. 144.

Junio

473.

11 de junio
SAN BERNABÉ, APÓSTOL

—El Espíritu Santo destinó a San Bernabé para una misión universal.

—La llamada a la santidad y al apostolado es también universal, cada uno en su propio ambiente.

—El afán proselitista nos lleva a olvidarnos de nosotros mismos.

ENTRE los que participaron en la misión de los Apóstoles, desde la primera hora, se encontraba el Santo que hoy conmemoramos: *José, a quien los Apóstoles dieron el sobrenombre de Bernabé, que significa hijo de la consolación. Levita y chipriota de nacimiento*¹. Tan pronto abrazó la fe en Jesucristo, se entregó con todas sus fuerzas: *tenía una campo, lo vendió, trajo el dinero y lo puso a los pies de los Apóstoles*².

Esta respuesta generosa de Bernabé en los albores mismos de su llamada, agrandó su corazón y le hizo más capaz de comprender, disculpar y amar a todas las criaturas. Cuando San Pablo, después de su conversión, *llegó a Jerusalén, intentaba unirse a los discípulos; pero todos le temían, no creyendo que fue-*

(1) *Act. IV, 36.*

(2) *Ibid.*

ra discípulo. Sin embargo, Bernabé lo tomó, lo llevó a los Apóstoles y les contó cómo en el camino había visto al Señor, y qué le había hablado, y cómo en Damasco había predicado abiertamente en el nombre de Jesús³. Hizo posible de este modo el apostolado sin fronteras de Pablo, que necesitaba el resello de los que eran las columnas de la Iglesia.

No se contentó Bernabé con predicar a Cristo en Palestina. El deseo de llevar lejos el nombre de Jesús le consumía, y su esperanza —ávida de almas— le hacía soñar en aquellas tierras de gentiles, donde Cristo no era conocido. Pronto tuvo ocasión de dar cauce a sus afanes, porque *había algunos chipriotas y cirenenses, que, cuando entraron en Antioquía, hablaban también a los griegos, anunciándoles el Evangelio del Señor Jesús. La mano del Señor estaba con ellos y un gran número creyó y se convirtió al Señor*⁴. Bernabé se dispuso inmediatamente a visitar esa ciudad, enviado desde Jerusalén por los Apóstoles. *Cuando llegó y vio la gracia de Dios se alegró, y exhortaba a todos a permanecer en el Señor con un corazón firme, porque era un hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe. Y una gran muchedumbre se adhirió al Señor*⁵.

Luego, junto a San Pablo, predicó en Chipre y en Asia Menor, soportando grandes persecuciones.

(3) Act. IX, 26-27.

(4) Act. XI, 20-21.

(5) L. I (Act. XI, 23-24).

Cuando más duros se hicieron los oídos de los judíos para recibir el mensaje evangélico, Pablo y Bernabé dijeron con valentía: *era necesario anunciaros a vosotros en primer lugar la palabra de Dios, pero ya que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volvemos a los gentiles. Pues así nos lo mandó el Señor: te he puesto como luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta los confines de la tierra*⁶.

La vida de Bernabé se gastó por las almas. Murió en Chipre, mártir de la fe que había predicado; pero su apostolado se hizo universal: *por toda la tierra resonó su voz, y por todos los confines del orbe se oyeron sus palabras*⁷.

COMO Bernabé, cada uno de nosotros ha recibido una misión universal: debemos estar presentes —por mandato divino— en todas las encrucijadas de la tierra. Allí hemos de anunciar a los hombres que Dios les busca y les espera en su trabajo, en su familia, en sus alegrías y en sus penas, en las incidencias de la vida ordinaria.

La vocación trae consigo la gracia para realizar con valentía esa tarea. Confiados en el Señor, hacemos presente su Reino en todos los lugares, también donde parece que ha sido desterrado. *La presencia y el testimonio de los hijos de Dios en su Opus Dei en el*

(6) Act. XIII, 46-47.

(7) Ps. XVIII, 5.

*mundo —nos enseñó nuestro Padre— es para arrastrar, no para dejarse arrastrar; para dar su propio ambiente —el de Cristo—, no para dejarse dominar por otro ambiente*⁸. En cualquier lugar donde nos encontramos, procuramos influir en el ambiente: no por un deseo de destacar, ni por la ambición de sentirse superior a los otros, sino movidos por una ilusión profundamente sobrenatural.

Buen ejemplo de valentía frente a un ambiente difícil nos da San Bernabé. En Antioquía de Pisidia, donde la Iglesia crecía pujante gracias a la predicación de los Apóstoles, *los judíos incitaron a mujeres piadosas y distinguidas y a los principales de la ciudad, promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé, y los expulsaron de su territorio. Estos sacudieron el polvo de sus pies contra ellos y marcharon a Iconio. Los discípulos quedaron llenos de alegría y del Espíritu Santo*⁹. Igual suerte corrieron en Iconio, en Listra y en Derbe, ciudades todas en las que, a pesar de dificultades y persecuciones sin cuento, evangelizaron a muchos en el nombre de Jesús.

*Nunca me ha terminado de gustar ese ejemplo que algunos suelen poner para describir la conducta de un cristiano —escribió nuestro Padre—: las manzanas buenas, que se corrompen cuando en el cesto donde están se coloca un fruto podrido*¹⁰. Un alma que trata al

Señor y está encendida en afán de apostolado, no ha de tener miedo al contagio. *Nosotros, hijos míos, no hemos de temer la convivencia con quienes no posean o no vivan la doctrina de Jesucristo.*

Con las oportunas cautelas, no hemos de rechazar a nadie, porque tenemos los medios espirituales, ascéticos e intelectuales suficientes, para no dejarnos estropear: un hijo de Dios en la Obra no ha de dejarse influir por el ambiente, sino que ha de ser él quien dé el ambiente a los que le rodean, nuestro ambiente, el ambiente de Jesús Señor Nuestro, que convivía con los pecadores y les trataba (Luc. XV, 2) "

EL PROSELITISMO, hijos, indica cómo va nuestra vida espiritual. Cuando algún sacerdote o religioso se quejan de que no tienen vocaciones, pienso que la razón sólo puede ser una: que no viven bien la suya; que no la aman.

Si alguno de mis hijos no tiene ese afán proselitista es que va mal: está moribundo, no le late el corazón. Fomentad la ilusión de multiplicaros por mucho: nos llaman, hijos, del mundo entero y necesitamos gente joven, bien formada, que vaya a trabajar a otros países "

El apóstol desea ardientemente hacerse eterno en el corazón y en la vida de los demás, alumbrar a

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 31V-1954, n. 23.

(9) *Act.*, XIII, 50-53.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VIM933, n. 10.

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 10.

(12) De nuestro Padre, *Tertulia*, I-V-1968.

Cristo en las almas de quienes le rodean: cuantas más, mejor. Cuando Bernabé estaba trabajando en Antioquía, al ver la abundancia de mies que el Señor preparaba, *marchó a Tarso para buscar a Saulo, lo encontró y lo condujo a Antioquía. Estuvieron juntos en aquella iglesia durante un año entero y adoctrinaron a una gran muchedumbre. Fue en Antioquía donde los discípulos recibieron por primera vez el nombre de cristianos*¹³.

El ímpetu proselitista de Pablo y Bernabé impidió cualquier sentimiento de soledad, aun en medio de las mayores tribulaciones. La tentación de sentirse aislado no cabe en el corazón de un apóstol, pues se sabe *eslabón de la cadena*, que llegará hasta el fin¹⁴. Además, hemos de sentirnos acompañados por Dios, que habita por la gracia en nuestra alma, y en unión estrechísima con nuestros hermanos y con la Iglesia entera, gracias a la Comunión de los Santos. *Ved la maravilla de esta vida nuestra: un hijo de Dios en el Opus Dei no está nunca solo, está siempre en una continua conversación con nuestro Padre Dios. Su corazón de hijo no se siente nunca abandonado, porque se encuentra siempre haciendo proselitismo*¹⁵.

Si alguna vez nos sintiéramos solos, querría decir que hemos empuñado el corazón a fuerza de pensar en nosotros mismos, o que hemos buscado com-

pensaciones rastreras, como si el amor a Dios no nos bastara. Si regateáramos generosidad en la entrega, cediendo terreno a la comodidad, a la pereza, a la visión humana, se resentiría inmediatamente el apostolado y podríamos sentirnos interiormente solos.

Tenemos una vida interior particular, propia, en parte común sólo a nosotros. Característica de esa vida interior de los miembros de la Obra, que ha de darnos a cada uno un modo particular de ver las cosas, es procurar activamente la santidad de los demás. No amamos a Dios si nos dedicamos a pensar sólo en nuestra propia santidad: hay que pensar en los demás, en la santidad de nuestros hermanos y de todas las almas (...).

*No tenemos más remedio que contar con ese —vamos a llamarlo así— prejuicio psicológico de pensar habitualmente en los demás, tener este punto de vista determinado, propio, exclusivo nuestro*¹⁶.

La Virgen Santísima, que ha acompañado siempre a la Iglesia en su peregrinar terreno, es Reina de los Apóstoles. Ella hará que llevemos nuestro ambiente a todos los rincones de la tierra, y nos perpetuemos generosamente en el corazón y en la vida de muchos.

(13) Act. XI, 25-26.

(14) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, n. 162.

(15) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 461.

(16) De nuestro Padre, *Meditación Señal de vida interior*, 3-IIM963.

474.

16 de junio

ANIVERSARIO DE LA
APROBACIÓN DEFINITIVA

—La Providencia divina ha guiado todos los pasos del camino jurídico de la Obra.

—Con la aprobación definitiva se confirmaron aspectos fundamentales del espíritu del Opus Dei.

—También se hizo posible la admisión de sacerdotes diocesanos en la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

LA APROBACIÓN definitiva de la Obra por la Santa Sede tuvo lugar el 16 de junio de 1950, fecha que coincidió ese año con la solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús. Al celebrar hoy esta fiesta de familia, queremos agradecer una vez más la insondable Providencia divina, que guió a nuestro Padre en todos los pasos del camino jurídico del Opus Dei.

Es la Obra *una novedad, antigua como el Evangelio, que hace asequible a personas de toda clase y condición —sin discriminación de raza, de nación, de lengua— el dulce encuentro con Jesucristo en los quehaceres de cada día. Novedad bien sencilla, como son las nuevas del Señor. Y para abrir paso a este querer divino, verdadero fenómeno teológico, pastoral y social en la vida de la Iglesia, Dios me llevaba de la mano, calladamente, poco a poco, hasta hacer su castillo: da este paso —parece que decía—, pon esto ahora aquí, qui-*

ta esto de delante y poníó allá. Así ha ido el Señor construyendo su Obra, con trazos firmes y perfiles delicados, antigua y nueva como la Palabra de Cristo.

En la historia de nuestro camino jurídico dentro de la vida de la Iglesia —escribe nuestro Fundador—, aparece con mucha claridad este juego divino del que os hablo. No he tenido que andar calculando, como jugando al ajedrez; entre otras cosas porque nunca he pretendido averiguar la jugada de otro, para poder dar jaque mate después. Lo que he tenido que hacer es dejarme llevar¹.

Con la aprobación pontificia de 1947, se había obtenido el refrendo jurídico de la universalidad del Opus Dei; pero, a causa del marco jurídico general al que entonces hubo de acogerse —porque no había otros caminos practicables—, nuestro Padre se había visto obligado a *conceder* algunas cosas, sin ceder en lo esencial y con ánimo de *recuperar* en cuanto fuera posible.

Ya en el *Decretum laudis*, la Santa Sede reconocía la novedad de nuestro camino (...), y reconocía también los rasgos peculiares de nuestro derecho, que exigía, precisamente por su novedad, un arduo trabajo de estudio antes de proceder a la aprobación pontificia². Durante los años 1947 a 1950, nuestro Fundador desplegó una intensa actividad ante la Santa Se-

(1) De nuestro Padre, *Cana*, 25-1-1961, nn. 4-5.

(2) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 26.

de para progresar en el camino jurídico de la Obra. Recurrió en primer lugar a la oración, que es siempre nuestra arma primera y principal, al tiempo que —ayudado por don Alvaro— preparaba los documentos correspondientes.

Refiriéndose a aquellos años, nuestro Padre escribió más tarde: *no era (...) un vano juridicismo el que me movía a trabajar sin descanso, para que todo fuera quedando fijado en amplias normas que estuvieran de acuerdo con nuestra vocación; lo que me impulsaba era la grave responsabilidad de hacer que este fenómeno nuevo quedara expuesto, en las normas de nuestro derecho peculiar, según el querer del Señor*³.

El Señor sostuvo a nuestro Fundador en aquellos momentos, ayudándole a encontrar los modos más oportunos para exponer el espíritu de la Obra, y le fortaleció para que lo defendiera, manteniéndolo íntegro a través de las sucesivas etapas del camino jurídico, que sólo llegaría a su término con la erección de la Obra en Prelatura personal. *He sufrido mucho esos años, no os lo puedo ocultar, pero también debo deciros que —sin milagrerías de ninguna clase— el Señor me confortaba y me daba nueva fuerza cada día, para defender el camino, para seguir sus designios: spiritus Dei fecit me et spiraculum Omnipotentis vivificavit me (loh XXXIII, 4); el Espíritu de Dios me crió, y el Omnipotente me dio vida. Sin esta bondad*

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 28.

*de Dios, hijos míos, me hubiera muerto. Cuando pienso en esos años no puedo menos de decir al Señor: omnia quae fecisti nobis, Domine, in vero iudicio fecisti (Dan. III, 31); todas las cosas que nos has hecho, con verdadera justicia las has hecho: ¡Dios mío, se veía que eras Tú!*⁴.

EN EL Decreto de aprobación de 1950 se reconoce la expansión maravillosa del Opus Dei, que, *habiendo sido sembrado en el campo del Señor como un pequeño grano, había crecido de modo admirable, hasta convertirse en árbol frondoso*⁵.

Durante los tres años transcurridos desde la concesión del *Decretum laudis*, la Obra había extendido su labor apostólica a nuevos países de Europa y de América, y el número de vocaciones, por la gracia de Dios, se había incrementado notablemente. Pero la novedad del fenómeno pastoral del Opus Dei exigía —por parte de la Santa Sede— un estudio especialmente profundo de nuestro derecho particular. Así se afirma expresamente, varias veces, en el decreto de aprobación definitiva. *Como comprenderéis, hijos míos, estas repetidas declaraciones, sobre la expansión admirable de la Obra y sobre la novedad de nuestro derecho y de nuestra ascética, constituían un*

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 42.

(5) Decr. *Primum inter* de aprobación definitiva, 16-VI-1950.

*explícito reconocimiento de que el Opus Dei era un fenómeno teológico y pastoral peculiarísimo y que, nacido universal —es decir, romano y católico, verdaderamente ecuménico—, era ya universal también de hecho. Nuevo y universal, porque los miembros de la Obra eran personas de todas las clases sociales, sin discriminación de raza, de lengua o nación; y porque la misma razón de nuestra vida nos llevaba a trabajar y convivir con todos los hombres, por estar presentes en todos los quehaceres temporales*⁶.

El espíritu de la Obra era como el vino nuevo de que habla el Evangelio, que ha de guardarse en odres nuevos⁷. Sin embargo, muchas personas, habituadas a moldes canónicos que tenían una antigüedad de siglos, no acertaban a comprender la hondura y trascendencia de la novedad que entrañaba el mensaje del Opus Dei. Para salvar lo fundamental, hubo que *tolerar (...) otras oscuridades e insuficiencias*⁸. Nuestro Padre se vio obligado a *conceder sin ceder, con ánimo de recuperar*, según la frase con que expresaba gráficamente su criterio prudencial.

En medio de esas circunstancias históricas y ambientales, Dios nos guiaba, y nos llevaba paso a paso, con amorosa providencia: misericordiam et iudicium cantabo tibi, Domine! (Ps. C, 1); Señor, ensalzaré siempre tu misericordia y tu justicia. El nos prestaba su

(6) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 33.

(7) Cfr. *Matth.* IX, 16-17.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 59.

fortaleza, para que prosiguiéramos nuestro camino, y nos alimentaba para que las dificultades no nos hicieran desfallecer: surge, comede: granáis enim tibi restat via! (I Reg. XIX, 7); aliméntate de mi Voluntad, que te queda por recorrer un largo camino.

Parecía que Dios, nuestro Padre, miraba a su Obra —criatura nueva— y le dirigía aquellas palabras de San Pablo a Timoteo: nemo adolescentiam tuam con-temnat, sed exemplum esto fidelium in verbo, in conversatione, in caritate, in fide, in castitate (I Tim. IV, 12): nadie tenga en poco tu juventud —tu novedad—, y da ejemplo a los fieles con la palabra, con el trato, con la caridad, con la fe, con la castidad. ¡Con virtudes, hijos míos!, con las virtudes, que es lo importante y lo primero que pide el Señor: todas las teologales y todas las cardinales.

Eso es lo que aconseja el Espíritu divino, a eso lleva el soplo del Amor, porque hoc enim faciens, et teipsum salvum facies, et eos qui te audiunt (I Tim. IV, 16): porque, haciendo eso, alcanzarás la santidad y arrastrarás a la santidad a quienes te escuchen.

*Con estos auxilios del Señor, que fueron luces, consuelos, rosas y espinas, conseguimos que, dentro de un amplio molde jurídico, la Obra quedara aprobada, con sus rasgos específicos bien delineados, con su ascética peculiar y su naturaleza plenamente laical, secular, repetidamente confirmadas*⁹.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, nn. 58-59.

ESCRIBÍA nuestro Padre a finales de 1949: *la aprobación definitiva, hijas e hijos míos, nos dará nueva estabilidad, un arma de defensa, más facilidad para el trabajo apostólico; y asentará de nuevo los principios fundamentales de la Obra: la secularidad, la santificación del trabajo, el hecho de que somos ciudadanos corrientes y, sobre todo, especialmente en la parte espiritual, nuestra convicción de que somos hijos de Dios*¹⁰.

Nuestro Fundador tenía prisa por recibir la aprobación definitiva de la Santa Sede, pues las incomprendiones no habían cesado. Los trámites se iniciaron el 11 de febrero de 1950, fiesta de Nuestra Señora de Lourdes. La solicitud iba avalada por ciento diez prelados de diecisiete naciones, que enviaron a la Santa Sede sus cartas comendaticias. El Congreso Plenario del Dicasterio correspondiente, reunido el 1 de abril, dio parecer favorable para la aprobación definitiva, aunque antes de aprobar el *ius peculiare* consideró oportuno un estudio más profundo de algunas cuestiones, que parecían menos sencillas por su novedad. Era un *dilata*, una espera más. Pero el Señor se sirvió de ese retraso para que en el decreto de aprobación definitiva pudiera resolverse el problema de la adscripción de los sacerdotes de las diócesis a la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 8-XIM949, n. 19.

Nos contó varias veces nuestro Padre que, para ayudar a los sacerdotes diocesanos, estaba dispuesto a dejar el Opus Dei, una vez que la Obra consiguiera las aprobaciones pontificias. *Pero Dios no lo quiso así, y me libró, con su mano misericordiosa —cariñosa— de Padre, del sacrificio bien grande que me disponía a hacer dejando el Opus Dei. Había enterado oficialmente de mi decisión a la Santa Sede (...), pero vi después con claridad que sobraba esa fundación nueva, esa nueva asociación, puesto que los sacerdotes diocesanos cabían perfectamente dentro de la Obra* ".

En efecto, si los miembros del Opus Dei deben buscar la santificación en el cumplimiento de sus deberes, esforzándose por realizar lo mejor posible su trabajo ordinario sin salirse de su lugar en el mundo, también los sacerdotes diocesanos podían santificarse en el ejercicio de su propio ministerio sacerdotal, de acuerdo con el espíritu del Opus Dei, sin salirse de su sitio, sin alterar su condición de miembros del presbiterio de su diócesis.

En mayo y junio nuestro Padre volvió a impulsar el proceso de aprobación definitiva. Además de aclarar las cuestiones planteadas anteriormente, que habían originado una pausa de dos meses, exponía las razones por las que solicitaba que los sacerdotes diocesanos pudieran ser admitidos en la Sociedad

(11) De nuestro Padre, *Carta*, 24-XII-1951, n. 3.

Sacerdotal de la Santa Cruz, como miembros Agregados o Supernumerarios.

Con fecha 16 de junio de 1950, la Santa Sede emanaba el decreto de aprobación definitiva, por el que hoy damos gracias a Dios, pues supuso un impulso formidable para el desarrollo y crecimiento del Opus Dei en el mundo entero. Agradecimiento que deseamos hacer llegar al Cielo por manos de la Virgen Santísima, *Regina Operis Dei*.

475.

20 de junio
ANIVERSARIO DEL
FALLECIMIENTO DE TÍA CARMEN

- Los últimos momentos de la vida de Tía Carmen.
- Tía Carmen gastó su vida entera en servicio de la Obra.
- Le debemos en gran parte el ambiente de hogar cristiano que hay en nuestros Centros.

EN LA madrugada del jueves 20 de junio, festividad del Corpus Christi, quiso el Señor llevarnos a Tía Carmen. Eran las 3.25 cuando cerramos sus ojos, que miraban ya en el cielo.

Así se escribió en 1957, en una de nuestras publicaciones internas, a los pocos días del fallecimiento de Tía Carmen. Al cumplirse un nuevo aniversario de aquella fecha, consideramos en nuestra oración la docilidad y el cariño con que Tía Carmen aceptó siempre la amabilísima Voluntad divina.

Después de una enfermedad muy penosa que duró dos meses, sufrió una prolongada agonía en la que —ayudada por nuestro Fundador y por don Alvaro— hizo de esos momentos de intenso dolor una oración continua.

Poco tiempo antes, a mediados de abril, cuando le había sido diagnosticada una enfermedad incurable, Tía Carmen recibió la noticia *como una persona*

santa del Opus Dei; así se lo dijo don Alvaro a nuestro Fundador. Desde aquel momento, con paz y alegría, Tía Carmen comenzó a prepararse para bien morir.

Las personas de Casa que tenía más cerca la cuidaron con especial cariño, acompañándola en todo momento y haciendo cuanto estaba de su parte para que fueran más llevaderos los días de vida que le quedaban. La plegaria de todos los miembros de la Obra fue desde el principio: *Señor, si quieres, puedes*. Pedíamos al Señor un milagro. Tía Carmen rezaba —así lo manifestó— *para que se cumpliera la Voluntad de Dios*; y todos repetían unidos a nuestro Padre: *fiat, adimpleatur...*, aceptando lo que el Señor dispusiera.

Se acabaron las lágrimas en el momento en que murió, comentaba nuestro Fundador al día siguiente del fallecimiento de Tía Carmen; *ahora estoy contento, hijos míos, agradecido al Señor que se la ha llevado al Cielo; con el gozo del Espíritu Santo. Sí, hijos míos, me tenéis que dar la enhorabuena, porque ya está en el Cielo. Estaba ilusionadísima con la idea de que pronto vería a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, y a la Santísima Virgen, y a los Angeles... Ahora continúa encomendándonos*.

Enseguida que murió, bajé al oratorio, para celebrar la primera Misa en sufragio por su alma... Encomendadla, ofreced oraciones por ella, pero yo estoy seguro de que ya goza de Dios; ma proprio certo

—añadió nuestro Padre en italiano—: *completamente seguro* ^x.

Entonces no dio más explicaciones. Pero poco después del 26 de junio de 1975, don Alvaro encontró un sobre, escrito de su puño y letra por nuestro Fundador, con la indicación de que se abriera después de su muerte. Así supimos que, en aquella Misa, el Señor había ofrecido a nuestro Padre el consuelo, con una prueba clara, de que su hermana no necesitaba ya sufragios. De modo humanamente inexplicable, en el *memento* de vivos y en el de difuntos se olvidó de rezar por Tía Carmen. Cuando se dio cuenta, durante la acción de gracias de la Misa, nuestro Padre comprendió, sin que fuese posible la duda, que Dios le había dado a entender de esa manera que Tía Carmen no necesitaba de sufragios, que gozaba de la felicidad sin fin ².

TÍA CARMEN vivió siempre dispuesta a hacer en servicio de la Obra todo lo que nuestro Padre le pidiera. Su disponibilidad fue continua, plena, vivida con una sencillez y naturalidad que hacía pasar en parte inadvertida su labor callada y eficaz. En los momentos anteriores a su muerte, don Alvaro le dio también ese motivo de esperanza: *estamos todos contigo. Y sobre toda está Dios, que es quien te da la*

(1) De nuestro Padre, Tertulia, 21-VM957.

(2) Cfr. Del Padre, Tertulia, 19-III-1976, en Crónica, 1976, p. 351.

fuerza. Toda tu vida has estado trabajando por Dios, y ahora vas a encontrarte con El³.

Tía Carmen trabajó mucho por el Señor. Consumió su existencia por la Obra, sin tener nuestra vocación, con un trabajo continuo y sacrificado, hecho por amor; con la sencillez de quien no da importancia al valor de sus actos de servicio; con la perfección que pone el alma enamorada; con el más completo olvido de sí: con abnegación. Fue así, junto con la Abuela, una ayuda preciosa para la Obra. Llevó adelante la Administración de varios Centros, antes de que nuestras hermanas estuvieran en condiciones de hacerlo.

Su ejemplo nos invita hoy a un examen de conciencia sobre la calidad de nuestra entrega. ¿Es también total? ¿Estamos dándonos enteramente para hacer el Opus Dei en la tierra? ¿Existe aún en nuestra vida alguna remora que retarde nuestra marcha hacia Dios? Es nuestro Padre quien nos lo pide: *hay que darse de una vez, sin reservas, varonilmente. Decirle al Señor: ecce ego: quia vocasti me! (I Reg. III, 6 y 9)**. Podemos repetir este acto de entregamiento muchas veces: cuando nos encontramos cansados o casi faltos de fuerzas para la lucha interior; cuando las almas no responden; cuando las labores en las que hemos puesto todo nuestro afán parecen no rendir bastante; cuando el camino se hace cuesta arriba

(3) Crónica VI-57, p. 30.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 24-111-1931, n. 42.

y el corazón se duele destemplado; cuando el Señor nos pide una mayor entrega, un nuevo sacrificio...

Muchas veces decía nuestro Fundador a alguno: *hijo mío, me apoyo en ti*. Nos conmovía esa confianza de nuestro Padre, que también nos compromete y nos estimula a apoyarnos más en Dios y a exclamar: ¡Señor, danos amor para que empecemos la vida entera, mil y mil veces, en la Obra! Que tu amor, y el amor a la Obra, guíe nuestra vida cada jornada, cada momento.

NOS HA enseñado cómo se vive y cómo se muere en el Opus Dei: sin hacer ruido, desapareciendo, sin que nadie se enterara aparte de nosotros, que estábamos muy cerca⁵, comentó nuestro Padre mientras bajaban el féretro con los restos de Tía Carmen a la *sottocrypta* de Santa María de la Paz, en Villa Tevere.

Con fe y amor, Tía Carmen gastó su vida y su salud en el trabajo del hogar. Prescindió de su independencia, del merecido desahogo, de una posición acomodada. Aceptó la renuncia que, a través de nuestro Padre, Dios le pedía, y desechó las posibilidades que se le presentaron de formar un nuevo hogar, por servir a la Obra.

Con señorío cristiano y garbo humano, contribuyó a modelar nuestro aire de familia. De cualquier

(5) De nuestro Padre, 23-VM957.

pequenez sabía sacar partido para hacer saborear el ambiente acogedor, tan importante en nuestros Centros. Ella misma se había educado en el seno de una familia cristiana, donde prevalecía el amor sacrificado de unos por otros. Conocía bien que ese *calor cristiano* de hogar formaba parte del espíritu que Dios había entregado a nuestro Fundador — *el hogar que yo he visto, lo que yo quiero que haya en cada uno de nuestros rincones*⁶ —, y colaboró, poniendo todo su corazón, llena siempre de serena alegría. Era la mano femenina —de madre, de hermana— que discretamente sabía dar calor de hogar a cada Centro.

Poco antes de morir, Tía Carmen aseguraba que desde el Cielo nos seguiría ayudando. Y hemos notado cómo cumple su palabra, especialmente por lo que se refiere a ese ambiente entrañable. En el Cielo, acoge cordialmente nuestra gratitud y la convierte en una más intensa intercesión por cada uno de sus *sobrinas* y de sus *sobrinos*.

Una consecuencia de la entrega a Dios, que vimos en la vida de Tía Carmen, y que está también presente en la nuestra, es el gozo del alma. *Dios ama al que da con alegría. ¿Qué es lo que nosotros deseamos, lo que ambicionamos más, lo que nos ha movido a la entrega? El amor de Dios. Pues nos dará más aún, nos terminará de enamorar hasta lo más hondo de nuestro corazón, si hacemos las cosas con alegría*⁷.

(6) De nuestro Padre, Meditación, 29-111-1956.

(7) De nuestro Padre.

Cuando la entrega está tejida de verdadera confianza en el Señor, cuando es humilde, y busca sólo agradar a Dios, entonces *somos totalmente felices, hijos. Quien dice Opus Dei dice alegría. Quien dice Opus Dei tiene que decir trabajo, pero con alegría; tiene que decir caridad con alegría; comprensión con alegría*⁸.

*Hijos míos, vamos a entregarnos del todo, vamos a vivir de fe, alegres, vamos a estar pegados a Jesucristo, a amarle de verdad, de verdad, de verdad; a vivir nuestra gran novela de amor, que eso somos: enamorados. Por Amor lo hemos dejado todo, y estamos dando la vida para hacer su Obra en la tierra. Vamos a apiñarnos bien dentro de esta barca de la Obra, y a decirle al Señor, una vez más, que estamos aquí porque El nos ha llamado: ecce ego quia vocasti me! (7 Reg. III, 5)*⁹, y que queremos hacer, de su seguimiento, un camino de alegría.

Acabamos la oración pidiendo hoy a Tía Carmen que presente a Santa María nuestros buenos propósitos, nuestros deseos de continuar recorriendo *cum gaudio et pace* la senda de nuestra vocación.

(8) De nuestro Padre, Noticias XII-64, p. 19.

(9) De nuestro Padre.

476.

22 de junio

SANTO TOMAS MORO (I)

—Contribuir, con espíritu cristiano, a la edificación de la sociedad.

—Conciencia de los deberes en las cuestiones temporales.

—Actuar en la vida pública con iniciativa y responsabilidad personal.

EN LA festividad de Santo Tomás Moro, uno de nuestros Intercesores, queremos meditar algunos aspectos del espíritu que Dios ha querido para su Obra, y que de algún modo vienen evocados por la figura de este Santo.

Un primer rasgo que consideramos ahora es su espíritu laical, abierto a todas las preocupaciones y esperanzas de sus contemporáneos. Abogado y humanista, plenamente interesado por los problemas de la época que le correspondió vivir, se entregó a su trabajo con afán de llenar de contenido cristiano las instituciones civiles.

Nosotros, por vocación divina, deseamos iluminar con la doctrina de Cristo las realidades terrenas. Con ese apostolado personal que es propio de nuestro espíritu, hemos de llevar la luz de Dios al ambiente que nos rodea. Pero *no se acaba ahí vuestro trabajo apostólico*, recordaba nuestro Fundador. Por-

que es preciso también que os deis perfecta cuenta de que hacéis un apostolado fecundísimo, cuando os esforzáis por orientar con sentido cristiano las profesiones, las instituciones y las estructuras humanas, en las que trabajáis y os movéis.

Procurar que esas instituciones y esas estructuras se conformen con los principios que rigen una concepción cristiana de la vida, es realizar un apostolado de base muy amplia, porque —al encarnar de ese modo el espíritu de justicia— aseguráis a los hombres los medios para vivir de acuerdo con su dignidad, y facilitáis a muchas almas que, con la gracia de Dios, puedan responder personalmente a la vocación cristiana¹.

La solicitud por las tareas temporales, el deseo de contribuir —cada uno en la medida de sus posibilidades— a la edificación de la sociedad civil, puede llevar a algunos a ocupar cargos de responsabilidad en la vida social, económica, académica, política, ciudadana... En esos puestos, como en todas las demás profesiones, con espíritu de servicio y sin ambiciones terrenas, es preciso trabajar para *colocar a Cristo Señor Nuestro en la cumbre de todas las actividades humanas honestas².*

Hemos de conquistar para Cristo todo valor humano que sea noble: estad atentos a cuanto existe de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de vir-

(1) De nuestro Padre, Carta, 9-1-1959, n. 17.

(2) Amigos de Dios, n. 58

tuoso y digno de alabanza (Philip. IV, 8). *Cualquier realidad que aparezca en la vida de los hombres, hemos de conducirla enseguida a Dios, descubriendo su sentido divino. Por eso, como os he repetido tantas veces, es necesario que no perdáis nunca el punto de mira sobrenatural.* Todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de El fColos. ///, 17)³.

Así obró Santo Tomás Moro. Aceptó el cargo de Lord Canciller de Inglaterra, aunque se consideraba indigno de tal honor, pensando solamente en servir a Dios y a su patria. Y a pesar de las dificultades que muy pronto se le presentaron, perseveró con lealtad en su difícil tarea.

*VUESTRO amor a todos los hombres os debe llevar a afrontar los problemas temporales con valentía, según vuestra conciencia. No tengáis miedo al sacrificio, ni a asumir cargas pesadas. Ningún acontecimiento humano puede seros indiferente, antes al contrario todos deben ser ocasión para hacer bien a las almas y facilitarles el camino hacia Dios*⁴.

Una razón apostólica —impregnar de contenido cristiano las estructuras humanas— nos empuja a tomar parte activa en la construcción de la sociedad

(3) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1959, n. 19.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 15-X-1948, n. 28.

civil. Como todos los cristianos, tenemos obligación de interesarnos por las cuestiones temporales que afectan al mundo. *Urge en todas partes rehacer el entramado cristiano de la sociedad (...). Los fieles laicos —debido a su participación en el oficio profético de Cristo— están plenamente implicados en esta tarea de la Iglesia. En concreto, les corresponde testificar cómo la fe cristiana —más o menos conscientemente percibida e invocada por todos— constituye la única respuesta válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad. Esto será posible si los fieles laicos saben superar en ellos mismos la fractura entre el Evangelio y la vida, recomponiendo en su vida familiar cotidiana, en el trabajo y en la sociedad, esa unidad de vida que en el Evangelio encuentra inspiración y fuerza para realizarse en plenitud*⁵.

Entre las actividades humanas que determinan la orientación cristiana de la sociedad, tiene un relieve especial el quehacer político. La Iglesia ha recordado con insistencia que los fieles laicos de ningún modo pueden abdicar de la participación en la "política"; es decir, en la multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el bien común (...). Los fieles laicos han de testificar aquellos valores humanos y evangélicos que están ín-

(5) Juan Pablo II, Exhort. apost. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 34.

tintamente relacionados con la misma actividad política; como son la libertad y la justicia, la solidaridad, la dedicación leal y desinteresada al bien de todos, el sencillo estilo de vida, el amor preferencia! por los pobres y los desheredados ⁶.

Santo Tomás Moro ejerció su libertad personal en un servicio entregado a la sociedad civil. Cumplió con ejemplaridad los deberes que llevaba consigo la virtud de la piedad hacia la patria, sin ceder ni un ápice en los derechos de Dios.

En el día de su fiesta, podemos examinar si sabemos aceptar y ejercitar con iniciativa la responsabilidad que a cada uno le incumbe como ciudadano corriente, en la edificación de la sociedad terrena: en la propia ciudad o nación, en el medio profesional, social, cultural...

Muchas veces insistió nuestro Padre en esta obligación de cristianos: *no podéis estar ausentes —sería una criminal omisión— de las asambleas, congresos, exposiciones, reuniones de científicos o de obreros, cursos de estudio, de toda iniciativa, en una palabra, científica, cultural, artística, social, económica, deportiva, etc. A veces las promoveréis vosotros mismos; la mayor parte de las veces habrán sido organizadas por otros y vosotros acudiréis. Pero, en todo caso, os esforzaréis por no asistir pasivamente, sino que, sintiendo la carga —amable carga— de vuestra responsabilidad,*

procuraréis haceros necesarios —por vuestro prestigio, por vuestra iniciativa, por vuestro empuje—, de forma que deis el tono conveniente e infundáis el espíritu cristiano en todas esas organizaciones ⁷.

LA ACTUACIÓN pública de un cristiano debe estar siempre guiada por el claro sentido sobrenatural de los hijos de Dios. *Un hombre sabedor de que el mundo —y no sólo el templo— es el lugar de su encuentro con Cristo, ama ese mundo, procura adquirir una buena preparación intelectual y profesional, va formando —con plena libertad— sus propios criterios sobre los problemas del medio en que se desenvuelve; y toma, en consecuencia, sus propias decisiones que, por ser decisiones de un cristiano, proceden además de una reflexión personal, que intenta humildemente captar la voluntad de Dios en esos detalles pequeños y grandes de la vida.*

Pero a ese cristiano jamás se le ocurre creer o decir que él baja del templo al mundo para representar a la Iglesia, y que sus soluciones son las soluciones católicas a aquellos problemas. ¡Esto no puede ser, hijos míos! Esto sería clericalismo, catolicismo oficial o como queráis llamarlo ⁸.

La vida de Santo Tomás Moro transcurrió siempre con un gran sentido de lealtad a la Iglesia, que le

(6) Juan Pablo II, Exhort. apost. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 42.

(7) De nuestro Padre, *Carla*, 9-I-1959, n. 20.

(8) *Conversaciones*, nn. 116-117.

llevó a cargar personalmente con las consecuencias de sus actuaciones públicas. Por eso sigue siendo hoy en día un ejemplo válido para una sociedad en la que se encuentra muy difundido un modo de comportarse ambiguo o poco responsable. *Tenéis que difundir por todas partes* —clamaba nuestro Padre— *una verdadera mentalidad laical, que ha de llevar a tres conclusiones: a ser lo suficientemente honrados, para pechar con la propia responsabilidad personal; a ser lo suficientemente cristianos, para respetar a los hermanos en la fe, que proponen —en materias opinables— soluciones diversas a la que cada uno de nosotros sostiene; y a ser lo suficientemente católicos, para no servirse de nuestra Madre la Iglesia, mezclándola en banderías humanas*⁹.

El ejemplo de los primeros cristianos es siempre actual. *No tenían, por razón de su vocación sobrenatural, programas sociales ni humanos que cumplir; pero estaban penetrados de un espíritu, de una concepción de la vida y del mundo, que no podía dejar de tener consecuencias en la sociedad en la que se movían.*

Con un apostolado personal semejante al nuestro, fueron haciendo prosélitos y, durante su cautividad, ya enviaba Pablo a las iglesias los saludos de los cristianos que vivían en la casa del César (cfr. Philip. IV, 22). ¿No os conmueve aquella carta encantadora que dirige el Apóstol a Filemón, que es un testimonio vivo

*de cómo el fermento de Cristo —sin pretenderlo directamente— había dado un nuevo sentido, por el influjo de la caridad, a las estructuras de la sociedad he-ril? (cfr. Phile. 8-12)*¹⁰.

Al acabar nuestra oración, pedimos a Santa María que nos ayude a vivir con sentido de responsabilidad estos aspectos tan fundamentales de nuestro espíritu.

(9) *Conversaciones*, n. 117.

(10) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 22.

477.

22 de junio

SANTO TOMAS MORO (II)

—La vocación a la Obra refuerza nuestra solidaridad con los demás ciudadanos.

—Llenar de contenido cristiano las leyes civiles y las instituciones sociales.

—Cumplir los deberes cívicos y exigir los correspondientes derechos.

LA PERSONALIDAD de Santo Tomás Moro tiene una faceta particular, que merece especialmente nuestro reconocimiento: su condición de ciudadano corriente, que supo vivir en medio de la calle su vocación cristiana. *Si hubiera existido entonces el Opus Dei* —comentó alguna vez nuestro Padre—, *hubiera sido Supernumerario: quería mucho a la Iglesia, al Papa, a su patria, a su mujer —a la primera y a la segunda— y a sus hijos. Tenía un alma universal*¹.

Somos ciudadanos iguales a los demás, *que se esfuerzan por vivir con seria responsabilidad —hasta las últimas conclusiones— su vocación cristiana*². Nuestra condición de miembros de la sociedad no ha sido modificada por la vocación a la Obra. Por el contrario, nuestra solidaridad con los demás ciudadanos

ha quedado reforzada por las exigencias cristianas de la fe, hechas más acuciantes con la llamada. El bien común de la sociedad es nuestro bien.

Nada distingue a mis hijos de sus conciudadanos. En cambio, fuera de la Fe, nada tienen en común con los miembros de las congregaciones religiosas. Amo a los religiosos y venero y admiro sus clausuras, sus apostolados, su apartamiento del mundo —su contemptus mundi— que son otros signos de santidad en la Iglesia. Pero el Señor no me ha dado vocación religiosa, y desearla para mí sería un desorden. Ninguna autoridad en la tierra me podrá obligar a ser religioso, como ninguna autoridad puede forzar me a contraer matrimonio. Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente el mundo.

Quienes han seguido a Jesucristo —conmigo, pobre pecador— son: un pequeño tanto por ciento de sacerdotes, que antes han ejercido una profesión o un oficio laical; un gran número de sacerdotes seculares de muchas diócesis del mundo —que así confirman su obediencia a sus respectivos Obispos y su amor y la eficacia de su trabajo diocesano—, siempre con los brazos abiertos en cruz para que todas las almas quepan en sus corazones, y que están como yo en medio de la calle, en el mundo, y lo aman; y la gran muchedumbre formada por hombres y por mujeres —de diversas naciones, de diversas lenguas, de diversas razas— que viven de su trabajo profesional, casados la mayor parte, solteros muchos otros, que participan con sus conciudadanos

(1) De nuestro Padre, Noticias IV-70, p. 28.

(2) *Conversaciones*, n. 118.

*dadanos en la grave tarea de hacer más humana y más justa la sociedad temporal; en la noble lid de los afanes diarios, con personal responsabilidad —repito—, experimentando con los demás hombres, codo con codo, éxitos y fracasos, tratando de cumplir sus deberes y de ejercitar sus derechos sociales y cívicos. Y todo con naturalidad, como cualquier cristiano consciente, sin mentalidad de selectos, fundidos en la masa de sus colegas, mientras procuran detectar los brillos divinos que reverberan en las realidades más vulgares*³.

DURANTE el tiempo que ocupó el cargo de Lord Canciller de Inglaterra, y durante toda su vida, Tomás Moro se sujetó plenamente a las leyes de su país, y las respetó en conciencia, dando prueba de una lealtad ejemplar y heroica.

Es ésta también una norma de conducta que nos exige el espíritu de la Obra. *Estáis obligados a dar ejemplo, hijos míos, en todos los terrenos, también como ciudadanos. Debéis poner empeño en cumplir vuestros deberes y en ejercitar vuestros derechos. Por eso, al desarrollar la actividad apostólica, observamos como ciudadanos católicos las leyes civiles con el mayor respeto y acatamiento, y dentro del ámbito de esas leyes nos esforzamos siempre por trabajar*⁴.

(3) *Conversaciones*, nn. 118-119.

(4) De nuestro Padre, *Carla*, 9-1-1932, n. 35.

Apena ver en ocasiones un encogimiento de ánimo en algunos católicos ante las leyes del propio país, que les lleva a vivir como ciudadanos de segunda categoría. Se conforman con legislaciones discriminatorias en campos tan fundamentales como la familia o la enseñanza. Faltos en ocasiones de audacia, se inhiben de la vida pública y, si intervienen, lo hacen disimulando su condición de creyentes.

La actuación pública de Santo Tomás Moro ilustra con elocuencia cuál ha de ser la actitud de un católico: tratar de dar contenido cristiano a las leyes y a las instituciones. Ante los requerimientos de un monarca que pretendía utilizar su poder en contra de la indisolubilidad matrimonial, Tomás Moro se mantuvo fiel a su conciencia cristiana, y no por eso dejó abandonados sus deberes ciudadanos, ni abdicó de su respeto y obediencia a los mandatos legítimos de la autoridad. Cuando fue destituido de su cargo, siguió defendiendo, con sus escritos y con sus obras, la doctrina que se quería ignorar.

Trabajando (...) unidos a vuestros conciudadanos y removiéndolos, haciendo ambiente para que las cosas no vengán impuestas sin expresar el legítimo sentir de la sociedad, podréis orientar cristianamente la legislación de vuestras comunidades nacionales, sobre todo en aquellos puntos que son clave en la vida de los pueblos: las leyes sobre el matrimonio, sobre la enseñanza, sobre la moralidad pública, sobre la propiedad, etc.

¿Cómo va a ser cristiana una legislación, en la que el respeto a la familia se basa en el divorcio? ¿Qué lógica se puede encontrar en algunas sociedades que se enorgullecen de su diversidad religiosa y no admiten esa diversidad en las escuelas públicas, donde cada alumno tendría derecho a recibir la educación religiosa conforme a su fe?

*¿No os dais cuenta de que la propiedad privada—con las limitaciones que exija el bien común— es un instrumento de libertad para el hombre, un bien que se ha de colocar entre los fundamentales para el desarrollo de la persona humana y de la familia? Los países donde no se respeten esos derechos no son países católicos ni humanos. ¿Veis el panorama, que se os presenta? En éstos y en otros puntos capitales, tendréis que luchar, ¡y bien!*⁵.

*CON RESPECTO a los derechos y deberes sociales, políticos, económicos, etc., la Obra pide a sus miembros que observen todos los deberes de ciudadano, sin querer substraerse al cumplimiento de ninguna obligación; y que ejerciten todos sus derechos—sin exceptuar imprudentemente ninguno—, en bien de la colectividad o para no causar, por el abandono de esos derechos o deberes, perjuicios a terceros*⁶.

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 42.

(6) *Catecismo*. 5ª ed., n. 155.

De ese ejercicio de los derechos ciudadanos —escribió nuestro Padre—, encontramos un ejemplo vivo que imitar en la reiterada actitud de San Pablo, según se describe en el libro de los Hechos. Con una firmeza viril, que a los timoratos podrá parecer arrogancia y que es hombría de bien sin ñoñerías, el Apóstol exhibe, cuando hace falta, su condición de ciudadano romano y exige, ausente toda humildad de garabato, que se le trate como a tal: después que a nosotros, ciudadanos romanos, nos han azotado públicamente sin juzgarnos y nos han metido en la cárcel ¿nos quieren sacar ahora en secreto? No será así. Que vengan ellos (los lictores) y nos saquen (Act. XVI, 37).

*Con esa entereza hablaba al carcelero de Filipos. Y es estupenda la conversación, llena de garbo humano, que Pablo, a punto de ser azotado, sostiene en Jerusalén con el tribuno: cuando lo sujetaron para azotarlo, dijo Pablo al centurión que estaba presente: ¿os es lícito azotar a un romano sin haberle juzgado? Al oír esto el centurión, fue al encuentro del tribuno y se lo comunicó, diciendo: ¿qué ibas a hacer? Este hombre es romano. El tribuno se le acercó y dijo: ¿eres tú romano? El contestó: sí. Añadió el tribuno: yo adquiriré esa ciudadanía por una gran suma. Pablo respondió: pues yo la tengo por nacimiento (Act. XXII, 25-28; cfr. Ibid. XXV, 11). Hijas e hijos míos, huelgan los comentarios: tomad ejemplo*⁷.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 39.

Hemos de tomar conciencia de nuestra ciudadanía y responder a todas nuestras obligaciones: pagar los impuestos; cumplir el servicio militar o el servicio social; ejercer el deber de votar y los otros deberes que marquen las leyes... Como reverso, hemos de exigir nuestros derechos, sin permitir que se merme en lo más mínimo nuestra libertad de actuación en la vida profesional y civil. *¡Cuánto espera el Señor de vuestro trabajo constante, ilusionado y lleno de entusiasmo —aunque sin ilusión y entusiasmo sensibles, con frecuencia—, con el que tratáis de cristianizar todas las actividades del mundo: poner a Cristo en la cumbre de todas las actividades humanas!*⁸.

Acabamos nuestra oración acudiendo a la Virgen Santísima y a la intercesión de Santo Tomás Moro, pidiendo que nos alcancen la fortaleza necesaria para vivir siempre así. *Hijas e hijos míos* —nos aseguraba nuestro Fundador—, *si conserváis este buen espíritu, se podrá aplicar a vosotros hoy lo que el libro de los Hechos dice de los Apóstoles de Jesús*: por las manos de los Apóstoles se realizaban muchos milagros y prodigios en el pueblo (Act V, 12). *Serán —los vuestros— milagros sin espectáculo, pero estad seguros de que serán verdaderos milagros*⁹.

(8) De nuestro Padre, *Cana*, 9-1-1959, n. 28.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 28.

478.

22 de junio

SANTO TOMAS MORO (III)

—El amor a la libertad, característica esencial del espíritu del Opus Dei.

—Lealtad humana y fidelidad sobrenatural, rasgos constantes de la vida de Santo Tomás Moro.

—Caridad en nuestro diálogo con los hombres.

HOY CONSIDERAMOS una característica esencial del espíritu de la Obra: el amor y defensa de la legítima libertad personal de todos los hombres.

Santo Tomás Moro, como buen cristiano, supo respetar las opiniones discordantes con las suyas; dialogó con hombres políticos y de ciencia, en busca de la verdad. Al mismo tiempo, no cedió cuando se trataba de cuestiones relacionadas con la fe. Su conducta manifiesta esa libertad de que gozan todos los católicos en lo que se refiere a la construcción de la ciudad temporal, porque —como nos enseñó nuestro Padre— *la libertad personal del laico católico en estas cuestiones no tiene más límites que la ley de Dios y la fidelidad a la Iglesia Santa; que no son límites, sino precioso don, que hace de las acciones humanas actos de contenido valioso, dignos de un hijo de Dios*¹.

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 25-1-1961, n. 41.

*Hace ya muchísimos años, en 1931, os escribía: nuestra diversidad no es, para la Obra, un problema: por el contrario, es una manifestación de buen espíritu, de vida corporativa limpia, de respeto a la legítima libertad de cada uno. Con el transcurso de los años y la expansión de la labor, esas palabras han encontrado una confirmación maravillosa. El Opus Dei no ha tenido, ni tiene, ni tendrá jamás una opinión propia en cuestiones temporales, políticas, etc.; ni en las culturales, ni en las teológicas. Sus miembros podrán sostener, y sostendrán en la medida de sus personales preferencias, estudios e inclinaciones, todas las opiniones compatibles con la fe católica*².

Fue constante en nuestro Fundador esta defensa apasionada de la libertad. *Nosotros, hijos, queremos a todo el mundo, también a los que no nos entienden o no quieren entender nuestra actuación libre, personal, de simples cristianos. No les entra en la cabeza que sois libres como pájaros. Somos libérrimos y tenéis derecho a pensar y a actuar como os dé la gana. Cada uno hace lo que quiere en lo temporal, siempre que no se aparte de la fe católica. Hay un abanico de opiniones muy grande para escoger. Jamás nadie os dirá nada contra esa noble libertad, y esto lo hemos vivido desde 1928.*

Algunos querrían que fuéramos un partido político para poder manejanos, pero el Opus Dei no es eso. El

*Opus Dei es la libertad santa de los hijos de Dios. Hay algo —poco— en lo que estamos todos de acuerdo: la fe y la moral de Jesucristo, y el espíritu de la Obra. En lo demás, sois libérrimos. Vivimos en un mundo de tiranías, más o menos disfrazadas, y esta maravillosa libertad nuestra, la de cada uno, con su consiguiente responsabilidad personal, no cabe en la cabeza de algunos, que no son capaces de imaginar que exista una cosa tan hermosa*³.

*MI DOCTRINA no es mía sino del que me ha enviado*⁴. Cristo, el Verbo de Dios encarnado, nos transmitió una doctrina divina. Ante ese mensaje, la única actitud apropiada es el asentimiento rendido. Jesús entregó ese depósito de verdad a la Iglesia, para que los hombres de cualquier época tuvieran acceso a la Palabra de Dios.

Por eso, no podemos confundir el diálogo acerca de las más diversas cuestiones temporales, con aquel otro diálogo que también mantenemos con los hombres: el apostólico, la conversación acerca de las cosas de Dios. *Nuestra caridad (...)* —escribía nuestro Padre en 1965— *ha sido —y con la gracia de Dios seguirá siendo— sin límites, sin discriminaciones. Lo que no debéis hacer nunca, porque no es lícito a un cristiano, es amortiguar la fe, quitar las aristas, dulcificarla*

(3) De nuestro Padre, Tertulia, 10-XI-1969.

(4) *Ioann.* VII, 16.

(2) De nuestro Padre, Carta, 24X1965, n. 53.

hasta convertirla, como algunos pretenden, en algo amorfo, que no tiene la fuerza y la virtud de Dios: es absolutamente necesario que se exponga con claridad toda la doctrina, pues nada hay tan ajeno al ecumenismo como ese falso irenismo, que daña a la pureza de la doctrina católica y oscurece su sentido genuino y cierto (Conc. Vaticano II, Decr. Unitatis redintegratio, n. 11).

No se puede transigir en las cosas que no son nuestras, porque son de Dios; no se puede aplicar el fácil criterio del falso irenismo, mitad y mitad, como cuentan que hacía aquel vendedor de empanadas: que ponía un caballo y un faisán. La actitud con la que algunos se comportan ante el depósito de la fe en su diálogo con los católicos, me recuerda la historia del pobre hombre que tenía dos mujeres, una joven y otra ya de edad. Las dos le querían tanto, que la vieja le quitaba el pelo negro, para que se pareciera a ella en edad; y la joven le quitaba las canas, por la misma razón. Entre las dos, lo dejaron calvo.

Debéis tener siempre el valor, que es humildad y servicio de Dios, de presentar las cosas tal como son. No tengáis miedo, no os dejéis engañar por una caridad mal orientada: ese modo de proceder, aunque pueda parecer, visto de modo humano y superficial, un obstáculo al diálogo, es en cambio lo que más agradecen esas personas no católicas o no cristianas que os tratan.

*Porque se dan cuenta de que vuestro diálogo es noble y sincero: que no os mueve ningún interés personal, que está lejos de vosotros —os repugna— todo intento de ponerlos en la picota, para hacer, como por desgracia hacen algunos, hasta propaganda política de esa amistad con los no católicos, cayendo así en una instrumentalización de las conciencias, indigna de un hombre, y de un cristiano*⁵.

La seguridad que alcanzamos en las verdades de la fe es de orden superior a la que adquirimos mediante el esfuerzo de nuestra inteligencia. En éstas cabe un conocimiento provisional, y cabe el error; en las verdades reveladas no ocurre así: proceden del mismo Dios, que no puede engañarse ni engañarnos. Nos encontramos con un patrimonio recibido de lo alto y no tenemos derecho a alterarlo en lo más mínimo: debemos aceptar las verdades de la fe tal como son, sin ceder en nada de lo que a ella se refiere.

Este amor ardiente a la libertad, esta intransigencia santa ante lo que no es opinable, fueron parte fundamental de la conducta de Santo Tomás Moro. Dispuesto a ceder por el bien común en todo lo personal, supo ser intransigente cuando estaba en juego la doctrina revelada por Dios y enseñada por la Iglesia. Fue firme hasta el punto de dar la vida —después de agotar todos los recursos humanos lícitos—, cuando se le puso en la disyuntiva de seguir el juicio

(5) De nuestro Padre, *Carla*, 24X4965, n. 57.

de los hombres o el dictamen de su conciencia cristiana.

*OS PIDO constantemente que viváis con libertad, pero también os digo que, para ejercitar vuestra libertad, no es necesario maltratar a nadie*⁶. Nuestra existencia transcurre en relación estrecha y permanente con los hombres: en comunicación de inquietudes y preocupaciones. Es un continuo diálogo con nuestros iguales, con motivo de la convivencia familiar, social, profesional... Con todos hemos de ser comprensivos, abiertos, sinceros, porque vivimos la amistad sin fingimientos.

Tenemos en común la tarea de ordenar de un modo cada vez más justo la sociedad en que vivimos. Ni nosotros ni nadie posee en exclusiva la panacea capaz de resolver todos los problemas; por eso, necesitamos aunar esfuerzos en un intento común y noble. Este deseo nos llevará a un diálogo sincero, en el que gustosamente cederemos nuestros puntos de vista en aras de razonamientos más completos o, simplemente, en beneficio de la concordia. *Sabrán, pues, mis hijos, sentir con la Iglesia en todo. Su formación espiritual y doctrinal les sensibiliza, para ser hombres de recto criterio en sus opciones temporales, prontos y humildes para rectificar, cuando ven que se*

*equivocan. No olvidéis que la noble rectificación de los errores personales es uno de los modos más humanos, y más sobrenaturales, de ejercitar la personal libertad*⁷.

Amor a la libertad y santa intransigencia son aspectos diversos del exquisito respeto que hemos de tener a todos. *Siempre suelo insistir, para que os quede bien clara esta idea, en que la doctrina de la Iglesia no es compatible con los errores que van contra la fe. Pero ¿no podremos ser amigos leales de quienes practiquen esos errores? Si tenemos bien firme la conducta y la doctrina, ¿no podremos tirar con ellos del mismo carro, en tantos campos?*

*Por todos los caminos de la tierra nos quiere el Señor, sembrando la semilla de la comprensión, de la caridad, del perdón: in hoc pulcherrimo caritatis bello, en esta hermosísima guerra de amor, de disculpa y de paz*⁸.

Pedimos a nuestra Madre del Cielo, *Virgo fidelis*, y a este Santo Intercesor de la Obra —a quien encomendamos las relaciones con las autoridades civiles—, esa firmeza ungida de caridad, tan necesaria en el trabajo apostólico.

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 25-I-1961, n. 41.

(8) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 14.

(6) De nuestro Padre, Tertulia, 10-XM969.

479.

24 de junio

SAN JUAN BAUTISTA

—San Juan Bautista anuncia la venida del Salvador ya desde el seno materno.

—El Bautista gastó su vida en preparar los caminos del Señor.

—Rectitud de intención y humildad en todas nuestras obras.

EL NACIMIENTO de San Juan Bautista fue anunciado a Zacarías por un ángel del Cielo. *No temas —le dijo—, porque tu oración ha sido escuchada. Así que tu mujer te dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan. Será para ti gozo y alegría; y muchos se alegrarán en su nacimiento, porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor, será lleno del Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre*¹.

Este es el acontecimiento que hoy celebramos, llenos de alegría, porque en el nacimiento del Bautista se pone admirablemente de manifiesto la eficacia de la Redención. Nada más oír el saludo de la Santísima Virgen, que ha acudido presurosa a visitar a su prima Isabel, se verifica un prodigio singular, y *el Bautista salta en el seno de su madre. El que llegaría a decir que precedía al Señor en los caminos de la tie-*

*rra, el que bautizaría en agua, recibió entonces el bautismo en el Espíritu Santo*².

Cuando Dios llama a una criatura para una misión particular, le concede todas las gracias necesarias y convenientes para el cumplimiento de su tarea. En el caso de San Juan Bautista, que debía preparar los caminos terrenos del Señor, esa intervención divina comienza incluso antes de su nacimiento. Por eso, la liturgia le aplica aquellas palabras del libro de Isaías: *el Señor me llamó desde el vientre de mi madre; se acordó de mi nombre cuando yo estaba aún en su seno, e hizo de mi boca como una aguda espada; bajo la sombra de su mano me cobijó, e hizo de mí como saeta bien afilada, y me ha tenido guardado dentro de su aljaba (...). Y me dijo: Yo te he destinado para ser luz de las naciones, para que lles mi salvación hasta los últimos confines de la tierra*³.

El Señor elige a sus instrumentos desde la eternidad y les otorga generosamente sus gracias. Pero requiere nuestra correspondencia: que demos acogida a sus dones, que le dejemos actuar sin oponer resistencias. *Para merecer esa luz de Dios hace falta amar, tener la humildad de reconocer nuestra necesidad de ser salvados, y decir con Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú guardas palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo,*

(1) Misa de la vigilia, *Ev* (Luc. I, 13-15).

(2) De nuestro Padre, Dos meses de catequesis, I, p. 391.

(3) *L. I* (Isaí. XLIX, 1-7).

el **Hijo** de Dios **Ioann. VI**, 69-70). *Si actuamos de verdad así, si dejamos entrar en nuestro corazón la llamada de Dios, podremos repetir también con verdad que no caminamos en tinieblas, pues por encima de nuestras miserias y de nuestros defectos personales, brilla la luz de Dios, como el sol brilla sobre la tempestad*⁴.

Antes de nacer, Juan dio comienzo a su misión de Precursor. Todo empezó con la visitación de la Virgen, porque Nuestra Señora está presente en el encuentro de cada alma con Jesús. Ella nos trae gracia abundante para cumplir la Voluntad de Dios. Comentando el tiempo que permaneció en casa de su prima Isabel, San Ambrosio escribe: *se comprende bien que Santa María, por un lado, prestara sus servicios y, por otro, que lo hiciera durante un número simbólico de meses. Pues no se quedó tanto tiempo sólo por ser pariente, sino también para provecho del Profeta. Si sólo su entrada produjo un efecto tan grande que, con el saludo de María, el niño saltó de gozo en el seno materno y la madre se llenó del Espíritu Santo, ¿en cuánto valoraremos los efectos de la presencia de María durante tanto tiempo?*⁵.

LLAMADA y envío, vocación y misión, son dos aspectos de una misma realidad que abraza, la vida entera. Dios, al llamar a su Precursor, le encomien-

da un cometido en bien de toda la humanidad: *convertirá a muchos de los hijos de Israel al Señor su Dios, e irá delante de El con el espíritu y el poder de Elias para convertir los corazones de los padres hacia sus hijos (...), a fin de preparar al Señor un pueblo perfecto*⁶.

Toda la vida del Bautista será fiel reflejo de estas palabras del ángel, pues se gastará por entero en preparar a las almas para el encuentro con Cristo. Alejando de sí cualquier interés personal, su único objetivo fue llevar a los hombres hasta Cristo. Narra el Evangelio que, en cierta ocasión, *se originó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación. Y fueron a Juan y le dijeron: Rabbí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, está bautizando y todos van a El. Respondió Juan: no puede el hombre apropiarse nada si no le es dado del Cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: yo no soy el Cristo, sino que he sido enviado delante de El*⁷.

Juan confiesa humildemente la limitación de su cometido. Conoce el alcance de los poderes que ha recibido del Cielo y sabe que su misión está subordinada a la de Cristo. No le mueve el deseo de brillar con luz propia ante las multitudes, o de ser alabado por su doctrina y por el número de sus seguidores.

(4) *Es Cristo que pasa*, n. 45.

(5) San Ambrosio, *Expositio Evangelii secundum Lucam* 2, 29.

(6) Misa de la vigilia, Ev. {Luc. I, 16-17}.

(7) *Ioann.* III, 25-28.

Por el contrario, nada le alegra tanto como ver que los frutos de su trabajo empiezan a ser recogidos por el verdadero dueño de las almas, Jesucristo. *Esposo es el que tiene la esposa; el amigo del esposo, y el que está presente y le oye, se alegra mucho con la voz del esposo. Por eso mi gozo se ha colmado. Es necesario que El crezca y que yo disminuya*⁸. ¡Qué bonita es la conducta de Juan el Bautista! ¡Qué limpia, qué noble, qué desinteresada! Verdaderamente preparaba los caminos del Señor: sus discípulos sólo conocían de oídas a Cristo, y él les empuja al diálogo con el Maestro; hace que le vean y que le traten; les pone en la ocasión de admirar los prodigios que obra⁹.

En muchas ocasiones, nuestro Fundador tomó pie del ejemplo del Precursor para hablarnos de nuestra misión apostólica. *Una vez estaba Juan el Bautista, que tenía una cátedra peripatética (...). Andaba de una parte a otra y le seguían, cuando bautizaba con agua. Y estaba con él Juan, el que después fue Apóstol, y Andrés. Y dijo el Bautista, al ver pasar al Señor: he aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo* (Ioann. I, 36). *Le miraron, le siguieron... Pasa Jesús, y arrastra*¹⁰. Arrastra porque las personas que El mismo ha elegido para ser apóstoles cumplen fielmente su misión. Porque son humildes y saben que todo cuanto de bueno tienen, de

Dios proviene. Porque, como San Juan Bautista, llevan a cabo con alegría ese programa de vida, que es la única garantía de frutos sobrenaturales: *conviene que El crezca y que yo disminuya* ".

*PADRE nuestro, que confiaste a San Juan Bautista la misión de preparar un pueblo perfecto para Jesucristo; concede a tus fieles la gracia de los goces espirituales y guía nuestros pasos por el camino de la salvación y la paz*¹².

La figura de San Juan Bautista es un ejemplo de rectitud de intención, *porque vosotros y yo —afirmaba nuestro Fundador—, pasando inadvertidos en medio del mundo, sin secretos de ningún género, hemos de ser también, como Juan, testimonios de Jesucristo: luchando, tratando de ser mejores, con la ayuda de Dios* ".

Nuestro lema es el del Bautista: Illum oportet crescere, me autem minui (Ioann. III, 30); *conviene que Cristo crezca, y que yo me haga pequeño. Por eso, nuestra ambición más grande —la verdadera gloria de la Obra— es vivir sin gloria humana, para que sólo a Dios vaya la gloria, soli Deo honor et gloria* (I Tim. I, 17)¹⁴.

(8) *Ibid.*, 29-30.

(9) De nuestro Padre, *Carta*, 16-VII-1933, n. 21.

(10) De nuestro Padre, Tertulia, 6VI-1974.

(11) *Ioann.* III, 30.

(12) *Orat.*

(13) De nuestro Padre, *Crónica*, 1968, p. 655.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 9-I-1932, n. 81.

El ejemplo del Precursor, que pone toda su labor a los pies de Cristo, nos impulsa a pedir al Señor una honda disposición de entrega. *Viene muy bien que os recuerde* —escribió nuestro Fundador— *esa manifestación tan heroica de la rectitud de intención, de la humildad verdadera en el servicio de Dios, que se ha de vivir siempre en Casa: me refiero a la disposición de todos mis hijos a abandonar la labor personal más floreciente —puede ser también una labor política—, para dedicarse a otras tareas profesionales externamente menos brillantes, si el bien del apostolado lo requiere y los que tienen autoridad en la Obra así lo disponen.*

*Esta decisión habitual es una muestra bien evidente de desprendimiento, porque nos da lo mismo trabajar aquí o allí, con tal de saber que nuestra labor es un servicio a Dios y a todas las almas: con este espíritu, mis hijos aprenden a agradar a Dios en todo lo que hacen, y a evitar el contagio del afán desordenado de poder y de las ambiciones personales*¹⁵.

Yo me imagino que todos estáis haciendo el propósito de procurar ser muy humildes. Os evitaréis así muchos disgustos en la vida, y seréis como árbol frondoso; pero no con fronda de hojas, sino de frutos que, cuando son vanos, cuando no tienen una pulpa carnosita y dulce, no pesan, y el árbol tiene las ramas hacia arriba, ¡vanidoso! En cambio, cuando los frutos son

(15) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1932, n. 61.

*maduros, cuando están macizos, cuando la pulpa, como decía antes, es dulce y grata al paladar, entonces las ramas se bajan, con humildad. Así quiero yo a mis hijos; así querría ser yo si me ayudáis: como un árbol que da mucho fruto, que es grato al Señor y grato a las almas, porque hace bien a todos. Luego, humildad. Vamos a pedírselo a Santa María, nuestra Madre, que por algo he hecho que tengáis siempre en los labios como un piropo encantador, dirigido a la Virgen, aquel grito: Ancilla Domini!*¹⁶.

(16) De nuestro Padre, *Tertulia*, 27X11-1972.

480.

25 de junio

ANIVERSARIO DE LA PRIMERA ORDENACIÓN SACERDOTAL DE MIEMBROS DE LA OBRA

—Hoy se cumple un aniversario más de la primera ordenación de miembros del Opus Dei.

—Necesidad de sacerdotes en la Obra.

—Hemos de pedir a Dios que nunca falten los sacerdotes necesarios en la Prelatura.

EL VEINTICINCO de junio de 1944 recibían la ordenación en Madrid, de manos de don Leopoldo Eijo y Garay, los tres primeros hermanos nuestros que llegaban al sacerdocio. Fue una fecha importante, un jalón más en el camino sobrenatural de la Obra, que hoy agradecemos especialmente al Señor.

Muchas veces recordó nuestro Padre aquella primera ordenación de hijos suyos, preparada con abundante oración y penitencia. *Recé con confianza e ilusión, durante tantos años, por los hermanos vuestros que se habrían de ordenar y por los que más tarde seguirían su camino; y recé tanto, que puedo afirmar que todos los sacerdotes del Opus Dei son hijos de mi oración* ¹.

En una fecha como la que hoy celebramos, decía nuestro Fundador a esos hermanos nuestros: *cuando se iban a ordenar estos tres primeros, estudiaron apasionadamente y tuvieron el mejor profesorado que pude encontrar, porque he tenido siempre el orgullo de la preparación científica de mis hijos como base de su actuación apostólica. Estudiaron mucho, mucho, mucho... Yo os doy las gracias porque me habéis dado el orgullo santo —que no ofende a Dios— de poder decir que habéis tenido una preparación eclesiástica maravillosa* ².

Ese empeño por adquirir una profunda preparación doctrinal nos ha servido de ejemplo a todos a la hora de asimilar con hondura y seriedad la formación que recibimos. *Desde que preparé a los primeros sacerdotes de la Obra, exageré —si cabe— en su formación filosófica y teológica, por muchas razones: la segunda, por agradar a Dios; la tercera, porque había muchos ojos puestos en nosotros, y no se podía defraudar a esas almas; la cuarta, porque había gente que no nos quería, y buscaba una ocasión para atacar; después, porque en la vida profesional he exigido siempre a mis hijos la mejor formación, y no iba a ser menos en la formación religiosa. Y la primera razón —puesto que yo me puedo morir de un momento a otro, pensaba—, porque tengo que dar cuenta a Dios de lo que he hecho, y deseo ardientemente salvar mi alma* ³.

(1) De nuestro Padre, *Carla*, 8-VII-1956, n. 5.

(2) De nuestro Padre, 25-VI-1958.

(3) De nuestro Padre, *Carla*, 8-VIII-1956, n. 13.

Algunos meses después de aquella fecha, escribía nuestro Padre: *muchas sinceras congratulaciones he recibido de personas de todos los ambientes, por la primera ordenación de vuestros hermanos (...). Pocos, sin embargo, son los que se dan cuenta de este nuevo fenómeno pastoral que se verifica dentro de la Obra de Dios: hombres jóvenes que ejercen una profesión universitaria, con la vida humanamente abierta para hacer libremente su voluntad, que van a servir, sin estipendio alguno, a todas las almas —especialmente a las de sus hermanos— y a trabajar duramente, porque las horas del día serán pocas para su tarea espiritual*⁴.

MAS de una vez nos dijo nuestro Padre, refiriéndose a la primera ordenación de hijos suyos: *amo de tal manera la condición laical de nuestra Obra que sentía hacerlos clérigos; y, de otra parte, la necesidad del sacerdocio parecía tan clara que tenía que ser grato a Dios Nuestro Señor que llegaran al altar esos hijos míos. Estaba con mucha alegría y con mucha tristeza. Sentía un verdadero dolor. Ahora me alegro verdaderamente cada vez que se ordenan mis hijos, porque hacen mucha falta; sufro, porque de todas partes me piden sacerdotes, sacerdotes, sacerdotes... Hay hambre, hay sed, hay necesidad absoluta de sacerdotes*⁵.

Formando parte de la estructura jerárquica de la Iglesia, la Prelatura agrupa a sacerdotes y laicos, en unidad orgánica. Y aunque, *para nosotros, el sacerdocio es una circunstancia, un accidente, porque la vocación de sacerdotes y laicos es la misma*⁶, los sacerdotes son absolutamente necesarios en el Opus Dei, como lo son los seglares. *Pero el sacerdocio es lo más grande que Dios puede dar a un alma. Nuestra Madre Santísima sólo una vez hizo venir a Cristo a la tierra: ecce ancilla Domini... (Luc. 1, 38). Los sacerdotes lo hacen venir todos los días y perdonan los pecados. Y, en el Opus Dei, ponen el corazón en el suelo para que pisen blando sus hermanos*⁷.

La Obra necesita sacerdotes, en primer lugar, para servir con su ministerio a sus hermanas y a sus hermanos: *sacerdotes con nuestro espíritu: que estén bien preparados; que sean alegres, operativos y eficaces; que tengan un ánimo deportivo ante la vida; que se sacrifiquen gustosos por sus hermanos, sin sentirse víctimas*⁸.

Además, los sacerdotes son necesarios en la labor que los laicos llevan a cabo al buscar almas para Dios. Al llegar a lo que nuestro Padre denominaba *muro sacramental*, el apostolado personal de los miembros de la Obra puede ser completado por la labor ministerial del sacerdote, con el mismo espíritu.

(6) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 498.

(7) De nuestro Padre, Crónica, 1969, p. 498.

(8) De nuestro Padre, Carta, 2-II-1945, n. 21.

(4) De nuestro Padre, Carta, 2-II-1945, nn. 2-3.

(5) De nuestro Padre, 25-VI-1958.

Vosotros iniciáis la labor de proselitismo y la perfecciona el sacerdote.

Leyendo el último capítulo del Evangelio de San Juan, se aumentará —si cabe— vuestro amor a la Obra, al ver hasta qué punto vivimos la vida de los primeros cristianos.

Pedro y Tomás, llamado Dídimos, y Natanael y los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos están en el mar de Tiberíades. —Habíales dicho Pedro: vado piscari, voy a pescar. Venimus et nos tecum, vamos también contigo, dijeron los demás. Y, en aquella noche, no cogieron nada. —Mane autem factum, stetit Iesus in littore; mas, cuando vino la mañana, se puso Jesús en la ribera y les dijo: echad la red a la derecha del barco, y hallaréis. —Echaron la red, y ya no la podían sacar por la muchedumbre de los peces.

Vosotros estáis en el Tiberíades del mundo: habéis oído el vado piscari de Pedro, y echasteis las redes... inútilmente. —Es de noche. —Amanecerá el día cuando vuestros hermanos, sacerdotes, desde la orilla —su misión es ocultarse y desaparecer— os digan dónde tenéis que echar las redes.

Consultad con ellos en cada caso, y entonces traeréis a tierra firme, a los pies de estos Cristos —los sacerdotes— como Pedro, como Juan, como Tomás, grandes peces, ciento cincuenta y tres. Y —son también palabras de la Escritura— no se romperá la red: es decir, no sufriréis detrimento en vuestra vida interior, ni en vuestra labor profesional, al dedicar una

*parte de vuestras actividades a esa milagrosa pesca de hombres: et faciam vos fieri piscatores hominum (Marc. I, 17) *

TODOS los Numerarios y muchos Agregados están ordinariamente dispuestos —con plena libertad, para aceptar o no esa llamada— a ser sacerdotes, si son invitados por el Padre¹⁰. Es necesaria la confluencia de tres voluntades: la de Dios, la del Padre y la del propio interesado, ya que nadie puede apropiarse esta dignidad, si no es llamado por Dios, como Aarón¹¹.

Todos hemos de rezar para que en el Opus Dei no falten los sacerdotes necesarios: que sean fieles y que tengan mucho trabajo. Rezad mucho, rezad in laetitiam, escribía nuestro Padre. Hemos de llevar a nuestra oración este deseo, y no podemos olvidar que Dios Nuestro Señor quiere que le pidamos su ayuda, para que nuestro deseo se haga realidad: petite, et dabitur vobis; quaerite, et invenietis; púlsate, et aperietur vobis (Matth. VII, 7): pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Y yo pido sacerdotes; llamo sacerdotes; busco sacerdotes, hechos a la medida del Corazón de Cristo, es decir, con el espíritu del Opus Dei, que sirvan gustosos a todas las almas, especial-

(9) De nuestro Padre, *instrucción*, I-IV-1934, nn. 69-73.

(10) *Catecismo*, 5ª ed., n. 44.

(11) Heir. V, 4.

mente a sus hermanos. Nos hacen falta, porque Dios nos da muchas vocaciones.

Rezad también con el fin de que nadie en Casa sienta coacción de ningún género, para venir al sacerdocio; y, al mismo tiempo, para que haya siempre quienes escuchen el silbido del Pastor que les llama; una coacción divina, suave y cariñosa. Ayudadme a urgir al Señor y a su Madre Santísima, con nuestras súplicas, para que atiendan esta necesidad: quiero a todos mis hijos de igual manera, pero los sacerdotes son especialmente hijos de mi oración.

Que los sacerdotes de la Obra vayan a las Ordenes Sagradas con una libertad completa, aunque la vocación es pasiva; que sepan que son libérrimos, que pueden volverse atrás hasta un momento antes (...). Si entonces alguno ve que le faltan las fuerzas y da un paso atrás, hace muy bien. A Dios Nuestro Señor no le desagrada que no seáis sacerdotes y, de otra parte, hacen falta muchos laicos, santos y doctos ¹².

Nuestra oración sube hoy a Dios cuajada de súplicas por todos los sacerdotes de la Iglesia, especialmente por los de la Prelatura. Una petición que se ha de expresar también en el ofrecimiento de alguna mortificación especial, como es Costumbre nuestra en este día, para que esos hermanos nuestros sean fieles a su peculiar llamada dentro de nuestra familia sobrenatural, y alberguen siempre

en su corazón los mismos sentimientos que tenía nuestro Padre: *en el Opus Dei somos todos iguales. Sólo hay una diferencia práctica: los sacerdotes tienen más obligación que los demás de poner su corazón en el suelo como una alfombra, para que sus hermanos pisen blando* ¹³.

Vale la pena rezar por ellos, porque de verdad son los esclavos de sus hermanos. ¿Sabéis cómo se hace un tapiz? Hay un cañamazo, fuerte y recio, y sobre él se van poniendo los adornos, las flores, los colores; al final, el cañamazo no se ve, pero es el que sostiene todo. Pues los sacerdotes de la Obra son como el cañamazo: se entregan para que los demás brillen con su labor profesional y social, para que tengan color y eficacia ¹⁴.

Antes de finalizar nuestra oración, queremos manifestar hoy al Señor un profundo agradecimiento. Y al dirigirnos a Santa María, le pedimos que nunca nos falten los sacerdotes necesarios, *que contribuyan a que en esta familia nuestra no haya más que un solo corazón y una sola alma. Rezad mucho para que sean santos todos los sacerdotes del mundo —a todos les amamos—, pero especialmente los del Opus Dei, que éste es el amor ordenado. Y pedid que no nos falten nunca sacerdotes, que tengamos siempre los suficientes* ¹⁵.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 8-VIII-1956, n. 7.

(14) De nuestro Padre, *Tertulia*, I-IV-1962.

(15) De nuestro Padre, *Crónica*, 1969, p. 502.

(12) De nuestro Padre, *Carta*, 24M945, n. 22.

481.

26 de junio

ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO
DE NUESTRO PADRE (I)

—El 26 de junio de 1975, nuestro Fundador marchó a la Casa del Cielo.

—El Señor aceptó el ofrecimiento de su vida por la Iglesia y por el Papa.

—Nuestro Padre estuvo siempre preparado para ir al encuentro de Dios, porque luchó cada día como si fuera el último.

HOY ES el aniversario de la marcha de nuestro Padre al Cielo. Y esta fecha, indeleblemente grabada en nuestros corazones, nos hace especialmente presente la amabilísima figura y la heroica entrega de nuestro Fundador. Desde el 2 de octubre de 1928, su vida no tuvo otra meta que el cumplimiento del divino encargo que había recibido. En este afán perseveró hasta el momento mismo de su muerte, venciendo con ayuda de la gracia, y siempre con alegría, innumerables dificultades.

Fue muy grande el dolor de todos ante el inesperado fallecimiento de nuestro Padre. Pero desde el primer momento, amando la Voluntad de Dios, repetimos aquella jaculatoria que nos había enseñado para los momentos de contradicción: *fiat, adimpleatur...* Y al hilo de la oración, los corazones fueron llenándose de paz, testigos maravillados de la verdad

de aquellas palabras que nos escribió entonces don Alvaro: *el Padre sigue y seguirá con nosotros para siempre. Vive aún más cerca de todos, porque ahora supera todas las distancias físicas; y, participando de la visión de Dios, su conocimiento de nosotros es más profundo, más íntimo, y su amor y su desvelo por todos y por cada uno de sus hijos, todavía más grande, y más eficaz (...).*

El Padre ha creído siempre en Dios con una fe heroica. Tan firme era su fe, que solía repetir que casi no la necesitaba, porque veía a Dios en todo. Tan sólida era, que gráficamente había explicado también más de una vez que su fe era tan gorda, que se podía cortar. Por eso nosotros debemos recordar, bien seguros, aquellas palabras del Señor: etiam si mortuus fuerit, vivet. Et omnis qui vivit et credit in me, non morietur in aeternum. El Padre vive y, porque ha creído con amor inmenso, vivirá para siempre. Es lo que él mismo nos había predicado en tantas ocasiones: que para nosotros la muerte no significa más que un cambio de casa. Nuestro Padre está con Dios, en la Casa del Cielo.

Para este año, nos había sugerido que invocásemos al Señor con la misma jaculatoria de aquellos años de barruntos divinos: Domine, ut videam!, ut videamus!, ut videant! Afán de luz de Dios, para él, para cada uno de nosotros; petición de luz divina para todos los hombres, para que supieran descubrir los caminos divinos de la tierra. Ha terminado su vida en el

mundo con la misma oración con que se disponía, en su adolescencia, a cumplir heroicamente lo que Dios quería de él.

Nuestro Señor ha colmado sus deseos: nos invade la serena certeza de que el Padre goza ya de la visión de Dios. El ha premiado su entrega saciando sus ansias de contemplar a la Trinidad Beatísima. Y desde esa luz, nos ve, nos mira, nos sonríe a cada uno con cariño, como ha hecho siempre: nos bendice ¹.

AQUEL 26 de junio de 1975, nuestro Fundador había ido a Castelgandolfo para estar con sus hijas del Colegio Romano de Santa María, antes de ausentarse de Roma durante el verano. Allí se sintió indisputado, por lo que se suspendió la tertulia y regresó a Roma. Nada, sin embargo, hacía presagiar el inminente desenlace.

Al entrar en Bruno Buozzi, pocos minutos antes de las 12, saludó nuestro Padre al Señor, en el oratorio del Padre, con una genuflexión pausada, devota, acompañada por un acto de amor, como solía hacer. A continuación subimos al cuarto donde habitualmente trabajaba —escribió entonces don Alvaro— (...) y, pocos segundos después de pasar la puerta, llamó: ¡Javi! Javier se había quedado detrás, para cerrar la puerta del ascensor, y el Padre 'repitió con más fuerza: ¡Javi!, y después, en voz más débil: no me en-

(1) Carta Nuestro Padre en el Cielo, 29-VI-1975.

cuentro bien. Inmediatamente el Padre se desplomaba en el suelo (...). Pusimos todos los medios posibles, espirituales y médicos (...).

Nos resistíamos a convencernos de que había fallecido. Para nosotros, ciertamente, se ha tratado de una muerte repentina; para el Padre, sin duda, ha sido algo que venía madurándose —me atrevo a decir— más en su alma que en su cuerpo, porque cada día era mayor la frecuencia del ofrecimiento de su vida por la Iglesia ².

En efecto, con especial intensidad en los últimos años, nuestro Fundador ofrecía al Señor su vida y mil vidas que tuviera —añadía habitualmente— por la Iglesia Santa y por el Papa, sea quien sea. Este ofrecimiento era intención diaria de su Misa, era fervor continuo de su alma, era dolor de su corazón, era el desvelo de su vida.

Hemos contemplado cómo le urgían las ansias de desagraviar por tanto desamor, de ofrecer oraciones, trabajos, sacrificios, velas encendidas, de buscar la intercesión de los Santos: cómo perdía el sueño, al pensar en tantas almas que se perdían, y no se deberían perder. El Padre ha fortalecido nuestra fe, como Buen Pastor que da su vida por las ovejas, exponiendo su persona, su honra, su fama, porque para él lo único que contaba era la gloria de Dios y las almas: servir a la Iglesia Santa (...).

(2) Carta Nuestro Padre en el Cielo, 29-VI-1975.

Así hasta la última jornada, hasta las últimas horas que pasó en la tierra. Efectivamente, en la tertulia de aquel mismo día 26 de junio, entre las diez y media y las once de la mañana, en Villa delle Rose, menos de tres horas antes de morir, nos urgía: me imagino que, sobre todo, me cumplís muy bien las Normas, y de todo sacáis motivo para tratar a Dios y a su Madre bendita, Nuestra Madre, y a San José, nuestro Padre y Señor, y a nuestros Angeles Custodios, para ayudar a esta Iglesia Santa, nuestra Madre, que está tan necesitada, que lo está pasando tan mal en el mundo, en estos momentos. Hemos de amar mucho a la Iglesia y al Papa cualquiera que sea. Pedid al Señor que sea eficaz nuestro servicio para su Iglesia y para el Santo Padre³.

NUESTRO Padre estuvo siempre preparado para ir al encuentro de Dios. Aunque deseaba trabajar muchos años en la tierra y morir *exprimido como un limón*, sus ansias de ver cara a cara al Señor crecían impetuosamente con el transcurso de los días. *Los que se quieren*, afirmaba, *procuran verse*. *Los enamorados sólo tienen ojos para su amor*. *¿No es lógico que sea así? El corazón humano siente esos imperativos*. *Mentiría si negase que me mueve tanto el afán de contemplar la faz de Jesucristo*. *Vultum tuum, Domine*,

requiram (Ps. XXVI, 8), *buscaré, Señor, tu rostro*. *Me ilusiona cerrar los ojos, y pensar que llegará el momento, cuando Dios quiera, en que podré verle, no como en un espejo, y bajo imágenes oscuras... sino cara a cara* (7 Cor. XIII, 12). *Sí, hijos, mi corazón está sediento de Dios, del Dios vivo*. *¿Cuándo vendré y veré la faz de Dios?* (Ps. XLI, 3)⁴.

El 26 de junio de 1975, nuestro Padre celebró la Santa Misa, hizo otras Normas, trabajó, estuvo de tertulia con un grupo de hijas suyas...: en una palabra, luchó para cumplir fidelísimamente los deberes cotidianos —con Dios y con los demás— que constituyen el alma de nuestra vocación. El Señor quiso llamarle en una jornada normal de trabajo ofrecido a Dios.

Esta había sido siempre su enseñanza. *En la tierra* —nos decía— *no podemos tener nunca esa tranquilidad de los comodones, que se abandonan, porque piensan que el porvenir es seguro*. *El porvenir de todos nosotros es incierto, en el sentido de que podemos ser traidores a Nuestro Señor, a la vocación y a la fe*. *Hemos de hacer el propósito de pelear siempre (...): éste es nuestro destino en la tierra: luchar, por Amor, hasta el último instante*. *Deo gratias!*

*Yo procuraré batallar hasta el postrer momento de mi vida; y vosotros, lo mismo*⁵.

(4) De nuestro Padre, Meditación *La alegría de servir a Dios*, 25X11-1973.

(5) De nuestro Padre, Meditación *Tiempo de reparar*, febrero 1972.

(3) Carta *Nuestro Padre en el Cielo*, 29-VM975.

Es otra consecuencia que podemos sacar de este aniversario: la necesidad de vivir cada jornada con la mente puesta en Dios, gastando generosamente nuestra entera existencia en el servicio a la Iglesia y a las almas. *Todos los instantes tienen sentido de eternidad. Este mundo, mis hijos, se nos va de las manos. No podemos perder el tiempo, que es corto: es preciso que nos empeñemos de veras en esa tarea de nuestra santificación personal y de nuestro trabajo apostólico, que nos ha encomendado el Señor: hay que gastarlo fielmente, lealmente, administrar bien—con sentido de responsabilidad—los talentos que hemos recibido*⁶.

La Santísima Virgen cuidó con ternuras de madre a nuestro Fundador y se lo llevó al Cielo en el momento dispuesto por nuestro Padre Dios. *Parece como si (...) le hubiera besado en la frente y le hubiese susurrado: ya está bien, ya estás maduro, ven con nosotros, a gozar para siempre de la Trinidad Beatísima, bien unido a Mí y a San José, a quien tanto amas*⁷. Hoy pedimos a nuestra Madre que también nosotros sepamos corresponder lealmente a la gracia de su Hijo, hasta que —cuando Dios quiera— nos reunamos con nuestro amadísimo Fundador en la Casa del Cielo, para alabar eternamente a la Santísima Trinidad.

(6) De nuestro Padre, Crónica, 1975, p. 761.

(7) Carta *Nuestro Padre en el Cielo*, 29-VI-1975.

482.

26 de junio ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DE NUESTRO PADRE (II)

—Para ser santos según el espíritu de la Obra, hay que parecerse a nuestro Padre.

—Tratar a nuestro Fundador, meditar su vida y sus escritos.

—Fidelidad e iniciativa para asimilar el espíritu de la Obra.

LA HERENCIA de nuestro Fundador, que todos hemos recibido en la Obra, se concreta en hacer el Opus Dei en la tierra siendo nosotros mismos Opus Dei. Y ser Opus Dei significa cumplir el designio de Dios, que desea que seamos santos siguiendo este camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios del cristiano¹, al que El mismo nos ha llamado.

La meta es alta. La vocación a la santidad requiere un empeño serio, de constante lucha interior. Las palabras de Jesucristo son claras y señalan un objetivo bien preciso: *sed vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto*². Haciendo eco a estas palabras del Señor, nuestro Fundador nos decía: *hemos de ser santos —os lo diré con una frase castiza de mi tierra: sin que nos falte un pelo—, santos de*

(1) Oración para la devoción privada a nuestro Padre.

(2) *Malth.* V, 48.

*veras, auténticos, canonizables; sino, hemos fracasado. Santidad auténtica, sin paliativos, sin eufemismos, que llega hasta las últimas consecuencias; sin medianías, en plenitud de vocación vivida de lleno*³.

Así vivió nuestro Padre. Recibió muchas *gracias especiales, como convenían a su misión fundacional* *, y correspondió a ellas día tras día, con la entrega absoluta de su vida entera. Con esa heroica correspondencia, *el mensaje divino de que es posible alcanzar la santidad en el trabajo profesional y en las circunstancias normales de la vida se ha extendido ya de polo a polo, y son innumerables las personas de toda edad y condición que han visto encenderse sus jornadas con la luz sobrenatural de esta llamada. El carisma fundacional de nuestro Padre ha alcanzado, por la bondad de Dios, una eficacia extraordinaria*⁵.

Al conmemorar un nuevo aniversario de su tránsito al Cielo, hemos de hacer un exigente examen de conciencia. Nuestra vida debe ser un progresivo desarrollo de las virtudes cristianas, según el modo específico del Opus Dei, hasta el grado heroico, como las vivió nuestro Padre. Conformarse con menos, sería recortar a nuestro gusto la Voluntad de Dios y, en definitiva, negarse a cumplirla.

La santidad a la que Dios nos llama se resume

(3) De nuestro Padre, *Meditación*, 19-111-1960.

(4) Del Padre, *Carta*, 8-IX-1988, n. 11.

(5) Del Padre, *Carta*, 8-IX-1988, n. 17.

en el perfecto seguimiento de Jesucristo. *Ser santo es ser buen cristiano: parecerse a Cristo. El que más se parece a Cristo, ése es más cristiano, más de Cristo, más santo*⁶. Pero hay modos muy diversos de ir en pos de Jesús, de reproducir su vida en nuestras almas. Dentro del común camino cristiano, *los hijos de Dios en la Obra han de seguir los pasos de Jesús pisando donde pisaba nuestro Padre*⁷, porque nuestro Fundador encarnó perfectamente el modo específico, querido por Dios, de nuestra identificación con Cristo.

EN ESTE aniversario del fallecimiento de nuestro Padre, *hemos de meternos nuevamente en las raíces de nuestra específica llamada espiritual en el seno de la Iglesia, para aprovechar la fuerza de esa savia divina, que dé vigor a nuestro seguimiento de Cristo y frescura de juventud, de personas que aman —en la alegría y en el dolor, en lo extraordinario y en lo ordinario—, sin limitaciones de ningún género: ¡actualicemos el ecce ego, quia vocasti me! (I Sam. III, 9). Esas raíces las encontramos (...) en todos los pasos de nuestro Fundador. Por eso, sus hijas y sus hijos todos —los miembros de la Prelatura y los socios de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz— hemos de preguntarnos: ¿cómo medito el ejemplo*

(6) De nuestro Padre, *Dos meses de catequesis*, II, p. 489.

(7) Del Padre, *Tertulia*, 14-IV-1976.

*siempre actual que nos ha dejado nuestro Padre?; ¿sé entregarme hasta el extremo, sin reservarme nada, al cumplimiento de la precisa Voluntad de Dios para mí, en su Obra?; ¿qué empeño pongo cada día para ser más Opus Dei, para desarrollar mejor en mi alma, en mi actuación, los rasgos específicos del espíritu de Dios transmitido a nuestro Fundador? En definitiva, ¿cómo es mi lucha para parecerme más a nuestro Padre?*⁶.

De modo análogo a como sucede en las familias de sangre, también en nuestra familia sobrenatural hay un *aire* que tiene su fundamento en la unidad del espíritu que todos vivimos. *En las familias unidas por lazos naturales, ese parecido se transmite no sólo por medio de la sangre, sino sobre todo con el ejemplo. Desde pequeños, los niños aprenden de sus padres y de sus hermanos mayores, y van plasmando su modo de pensar, de sentir, de actuar, de acuerdo con el ambiente que respiran. Lo mismo sucede en la Obra, gracias a la bondad de Dios, que se ha dignado conceder a nuestro Fundador una participación especial en su paternidad*⁹.

El conocimiento de la vida y de los escritos de nuestro Padre nos facilita mucho el desarrollo de esos rasgos espirituales, que la gracia de la vocación ha impreso en nuestras almas. Pero es preciso que cada uno se empeñe en mantener con nuestro Funda-

dor un coloquio íntimo, personal, individual¹⁰, que, tomando ocasión de necesidades concretas, espirituales y materiales, se manifieste en un recurso habitual a su intercesión.

Hemos de llevar *con frecuencia a nuestra meditación personal la vocación —correspondida en cada segundo— y los escritos de nuestro Fundador; aumentemos esa verdadera devoción filial, que es senda segura, y procuremos que prenda también en otras personas; saquemos todo el rendimiento a esta magnífica arma de apostolado que el Señor nos ha confiado. Ved que estos escalones componen un modo delicadísimo de ser fieles a nuestro compromiso de amor*¹¹.

CUANDO el Romano Pontífice recibió por vez primera, en audiencia privada, al sucesor de nuestro Padre, después de recomendar la fidelidad más absoluta al espíritu de nuestro Fundador, le encareció: *"siempre que deba resolver algún asunto, póngase en presencia de Dios y pregúntese: ¿cómo actuaría el Fundador? Y obre en consecuencia"*. Por la bondad de Dios —nos escribía luego el Padre—, *ésa ha sido siempre mi norma de conducta; y os repito que las palabras del Santo Padre me llenaron de alegría, al tiempo que me confirmaban —con la seguridad de*

(8) Del Padre, *Cartas de familia*, n. 375.

(9) Del Padre, *Cartas de familia*, n. 375.

(10) Del Padre, *Crónica*, 1980, p. 1024.

(11) Del Padre, *Cartas de familia*, n. 376.

quien es Vicario de Cristo— en lo que sabía que era agradabilísimo al Señor.

*Comportaos vosotros del mismo modo. Al cumplir nuestras normas de piedad, al realizar el trabajo, al emprender cualquier actividad apostólica, preguntaos con frecuencia: ¿cómo lo haría nuestro Padre?, ¿con qué rectitud de intención, con qué espíritu de sacrificio, con qué afán de entrega a los demás?*¹².

El recurso a nuestro Fundador ha de ser un hábito arraigado, profundo, sin permitir que se convierta en una imitación convencional, de simples apariencias. Cada uno de sus hijos ha de identificarse con el espíritu de la Obra de modo personal, bajo la guía del Espíritu Santo. *Yo sólo os doy la falsilla—nos decía muchas veces nuestro Fundador—, para que no os torzáis en vuestra vida interior. Pero cada uno (...) debe escribir con su propia letra. Quizá os lleve un poco de la mano, como el maestro; pero, luego, cada uno ha de seguir por su propia cuenta, y soltarse sin miedo, por los caminos de Dios*¹³.

Seguir así a nuestro Padre, oírle, tratarle, pensar en sus respuestas a los requerimientos divinos, resulta, pues, imprescindible para vivir como un buen hijo de Dios en el Opus Dei. Por eso es preciso tener espíritu de iniciativa y sentido de responsabilidad, porque en la Prelatura no sólo se respeta el modo de ser de

(12) Del Padre, *Cartas de familia*, n. 377.

(13) De nuestro Padre, *Crónica*, 1975, p. 449.

cada uno, sino que se fomenta todo lo personal que no esté en contraste con el querer de Dios. Cada miembro de la Obra tiene su modo personalísimo de seguir a Cristo, dentro de esta gran autopista trazada por nuestro Fundador y ratificada por la Autoridad Suprema de la Iglesia (...).

*Parecerse a nuestro Padre es luchar con gozo, positivamente, para estar con Cristo, para hablar con Cristo, para trabajar por Cristo, y para contagiar esta locura divina a todos los que nos rodean*¹⁴.

Este nuevo aniversario de la marcha de nuestro Fundador al Cielo, es una circunstancia oportuna para considerar cómo nos esforzamos por reproducir su afán de santidad y de apostolado. Y, sobre todo, es buen momento para acudir a la Santísima Virgen, y decirle: *"monstra te esse Matrem!"*, Madre, haz también que nos parezcamos más y más a nuestro Fundador, que así seremos buenos hijos tuyos¹⁵.

(14) Del Padre, *Carta*, 8-IX-1988, n. 23.

(15) Del Padre, *Crónica*, 1978, p. 847.

483.

26 de junio

ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO
DE NUESTRO PADRE (III)

—Millones de personas acuden privadamente a la intercesión de nuestro Padre ante el Señor.

—Difundir la devoción privada a nuestro Fundador supone un gran servicio a la Iglesia.

—Es también un gran medio de apostolado.

A LO largo de su vida, nuestro Padre hizo todo lo posible para pasar inadvertido. Su norma de conducta nos la resumía con pocas palabras: *ocultarme y desaparecer es lo mío, que sólo Jesús se luzca*¹. Sólo buscaba conducir nuestros pensamientos y afectos hacia el Señor.

Pero la santidad no puede dejar de manifestarse, porque "no se enciende la luz para ponerla debajo de un celmín, sino sobre un candelero, a fin de que alumbre a todos los de la casa" (Matth. V, 15). Y Dios ahora parece empeñado en que muchísimas almas encuentren esta luz. ¡Cuántas noticias nos llegan —y son solamente una pequeña parte de lo que ocurre en la realidad— de personas que se quedan removidas al conocer detalles de la vida santa de nuestro Fundador, que confían en su patrocinio, que comunican las luces recibidas por su intercesión, los favores que

*han obtenido, las mociones sobrenaturales!: es todo un plebiscito que documenta su santidad*².

Era cosa evidente la fama de santidad de nuestro Padre, desde el momento de su fallecimiento y aun en vida. En estos años, en los que hemos cumplido fielmente todas las normas de la Iglesia sobre la devoción privada a los Siervos de Dios³, esa fama de santidad no ha hecho más que crecer por todo el mundo, y millones de personas recurren confiadamente a su intercesión. Si, cuando estaba en la tierra, su corazón sacerdotal era tan sensible a las necesidades de las almas, con mayor motivo manifiesta en el Cielo *ese deseo magnánimo de poner todo el empeño (...), para que se activen las energías agarrotadas y entumecidas de los hombres en servicio de Dios, haciendo propio aquel clamor del Señor: misereor super turbam* (Marc. VII, 2), *teniendo cariño a la muchedumbre*⁴.

Los medios que ponemos en la labor apostólica de amistad y confidencia, para dar a conocer su vida santa —repartir estampas con la oración para la devoción privada, difundir la *Hoja Informativa*...—, resultan *absolutamente desproporcionados, porque los frutos que se consiguen son sobrenaturales. Es Dios solamente quien puede producir este incremento*⁵.

(2) Del Padre, *Carta*, 24-IX-1978, n. 13.

(3) Cfr. Urbano VIII, Decr. *De cultu publico Servís Dei non exhibendis*, 13-11-1625.

(4) De nuestro Padre, *Carta*, 9-1-1959, n. 9.

(5) Del Padre, Tertulia, 12-VM978.

(1) De nuestro Padre, *Carta*, 28-1-1975.

Todo es efecto de la Voluntad amabilísima de Dios, que nos muestra así cómo acoge con agrado las súplicas que le dirigimos para que se digne glorificar a nuestro Padre, *siervo bueno y fiel*⁶ que, con tanto sacrificio y empeño, le sirvió durante toda la vida.

EL SEÑOR cuenta con nuestra colaboración para extender aún más la devoción privada a nuestro Fundador. Todo lo que hagamos en este sentido es una manifestación de afecto filial y, además, un eficaz servicio a la Iglesia.

Es lógico que los buenos hijos hablen con alegría de su padre. *El que teme al Señor* —dice la Escritura Santa— *honra a su padre y sirve como señores a los que le engendraron. De obra y de palabra honra a tu padre, para que venga sobre ti la bendición*⁷. En nuestro caso, además, se trata de honrar a quien nos ha engendrado a la vocación a la Obra, con tanto amor y sacrificio. Por eso, difundir la devoción privada a nuestro Padre es *una manifestación de amor filial que a nadie puede extrañar*⁸.

Pero hay más. Nuestro Padre, aunque sea y seguirá siendo siempre entrañablemente nuestro, ya no nos pertenece —¿cómo diría?— en exclusiva: pertenece a la Iglesia universal. De una parte, porque todo

*santo —y la santidad de nuestro Fundador, aunque no haya sido confirmada oficialmente por el Magisterio eclesiástico, se alza como una realidad indudable— es bien común de los cristianos todos; de otra, porque nuestro Padre fue el instrumento elegido por Dios para recordar esa verdad, vieja como el Evangelio y como el Evangelio nueva, de la llamada a la plenitud de la vida cristiana en el ejercicio de la propia profesión u oficio sin cambiar de estado*⁹.

La vida de los Siervos de Dios constituye un ejemplo para los fieles que aún peregrinan en la tierra. Como la Obra ha abierto a los cristianos un *camino de santificación en el trabajo profesional y en el cumplimiento de los deberes ordinarios*¹⁰, dar a conocer la vida y las enseñanzas de nuestro Fundador es facilitar la búsqueda de la santidad, a la que todos los fieles han sido llamados.

La vida y la doctrina que Dios confió a nuestro Padre no son algo circunstancial o limitado por concretas coordenadas de espacio o tiempo. Por el contrario, el mensaje de la llamada universal a la santidad en el trabajo profesional ha de ser enseñado a todos los hombres hasta el final de los tiempos. *Nuestro Fundador afirmaba que para santificarse no hace falta irse al desierto, o vivir sobre una columna; se necesita amor de Dios y visión sobrenatural en to-*

(6) *Matth.* XXV, 21.

(7) *Ecclí.* III, 8-10.

(8) Del Padre, Obras, 1977, p. 210.

(9) Del Padre, *Carla*, 24-IX-1978, n. 13.

(10) Oración para la devoción privada a nuestro Padre.

das las cosas, también en las pequeñas de cada momento. Por eso aseguraba que se habían abierto los caminos divinos de la tierra, porque cualquier trabajo realizado por amor de Dios, sin chapuzas, con perfección, puede ser instrumento y medio de santidad y de apostolado.

*Por lo tanto, si nosotros procuramos extender en todo el mundo la devoción a nuestro Padre (...), estamos prestando un gran servicio a la Iglesia ". Por esta razón, hablar de nuestro Fundador, dar a conocer su vida y su doctrina se integra ya, como elemento importantísimo, en la misión divina que hemos recibido y que nos urge a promover la busca de la santidad en medio del mundo*¹².

DIFUNDIR la devoción privada a nuestro Padre y poner como ejemplo su correspondencia a los dones divinos es *un gran medio de apostolado*¹³. Mostrando a quienes nos rodean la vida y las virtudes de nuestro Fundador, que encarnó perfectamente el espíritu de la Obra, los favores que Dios concede por su intercesión..., resulta fácil encauzar a esas personas por derroteros de vida espiritual, animarles a tratar confiadamente al Señor, a frecuentar los sacramentos, a santificarse en su trabajo ordinario.

(11) Del Padre, Obras, 1977, p. 210.

(12) Del Padre, *Carta*, 24-IX-1978, n. 13.

(13) Del Padre, Obras, 1978, p. 218.

Son muchos los que han encontrado a Cristo a través de ese conocimiento de nuestro Fundador. Es lógico que suceda así, porque *durante toda su vida, nuestro Padre fue un instrumento fidelísimo en las manos de Dios; también lo es, ya para siempre, en el Cielo, y con mayor eficacia. Ahora, además, como buen Padre, está encantado de ser instrumento nuestro: de que empleemos el ejemplo de su vida y la riqueza de sus enseñanzas para hablar a las almas de las maravillas de Dios*¹⁴.

Hemos de acudir con frecuencia a la intercesión de nuestro Padre, en cualquier necesidad, y dar a conocer su vida y sus enseñanzas a mucha más gente. Con empeño, procuraremos que crezca el número de personas que rezan con fe y piedad la oración para la devoción privada a nuestro Fundador. Pero es preciso, en primer lugar, que nosotros le tratemos asiduamente, confiándole nuestras necesidades, acudiendo a su intercesión para vencer en los propósitos de la lucha ascética, para mejorar nuestra propia vida interior, para alcanzar los objetivos apostólicos que nos proponemos...

Podemos preguntarnos en la oración de hoy: *¿cómo es mi correspondencia a esas mociones del Espíritu Santo, que nuestro Padre pone en mi corazón? ¿Trato a nuestro Fundador con confianza? ¿Acudo a su intercesión en todas mis necesidades, espirituales*

(14) Del Padre, *Crónica*, 1979, p. 1059.

y materiales? ¿Estoy luchando de verdad, sin excusas de ningún tipo, por hacer carne de mi carne y vida de mi vida las enseñanzas que nos transmitió? ¿Siento la necesidad de comunicar a otras muchas personas este espíritu, que nuestro Padre nos ha dejado en herencia? Al final de cada jornada, ¿considero si he hecho el *Opus Dei* siendo yo mismo *Opus Dei*?¹⁵.

Hemos de utilizar esta nueva arma de apostolado que nos ha regalado el Señor¹⁶, cada uno personalmente, rezando con frecuencia la oración para la devoción privada. ¿Cuántas veces la recitamos cada día? Podemos y debemos repetirla muchas veces a lo largo de la jornada. Nos ayudará en nuestro camino de santidad, nos impulsará a hacer más apostolado, aseguraremos también la fidelidad al espíritu del *Opus Dei*, a la vez que pedimos una y otra vez por la glorificación de nuestro Fundador, que será para bien de la Iglesia y para mucha gloria de Dios ".

Acabamos la oración, como siempre, de la mano de Santa María. Con palabras de nuestro Fundador, le pedimos: *Dulce Madre..., llévanos hasta la locura que haga, a otros, locos de nuestro Cristo*¹⁷.

(15) Del Padre, *Cartas de familia*, n. 169.

(16) Del Padre, *Carta*, 24-IX-1978, n. 13.

(17) Del Padre, *Tertulia*, 11-III-1980.

(18) *Forja*, n. 57.



484.

29 de junio

SAN PEDRO Y SAN PABLO (I)

—Por voluntad de Dios, la Iglesia tiene una estructura jerárquica.

—El Romano Pontífice, sucesor de San Pedro, goza del Primado sobre la Iglesia universal.

—Función de la ley y de la autoridad en la vida de la Iglesia.

QUEREMOS hoy fijar nuestra mirada en la Iglesia, fundada por Dios en la tierra como un hermoso edificio espiritual del que todos los cristianos somos piedras vivas. *Ya no sois extraños y advenedizos* —advierte San Pablo— *sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, edificados sobre el cimiento de los Apóstoles y de los Profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, sobre quien toda la edificación se alza bien trabada para ser templo santo en el Señor¹.*

Una igualdad radical tenemos todos los que, habiendo recibido el Bautismo, formamos parte del Cuerpo Místico de Cristo. *Esto trae consigo una visión más honda de la Iglesia, como comunidad formada por todos los fieles, de modo que todos somos solidarios de una misma misión, que cada uno debe realizar según sus personales circunstancias. Los laicos,*

(1) Ephes. II, 19-21.

gracias a los impulsos del Espíritu Santo, son cada vez más conscientes de ser Iglesia, de tener una misión específica, sublime y necesaria, puesto que ha sido querida por Dios. Y saben que esa misión depende de su misma condición de cristianos, no necesariamente de un mandato de la Jerarquía, aunque es evidente que deberán realizarla en unión con la Jerarquía eclesiástica y según las enseñanzas del Magisterio: sin unión con el Cuerpo episcopal y con su cabeza, el Romano Pontífice, no puede haber, para un católico, unión con Cristo².

Junto a esa igualdad fundamental, el Señor ha querido que en la Iglesia exista una desigualdad de funciones. Cada miembro está llamado a realizar su misión de una manera peculiar, según el don recibido de Dios. En virtud del Sacramento del Orden, la Iglesia posee una constitución jerárquica que todos debemos respetar y amar, porque ésta es la Voluntad de Dios.

Hay una democracia en la Iglesia, hijos míos, clara y manifiesta; una democracia buena y otra mala. Democracia buena, porque —una vez bautizados— todos somos iguales, porque somos hijos del mismo Dios, nuestro Padre. Buena, porque la tiranía no es admisible en la Iglesia, ya que la autoridad misma es un servicio, como lo es la obediencia. Buena, en fin, porque existe la libertad de las conciencias (...). No la libertad

de conciencia, que esto sería poder obrar contrariamente a la ley de Dios, y sería un crimen; sino libertad de las conciencias (...).

Una democracia buena: todos iguales, nunca tiranía, libertad de las conciencias. Y una democracia mala: la protesta, el non serviam! que algunos quisieran introducir en el seno de la Iglesia. Hay personas, hijos míos, que quieren implantar en el Cuerpo Místico de Cristo una democracia al estilo de la que hay en la sociedad civil. Y no se dan cuenta de que, por institución divina, la Iglesia está formada por el Papa, con los obispos, los presbíteros, los diáconos y los laicos. Eso lo ha querido Jesús. Además, a la vuelta de estos veinte siglos, han aparecido, por voluntad de los hombres, cardenales, patriarcas, arzobispos, monseñores... ¿Qué democracia quieren que haya en la Iglesia, si es una institución jerárquica? Tiene que haber libertad, porque es un don divino, que Jesucristo ha ganado para nosotros. Pero es imposible que pueda haber democracia, en el sentido que tiene esa palabra en la política; entre otras cosas, porque las verdades de fe y de moral no se determinan por mayoría de votos³.

DESDE su primer encuentro con Simón Pedro, a orillas del Jordán, Jesucristo dejó entrever la elección singular de que le había hecho objeto: *mirándo-*

(2) *Conversaciones*, n. 59.

(3) *De nuestro Padre*, Meditación, 25X11-1968.

lo Jesús le dijo: *tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que significa piedra)*⁴. Era el primer anuncio del Primado sobre la Iglesia, que corroboraría meses después en el camino de Cesárea.

La gracia divina había arrancado de Pedro una confesión diáfana de la divinidad de Cristo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Jesús le respondió: bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los Cielos. Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los Cielos, y todo lo que atares sobre la tierra quedará atado en los Cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, quedará desatado en los Cielos*⁵.

Con estas palabras, el Señor prometió a Pedro la suprema autoridad sobre la Iglesia. Simón estaba destinado a ser —como su nuevo nombre, Cefas, lo indicaba— la piedra que sostendría el edificio de la Iglesia. *¿Qué trataba de decir Jesús con esta palabra? (...) ¿Qué significa este cambio de nombre? (...). Cristo >e refería a la firmeza, a la estabilidad, a la perennidad (...) que la fe de Simón Pedro debería tener; y esto no sólo en relación con el destino personal del mismo Pedro, sino en relación también con toda la Iglesia,*

*que, como añadió Jesús, quería construir sobre aquella piedra. Por eso, la situación de Pedro en la Iglesia es la de roca sobre la que está construido un edificio*⁶: *cayó la lluvia, llegaron las riadas, soplaron los vientos e irrumpieron contra aquella casa, pero no se cayó porque estaba cimentada sobre roca*⁷.

La promesa hecha a Pedro tuvo cumplimiento después de la Resurrección del Señor, cuando Jesucristo, habiéndole preguntado por tres veces si le amaba más que los otros, le dijo en tono imperativo: *apacienta mis ovejas*⁸.

El Apóstol Pedro, como todos los hombres, había de morir; pero su oficio de Pastor supremo, instituido **por** Cristo, *es preciso que dure eternamente por obra del Señor, para perpetua salud y bien perenne de la Iglesia, que —fundada sobre la roca— debe permanecer firme hasta la consumación de los siglos*⁹. Para que las palabras del Señor tuvieran absoluto cumplimiento, el Príncipe de los Apóstoles habría de tener sucesores que ejercieran, hasta el fin de los tiempos —en el nombre y con la autoridad de Cristo— el supremo ministerio. La Tradición unánime de la Iglesia afirma que esta sucesión se encuentra sólo en los Obispos de la Santa Sede Romana (...). *De modo que quienquiera que sea el que sucede a Pedro en*

(6) Pablo VI. *AUoc.* 24-XI-1965.

(7) *Matth.* VII, 25.

(8) *Ioann.* XXI, 17.

(9) Concilio Vaticano I, Const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 2.

(4) *Ioann.* I, 42.

(5) *Ev.* (*Matth.* XVI, 16-19).

*esta Cátedra, ése, según la institución de Cristo mismo, obtiene el Primado de Pedro sobre la Iglesia universal*¹⁰.

Con cariño de hijos fieles, renovamos delante del Señor nuestra adhesión rendida al Romano Pontífice, piedra basilar de la Iglesia, que *prolonga entre todos los hombres, a lo largo de los siglos y hasta el fin de los tiempos, aquella labor de formación y enseñanza que Jesús entregó a los primeros Doce*¹¹.

LA IGLESIA es la totalidad del Pueblo de Dios, el conjunto de todos los cristianos —clérigos y laicos— consumados en unidad de sentimientos, deseos y objetivos. *Por tanto, allá donde hay un cristiano que se esfuerza por vivir en nombre de Jesucristo, allí está presente la Iglesia*¹².

Siendo tan variados los miembros del Cuerpo Místico, y tan diversa su función, ha querido Dios una autoridad que, en su nombre y con su poder, velara como el buen pastor vela por sus ovejas. Y así la Iglesia tiene una estructura jerárquica con una ordenación jurídica, un conjunto de normas —de origen divino, unas; de origen eclesiástico, otras— que son salvaguarda de la integridad y pureza de su espíritu. Todas tienen su fundamento en el amor con que la

Iglesia, como Madre buena, protege el caminar terreno de sus hijos; nunca pueden considerarse como una superestructura que asfixie la vida cristiana, sino como cauces por donde discurre ordenadamente el deseo de santidad que el Espíritu Santo despierta en las almas.

Es un viejo error plantear una contraposición entre la Iglesia carismática y la Iglesia jerárquica. Hay una sola Iglesia, y en ella la legislación forma parte de los medios para la santidad. *La ley, hijos míos, en la vida de la Iglesia* —escribió nuestro Padre—, *es algo muy santo. No es una forma vacía, ni un arma para tener en un puño a las conciencias, sino una razonable y sobrenatural ordenación, según justicia. No es un simple instrumento para mandar, sino una luz al servicio de la Iglesia entera, para iluminar a todos la senda del cumplimiento del gran mandato del Amor*¹³.

Es preciso que, junto con todos los cristianos que aman verdaderamente a la Esposa de Cristo, nos esmeremos en la obediencia a sus leyes, siendo *fieles a las decisiones de la Jerarquía de la Iglesia hasta en los menores detalles, obrando no ya como subditos de una autoridad, sino con piedad de hijos, con el cariño de quienes se sienten y son miembros del Cuerpo de Cristo*¹⁴.

(10) *Wid.*

(11) De nuestro Padre, *Carla*, 6-V-1945, n. 3.

(12) *Conversaciones*, n. 112.

(13) De nuestro Padre, *Carla*, 15-VIII-1964, n. 103.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 24-X-1965, n. 4.

Un propósito de fidelidad brota hoy en nuestra alma. Nos dirigimos al Señor con las palabras de la liturgia: *oh Dios que nos alegras hoy con la solemnidad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo; concede a tu Iglesia seguir en todo las enseñanzas de estos primeros predicadores del Evangelio*¹⁵. Y, con palabras de nuestro Fundador, pedimos al Espíritu Santo *que dé a nuestro Santo Padre, el dulce Cristo en la tierra, el Vicecristo, la fortaleza ¡grande!, materna pero también paterna, para defender la ley eclesiástica, tan desconocida y menospreciada en estos tiempos*¹⁶.

A los pies de la Virgen, *Mater Ecclesiae*, ponemos nuestra disposición rendida y filial de *sentir siempre con la Iglesia* ", al tiempo que pedimos que nos enseñe a obedecerla y a amarla más cada día.

(15) *Orat.*

(16) De nuestro Padre, Tertulia, 11-V-1965.

(17) De nuestro Padre.

485.

29 de junio

SAN PEDRO Y SAN PABLO (II)

—La Iglesia Católica está fundada sobre los Apóstoles Pedro y Pablo, que sufrieron martirio en Roma.

—También hoy se persigue a la Iglesia, de modos muy diversos.

—Rezar por los católicos perseguidos, y dar a conocer sus sufrimientos por la fe.

TODAS las fiestas de los Apóstoles son ocasión de gozo para la Iglesia, pero la de hoy tiene un sabor especial, porque *los Apóstoles Pedro y Pablo son considerados por los fieles cristianos, con todo derecho, como las primeras columnas, no sólo de la Santa Sede romana, sino de la universal Iglesia de Dios vivo, diseminada por el orbe de la tierra*^x. San Pedro es la roca sobre la que el Señor ha edificado su Iglesia, que tiene su centro y su cabeza en Roma; y San Pablo es el Apóstol de la Iglesia universal, que, unido siempre a la cabeza, llevó la luz de Cristo a todas las gentes. Ellos sellaron la unidad y la universalidad de la Iglesia con el supremo testimonio del martirio.

La Tradición de la Iglesia, confirmada por hallazgos arqueológicos, nos ha transmitido la noticia

(1) Pablo VI, Exhort. apost. *Petrum et Paulum*, 22-11-1967.

de sus sufrimientos y muerte en Roma. *Son éstos los dos Apóstoles que te elevaron a tal grado de gloria*—decía San León Magno refiriéndose a esta ciudad—, *que te has convertido en la nación santa, en el pueblo escogido, en la ciudad sacerdotal y real, y —gracias a la cátedra del bienaventurado Pedro— en la capital del mundo; de modo que la supremacía que te viene de la religión divina se extiende más allá de lo que jamás alcanzaste con tu dominación terrena*².

El Evangelio de San Juan nos conserva las palabras que Pedro escuchó de labios del Señor, cuando le anunció que sufriría tormentos y muerte por su nombre: *en verdad te digo; cuando eras más joven te ceñías tú mismo e ibas adonde querías; pero cuando envejecas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras. Esto lo dijo indicando con qué género de muerte habría de glorificar a Dios*³. También Pablo tuvo que padecer mucho por la fe, como anunció Cristo mismo a Ananías, después de su conversión en el camino de Damasco: *éste es mi instrumento elegido para llevar mi nombre ante los gentiles, los reyes y los hijos de Israel. Yo le mostraré lo que habrá de sufrir a causa de mi nombre*⁴. Los dos Apóstoles fueron partícipes, de un modo especialísimo, de la Cruz de Cristo, hasta sufrir la muerte durante la persecución del emperador Nerón. *Oh*

(2) San León Magno, *Homilía* 82, 1.

(3) *Ioann.* XXI, 18-19.

(4) *4cf.* IX, 15-16.

*Dios, que nos alegras hoy con la solemnidad de tus Santos Apóstoles Pedro y Pablo; concede a tu Iglesia seguir en todo las enseñanzas de estos primeros predicadores del Evangelio*⁵.

UNA de las lecturas de la Misa nos recuerda la primera persecución que se desató en Jerusalén contra la Iglesia, poco después del día de Pentecostés. *El rey Herodes prendió a algunos de la Iglesia para maltratarlos. Dio muerte por la espada a Santiago, hermano de Juan. Y al ver que era grato a los judíos, decidió prender también a Pedro*⁶. Comenzaba así una larga serie de sufrimientos que, como el Señor había predicho, acompañarían siempre el caminar de sus discípulos sobre la tierra: *no es el siervo más que su señor. Si me han perseguido a mí, también a vosotros os perseguirán*⁷.

La historia es actual, aunque con formas distintas. *Ahora se persigue a la Iglesia con más violencia que en los primeros siglos del cristianismo; los perseguidores aparecen—descarados o encubiertos—en más sitios, con más fuerza y con más medios. Si pueden, evitan hacer mártires, porque quieren hacer apóstatas; o al menos, que aparezcan como apóstatas —no sién-*

(5) *Oral.*

(6) *L. I (Act. XII, 1-3).*

(7) *Ioann.* XV, 20.

*dolo— a los ojos de los cristianos y de los no cristianos*⁸.

Durante los primeros siglos, el demonio pretendió destruir la fe de los cristianos con la violencia y el martirio; pero otras veces emplea la astucia, las artimañas de la serpiente antigua, tratando de engañar a los hombres como engañó a nuestros primeros padres. *Como a nuestros mayores les fue necesaria la paciencia contra el león —enseña San Agustín—, así también nos es necesaria a nosotros la vigilancia contra el dragón. Jamás cesa la persecución contra la Iglesia, ya de parte del león, ya de parte del dragón, y más ha de temérsele cuando engaña que cuando se ensaña. En otros tiempos incitaba a los cristianos a renegar de Cristo; en éstos enseña a negar a Cristo. Entonces impelía, ahora enseña; entonces usaba de violencia, ahora de insidias; entonces se le oía rugir, y ahora, presentándose con aparente mansedumbre y rondando, difícilmente se le advierte. Es cosa sabida de qué modo violentaba entonces a los cristianos para que renegasen a Cristo (...); pero ellos, confesando a Cristo, eran coronados. Ahora enseña a negar a Cristo y, engañándolos, no quiere que parezca que los aparta de Cristo*⁹.

En nuestros días, muchos católicos se ven oprimidos en sus derechos más elementales: se les prohíbe el ejercicio libre del culto, se les impide propagar

(8) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 76.

(9) San Agustín, *Enarraciones in Psalms* 39, 1.

la fe, se les discrimina en su vida profesional, se les somete a campañas de difamación y de calumnia... Y esto, no sólo en países ateos o dominados por una ideología antirreligiosa, sino en naciones que se enorgullecen de un pluralismo muchas veces sólo aparente.

En 1941, escribía nuestro Padre: *el comunismo y los que le abren las puertas en las diversas naciones, que son todos los partidos políticos que tienen una solución materialista de la vida, forman organizaciones internacionales que pasan a través de las fronteras, a través de las barreras de la lengua y de las diferencias de clase y de educación, con una especie de ascética —son como una religión sin Dios—, proporcionando medios abundantes y hombres formados especialmente para perseguir la religión, la moral, la verdad, la ley, el honor, y para aprovechar las debilidades del cuerpo y las dudas del entendimiento de la humanidad.*

*Es necesario (...) que nos unamos a los demás hijos de la Iglesia, no sólo para contrarrestar la acción de esas organizaciones del mal, sino para atraer a todas las almas —también a las que forman parte de esas organizaciones— con una tarea de amor, de caridad, de comprensión: de doctrina*¹⁰.

NUESTRO amor a la Iglesia nos ha de llevar a rezar por los católicos perseguidos de un modo u

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 76.

otro, como hicieron los primeros cristianos. *Estaba Pedro encerrado en la cárcel, mientras la Iglesia rogaba a Dios incesantemente por él. Cuando Herodes iba ya a presentarlo, aquella misma noche dormía Pedro entre dos soldados, sujeto con dos cadenas, guardando la prisión unos centinelas delante de la puerta. De pronto se presentó un ángel del Señor y un resplandor iluminó la celda. Tocó a Pedro en el costado, le despertó y le dijo: ¡levántate deprisa!; y se cayeron las cadenas de sus manos*". La oración unánime de la Iglesia movió al Señor a realizar este milagro, librando a Pedro *de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo judío*¹².

En nuestros tiempos, sin embargo, un velo de silencio y de ignorancia se cierra a veces sobre los sufrimientos de tantos hermanos en la fe *que padecen persecución por causa de la justicia*". Esta falta de solidaridad, este desconocimiento de sus penas, es más doloroso y triste para ellos, que la misma persecución de la que son víctimas.

Numerosas veces han elevado su voz los Romanos Pontífices para denunciar situaciones de este tipo, pero su clamor es frecuentemente menospreciado o amortiguado por muchos de los que tienen en sus manos los instrumentos de información. *Los medios internacionales de comunicación social (...) dejan*

de decir muchas cosas deliberadamente, y tergiversan otras. Los mismos instrumentos de la opinión pública que se llaman católicos recogen esas falsedades con no poca frecuencia, y así propalan informaciones facciosas o insidiosas, a veces por ignorancia, o por falta de formación cristiana; y a veces —es triste tener que decirlo— por celotipias o envidias, o por un fanatismo sectario, o por un exaltado nacionalismo, con una visión estrechísima de los problemas universales y con muy escaso sentido apostólico".

Nuestro Padre nos lo advertía, pues padeció también *en su propia carne el mismo sufrimiento de tantos católicos que, ante la persecución de los que odian a la Iglesia, se encuentran solos, porque los católicos de las demás naciones no están bien informados, y creen que los que sufren por la Iglesia, sufren por motivos temporales*¹⁵. No quería que esos sufrimientos fueran ignorados por otros hermanos en la fe; por eso nos pedía que *estemos capacitados para difundir la verdad, para que haya unión cristiana, auténtica fraternidad, entre todos los católicos del mundo, con conocimiento de causa de lo que ocurre en las demás partes*¹⁶. No quiero que ninguno de vosotros pruebe la amargura de sentirse solo, la amargura de la indiferencia", solía decir, al tiempo que nos

(11) L. HAct. XII, 5-7).

(12) Ibid.

(13) Ualrh. V, 10.

(14) De nuestro Padre, Carta, 16-VI-1960, n. 41.

(15) Instrucción, 8-XII-1941, nota 43.

(16) Ibid.

(17) De nuestro Padre, Instrucción, mayo-1935, 14-IX-1950, nota 161.

exhortaba a tener un corazón grande —*romano, que quiere decir universal*—, para ampliar los horizontes del apostolado.

Al conmemorar hoy el martirio de San Pedro y San Pablo, hacemos nuestros esos deseos, y pedimos por la Iglesia entera, especialmente por aquellos hermanos en la fe que estén ahora sufriendo persecución.

Si acudimos a la intercesión de la que es *Mater Ecclesiae* y *Regina pacis*, el Señor escuchará complacido nuestras súplicas.

486.

29 de junio

SAN PEDRO Y SAN PABLO (III)

—La identificación con Cristo llevó a San Pablo a tener un corazón grande, abierto a todas las gentes.

—El amor a la patria es una virtud cristiana, que nada tiene que ver con el nacionalismo.

—Misión nuestra es fomentar la unidad y concordia entre personas de todas las razas y países.

*PABLO, llamado a ser apóstol de Cristo Jesús, por la voluntad de Dios (...), a la Iglesia de Dios en Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, junto con todos los que invocan en todo lugar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo: gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo*¹. Así comienza la primera epístola a los Corintios: palabras llenas de caridad hacia todos los hombres, que cobran especial relieve en la solemnidad de San Pedro y San Pablo.

Al celebrar la fiesta del Apóstol de las Gentes, acude a nuestra memoria el recuerdo de aquella transformación que la gracia obró en su alma, cuando Cristo salió a su encuentro en el camino de Damasco. De perseguidor implacable de los cristianos, Pablo se convirtió en el celoso pregonero de las ma-

(1) I Cor. I, 1-3.

ravillas de Cristo. El, que se enorgullecía de ser israelita e hijo de israelitas, educado en la cátedra de Gamaliel², abrió su corazón de par en par a todas las criaturas, hasta el punto de considerarse *ministro de Cristo Jesús entre los gentiles (...), para que la ofrenda de los gentiles llegue a ser grata, santificada en el Espíritu Santo (...); de tal forma que, desde Jerusalén y por todas partes hasta la Hiña, he dado cumplimiento al Evangelio de Cristo*³.

Con aquella luz del cielo que le envolvió de resplandor⁴, San Pablo recibió una revelación prodigiosa: que todos los cristianos formamos en Cristo un solo cuerpo, con una unidad más estrecha que la que procede de los vínculos de la carne y de la sangre, porque se fundamenta en el Bautismo, que nos hizo hijos de Dios y partícipes de la naturaleza divina.

A nuestro Fundador le gustaba mucho considerar esta verdad. *Comprendemos perfectamente aquellas palabras de San Pablo: vivo autem, iam non ego, vivit vero in me Christus (Galat. II, 20); yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí. Pablo se sentía Cristo. Los que no le querían, decían que era pequeño de cuerpo, de lengua torpe, de ojos torcidos... ¡y él se sentía grande, fuerte, con autoridad! de cetero nemo mihi molestus sit; ego enim stigmata Domini Iesu in corpore meo porto (Galat. VI, 17); por*

(2) Cfr. Act. XXII, 3 ss.

(3) Rom. XV, 16-19.

(4) Act. IX, 3.

*lo demás, que nadie me moleste en adelante, porque yo traigo impresas en mi cuerpo las señales del Señor Jesús. Con aquellas llagas invisibles, se sentía alter Christus, ipse Christus. ¡Sí, Pablo, gran Pablo! ¡Gracias por esta doctrina que nos has dejado, porque el Espíritu Santo te la inspiró! ¡Tú eres Cristo! ¡Pablo, alégrate de que te queramos los cristianos, de que te agradezcamos este tesoro de doctrina!*⁵

*ME HE hecho todo para todos para ganarlos a todos*⁶. Esta apertura del corazón de San Pablo, esta disponibilidad sin límites, bien lejana del exclusivismo de raza en que antes había vivido, no fue obstáculo para que siguiera amando a su patria, ni para que —en la jerarquía del amor— sus conciudadanos ocuparan un lugar especial. *El deseo ardiente de mi corazón y mi oración a Dios por ellos es que se salven*⁷, escribía a los fieles de Roma. *Os digo la verdad en Cristo, no miento, y mi conciencia me lo atestigua en el Espíritu Santo: tengo una gran tristeza y un continuo dolor de mi corazón. Pues yo mismo pediría a Dios ser anatema de Cristo en bien de mis hermanos, consanguíneos míos según la carne, que son los israelitas*⁸.

(5) De nuestro Padre, Meditación, 28-IV-1963.

(6) I Cor. IX, 22 (Vg).

(7) Rom. X, 1.

(8) Rom. IX, 24.

También a nosotros, el afán universal por todas las almas, suscitado por la vocación, no debilita, sino que fortalece y eleva el amor recto a nuestra patria. *Ama a tu patria*, enseña nuestro Padre: *el patriotismo es una virtud cristiana. Pero si el patriotismo se convierte en un nacionalismo que lleva a mirar con desapego, con desprecio —sin caridad cristiana ni justicia— a otros pueblos, a otras naciones, es un pecado*⁹.

Hay, en efecto, vínculos más fuertes que los nacionales, con ser éstos tan nobles. Incluso en el orden natural, la unidad del género humano, la igualdad entre los pueblos, la paz universal y el sentido de solidaridad entre las naciones, la ayuda a los necesitados de cualquier raza, clase o condición, son motivos que llevan a considerar los acontecimientos de la vida por encima de los intereses particulares del propio país. Además, la Iglesia, obediente al mandato de Cristo, se esfuerza para que los hombres formen una sola familia, un único Pueblo de Dios. Y Jesucristo mismo nos ha enseñado a convivir con todas las personas, a no Eechazar a nadie, porque a todos quiere salvar.

Escribió también el Apóstol que "no hay distinción de gentil y judío, de circunciso y no circunciso, de bárbaro y escita, de esclavo y libre, sino que Cristo es todo y está en todos".

(9) Surco, n. 315.

*Estas palabras valen hoy como ayer: ante el Señor, no existen diferencias de nación, de raza, de clase, de estado... Cada uno de nosotros ha renacido en Cristo, para ser una nueva criatura, un hijo de Dios: ¡todos somos hermanos, y fraternalmente hemos de conducirnos!*¹⁰.

Cuando un cristiano siente su vocación, cuando la vive, ninguna barrera terrena es capaz de separarle de los demás hombres. Como a San Pablo, nada le parece excesivo cuando se trata de acercar almas al Señor. *Me explico que quieras tanto a tu Patria y a los tuyos y que, a pesar de esas ataduras, aguardes con impaciencia el momento de cruzar tierras y mares —¡ir lejos!— porque te desvela el afán de mies*¹¹.

EL VERDADERO amor a la patria es una virtud que exige un corazón abierto a todas las naciones. *Ser "católico" es amar a la Patria, sin ceder a nadie mejora en ese amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo.*

—¡Católico!: corazón grande, espíritu abierto¹².

(10) Surco, n. 317.

(11) Camino, n. 812.

(12) Camino, n. 525.

Esta entraña efectivamente católica del Opus Dei nos exige tener un ánimo grande, universal, capaz de sacar tantas cosas buenas del tesoro de nuestro corazón —de bono thesauro proferí bona fMatth. XII, 35)—, para superar y abatir las numerosas barreras mentales y psicológicas que los hombres ponen a la fraternidad de los hijos de Dios.

Una de esas barreras —quizá la más perniciosa, en esta época histórica del mundo— es el nacionalismo, que dificulta la comprensión y la convivencia, que es incompatible con el auténtico amor a la propia patria y que es un gran obstáculo para la búsqueda del bien común de la sociedad humana.

La mayor exageración, la dificultad más nociva, se daría si ese nacionalismo se llevase a las cosas de Dios, que es donde mayormente ha de resplandecer la unión de todo y de todos en el amor de Jesucristo (cfr. I Cor. X, 17).

La realidad de esta unión en la caridad cristiana ha de manifestarse con obras —en todo el ámbito de la sociedad de los hombres— y no admite el clasismo, menos aún el espíritu de casta o de secta: ya no hay distinción de judío, ni de griego; ni de siervo, ni libre; ni tampoco de hombre, ni mujer; porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo (Galat III, 28).

Lograr esta unidad y hacer que permanezca, es tarea difícil, que se alimenta de actos de humildad, de renunciaciones, de silencios, de saber escuchar y comprender, de saber noblemente interesarse por el bien del

prójimo, de saber disculpar siempre que haga falta: de saber amar verdaderamente, con obras.

A esta grande tarea cristiana hemos de contribuir nosotros con un decidido empeño apostólico, haciendo que todos los que se acerquen a la Obra se sientan movidos a trabajar en favor de esa unidad, de la mutua comprensión que lleva a la convivencia y al bienestar humano, espiritual y material¹³.

Nadie debe ganarnos en amor a la patria; y, a la vez, hemos de tener un corazón universal, como lo tuvieron San Pedro y San Pablo, que abrace a todas las personas en todas sus necesidades humanas y sobrenaturales. La vida de los miembros del Opus Dei, por vocación divina, es apostolado: de ahí nace en ellos el deseo constante de convivir con todos los hombres, de superar en la caridad de Cristo cualquier barrera. De ahí nace también su preocupación por hacer que desaparezca cualquier forma de intolerancia, de coacción y de violencia en el trato de unos hombres con otros¹⁴.

Por intercesión de la Santísima Virgen, pedimos al Señor que agrande nuestro corazón, como el de San Pablo, de manera que sepamos querer e interesarnos por las criaturas de todas las razas y de todos los pueblos.

(13) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, nn. 63-64.

(14) De nuestro Padre, *Carta*, 31-V-1954, n. 19.

487.

30 de junio

CONMEMORACIÓN DE LOS PRIMEROS MÁRTIRES ROMANOS

—Nuestra vocación es semejante a la de los primeros cristianos.

—Como ellos, buscamos la santidad en medio del mundo.

—Hemos de ser fermento de Cristo en el seno de la sociedad.

*PROCURA conocer e imitar la vida de los discípulos de Jesús, que trataron a Pedro y a Pablo, y a Juan, y casi fueron testigos de la Muerte y Resurrección del Maestro*¹. El consejo de nuestro Padre cobra hoy particular relieve, pues la Iglesia celebra la memoria de los protomártires romanos, elegidos por Dios entre los cristianos de la primera hora para dar el testimonio supremo del martirio.

Quienes pagaron con su sangre la fe en Cristo eran personas corrientes, ciudadanos de la capital del Imperio romano, que vivían fieles al Señor en medio de los afares terrenos. *Cada comunidad de fieles reunía a personas de todos los estratos sociales, de todas las proveniencias: gentes convertidas a la fe de Cristo, que era la que les aglutinaba. Estaban representadas en esas comunidades todas las profesio-*

*nes: había médicos como Lucas, juristas como Zela, financieros como Erasto, universitarios como Apolo, artesanos como Alejandro, pequeños y grandes comerciantes, vigilantes de las cárceles y sus familias, soldados y oficiales, un procónsul —Sergio Paulo—, etc.: eran pobres y ricos, esclavos y libres, gente civil y militares, como Sebastián*².

Una diversidad grande de situaciones personales enriqueció desde el primer momento a las comunidades cristianas. Al contemplar esa realidad, nuestro Padre escribía: ¡qué clara estaba, para los que sabían leer el Evangelio, esa llamada general a la santidad en la vida ordinaria, en la profesión, sin abandonar el propio ambiente! Sin embargo, durante siglos, no la entendieron la mayoría de los cristianos: no se pudo dar el fenómeno ascético de que muchos buscaran así la santidad, sin salirse de su sitio, santificando la profesión y santificándose con la profesión. Y, muy pronto, a fuerza de no vivirla, fue olvidada la doctrina³.

Con el fenómeno ascético y pastoral, místico, que es el Opus Dei⁴, ha querido pios alumbrar de nuevo esta realidad en la conciencia de los hombres. Al suscitar en estos años su Obra —escribió nuestro Fundador—, el Señor ha querido que nunca más se desconozca o se olvide la verdad de que todos deben santificarse, y de que a la mayoría de los cristianos les co-

(2) Instrucción, 8-XII-1941, nota 128.

(3) De nuestro Padre, Carta, 9-I-1932, n. 91.

(4) De nuestro Padre, Obras, 1968, p. 137.

(1) Camino, n. 925.

*¡responde santificarse en el mundo, en el trabajo ordinario (...). Siempre se producirá este fenómeno: que haya personas de todas las profesiones y oficios, que busquen la santidad en su estado, en esa profesión o en ese oficio suyo, siendo almas contemplativas en medio de la calle*⁵.

Con la expansión de la Obra se ha repetido un fenómeno del que fueron protagonistas los primeros cristianos, porque *se van fundando por todo el mundo pequeñas comunidades cristianas, dedicadas al servicio del Señor en medio del mundo: grupos de Numerarios, de Agregados, de Supernumerarios, y hasta de familias enteras —padres e hijos, con las personas de servicio— entregadas a Dios*⁶, que informan la sociedad con su espíritu cristiano.

NUESTRO espíritu es (...) viejo como el Evangelio —os he escrito siempre— y, como el Evangelio, nuevo; la naturaleza misma de nuestra vocación, nuestro modo de buscar la santidad y de trabajar por el Reino de Dios, nos hace hablar de las cosas divinas en el mismo lenguaje de los hombres, tener las mismas costumbres saludables que ellos tengan, compartir su misma recta mentalidad; ver a Dios —diría— desde el mismo ángulo, secular y laical, desde el que ellos se plantean, o pueden plantearse, los problemas trascendentales de su

(5) De nuestro Padre, *Carta*, 94-1932, n. 92.

(6) *Instrucción*, 9-1-1935, nota 193.

vida: no ser nunca un modelo glacial, que se pueda admirar, pero no amar.

*Venimos, pues, a recoger con juventud el tesoro del Evangelio, para hacerlo llegar a todos los rincones de la tierra. Pero no venimos a revolucionar nada. Bebe-mos el buen vino añejo de la auténtica doctrina católi-ca, respetando y amando todo lo que el Señor ha pro-movido a lo largo de tantos siglos, en servicio de su Iglesia Santa*⁷.

La vocación a la Obra nos ha hecho entender con plenitud de sentido aquellas palabras de Jesús en la Última Cena: *no pido que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno*⁸. Y así afirmaba nuestro Padre que somos vino viejo (...), *porque nuestro espíri-tu es la doctrina del Evangelio, y nuestro modo de obrar es el modo de obrar de los primeros cristianos*⁹. Y los primitivos hermanos nuestros en la fe —incluso aquellos ascetas y aquellas vírgenes, que dedicaban personalmente su vida al servicio de la Iglesia— *no se encerraban en un convento: se quedaban en medio de la calle, entre sus iguales. Este es nuestro caso, puesto que no nos hemos de diferenciar en nada de nuestros compañeros y de nuestros conciudadanos*¹⁰.

Gracias a Dios, es cada día más claro en nuevos ámbitos que, *para seguir las huellas de Cristo, el*

(7) De nuestro Padre, *Carta*, 11-III-1940, n. 31.

(8) *Ioann.* XVII, 15.

(9) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 80.

(10) De nuestro Padre, *Instrucción*, 8-XII-1941, n. 81.

apóstol de hoy no viene a reformar nada, ni mucho menos a desentenderse de la realidad histórica que le rodea... —Le basta actuar como los primeros cristianos, vivificando el ambiente ¹¹.

Al meditar sobre la vida de los primeros cristianos, podemos examinar si nuestra conducta personal refleja el ejemplo que nos dieron; si pueden aplicarse a cada uno de nosotros las palabras que acerca de ellos se escribieron: *lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo* ¹². Nuestra misión en la sociedad —como la función del alma, que mantiene en vida el cuerpo y lo informa— es impregnarla del espíritu de Cristo, hacer descubrir a nuestros contemporáneos que sólo el Señor puede dar sentido a su existencia.

SOMOS cristianos corrientes, iguales a los demás ciudadanos, que *con un apostolado individual, silencioso y casi invisible, llevan a todos los sectores sociales, públicos y privados, el testimonio de una vida semejante a la de los primeros fieles cristianos* ¹³. Como ellos, desarrollamos el apostolado en nuestro lugar de trabajo, entre nuestros amigos y colegas, en la entraña misma de la sociedad. Si somos fieles al espíritu de la Obra, nuestra vida desprenderá el

(11) *Surco*, n. 320.

(12) *Epístola ad Diognetum* VI, 1.

(13) De nuestro Padre, *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 94.

buen olor de Cristo ¹⁴ que atrae a las almas, sean cuales fueren las circunstancias de cada uno: *joven era Daniel; José, esclavo; Aquilas ejercía una profesión manual; la vendedora de púrpura estaba al frente de una taller; otro era guardián de una prisión; otro, centurión, como Cornelio; otro estaba enfermo, como Timoteo; otro era un esclavo fugitivo, como Onésimo; y, sin embargo, nada de eso fue obstáculo para ninguno de ellos, y todos brillaron por su virtud: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, esclavos y libres, soldados y paisanos* ¹⁵.

Es una historia que Dios ha querido repetir en nuestro apostolado. *Esta novedad de la Obra —escribió nuestro Padre— no es la novedad de un simple fenómeno humano. Es la novedad de las cosas de Dios, que como buen Padre provee a su familia con cosas viejas y nuevas (cfr. Matth. XIII, 52). Novedad, hijas e hijos míos, que no envejece, en cuanto es participación de la única buena-nueva, y que supone —como fenómeno social de los fieles cristianos— la vuelta maravillosa al espíritu con que vivieron los primeros fieles el mensaje de salvación.*

Quiso el Señor promover su Obra cuando, en la mayoría de los países, élites y masas enteras parecían alejarse de la fuente de toda gracia; cuando, incluso en países de vieja historia cristiana, escaseaba la fre-

(14) II Cor. II, 15.

(15) San Juan Crisóstomo, *In Matthaeum homiliae* 43, 5.

cuencia de Sacramentos por parte del pueblo; cuando vastos estratos del laicado parecían adormilados, como si se hubiera desvanecido su fe operativa.

*La Obra, callada y modesta, pero palpitando de espíritu divino, fue instrumento del Señor: Dios quiso despertar a los homines dormientes, utilizando sus mismas voces. Y estos hombres de la calle dirían a los demás —al compañero de trabajo, al hermano o a los hijos, al discípulo o al maestro— hora est iam nos de somno surgere (Rom. XIII, 11): ya es tiempo de despertar; in novitate vitae ambulemus (Rom. VI, 4): caminemos con una nueva vida*¹⁶.

Acudimos a la Santísima Virgen como los discípulos que perseveraban en oración junto a Ella. También *de los hijos de Dios en su Opus Dei se puede decir afortunadamente lo que de los primeros cristianos se lee en los Hechos de los Apóstoles: omnes erant perseverantes unanimiter in oratione (Act 1, 14), perseveraban todos juntos en oración. Permanecer todos unidos en la oración: éste es el único secreto de la Obra, éste es el origen de nuestra alegría, de nuestra paz, de nuestra serenidad y, por tanto, de nuestra eficacia sobrenatural*¹⁷.

(16) De nuestro Padre, *Carta*, 254-1961, n. 13.

(17) De nuestro Padre, *Carta*, 19-IIM954, n. 27.

ÍNDICE

Nº	PAG.
Enero	
9 de enero	
419	Aniversario del nacimiento de nuestro Padre (I).....7
420	Aniversario del nacimiento de nuestro Padre (II).....14
421	Aniversario del nacimiento de nuestro Padre (III).....21
24 de enero	
422	Santa María de la Paz.....28
Octavario por la unión de los cristianos	
423	Primer día.....35
424	Segundo día.....42
425	Tercer día.....49
426	Cuarto día.....55
427	Quinto día.....62
428	Sexto día.....70
429	Séptimo día.....77
430	25 de enero. Conversión de San Pablo.....84

28 de enero

431	Santo Tomás de Aquino.....	91
-----	----------------------------	----

Febrero

2 de febrero

432	Presentación del Señor.....	101
-----	-----------------------------	-----

11 de febrero

433	Nuestra Señora de Lourdes.....	108
-----	--------------------------------	-----

14 de febrero

434	Aniversario de la fundación de la Sección femenina y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz (I).....	116
435	Aniversario de la fundación de la Sección femenina y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz (II).....	123
436	Aniversario de la fundación de la Sección femenina y de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz (III).....	131

19 de febrero

437	Santo del Padre.....	139
-----	----------------------	-----

22 de febrero

438	Cátedra de San Pedro.....	147
-----	---------------------------	-----

24 de febrero

439	Aniversario del "Decrétum laudis".....	155
-----	--	-----

Marzo

Siete domingos de San José

440	Primer domingo.....	165
441	Segundo domingo.....	173
442	Tercer domingo.....	181
443	Cuarto domingo.....	189
444	Quinto domingo.....	197
445	Sexto domingo.....	205
446	Séptimo domingo.....	213

11 de marzo

447	Cumpleaños del Padre.....	220
-----	---------------------------	-----

18 de marzo

448	Víspera de San José.....	227
-----	--------------------------	-----

19 de marzo

449	Solemnidad de San José (I).....	235
450	Solemnidad de San José (II).....	243
451	Solemnidad de San José (III).....	250

25 de marzo

452	Anunciación de Nuestra Señora (I).....	257
453	Anunciación de Nuestra Señora (II).....	264
454	Anunciación de Nuestra Señora (III).....	272

538	ÍNDICE
Nº	PÁG.

28 de marzo

455	Aniversario de la ordenación sacerdotal de nuestro Padre (I).....	279
456	Aniversario de la ordenación sacerdotal de nuestro Padre (II).....	286
457	Aniversario de la ordenación sacerdotal de nuestro Padre (III).....	293

Abril

22 de abril

458	Aniversario del fallecimiento de la Abuela.....	303
-----	---	-----

23 de abril

459	Aniversario de la Primera Comunión de nuestro Padre.....	310
-----	--	-----

25 de abril

460	San Marcos Evangelista.....	318
-----	-----------------------------	-----

27 de abril

461	Aniversario de la curación de nuestro Padre.....	326
-----	--	-----

29 de abril

462	Santa Catalina de Siena (I).....	334
463	Santa Catalina de Siena (II).....	342
464	Santa Catalina de Siena (III).....	349

ÍNDICE	539
Nº	PÁG.

Mayo

1 de mayo

465	San José Artesano.....	359
-----	------------------------	-----

2 de mayo

466	Aniversario de la dedicación de la Iglesia prelaticia.....	366
-----	--	-----

3 de mayo

467	Santos Felipe y Santiago, Apóstoles.....	374
-----	--	-----

12 de mayo

468	Aniversario de la Primera Comunión del Padre.....	382
-----	---	-----

13 de mayo

469	Nuestra Señora de Fátima.....	390
-----	-------------------------------	-----

14 de mayo

470	San Matías Apóstol.....	398
-----	-------------------------	-----

24 de mayo

471	Santísima Virgen María Auxiliadora.....	406
-----	---	-----

31 de mayo

472	Visitación de Nuestra Señora.....	414
-----	-----------------------------------	-----

540	ÍNDICE
Nº	PAG.

Junio

11 de junio

473	San Bernabé Apóstol.....	423
-----	--------------------------	-----

16 de junio

474	Aniversario de la aprobación definitiva.....	430
-----	--	-----

20 de junio

475	Aniversario del fallecimiento de Tía Carmen.....	439
-----	---	-----

22 de junio

476	Santo Tomás Moro (I).....	446
477	Santo Tomás Moro (II).....	454
478	Santo Tomás Moro (III).....	461

24 de junio

479	San Juan Bautista.....	468
-----	------------------------	-----

25 de junio

480	Aniversario de la primera ordenación sacerdotal de miembros de la Obra.....	476
-----	--	-----

26 de junio

481	Aniversario del fallecimiento de nuestro Padre (I).....	484
-----	--	-----

ÍNDICE	541
Nº	PÁG.

482	Aniversario del fallecimiento de nuestro Padre (II).....	491
483	Aniversario del fallecimiento de nuestro Padre (III).....	498

29 de junio

484	San Pedro y San Pablo, Apóstoles (I).....	505
485	San Pedro y San Pablo, Apóstoles (II).....	513
486	San Pedro y San Pablo, Apóstoles (III).....	521

30 de junio

487	Conmemoración de los primeros mártires romanos.....	528
-----	--	-----
